THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

121596

COMPENDIO HISTORICO

COMPENDIO HISTORICO

DE LOS

TRABAJOS, FATIGAS, SUDORES Y MUERTES
QUE LOS MINISTROS EVANGELICOS DE LA SERAFICA RELIGION
HAN PADECIDO
POR LA CONVERSION DE LAS ALMAS DE LOS GENTILES,
EN LAS MONTAÑAS DE LOS ANDES,
PERTENECIENTES A LAS PROVINCIAS DEL PERU

dedicado

AL SERAFICO DOCTOR SAN BUENAVENTURA

ESCRITO

POR EL P. FR. JOSÉ AMICH
Predicador apostólico y escritor del colegio seráfico de propaganda Fide de
SANTA ROSA DE OCOPA

VAN EN SEGUIDA

NOTICIAS HISTORICAS

SOBRE LAS MISIONES EN LA REPUBLICA DE BOLIVIA

POR

EL P. CEFERINO MUSSANI
mínimo observante.

PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET.

1854

BV2851
.A6

121596

LC Control Number

tmp96 031885

1

1078

66

Al Glorioso Estatico Cronista

DEL SERAFIN HUMANO FRANCISCO:

Inclito General de su Esclarecida y Pobre Familia

Cardenal Obispo Albanense y Seráfico Doctor de la Iglesia

SAN BUENAVENTURA

Siendo práctica comun en todo tiempo dedicar las obras á la grandeza del héroe á quien mas se inclina el afecto, puedo confesar no haber tenido eleccion en consagrar á vuestro honor la obrita que acabo de concluir; pues luego que la obediencia animó mi pequeñez á examinar, reconocer y aun procurar papeles é instrumentos antiguos y modernos de que se habia de formar, me ví entre las oscuridades del temor, con la luz que no dudo deber á vuestra intercesion, fortalecido.

A vos, dueño de mis afectos, debo ofrecer este don; si pequeño por la debilidad de la mano que

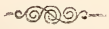
lo dirige, grande por la materia tan de vuestro agrado que encierra. A vos como el mas feliz *Escritor del Patriarca de los Misioneros Minoritas,* se deben consagrar estos desvelos que se dirigen á sacar del olvido las fatigas de los que gloriosamente imitaron el celo de su santísimo padre, procurando la salvacion de los infieles de estas montañas hasta rubricar con la sangre de sus venas las verdades de nuestra santa fé católica. A vos, y no á otro Mecenas se debe; porque ¿quién mas que vos deseó con vivas ansias la conversion de las almas? ¿Quién practicó mas diligencias, dió mas documentos y reglas á fin de estender por el orbe las verdades del santo Evangelio? No salísteis personalmente á convertir las naciones estrañas, porque la religion propia y la universal Iglesia necesitó vuestra asistencia; pero habeis caminado mediante vuestros prodigiosos escritos las provincias todas del mundo. Estos predican á los fieles, atraen á los gentiles y herejes; y cuantos leen vuestras obras se abrasan en amor de Dios y de Jesucristo que allí conocen. En ellos hallan los ministros evangélicos luz á sus dudas, norte en sus peregrinaciones, y descanso en sus fatigas para tolerarlas alegremente animados de la caridad que en ellos se comunica.

Recibid pues, glorioso santo, este corto obsequio, este humilde don que os sacrifica mi rendido afecto; y dignaos alcanzarme de la divina Majestad una centella de aquel incendio en que ardia vuestro santísimo corazon, para que por vuestra intercesion consiga las gracias que por mi indignidad desmerezco.

Santísimo Doctor

Humildemente os adora el menor de vuestros siervos

FR. JOSÉ AMICH.



PROLOGO.

La santa obediencia, primer móvil de la persona religiosa, encomendó á mi corta capacidad el oficio de escritor de este santo colegio de Propaganda Fide; y conociendo que mis talentos no alcanzan á cumplir tanta obligacion, estuve dudoso en elegir el rumbo que debia tomar para dar principio á tanta obra. Registré los papeles que se hallan en el archivo, buscando materiales para su fábrica; y entre ellos hallé noticias auténticas, dignas de ser dadas al público y de ser tenidas *in manibus* de los operarios evangélicos que desean entrar á los infieles de las montañas; pues conducirán mucho para el gobierno y precaucion con que se debe

proceder entre estas casi irracionales gentes. Y sin duda la falta de su noticia pudo ser causa de la demasiada confianza con que nuestros hermanos los seráficos misioneros sacrificaron sus vidas á la inconstancia de los infieles Setebos, Sipibos, y Conibos este año pasado de 1766.

Todo cuanto tengo escrito en este Compendio consta de papeles auténticos que se hallan en este archivo, algunos impresos, y manuscritos los mas, y cuando las relaciones no concuerdan en algunos puntos, he procurado ajustarme al sentido mas verosimil, para lo cual me ha servido alguna práctica que tengo de las montañas y sus conversiones, y algunas cosas escribo de propia esperiencia. No ha sido poco el trabajo que he tenido en concordar las verdaderas distancias que hay de unos lugares á otros; porque como son caminos que solamente se andan á pié, y con incomodidades que referiré en su lugar, parecen dilatadas las jornadas, aunque en la realidad sean bien cortas, y asi muchos ponen grandes distancias en parajes donde apenas hay la tercera parte. Para corregir este defecto me ha servido la esperiencia acompañada de una grande aplicacion en observar los

rumbos y distancias, y corregirlas con las observaciones de las alturas solares; diligencia muy necesaria no solamente en las montañas, mas tambien en la mayor parte de la sierra. Cuando hago mencion de leguas simplemente, se han de entender leguas de marina; de las cuales un grado de latitud contiene veinte leguas, y la distancia tomada en línea recta.

He intitulado á este compendio *Luz clarísima sacada de debajo del Modio del Olvido*; porque tiene todas estas propiedades. Es *luz* porque manifiesta los peligros que ocurren en las entradas á los infieles de las montañas. *Clarísima* por lo verdadero de sus hechos y relaciones, que los mas son de siervos de Dios que con la sangre de sus venas rubricaron las verdades de nuestra santa fé entre los gentiles. *Sacada de debajo del Modio del Olvido*; porque aunque estas noticias están en el archivo de este colegio, estaban esparcidas en varios papeles, y como entregadas al olvido; mereciendo estar manifiestas á todos las heróicas proezas de muchos siervos de Dios que aqui se mencionan.

En todo cuanto escribiere y tengo escrito, me sujeto á la correccion de nuestra santa madre Igle-

sia católica, ni pretendo en el mener ápice prevenir su piadosa censura, á la cual sujeto mi sentir como obediente hijo; y tambien á la censura de mis prelados por cuyo mandato doy á esta obra principio : tomando el hilo histórico de la crónica franciscana del Perú, escrita por el reverendo padre fray Diego de Cordoba y Salinas, sacada á luz el año 1651.

LUZ CLARISIMA

SACADA

DE DEBAJO DEL MODIO DEL OLVIDO.

PROEMIO

Nuestro omnipotente Dios y Señor, solo obrador de grandes maravillas, aunque en todas sus obras manifiesta su divina sabiduría, parece que se esmeró en la hermosa variedad de criaturas con que adornó esta meridional América, la cual dividida en varios temperamentos, produce tantas preciosidades, que es la admiracion de la naturaleza. Dividió el supremo Hacedor esta América meridional en tres notables porciones que manifiestan á los mortales un rasgo de su altísima providencia en la contraposicion de temperamentos y calidades, en distancias bien cortas, y tambien en las muy dilatadas.

La primera notable porcion de la América meridional, es la Cordillera Real, que comenzando cerca del mar del norte en las sierras de Santa Marta, prosigue al sur por espacio de mas de mil y trescientas leguas.

con elevados cerros cubiertos de nieve todo el año. Esta cordillera Real casi desde su principio viene dividida en ramos casi paralelos; y aunque en algunos parajes llegan á unirse (como en la provincia de Jaen) siempre se distinguen en sus calidades. El ramo occidental de la Real Cordillera, el cual sirve de orla á la costa del Perú, es mas alto y nevado, y como dista poco del mar del Sur (pues su distancia no escede de veinte leguas) las vertientes que dan manantial á los rios que desaguan en dicho mar, son de poco caudal, y por consiguiente los rios son pequeños. Y por el contrario, de todas las vertientes que caen á la parte oriental, se forman grandes y caudalosos rios, que despues de haber corrido por diversos rumbos, tributan los mas sus raudales al gran rio Marañon, y algunos al gran rio de la Plata. Las faldas de este ramo occidental, que caen á los valles del sur, son regularmente estériles, pues solamente con el beneficio del riego de las vertientes de la Cordillera produce lo necesario á la vida humana en las quebradas y valles donde se consigue el riego, dejando muchos espacios de costa incultos por falta de humedad reducidos á áridos arenales, y algunas salinas. De esta generalidad se esceptua la costa que media entre Guayaquil y Panamá, que por estar mas distante de la Cordillera tiene el beneficio de las lluvias, y es montaña con temperamento cálido y húmedo.

El ramo oriental de la Real Cordillera (que vulgarmente llaman la Cordillera de los Andes) dista regularmente de diez á veinte leguas de la Cordillera grande, y tiene muchos cerros nevados todo el año. El espacio que se halla entre estos dos ramos de Cordillera, está cortado de diversas quebradas y valles frios donde se cria mucho ganado de todas especies, y algunos son

abundantes de cebada y trigo. El temperamento es frio y seco, aunque tiene su invierno de lluvias. Y en algunas quebradas por donde corren algunos rios (á lo cual llaman temples) hace bastante calor, y se producen algunas frutas, asi de la tierra como de las de Europa.

La segunda porcion notable de la América meridional, es la Serranía del Brasil, que comenzando desde las sierras de Maldonado (en el rio de la Plata) corren al norte hasta cerca de la línea equinoccial. Y aunque esta Serranía no es tan elevada ni tiene tantos cerros nevados como la Cordillera Real, es muy escabrosa y llena de monte, donde por las frecuentes lluvias dan sus vertientes copiosos caudales de agua á muchos y grandes rios, que los mas desaguan en el rio de la Plata, y otros al mar del norte. Tales son el rio del Pará, el de Tocantiños, el de San Francisco y otros.

Entre estas dos notables porciones de la América meridional, está situada la tercera, mas notable por su grandeza. Consiste esta porcion en unas grandes llanuras ó Pampas, que ocupan mas de mil leguas del setentrion al mediodia, y del occidente al oriente en algunas partes quinientas leguas, y en otras menos. Todo este grande espacio está cruzado de innumerables rios, muchos de los cuales son de tal magnitud, que esceden á los mas famosos de Europa y Asia. Los mas de ellos contribuyen á formar el famoso rio de las Amazonas, y los otros tributan sus caudales al rio de la Plata. El terreno (maxime en la zona tórrida) está cubierto de espesos montes de arboledas de todas especies y de grandores estraordinarios. El temperamento es cálido y húmedo escesivamente, por lo cual es criadero de innumerables sabandijas nocivas al género humano. Hay culebras de muchas especies y

tamaños, y algunas muy ponzoñosas. Muchos tigres, leopardos y animales voraces. La cantidad de hormigas de diferentes especies y grandores, es inmensa. Los mosquitos en tanta muchedumbre, que á veces se forman de ellos como densas nubes, y murciélagos de estraordinaria grandeza. Los rios en gran manera abundan de pescado y de caimanes; los montes crian muchos animales comestibles, y el aire da muchisimas aves de varias especies, asi de caza como de canto, matizadas de hermosos y vistosos colores.

Todo este vasto espacio de esta tercera notable porcion de la meridional América, está poblada de innumerables naciones de indios infieles, que viven de vida brutal, sin ley, ni rey, ni dependencia : contentos con lo que produce la tierra y los rios á costa de muy poco trabajo, porque como el temperamento es muy cálido y húmedo, hace al terreno grandemente fértil de todas las semillas y frutos que suele producir la montaña. Las mas de las naciones no usan mas vestido que el que sacaron del vientre de su madre. Viven esparcidos por aquellos montes en casas grandes hechas de palos y cubiertas de hojas de palmas. En cada casa vive una familia ó parentela de treinta ó mas personas. Solamente se juntan en crecido número para sus borracheras (que es su vicio dominante), y para las espediciones de guerras que continuamente tienen unas naciones contra otras : para cuyo efecto eligen sus cabos ó Curacas. Entre ellos se ignora la piedad, porque ni los hijos hacen caso de sus padres, ni las hijas atienden á los preceptos de sus madres, y los enfermos no tienen mas remedio que sanar naturalmente, ó morir desamparados; y despues de muertos, sus parientes pegan fuego á la casa y cadáver, y se mudan á vivir á otra parte bien distante.

Algunos ambiciosos de nombre y fama, y por inventar novedades, fingieron en estas montañas imperios tan poderosos y ricos, que causa admiracion lo que dieron á la pluma y aun á la prensa. Tal fue la relacion que por los años de 1630 don Pedro Bohorques esparció del imperio del Enim, á cuyo emperador hace señor de muchos reinos, que le tributan vasallaje en oro, mantas, plumajes, y otros géneros riquísimos. Describe en ella el orígen é incrementos de tal imperio, el árbol genealógico de sus soberanos, su política y costumbres, con las ceremonias de coronarse el emperador y prestarle vasallaje los demas reyes, con circunstancias tan bien ordenadas y dispuestas á su antojo, que admitidas de la novedad que el vulgo suele abrazar sin exámen, muchas personas de distincion se persuadieron ser cierta su existencia, y con eso alborotó los ánimos de mucha gente del Perú. Pero obligándole á la ejecucion de la entrada, fueron tales las escusas y tramoyas que armó, que dieron á conocer su falsedad, y que la finjida quimera del Enim habia sido hija de su ambicion.

Semejante fue la relacion del gran Paytití, que el año de 1638 divulgó un fulano Gil Negrete, con la cual engañado don Benito de Ribera y Quiroga, vecino de la ciudad de la Paz, emprendió su conquista con los despachos necesarios por los años de 1680, y despues de haber gastado en varias espediciones mas de trescientos mil pesos, no sacó mas fruto que las molestias, el desengaño, y quedar pobre. Lo cierto es que en todo este vasto espacio no hay monarquía alguna; pues en mas de ciento y cincuenta años que los Portugueses recorren todos los rios de esta meridional América, con no menos codicia que los primeros Españoles que vinieron al Perú, no han encontrado con alguna mo-

narquía ni su noticia; habiendo penetrado tanto por dichas montañas, que el año de 1741 subieron por el rio de la Madera hasta Santa Cruz de la Sierra, atravesando por medio de los paises donde se imaginaban los fingidos imperios. Y el año de 1760 los dichos Portugueses se han establecido en Mato Grosso, que está situado en el centro de esta América meridional.

CAPITULO I.

Del Cerro de la Sal

Antes de poner el pié en la montaña, me ha parecido conveniente describir en bosquejo y en general las incomodidades que han padecido y padecen los ministros evangélicos que han transitado y transitan por esos montes, para que no sea necesario repetirlo frecuentemente en todas las entradas. Porque aunque son notorias las calidades de la América por lo mucho que hay escrito sobre la materia, y se esperimenta continuamente; es cosa muy distinta hablar de terrenos transitados con frecuencia, de lo que esperimentamos en las tierras de los infieles, los cuales por su gran flojera no se moverán á aderezar un palmo de tierra para facilitar el tránsito, aunque hayan de rodear una cuadra.

Primeramente se ha de suponer que aunque el espacio que se llama montaña, es Pampa ó llanura, no es tan universal que no tenga sus cuestas (particularmente en las inmediaciones de la Sierra), y estas dan lugar á muchos y grandes barrancos, que forman los muchos arroyos y rios menores que son muy frecuentes, y es preciso pasarlos muchas veces con el agua á

la cintura y aun á los pechos; y en estos barrancos son frecuentes las caidas, y formidables los precipicios. Las continuas lluvias que en la montaña se esperimentan, son causa de que el pobre caminante vaya lo mas del tiempo con la ropa mojada, y como el suelo siempre está húmedo, y cubierto de hojarasca podrida, son frecuentes los resbalones, sin haber calzado que aguante ocho dias, y el mas seguro es de unos trapos. A esto se agrega la facilidad de corromperse el bastimento, si no se lleva con una precaucion mas que ordinaria.

El continuo cansancio y sudor que causa al caminante el transitar por tan caluroso clima, cargado con el poco sustento que ha de comer, le obliga algunas veces á arrimarse á algun arbol, y cuando imaginaba hallar refrigerio, se halla acometido de fieras hormigas cuyas picadas abrasan al fatigado peregrino. De estas hormigas algunas son tan malignas, que sus picadas dan calentura que dura un dia natural.

Otras ocasiones la fatiga obliga á asirse de algun tronco para trepar algunas cuestas, y acontece muchas veces estar podrido, y dar con el caminante en el suelo ó despeñarse. No es menos frecuente afianzarse de algunos palos espinosos, que en lugar de aliviar el cansancio, causan notable dolor, pues algunas espinas son muy enconosas.

La muchedumbre de mosquitos es de grandísimo tormento, porque algunos son muy nocivos, de suerte que no permiten un rato de descanso, especialmente en los parajes cenagosos; de modo que para descansar algun poco, es necesario cubrirse totalmente, y entonces el calor atormenta grandemente, de suerte que por no sofocarse de calor, es necesario esponerse otra vez á la batería de los mosquitos. No es poca la

molestia que causa lo intrincado de las arboledas, tan enredadas de bejucos y maleza, que toda la montaña es un laberinto sembrado de enfadosos lazos. A esto se añade el continuo recelo de pisar alguna culebra; con lo cual se camina por las montañas siempre entre riesgos, de los cuales tengo esperimentado buena parte. Supuesta esta noticia:

El ramo oriental de la Cordillera Real, llamado vulgarmente la cordillera de los Andes, le ha situado Dios tan empinado y escarpado por la parte oriental (que es la que mira á la montaña) que parece haber querido su altísima providencia impedir á los moradores de la sierra el tránsito á las llanuras; pues solo permite bajada á ellas por algunas quebradas de muy difíciles caminos por causa de los precipicios, nieves y ciénegas de que está guarnecida esta cordillera de los Andes. Estos obstáculos fueron la causa para que siempre fuesen sin fruto las espediciones á la montaña, así en tiempo de los Incas, monarcas del Perú, como de los Españoles que emprendieron algunas de sus conquistas. Y esta misma parece ser la razon porqué en los primeros cien años de la conquista de este reino, no se lee haber entrado religioso alguno á la espiritual conquista de los infieles de las montañas. A que se añade, que como tenian entre manos tan copiosa mies en la sierra y valles de la costa, no atendieron á lo remoto.

La primera entrada que se hizo á las montañas (omitiendo las que hicieron los conquistadores de Quito) fue por la quebrada de Chachapoyas y Moyobamba, en cuyo rio se hizo el armamento de cinco bergantines, para ir á reconocer el rio de las Amazonas bajo las órdenes del capitan Pedro de Ursua, á quien mató el tirano Lope Aguirre, y se levantó con

el armamento para las piraterías que ejecutó en el mar del norte.

Otra entrada á la montaña se facilita por la quebrada en que está la ciudad de Guanuco. Por esta entraron nuestros religiosos menores el año de 1631 á la conquista espiritual de los Panataguas, segun que la refiere nuestra *Crónica del Perú*, lib. I, cap. xxv.

Otra entrada á la montaña se frecuenta por la quebrada de Tarma y Acobamba, que internando desde este último pueblo al oriente por entre altísimos cerros, á las quince leguas se sale al valle de Quimirí, que es de montaña muy frondosa y fértil. Antes de llegar á este valle se pasa en balsa un rio de bastante agua que llaman Chanchamayo, formado de la junta de tres rios. El primero llamado de Ulucmayo, que viene del noroeste. El segundo el de Tarma, que viene del oeste. El tercero el de Monobamba, que viene del sur, con cuyas juntas de aguas se hace el rio Chanchamayo navegable para las balsas. Diez leguas mas al oriente de Quimirí está el famoso Cerro de la Sal, el cual es remate de un ramo de Cordillera, que desde la Cordillera nevada de Reyes viene bajando por Paucartambo; y en este paraje se eleva dicho cerro como un pan de grande altura todo poblado de monte, escepto en la cumbre en que solamente tiene algunos matorrales de palmas. Este cerro tiene una beta de sal, que desde la cumbre corre al sudoeste por espacio de mas de tres leguas, y otras tantas hácia el nordeste; y dicha beta de sal tiene de ancho regularmente treinta varas. La sal es de piedra mezclada con algun barro colorado. Dos leguas antes de llegar al Cerro de la Sal, se encuentra con el rio de Paucartambo, que viene del noroeste, y una legua mas abajo se junta con el rio de Chanchamaya, formando en la junta el rio que

llaman de la Sal, al cual mas abajo llaman el rio de Perene.

Este Cerro de la Sal es muy famoso por el grande concurso de indios infieles, que de las naciones mas remotas de la montaña acuden á él por sal; porque como dentro de la montaña no hay salinas, les es forzoso venir á este cerro á buscarla, los unos para su uso y consumo, y otros para comerciar con ella otras cosas que necesitan de las otras naciones; siendo tan varias las que suben á este cerro por la comodidad que tienen de muchos rios navegables, que algunas tardan dos meses en llegar á este cerro, cuyo temperamento es muy templado; porque aunque es montaña real, el calor es moderado por la elevacion del cerro y su cercanía á la Cordillera. Está habitado de indios Amages, y de algunos de las otras naciones que se quedan en él cuando suben por sal.

CAPITULO II.

Entrada de nuestros religiosos al Cerro de la Sal.

Aunque la cordillera de los Andes ofrece difíciles caminos para la montaña, sin embargo el interés movia á algunos moradores de dicha cordillera á bajar por algunas sendas y laderas á las faldas ó temples donde hacian sus sementeras de maiz, frisoles y coca. Con la frecuencia de estas entradas encontraban á veces con algunos infieles ; y con la comunicacion de los serranos, se arriesgaban algunos de ellos á salir á tierra de cristianos; y mediante el buen tratamiento que hallaban, algunos recibian el santo bautismo. De todos estos neófitos, y de varios indios serranos que en la ceja de la montaña tenian sus sementeras, se formó un pueblo llamado Guancabamba, distante veinte y cinco leguas del Cerro de la Sal; el cual pueblo con título de curato se entregó al cuidado de la religion seráfica.

Por este pueblo de Guancabamba entró á la montaña el siervo de Dios fray Gerónimo Jimenez, religioso lego de nuestra seráfica órden el año de 1635, y en

Quimirí fundó el primer pueblo con capilla; y despues fue martirizado en compañía del venerable padre fray Cristóval Larios á manos de los indios Campas, en el rio de Perene, el dia 8 de diciembre del año de 1637, como se refiere en la *Crónica Seráfica* del Perú, en el lib. II, cap. xxx.

No entibió sus fervores la seráfica provincia de los doce Apóstoles, por las dichosas muertes de los invictos protomártires del Perú : antes acudiendo á suplir su falta otros varones apostólicos, prosiguieron la espiritual conquista. Por un memorial presentado al señor marqués de Mancera, virey del Perú, el año de 1640 por el reverendo padre fray Pedro Ordoñez Flores, ministro provincial de esta santa provincia, consta que en el dicho año habia en la conversion del Cerro de la Sal siete capillas ó pueblecitos asistidos de los padres fray José de la Concepcion, y fray Cristóval de Mesa, y de dos hermanos donados, y que dicho señor virey espidió órden para que de las cajas reales se diese lo necesario para el avio y otras cosas que necesitaban los religiosos que iban á fomentar aquella conversion. Su data en 8 de julio de dicho año de 1640.

Tambien consta por la *Crónica Seráfica* del Perú, en el cap. xxxi del lib. II que el año de 1741 el dia 3 de agosto se embarcaron por el rio de la Sal el padre fray Matías de Illescas, y los hermanos fray Pedro de la Cruz, y fray Francisco Piña, los cuales entregados á la divina providencia, se dejaron ir rio abajo con ansias de convertir á todas las naciones de la montaña; y no se supo mas de ellos hasta despues de cuarenta y seis años que se tuvo noticia cierta de haber sido muertos á manos de los infieles Sipibos.

La voz comun de que el Cerro de la Sal estaba lleno de minerales de oro despertó por este tiempo la codi-

cia de algunos Españoles instigados del comun enemigo para destruir el trabajo de los operarios de la viña del Señor. Consta pues por declaracion jurídica, tomada al capitan don Alonso Sanchez Bustamante, que por este tiempo entraron por Quimiri porcion de Españoles, gobernados por un cabo, con ánimo de internar en la montaña, y que en su compañía iban dos religiosos menores; y que aunque los padres llevaban el anhelo de convertir las almas, se reconocia en las conversaciones de los Españoles que ellos iban mas bien á buscar oro. Asi fue desgraciada la espedicion. Cuando los indios del Cerro de la Sal supieron la llegada de los Españoles, vinieron á recibirlos con mucho rendimiento, ofreciéndoles su amistad, y sirviéndoles muy oficiosos. Creyéronse ligeramente los Españoles de la oficiosidad obsequiosa de los indios, y embarcados en balsas, navegaron dos dias por el rio de la Sal abajo prosiguiendo los indios en su fingida amistad y rendimiento; y al tercero dia persuadieron á los Españoles á que hiciesen tercios de las armas, con el pretesto de que se acomodarian mejor para no mojarse, y habiéndolo conseguido, aquella tarde llegaron á un remanso donde los indios tenian una emboscada, y luego los de tierra á flechazos y los de las balsas con los remos mataron á los dos religiosos, y á todos los Españoles, escepto dos de ellos, que acertaron á hechar mano de una pistola cada uno, y con ellas hicieron frente á los indios, los cuales temiendo las bocas de fuego, les dieron paso, y se metieron en el monte. Pero hallándose destituidos de humano socorro, é imposibilitados de poder salir á la sierra, se entregaron á los indios debajo el seguro de paz que les ofrecieron. El uno de los dos Españoles era Gallego de nacion, del cual el mismo declarante oyó decir, que

retirado á lo interior de la Montaña, se habia casado á la moda de los indios, y que habia tenido algunos hijos, y se discurre murió en aquella barbarie. El otro era natural de Chachapoyas, y se llamaba Francisco Villanueva, del cual hablaremos despues. Con esta revolucion y otras que luego sucedieron, se perdió por entonces la conversion del dicho Cerro de la Sal.

Dice pues el mismo declarante, que pocos años despues (seria el año de 1645 poco mas ó menos) entró á la conquista del cerro de la Sal don Francisco Bohorques con treinta y seis Españoles; y que inmediatamente se apoderó de los tres pueblecitos que estaban en la ceja de la montaña, llamados Sibis, Pucará, y Collar. Estos solo estaban habitados en diversos tiempos del año de algunos indios y Españoles que tenian en ellos sus bocales, mientras duraban las cosechas, y despues se retiraban á Tarma dejando en cada pueblo tres ó cuatro indios. Este capitan Bohorques se hizo dueño de las sementeras impidiendo las cosechas con el pretesto de que era preciso mantener aquella gente. Con este motivo se levantaron contra él algunas quejas en la provincia de Tarma; por lo cual determinó internar al Cerro de la Sal. Al querer pasar el rio de Chanchamayo, le disputaron el paso una porcion de indios Andes, gobernados por un indio valiente llamado Santuma. Porfiaban los Españoles para tomar el vado con las armas de fuego, durando el combate toda una mañana, hasta que acertaron á herir al cabo de los indios, con lo cual suspendieron estos la pelea ofreciendo la amistad. Así pasaron los Españoles á la parte de Quimirí, y los indios rindieron la obediencia á don Francisco Bohorques. Entre los indios que disputaron el paso á los Españoles, estaba el ya mencio-

nado Francisco Villanueva, y como habia aprendido el idioma Ande, fue despues el mas confidente del capitan Bohorques.

Despues pasaron á Quimirí y al Cerro de la Sal, donde estuvieron algun tiempo servidos de los indios de todas aquellas inmediaciones y de otros muchos que vinieron á darle la obediencia. Al cabo de algunos meses salieron de la montaña á los pueblos de Vitoc y Sapo, que estaban en la ceja, y de allí se llevaron el ganado que pudieron encontrar, y algunas mujeres, y se retiraron á Quimirí, donde formaron poblacion y sementeras, pareciéndoles bien aquella tierra. Informado bien el superior gobierno de las hostilidades y altivezes de Bohorques y su gente, dió comision á don Juan Lopez Real, para que juntando de las provincias de Tarma y Jauja la gente que le pareciese necesaria, entrase á prender aquella tropa de levantados. Ejecutóse la espedicion; y aunque Bohorques vivia con las precauciones que pedia el estado de sus cosas, los del rey por medio de un indio infiel consiguieron coger las espaldas á los del partido de Bohorques, y prenderlos á todos, y remitirlos presos á Lima, donde despues de mucho tiempo fueron desterrados, y el dicho Bohorques y su confidente Villanueva fueron enviados á Baldivia.

Consta tambien de un memorial impreso, que en la corte de España presentó al rey nuestro señor el capitan don Andrés Salgado de Araujo, que el año de 1649 entró á la conquista del Cerro de la Sal, y que fundó en él una ciudad con el nombre de *San Miguel Arcángel*, donde habia cincuenta vecinos españoles, con todos los oficios de cabildo, y otros dos pueblos de indios convertidos; y que despues de dos años y medio por informes que tuvo el virey del Perú conde de Sal-

vatierra poco ventajosos al dicho capitan, mandó que saliesen de dicha montaña todos los Españoles. Con estas alteraciones estuvo esta montaña muy alborotada é incapaz de poder los ministros de Dios entrar á esparcir la semilla del santo Evangelio.

CAPITULO III.

Progresos y decadencia de las conversiones de Panataguas.

Aunque los fervorosos hijos del serafin Francisco vieron cerrada la puerta de la montaña por la parte del Cerro de la Sal, no tuvieron ocioso su infatigable celo; antes se aplicaron con mayor esfuerzo á ampliar las conversiones de Panataguas, donde consiguieron coger opimos frutos para las troges del cielo, y muchos fueron tan felices, que rubricaron las verdades de nuestra santa fé con la sangre de sus venas. Habianse estendido estas conversiones por medio de los indios Payanzos hasta las márgenes del rio Hachitea, y segun consta por relacion del reverendo padre fray Francisco Andrade, visitador general de dichas conversiones, por el reverendo padre comisario general fray Gabriel de Guillestegui, hecha en el año de 1662. Consta por dicha relacion que el año de 1657 el padre fray Alonso Caballero en una entrada que hizo por los Payanzos, llego á los Callisecas y Setebos, y aunque con poco fruto por entonces, con esperanzas de conseguirle dejó en aquellas naciones cinco religiosos, los dos sacerdotes y tres legos acompañados de doce espa-

ñoles, y ocho indios cristianos de Panataguas. Estos religiosos con su tolerancia y fatiga fundaron dos pueblos, y tenian ya reducida mucha gente; pero una parcialidad de Callisecas se amotinaron, y gobernados por un cacique acometieron á los dos pueblos, y mataron á los religiosos, á los españoles y á los indios cristianos, sin dejar alguno.

Consta tambien por la misma relacion, que el año de 1661 el padre prior fray Lorenzo Tineo, guardian de Panataguas, con un capitan nombrado por el superior gobierno, con veinte y seis soldados y doscientos indios cristianos de guerra, entró por la tierra de los Payanzos á los Callisecas, hasta las márgenes del Paro á Ucayale, y habiendo llegado á la nacion de los Setebos, en breve tiempo redujo á mas de dos mil almas en dos pueblos con sus iglesias y padron donde acudian todos á la doctrina. En este estado estaba aquella conversion cuando al guardian le fue forzoso salir á Guanuco á buscar socorro. Dejó alli á dos religiosos y á los soldados con su capitan; pero este enfadado del mal temple de aquella tierra, se salió con sus soldados. Viendo los Callisecas infieles lo indefenso que habian quedado los religiosos, incitaron á los Setebos á que los matasen; pero por consejo de un cacique lo dilataron para cuando volviese el guardian, para coger la herramienta que esperaban traeria. Cuando el padre guardian supo que se habian salido el capitan y soldados, receloso de algun mal suceso, se puso al instante en camino con el socorro de gente que pudo juntar. Halló toda la montaña alborotada y confederada con los infieles Callisecas, quienes acometieron un dia á los religiosos en el pueblo de la Exaltacion de Chupasnao, arrojando innumerables flechas y mechas de fuego para quemarles la morada, durando la invasion

desde la mañana hasta medio dia, que los religiosos se vieron obligados á quemar la iglesia, donde los infieles se resguardaban de algunas bocas de fuego que los indios cristianos tenian; con lo cual se retiraron los infieles dejando muerto á un indio cristiano, y herido de un flechazo al padre prior fray Francisco de Tomillosa, aunque la herida no fue de mucho peligro, por haber la flecha dado antes en un puntal, y venir de rechazo, con que en pocos dias se puso bueno.

Viendo el padre guardian que no podia sosegar á aquella gente bárbara, se salió con sus religiosos á las conversiones de Payanzos, llevando consigo mas de cien indios Setebos que voluntariamente le siguieron deseósos de ser cristianos; á los cuales repartió en los pueblos de las conversiones, y bautizó á muchos de ellos *in mortis articulo*, especialmente á los párvulos. De allí á poco tiempo salieron á la conversion de Payanzos treinta y cuatro Setebos, pidiendo á los padres que volviesen á sus tierras que ya estaban arrepentidos de lo que habian ejecutado, alegando que se habian movido á ello por instigacion de los Callisecas, que les obligaron con amenazas y contra su voluntad.

Tambien consta por declaracion tomada al padre prior apostólico fray Rodrigo Bazabil el mes de noviembre del año 1686, que el padre prior apostólico fray Alonso Caballero, con el capitan don Gerónimo Rojas y soldados el año de 1663, hicieron entrada por los Payanzos, y navegaron por el Paro á Ucayale, y redujeron á los Callisecas, en los cuales quedó de conversion el siervo de Dios fray Manuel de Biedma, como consta por la declaracion del mismo venerable padre, quien dice que estuvo allí algunos años, y que

se hallaba en dicha conversion el año de 1665, con pueblo formado é iglesia, donde estuvo despues cerca de tres años de conversor el padre fray Rodrigo Bazabil.

Pero como la nacion de los Callisecas estaba tan retirada de Tulumayo (que era la cabeza de las conversiones de Panataguas) los socorros eran escasos, y llegaban tarde; por lo cual el padre prior fray Rodrigo Bazabil desamparó aquella conversion el año de 1668 con tan desgraciado dejo, que confederados los Setebos y Callisecas hicieron una irrupcion á los venerables padres fray Francisco Mejía, presidente de las conversiones de Panataguas, fray Alonso de La Madrid, fray Alonso de Acevedo, lego y otros cuatro religiosos el año de 1670.

Antes de pasar adelante, se me ofrece desatar una duda, que se pudiera ofrecer: sobre qué nacion era esta de los Callisecas de la cual en los tiempos presentes no se halla noticia. Pero reflexionando sobre la descripcion de su territorio, infiero que son los que hoy se llaman Sipibos. Fúndome en que el referido padre visitador general dice que los Callisecas confinaban por la parte de la Pampa con la nacion de los Setebos; que era nacion numerosa y gente traidora, cuyas propiedades convienen hoy á los Sipibos. Y como en aquel tiempo habiéndose reconocido todas aquellas naciones, no se hace mencion de los Sipibos y al presente con la frecuente comunicacion de siete años, no se mencionan los Callisecas hasta que ahora se llaman Sipibos.

CAPITULO IV.

Segunda entrada de nuestros religiosos al Cerro de la Sal, y primera entrada á la montaña por Andamarca.

Con las fatalidades y muertes acontecidas en las conversiones de Panataguas, quedaron en grande consternacion, y no se tenian por seguros en ellas los operarios evangélicos; y por esta causa determinaron emplear sus fervores en otra viña, que pudiese dar el fruto correspondiente á los trabajos de los jornaleros. Dispusieron pues los prelados superiores de esta santa provincia de los doce Apóstoles, que supuesto que estaban sosegadas las turbulencias del Cerro de la Sal, se emprendiese la conquista espiritual de aquellas almas. Obtúvose licencia del superior gobierno para esta espedicion el año de 1671. Fue nombrado por presidente de ella el padre prior fray Alonso Robles, varon de espíritu apostólico, á quien acompañaron otros cuatro sacerdotes y dos religiosos legos. El señor virey conde de Lemus dió cuatrocientos pesos de limosna para ayuda de lo necesario para la entrada, y con otras limosnas que dieron los bienhechores, se aviaron de lo preciso para agasajar á los indios. Hízose la entrada

á fines del verano del dicho año de 1671, y aunque al principio tuvieron mucha dificultad para esparcir la semilla de la divina palabra, con la paciencia y tolerancia consiguieron ablandar aquellos racionales troncos, que atraidos del buen trato y de los agasajos de los padres, acudieron á recibir la luz del santo evangelio, con lo cual se bautizaron muchísimos párvulos, y tambien muchos adultos se bautizaron *in articulo mortis*. Y el año de 1673 se fundó en Quimirí por los misioneros un pueblo, que intitularon Santa Rosa, donde se avecindaron mas de doscientas almas de todas edades y sexos, y se iban cada dia agregando algunos de los indios Amages. Dejémoslos por ahora, que nos llama la atencion la conversion de Santa Cruz, cuya primera entrada á los Andes se hizo por la provincia de Jauja.

Hállase en dicha provincia en lo alto de la Cordillera de los Andes el pueblo de Santiago de Comas, curato entonces de nuestra seráfica religion, con dos anejos, el uno llamado Acobamba, y el otro Andamarca. Era en dicho tiempo cura de dicho pueblo el padre prior fray Alonso Zurbano de la Rea, varon verdaderamente apostólico, celoso de la conversion de las almas, y muy observante de nuestro seráfico instituto. Solian algunas veces por los veranos salir algunos indios Andes al pueblo de Andamarca, manifestando los muchos deseos que tenian de recibir el santo bautismo y salvar sus almas; y daban noticia de las muchas naciones que habitaban aquellas montañas. Deseaba el padre cura dar pasto á aquellas ovejas, que con tantas ansias le pedian; pero se oponia á sus deseos la aspereza invencible de aquella entrada, que si por todas partes la Cordillera de los Andes parece formada de Dios como fuerte muralla, que divide la sierra de la montaña,

por esta parte se hace insuperable, por la frialdad de tres rígidos ramos de cordillera, que desde el valle de Jauja se han de atravesar. Especialmente la hacian intransitable las muchas ciénegas que ocupan su distrito, siendo preciso andarse á pié (porque entonces se juzgaba imposible el poder hacer camino para caballerías) cargando en hombros la provision y ornamentos; y como en las heladas ciénegas se enterraban hasta las rodillas, de tal suerte espantaba á los que presumian transitar, que nunca se presumió que hubiera quien se atreviera á penetrar aquellas Punas sin quedar imposibilitado de volver.

Instado del deseo de la salvacion de aquellas almas el dicho padre cura de Comas, comunicó el negocio con el reverendo padre presidente de Quimirí, pidiéndole que enviase para dicha empresa algun ministro evangélico de fervoroso espíritu, ofreciéndose dicho padre cura á asistirle con cuantos auxilios le permitiese la doctrina, y que solicitaria todos los medios posibles para que no faltase cosa alguna al socorro de los seráficos operarios; asi lo cumplió con gran puntualidad asistiendo personalmente á la composicion de los caminos y conduccion de lo necesario para las entradas, esponiéndose á perder la vida en los muchos precipicios de aquella cordillera.

Para esta primera entrada fue electo el venerable padre prior fray Manuel de Biedma, varon apostólico, y antiguo conversor de los Panataguas; el cual cuando estuvo entre los Callisecas habia aprendido algunos vocablos de la lengua Ande, y ahora se ofreció á esta espedicion ansioso de ganar á costa de fatigas muchas almas para Dios.

Habiéndose dispuesto (por la solicitud del reverendo padre cura de Comas) todo lo necesario, asi de

bastimento como de herramientas y gente para la conduccion, salieron de Comas todos á pié el venerable padre Biedma con un religioso lego, llamado fray Juan de Ojeda, y dos hermanos donados el dia 11 de mayo del año de 1673, acompañados del padre cura y de muchos indios de Comas y Andamarca, hasta cuyo pueblo los acompañó el padre cura. Caminaron ocho dias con indecibles trabajos de las ciénegas, nieves, lluvias y precipicios, sin mas sustento que un poco de queso y algun maiz tostado. Despues de ocho dias de tan penoso camino, llegaron á la tierra ó montaña de los infieles, donde fueron recibidos con estrañas demostraciones de júbilo y benevolencia; especialmente del curaca ó cacique llamado Tonté (que despues de bautizado se llamó don Diego) quien regaló á los huéspedes con abundancia de frutas y de lo que produce aquel pais. El dia 18 de mayo llegaron á las rancherías del curaca Tonté, y habiendo cantado el *Te Deum laudamus*, adoraron todos á Jesus crucificado en una imágen que llevaba el venerable padre Biedma; y habiéndo colocado una grande y hermosa cruz en una plazuela, se tomó posesion de aquella tierra en nombre del rey y de la seráfica religion.

El dia 20 que era sábado y vigilia de Pentecostés, previno el venerable padre al cacique Tonté, que era preciso le hiciesen una capilla para celebrar el dia siguiente el sacrosanto sacrificio. Apenas conocieron la voluntad del siervo de Dios, cuando á porfía se dieron tal prisa en ejecutarla, que aquel mismo dia por la tarde tuvieron acabada una iglesia, que parecia obra de muchos meses. Aquella noche se estrenó con la salve y rosario á nuestra Señora, y el dia siguiente se cantó la Misa del Espíritu Santo, y esta fue la primera que se celebró en aquellas montañas. El siervo de Dios puso

por nombre á aquella primera iglesia y pueblo *Santa Cruz.* Durante la semana de Pentecostés recibia el venerable padre Biedma muchas embajadas de las naciones de aquellos contornos, que todas dieron la obediencia al rey nuestro señor, y se alegraban de tener en sus tierras ministros que les enseñasen la ley de Dios. El padre les regalaba algunas cosillas y cuchillos, que ellos apreciaban mucho, no perdiendo ocasion de predicarles el santo evangelio en lengua general, y algo que sabia de la lengua Ande, en cuyas pláticas aprovechó tanto el curaca Tonté, que pudo despues ser coadjutor del padre en la conversion de sus gentes.

Mucho sentia el comun enemigo verse despojado del imperio que tiránicamente habia poseido tantos años, y para estorbar el fruto de la divina palabra, instigó á las naciones del oriente, las cuales por tres veces enviaron embajada al cacique Tonté, con crueles amenazas para que echase de sus tierras á los Viracochas; y últimamente enviaron cuarenta indios fieros, robustos, pintados y armados mandando al curaca Tonté que matase á aquellos padres. El curaca defendia á sus huéspedes, dando razon de la causa de su venida con eficaces palabras. Duró la disputa toda una noche, y hubiera pasado á guerra formal, si Dios no les hubiera mudado á aquellos bárbaros los corazones; pero el venerable padre despues de haber encomendado á la divina Majestad en el santo sacrificio el remedio de aquella necesidad, salió á ellos, y les dijo cuatro palabras dictadas por el Espíritu del Señor, con las cuales desarmó su fiereza y enojo. Echáronse aquellos bárbaros á los piés del siervo de Dios, y le pidieron perdon, suplicándole que no se fuese, que el año siguiente vendrian por él para que les enseñase á conocer al

verdadero Dios. Abrazólos el venerable padre, y los regaló con algunas cositas que se habian traido para este efecto, y se volvieron muy contentos. De allí á pocos dias vinieron á dar la obediencia otras muchas naciones de la parte oriental.

Nota que aunque los indios que viven en estas inmediaciones tienen el nombre genérico de Campas, se distinguen por otros nombres tomados ó del paraje donde moran, ó de la propiedad de sus castas ó de sus parcialidades. Los que viven junto á la falda de la Cordillera, se llaman Andes. Los que primero vinieron á dar la obediencia, fueron los Pangoas, los Menearos, los Anapatis y los Pilcosumis. Despues vinieron los Satipos, los Capiris, los Cobaros y los Pisiataris. Despues que se apaciguaron los fieros embajadores, vinieron los Cuyentimaris, los Sangirenis, los Zagorenis, los Quintimirís y otros.

El venerable padre Biedma salió despues de algunos dias á visitar á las naciones circunvecinas, que por sus embajadores ya habian dado la obediencia, y aunque en dicha jornada padeció grandes trabajos, fue grande el gozo espiritual que tuvo, viendo la buena sazon en que se hallaba la copiosa mies que Dios le habia deparado. Y despues de haber dado á la divina Majestad las debidas gracias, determinó dar parte del estado de aquella conversion al reverendo padre presidente de Quimirí, pidiéndole operarios para que le ayudasen al cultivo de aquella viña del Señor.

CAPITULO V.

Entra el padre prior fray Francisco Izquierdo al pueblo de Santa-Cruz.

Aunque el venerable padre fray Manuel de Biedma conocia la grande falta que tenia de compañeros para dar pasto espiritual á aquellas almas, congojábale los trabajos que indispensablemente habian de padecer entrando por las Punas de Andamarca. Y consultando estas aflicciones con el curaca Tonté, le preguntó si se podia ir á Quimirí por la montaña sin salir á la Sierra. Respondió que bien se podia aunque con grande trabajo. Con esta noticia determinó de enviar á su compañero fray Juan de Ojeda á Quimirí, á participar el estado de aquella conversion, y lo que necesitaba para perfeccionarla.

Fué el dicho religioso acompañado de algunos indios de confianza que buscó el curaca Tonté, por dentro de la montaña al Cerro de la Sal, y desde allí á Quimirí con la buena noticia que llevaba. Fue recibido del reverendo padre presidente y demas religiosos con alegría espiritual, y habiendo conferido entre todos la materia, el dicho reverendo padre presidente remitió

á la conversion de Santa Cruz á los padres fray Francisco Izquierdo y fray Francisco Gutierrez, con los hermanos religiosos legos fray Juan de Ojeda y fray José de la Concepcion.

Embarcáronse los cuatro religiosos en las balsas en que habia venido la noticia; y el venerable padre fray Francisco Izquierdo no perdió instante de comunicar el fuego de amor divino que llevaba en su pecho, de dia en las balsas y de noche en los parajes que llegaban, pagando con dones espirituales los beneficios que recibia de aquella bárbara gente. Sucedióle en este viaje á este siervo de Dios un caso en que el Señor quiso manifestar las heróicas virtudes de este apostólico varon.

Llegó á hospedarse una noche al rancho ó habitacion de un indio gentil que estaba moribundo, y tenia copiosa familia; y como la caridad no sabe estar ociosa procuró aliviar al paciente con afectuosas palabras; y á introducirle con el agrado á la benevolencia y amor de la fé católica. Duró toda la noche en esta oficiosa tarea, y habiendo venido el dia, pareciéndole que seria grande omision el dejar aquella alma á peligro de perderse, despidió á los compañeros para que llegasen cuanto antes á ayudar al venerable padre Biedma, diciéndoles que en breve estaria con ellos. Quedóse solo entre aquellos bárbaros, hasta que consiguió el fruto de sus deseos, enviando al cielo á aquella alma con el santo bautismo. Y habiendo oido decir á aquellos indios que los de Quiringa eran muchas familias, deseoso de convertirlos á la santa fé, salió en busca de ellos solo con su bordon y breviario como apóstol del Señor, sin alforjas ni mas prevencion que las seguras esperanzas en la divina providencia.

Penetró aquellos montes siguiendo veredas de anima-

les, y habiendo perdido el camino que debia haber llevado, anduvo errante un mes entero por lo intrincado de aquella montaña. Si alguna vez encontrába con algunos indios, les predicaba la ley de Dios; pero ellos como bárbaros y mas crueles que los tigres, le pagaban este beneficio con arrojarle á los montes para que fuese pasto de las fieras. Referia este siervo de Dios que varias veces encontró tigres, culebras, víboras, y otras sabandijas de que abundan las montañas, y que nunca permitió el Señor que le hiciesen daño. Donde le cogia la noche, se ponia en oracion, y despues tomaba algun descanso sobre el duro suelo, que por allí casi siempre está manando agua.

Una noche se echó á dormir en un terreno algo alto para sentir menos la humedad, y aconteció ser un hormiguero, de una especie de hormigas tan voraces, que cuanto encuentran de carne en breve tiempo la dejan en el hueso ó espina, sin que se escape de su pronta cuanto violenta fiereza, ni el tigre mas feroz, ni la mas arriscada culebra; porque son tantos los millares de ellas que hacen presa, que por mas resistencia que hagan, luego á poco rato quedan vencidas y devoradas. Sintiendo las hormigas el peso del nuevo huésped que dormia sobre sus casas, salieron á millares, y á breve rato redujeron á hilachas el tosco sayal de una túnica que cubria sus carnes. Pero nuestro soberano Dios que impidió á los hambrientos leones el que tocasen al santo profeta Daniel, dispuso que estas voraces hormigas en llegando á la carne del siervo de Dios, venerando su virginal pureza, se retirasen reverentes á su retrete. Despertó el venerable padre al amanecer, y hallándose casi desnudo, reconoció la divina providencia que le habia librado de aquellos animalejos; y puesto de rodillas, dió las debidas

gracias á Dios alabando sus misericordias, y despidiéndose de sus atentos huéspedes, prosiguió su peregrinacion.

¡ Oh maravillas de la omnipotencia! ¡ Bendita sea para siempre la soberana majestad que es obrador de grandes portentos ! ¿ Quién pudo defender la vida de este humilde cordero, metido entre tantos carniceros lobos? Pues si los racionales le arrojaban á las fieras, estas supieron venerar su inocencia. ¿ Cuántas veces lo arrojaron los bárbaros de sus albergues, unas á palos y otras á empellones, para que pereciese por aquellos montes, ó anegado de las lluvias (que en todo el año son frecuentes en la montaña) ó devorado de las sabandijas ? Pero todas las aguas de las tribulaciones no podian apagar el incendio de aquel enamorado corazon deseoso de padecer mas por Dios, y ganar almas para el cielo. No fue menor maravilla de la divina providencia conservar la vida á este fiel siervo suyo en medio de tantos trabajos, molestado de la hambre, fatigado de los caminos, desgarrado su cuerpo de las innumerables espinas que visten los mas de los árboles de aquellos montes, sin mas sustento que algunas raices ; pues instado de su prelado el venerable padre Biedma, dijo que solamente en su mayor necesidad se atrevió á coger de una chacara una mazorca de maiz, y que de ella comia todos los dias cinco granos y no mas en reverencia de las cinco llagas de nuestro soberano Redentor.

Admirable fue la constancia de este siervo del Altísimo. Solamente la consideracion de verse perdido por aquellos montes con la túnica mojada, y tan raida, sin tener avios con que encender fuego para consolarse en la horrorosa soledad de las noches, y el ruido de las fieras (que aun á los que están en sus casas asom-

bran) eran motivos bastantes para hacer desfallecer el ánimo mas valiente. Pero como el siervo de Dios tenia puesta en el Señor toda su confianza, estaba muy seguro en medio de los peligros.

Cerca de un mes habia que andaba errante por aquellos montes, cuando encontró con un indio de los muchos que habia despachado en busca suya el venerable padre fray Manuel de Biedma, y casi tenian perdida la esperanza de encontrarle. Saludóle el indio, y viéndole en tan estrema necesidad, le ofreció una pierna de puerco montés, un pedazo de mono asado, pescado, y lo demas que traia para su provision; pero el siervo de Dios no quiso tomar cosa alguna por ser aquel dia sábado, y tener devocion de no tomar alimento alguno corporal en los sábados en obsequio de la Vírgen María nuestra Señora. Solo admitió que le guardase un pescadito y una yuca, con lo cual se sustentó tres dias que tardó en llegar al pueblo, adonde los compañeros habian llegado habia cerca de un mes.

No es fácil describir los afectos de admiracion, compasion y lástima que la vista de este santo varon causó á los demas religiosos. Llegó tan desfigurado, pálido, flaco y macilento, que parecia un esqueleto mal cubierto con unas hilachas de sayal, todo el cuerpo lleno de llagas de los arañazos de las espinas, y enconadas con la humedad continua. Púsoles en cuidado á los religiosos el restablecer una vida y salud tan estenuada; pero el siervo de Dios, deseoso de padecer mas, y tener que ofrecer á la divina Majestad en los dolores de sus llagas, no quiso admitir medicina alguna de las muchas que traian los indíos de yerbas y otras cosas medicinales (de que abundan las montañas, única botica de sus moradores), seguro de que Dios solo era su médico y medicina. Así lo esperimentaron des-

pues ; porque sin aflojar de sus espirituales ejercicios, ni dispensar en lo áspero de sus penitencias, acudia infatigablemente á las tareas de catequizar y enseñar á los muchachos, aplicándose con esmero continuo á aprender la lengua Campa. Atareado pues á todos los dichos ejercicios, convaleció perfectamente á los ocho dias, sin quedar en su cuerpo llaga alguna, y con mucha robustez y fervor para emplearse en beneficio de las almas.

Desde que habian llegado á Santa Cruz los compañeros del venerable padre Izquierdo, y mucho mas despues que llegó el dicho siervo de Dios, se atendió á repartir por semanas la tarea de catequizar á los indíos, para que los demas operarios se ocupasen en aprender el idionna del pais, en lo cual se trabajó con tanto teson que no les quedaba tiempo para descansar un rato. Con esto consiguieron aprenderle de tal suerte, que á los seis meses ya estaban aptos para predicar en aquella lengua. Despues se entendió en formar catecimo, arte, vocabulario y manual para la administracion de los santos sacramentos. Despues se tradujeron en dicho idioma las oraciones, himnos y cánticos que en la lengua general compuso nuestro ilustrísimo Oré, como tambien el interrogatorio para confesar, y otras obras muy útiles para aquella nueva cristiandad.

Felizmente caminaba la doctrina de la católica fé en el pueblo de Santa Cruz, pues no solamente los moradores inmediatos, mas tambien algunos bien remotos, dejando las naturales conveniencias de sus casas, se venian á Santa Cruz para aprender la doctrina cristiana, á la cual asistian con tanta puntualidad, que el gozo de su aprovechamiento templaba la molestia de su continua asistencia; pues estaban todo el dia repitiendo la doctrina, de suerte que á los tres meses ya

los mas sabian las oraciones, y los niños (como materia mas dispuesta) sabian el catecismo y lo principal de la doctrina cristiana: muchos sabian ayudar á misa, y algunos himnos que se cantaban al elevar la adorable Eucaristía, como el *Pange lingua*, y el *Sacris solemniis*. Tan fervoroso era el deseo que tenian de aprender, que cuando algun padre conversor por modo de recreo cantaba el *Gloria* ó el *Credo* (juzgando ellos que cuanto cantaban los padres era doctrina cristiana y necesario para ser bautizados) en oyéndolo los muchachos, al instante se avisaban los unos á los otros gritando: *Achuqueri Dios*, *achuqueri Dios*, que quiere decir: *á rezar, á alabar á Dios*, y de esta suerte llegaban corriendo á donde estaban los padres acompañándoles devotamente, y repitiendo lo que oían: y á muchos de ellos se les quedó en la memoria el *Gloria* y el *Credo* en latin.

CAPITULO VI.

Fidelidad con que los indios Andes se portaban con los padres conversores.

Aunque el reverendo padre fray Alonso Zurbano, cura del pueblo de Santiago de Comas, procuraba socorrer á los padres conversores de Santa Cruz de todo lo que discurria ser necesario, dificultaba la consecucion de su buen deseo lo dificil de los trasportes por causa de la aspereza intransitable de los caminos ; por cuyo motivo muchas veces padecian los dichos padres conversores necesidad y falta de muchas cosas pertenecientes al ministerio y aun al sustento. Viendo los indios Andes este trabajo, se aplicaron por familias y naciones (alternando sus tareas) á abrir nuevos caminos con incansable fatiga, ya rompiendo quebradas, y vadeando rios, ya cortando gruesos árboles para formar puentes ; pero al llegar á la Puna, era su mayor tormento, porque como estaban habituados á los calores de la Montaña, al llegar á los temperamentos frios desfallecen y enferman. Y como su abrigo era solo una *cruzma* (que es como una camiseta de algodon,

apenas llegaban á los altos de la cordillera, comenzaban á tiritar, faltándoles muchas veces el consuelo de encender fuego, porque los continuos aguaceros no dejaban tronco enjuto, y en los altos no se encuentra leña alguna.

Ordinariamente acompañaba á estos indios el venerable padre fray Manuel de Biedma, alentándolos con fervorosas pláticas, y compadeciéndose de sus fatigas. ¿Cuántas veces llegaban aquellos pobres indios mojados de los aguaceros á aquellas Punas, sin tener para su descanso mas cama que las heladas ciénegas? ¿Cuántas ocasiones les cogieron en dichos parajes rigurosas nevadas, cuyo frio les ponia á término de espirar, llorando como niños, y atravesando de compasion el corazon del siervo de Dios, quien pedia al Señor misericordia para aquellas pobres almas? Algunas veces les repartia algunos cigarros para que con su poco de calor templasen la rigidez de los páramos; pero en algunas ocasiones se hallaban con los dedos tan engarrotados, que no podian valerse de ellos, y se valian de las muñecas para suplir su falta.

En cierta ocasion que salia el dicho venerable padre con treinta y seis indios Andes, fue tal la nevada que les cogió, que apenas pudieron ampararse para su abrigo de una especie de cueva, donde estuvieron veinte y cuatro horas que duró la nevada oprimidos sin poderse sentar ni recostar por la corta capacidad del sitio. Y no fue poca fortuna el haber encontrado la dicha cueva para su refugio; pues muchas veces les era forzoso sufrir los rigores al descubierto.

A estas penalidades se agregaba la penuria de las comidas, que ordinariamente era algun maiz tostado, y á veces les faltaba en algunos parajes donde era imposible el remedio, y les era preciso engañar la ham-

bre royendo raices de árboles y yerbas. Ocasion hubo en que llegó el venerable padre Biedma con mas de cuarenta indíos á los altos de la Puna, á un paraje donde el padre cura de Comas habia mandado fabricar una casa para abrigo de los que por allí transitaban; y para mayor defensa de los frios, les habian hecho su puerta del pellejo de un toro que allí mataron. Llegaron todos tan faltos de sustento, que entre todos no habia ni un puñado de maiz ni otra cosa de comida, y fue preciso apelar al pellejo de la puerta que repartido entre todos, puesto en remojo y cocido sirvió de alimento para mantener la vida tres dias que allí estuvieron, hasta que de Andamarca les trajeron socorro, pues de otra suerte hubieran perecido, por ser tal la flaqueza y debilidad en que se hallaban, que era imposible dar un paso.

A este continuo trabajo (que duró todo el primer verano) asistian todos los indios gentiles, con tal fervor y alegria, que causaba admiracion á los padres conversores. Y considerando el venerable padre Biedma el dedo de Dios en esta obra, no cesaba de alabar á la divina Majestad, viendo á unos indios bárbaros, criados en ociosidad, teniendo en su tierra el regalo que apetece su rustiquez, en la abundante pesca de sus rios, frutas de los montes y fáciles sementeras, y que no aspiran á mas que á pasar alegremente su vida, esponerse á tantos trabajos y peligros para conseguir la de sus almas, pues no solamente padecieron dichas penalidades en aquel primer verano, mas tambien despues les era preciso el salir á Andamarca por las herramientas necesarias, asi para los del pueblo, como para obsequiar á los indios forasteros que venian á aprender la doctrina, llevar los socorros necesarios á los padres conversores, sacar á la sierra á los

religiosos que enfermaban en la montaña, que por ser el temperamento muy húmedo y cálido, es muy enfermizo para algunas complexiones. Y aunque los padres conversores escusaban lo posible estos trabajos, la necesidad les compelia á tolerarlos, pues aunque conocian y admiraban la fineza de aquellos indios, recelaban que finalmente llegarian á aburrirse abrumados del trabajo, y amedrentados de las enfermedades que contraian en dichas salidas, de las cuales se morian algunos.

Maravillábase el venerable padre Biedma (que como he dicho, casi siempre iba con ellos á estas faenas) de la constancia y tolerancia de aquellos bárbaros, y viendo por esperiencia los grandes trabajos que pasaban, decia entre sí: « No es el menor milagro de la divina providencia el disponer que estos bárbaros no nos hagan pedazos con sus flechas, para volverse á gozar con quietud y sosiego del ocio y recreo de sus antiguas conveniencias, y dejarse de padecer tantos trabajos y enfermedades. » Finalmente solo Dios nuestro Señor movia sus corazones, para que tan á costa de fatigas admitieran el santo Evangelio.

A principios de setiembre, cuatro meses despues de haber entrado los religiosos á la montaña, se encendió en el pueblo una epidemia tan activa, que en tres meses que duró, se llevó setenta almas para el cielo, los mas de ellos eran párvulos. Esta es la mayor fatalidad que sucede en la montaña casi siempre que se mudan las estaciones de los tiempos; porque como casi todos los indios no tienen caridad, aborrecen á los enfermos, y los desamparan por el miedo de que se les pegue la enfermedad. Por lo cual cuando comienza alguna epidemia, todos se van á los montes, donde viven separados por familias, y sí allí caen enfermos, los dejan

estar sin mas asistencia que dejarles un poco de chicha y algun plátano asado. En la epidemia que por este tiempo sucedió en Santa Cruz, fue tal el temor de los indios, que de mas de trescientas almas que habia en el pueblo, solamente quedó un indio que asistiese á los padres, pues hasta el curaca ó cacique Tonté se retiró al monte con toda su familia.

No es fácil dar á conocer lo mucho que trabajaron nuestros religiosos en esta epidemia, pues continuamente andaban por aquellos bosques buscando adonde habia enfermos para catequizarlos, asistirlos y últimamente auxiliarlos con los santos sacramentos. Muchas veces era forzoso andar tres ó cuatro leguas para asistir á algun enfermo en aquellos montes; de suerte que aunque hubieran sido muchos los operarios evangélicos, habia bien que trabajar para todos. Ocasion hubo en que avisaron á los religiosos, que un indio infiel se hallaba arrojado en el monte distante tres leguas del pueblo, por haberse quebrado una pierna; y como los indios huyen de los enfermos, fueron por él los religiosos, y penetrando la intrincada maleza, le cargaron sobre sus hombros en unas andas ó barbacoa, pasando arroyos con el agua á la cintura, y á veces mas arriba. Tardaron en llegar al pueblo con el enfermo tres dias, llegando los religiosos tan estenuados y necesitados como el doliente, porque como salieron repentinamente impelidos de la caridad, no se cuidaron de llevar provision de comida, discurriendo que aquel mismo dia podrian estar de vuelta. Muchos prodigios sucedieron en esta conversion por este tiempo, que manifiestan cuán del agrado de Dios era aquella su nueva viña. De ellos hablaré en el capítulo siguiente.

El dia de la Purísima Concepcion de la vírgen María nuestra Señora hicieron los religiosos procesion de

rogativa, pidiendo á Dios nuestro Señor por intercèsion de su Madre purísima fuese servido de mandar cesar la tempestad de la epidemia, y su divina clemencia quiso darse por obligado de las súplicas de sus siervos; pues con los exorcismos que trae el Breviario, cesó la pestilencia, purificándose el aire, con lo cual en breve tiempo se restituyeron los indios al pueblo. Los religiosos atendieron con vigilancia en reparar las quiebras que habia padecido aquel rebaño del Señor, al cual andaba acechando el lobo infernal, pues durante la epidemia varias veces vieron á un indio viejo, que nadie conocia (seria el demonio en su forma) el cual andaba por aquellos montes, diciendo á los indios, que aquellos padres traian las enfermedades, que sin duda moririan todos los que siguiesen su doctrina, que los despidesen ó los matasen, y se volviesen á su antigua libertad.

Con la duracion del invierno se esperimentó la mala situacion que tenia el pueblo, por estar colocado en una hoyada, cercada de cerros que impedian la ventilacion, y con las continuas lluvias estaba aquel suelo cenagoso, por cuyo motivo y por la pasada epidemia rehusaban los indios juntarse á él, y tambien los forasteros no se atrevian á llegar de miedo de caer enfermos. Resolvióse mudar el pueblo á otro paraje mas sano, en cuya busca hizo estraordinarias diligencias el curaca Tonté. Hallóse como lo deseaban en una loma de Pajonal, capaz, despejada y enjuta por su altura, libre de sabandijas ponzoñosas, y ventilada con los aires de la sierra, que con su frescura templan los calores de la montaña. Pasaba por junto á ella el rio de Mazamarique, copioso de buena agua y algun pescado. Trabajóse con tanta actividad en la fábrica del pueblo nuevo, que en menos de tres meses estaba hecha

la glesia, casa capaz para los religiosos, y casas para todas las familias. Asistia siempre á las fábricas el curaca Tonté con sola su gente, sin permitir que trabajasen los forasteros porque no se entibiasen sus fervores.

CAPITULO VII.

De algunos prodigios que sucedieron en la conversion de Santa Cruz.

Al solícito cultivo de tan celosos operarios del santo Evangelio concurrió la divina piedad, dándoles el consuelo de lograr opimos frutos con maravillosas circunstancias. Poco menos de tres meses habia que estaban nuestros religiosos en aquella montaña, y ocupados en aprender el idioma Campa, ó del pais, cuando una siesta desde su morada oyeron un grande alboroto en el pueblo así de hombres como de mugeres; y averiguado el motivo, supieron que era por el sentimiento de una criatura muerta, á la cual ya habian arrojado al monte. Lastimado del caso el venerable padre Izquierdo (que era semanero) soltando de la mano la pluma, se levantó presuroso diciendo: « *vagan, tráiganla, que quizá no estará muerta,* » y prestándole alas su fervor, llegó el primero al paraje donde la criatura yacia arrojada. Seguíanle los demas religiosos, prevenidos de un jarro de agua, por si acaso podia alcanzar el santo bautismo. Cogió el siervo de Dios en sus brazos la criatura, y

suspirando levantó al cielo sus ojos, como pidiendo al Señor el alma de aquel cuerpo, para volvérsela mejorada. A este tiempo llegaron los demas compañeros, y vieron que la criatura abrió sus ojos, y parecia que meneando los labios pedia el remedio de su alma. Los religiosos daban prisa para que desde luego se bautizase; pero el venerable padre Biedma como prelado mandó que se llevase á la iglesia para hacer el bautismo con solemnidad, para que entre aquellos indios consiguiese las veneraciones posibles. Fue tal el gozo que recibieron todos, que acudiendo á la iglesia, casi todos pedian de rodillas el santo bautismo. Y respondiéndoles el padre que era necesario antes saber la doctrina cristiana, algunos que ya la sabian, respondian « *ya yo sé, bautízame á mí.* » Fue preciso advertirles que era menester saber otras oraciones y obligaciones para poder ser cristianos. Confirióse el bautismo este dia (que era víspera de la Natividad de nuestra Señora) á un adulto que de un accidente repentino se estaba muriendo, y con ansias pedia ser cristiano, y aquel mismo dia entregó su alma á Dios. Este indio se habia manifestado muy afecto á los religiosos, y todos los dias les traia de lo que por su industria alcanzaba de caza ó pesca, y el Señor le premió su caridad, siendo la primicia de esta conversion, porque la niña vivió cinco meses. Procedian los padres con cautela en no conferir el bautismo fácilmente, haciendo que los indios lo deseasen mucho, para que hiciesen el aprecio debido de la dignidad de ser cristianos.

Sucedió despues la epidemia que dejo referida, en la cual acontecieron varios prodigios. Referiré algunos, para que no se queden en olvido. Sea el primero de un muchacho de diez á doce años, tan inclinado á lo bueno, que era de los primeros que acudian á la doctrina:

y aun en su gentilidad era tan devoto de nuestra Señora, que enamorado de los elogios que oia á los religiosos, no faltaba tarde alguna á rezar el rosario en su compañía, y algunas veces asistia tambien á la disciplina. Un dia estando en el monte con sus padres, repentinamente le acometió un accidente tan estraordinario, que arrebatado, como furioso endemoniado, se arrastraba por aquellas malezas, haciéndose pedazos no solamente entre las espinas, palos y troncos, mas tambien con sus propias manos, uñas y dientes, arrancándose la carne con rabiosos bocados. Ademas de esto, eran tales los gritos y aullidos que daba, que atemorizaba á los circunstantes. Hubiéranle desamparado (como es costumbre entre ellos) si no temieran disgustar á los padres que ya tenian advertido que no desamparasen á los pobres enfermos. Lleváronlo al pueblo atado de piés y manos en una barbacoa con un pedazo de palo en la boca, al cual tenia tan agarrado con los dientes, que por demas estaban las ligaduras. Conpasivos y condolidos los religiosos, le desataron ; pero fue lo mismo que desatar una fiera, y á no haber acudido tanta gente, fuera imposible volverlo á atar. Disponian los padres el bautizarle por la esperiencia que tenian de su devocion y fervor; pero haciendo reflexion que quizá estaria obseso, determinaron exorcizarle, y al comenzar los exorcismos, volvió el muchacho el rostro, y mirando afectuosamente al sacerdote, dijo : « *Pabba, Pabbate nazanganiqui, non intero cristiano, puga pana cristiano* ; » que quiere decir : « Padre padre de mi corazon, quiero ser cristiano; hazme cristiano. » Los religiosos al paso que deseaban la salud espiritual de aquella alma, fue tan grande el gozo que tuvieron de oirle pedir el santo bautismo, que lloraron de alegría, y quitándoseles todo escrúpulo, le dijeron : « *eso queremos,*

eso deseamos. » Bautizáronle y creció mas la admiracion, pues luego quedó sano, y tan fuerte como si no huviera tenido accidente alguno, y al otro dia acudió á todos los ejercicios espirituales que los demas dias, y perseveró fervoroso lo que le duró la vida, que fue poco mas de un año, sirviendo de estímulo á los demas muchachos, para que aprendiesen bien la doctrina cristiana, y fuesen muy devotos de María santísima nuestra Señora.

El siguiente suceso pasó en presencia de cinco religiosos. A la una de la noche avisaron á los padres que se estaba muriendo una india gentil adulta. Al instante fueron todos llevando consigo el jarro de agua (que siempre se tenia prevenido en lugar determinado para estas ocurrencias) y hallaron á la paciente sin sentido y con varios parasismos, habiendo al anochecer asistido sin novedad en la ramada de la iglesia á la doctrina con la demas gente. El venerable padre Biedma pidió á los compañeros que la encomendasen á Dios, y viendo que no daba esperanzas de volver en sí, determinó bautizarla; y al levantar el brazo para ejecutarlo, la india abrió los ojos, y mirando al siervo de Dios, dijo: « *Pabba, non intero cristiana,* » que quiere decir: « Padre, yo quiero ser cristiana. » Deteníase el venerable padre instruyéndola en los misterios de nuestra santa fé, y volviéndole á mirar le dijo: « *Bautízame, padre, que ya me muero.* » Bautizóla, y al instante espiró, volando su dichosa alma á las moradas celestiales á alabar á Dios.

Al padre fray Francisco Gutierrez llamó en cierta ocasion una india, á quien el prolongado accidente que padecia habia dado tiempo y lugar suficiente para catequizarla. En dicha ocasion pedia la enferma con devotas instancias al dicho padre le concediese el santo bautismo, porque conocia que se moria. Rehu-

sábalo el sacerdote, porque ni el semblante ni el pulso daban indicios de acabársele la vida. Consolábala, y le esplicaba los misterios de la santa fé, para que con mas fervor recibiese el santo bautismo. Instaba la india con lágrimas diciendo que sin duda ya se moría. Los demas religiosos que se hallaban presentes, movidos de aquella fervorosa instancia, dijeron: «bautícese, que puede ser que se muera.» Condescendió el sacerdote, y acabada de bautizar cruzó la india los brazos, levantó los ojos al cielo, y diciendo Jesus espiró, pasando su dichosa alma al descanso eterno.

Recien entrado á la conversion de Santa Cruz el padre fray Esteban de las Eras, volviendo un dia de visitar á los enfermos, vió á una criatura de cuatro años que echada en brazos de su madre, significaba con gritos el desmedido dolor de cabeza que habia media hora que le afligia. Apenas se acercó el padre sacerdote, soltando á su madre, se abalanzó al padre agarrándole del hábito y cuerda, y llorando á voces decia: «*noquiemam, noquiemam,*» que significa: «tengo sed;» y repetia esto con grandes instancias. El religioso no entendia el idioma ande, y admirado preguntó al venerable padre Biedma, qué era lo que decia aquel angelito. Dijole que decia tengo sed. Ofreciéronle varios géneros de bebidas que se hallaban por alli; agua fria, caliente, chicha de varias especies, y de todo no hacia mas que probar, y arrojarlo volviendo á repetir: *noquiemam*: tengo sed. Afligíase la compasion viendo que con nada se satisfacia aquella ansia, ni tomaba la necesidad el remedio en lo mismo que pedia. Entregáronsele á su madre, y fue necesario usar de violencia para desasirle del hábito, y aun llevándole su madre volvia el rostro á los religiosos, repi-

tiendo á gritos su tema. Esto sucedió á las cinco de la tarde, y despues de media noche llamaron á toda prisa. Corrió en alas de su caridad el venerable padre Biedma prevenido con agua, discurriendo que seria para otro (porque habia muchos enfermos) y halló al angelito muy lánguido. Bautizólo poniéndole por nombre Ventura, y fue tal la suya que al instante espiró, y se fue á alabar á Dios. Entonces conocieron los religiosos que la sed que manifestaba aquel angelito no era material, sino espiritual del santo bautismo. En prueba de lo cual se observó que á su madre y á la demas gente solo decia á gritos: *¡ay, ay!* quejándose de su dolor; pero á los religiosos *tengo sed,* como conociendo aquella alma que solamente ellos por entonces podian darle lo que su necesidad pedia con tanto anhelo.

No fue acaso lo que sucedió con otra criatura de ocho meses. Estaba esta en el regazo de su madre, quien se hallaba oyendo la doctrina; y forcejando con los bracitos, y con lágrimas consiguió que su madre le bajase al suelo; y apenas se vió en él, cuando gateando se fué adonde estaban los religiosos (que habria como ocho varas) y llegándose al padre semanero se agarró del hábito y cuerda entreteniéndose con especial contento, de suerte que admiraba á los circunstantes. Penetrando el padre semanero aquel que parecia acaso, dijo á los compañeros: « Este angelito se quiere ir al cielo. Este venirse á mí, esta risa, estos gorgeos piden el agua del santo bautismo. » ¿ Cómo puede ser (replicaron) si está buena y sana, y tan alegre? No se engañó el padre semanero; pues apenas aquella criatura en brazos de su madre llegó á su casa, le dió un accidente tan repentino, que el estar sobre aviso fue ocasion á que con tiempo recibiendo el

santo bautismo, fuese aquella alma á ver á Dios, para alabarle y gozarle eternamente.

Otros muchos prodigios refiere el venerable padre Biedma sucedidos en esta conversion, que omito referir por no alargar este compendio. Pero no puedo omitir el siguiente, aunque sucedió un año despues del tiempo en que vamos hablando. Reconociendo los caminos que habia desde el pueblo de Santa Cruz á Andamarca, iban en una ocasion el reverendo padre fray Alonso Robles, presidente de las conversiones de esta montana; el venerable padre Biedma, y el hermano Andrés Pinto, con cuarenta indios gentiles, que iban guiando y abriendo camino, cuando llegaron á unos Pajonales, desde los cuales se divisaba la sierra, y prometia fácil camino para ella. Levantóse una voz entre aquellos bárbaros diciendo, que en aquellos Pajonales habia culebras y víboras; y aunque los padres podian animarlos á seguir adelante por el buen camino que ofrecian, movidos de superior impulso condescendieron con los indios, quienes retrocedieron casi al opuesto del camino comenzado. Caminaron todo el dia sin camino ni vereda, por quebradas no conocidas, pasando varios arroyos. Al anochecer llegaron á unas chacaras viejas de algunos indios de la comitiva, que las habian desamparado algun tiempo habia para irse á vivir á Santa Cruz y aprender la ley de Dios. Como los indios hallaron bastimento de montaña, luego se dispusieron á componer su cena. Pareció acaso el preguntar los padres si por alli habia gente. Y fue altísima providencia, pues sabiendo que á una legua de allí habia algunos indios gentiles; sin tomar alimento alguno pasaron allá con algunos indios de mas confianza. Llegaron al cerrar la noche á una ramada, donde estaba un indio enfermo, aunque

parecia no estar muy fatigado; pues se levantó para dar á los padres el mejor lugar de la ramada.

El padre presidente fray Alonso de Robles era de tan activo espíritu, que siempre que iba de camino le parecia que le llamaban para auxiliar ó bautizar á algun enfermo; y con esta imaginacion animaba el desaliento, desterraba el cansancio, caminando siempre por delante, y sin que le embarazase cuesta ó aspereza, llegaba siempre el primero á qualquier parte. En esta ocasion logró el cumplimiento de su bien formado dictámen, y la consecucion de sus deseos; pues cuando llegaron el venerable padre Biedma y los indios, ya tenia instruido al enfermo en el conocimiento del verdadero Dios y necesidad del bautismo. A que respondió el indio con grande afeto, devocion y ternnra, que queria ser cristiano y deseaba ver á Dios que por estar enfermo no habia ido al pueblo para que lo enseñasen, pues lo habia deseado mucho. El venerable padre Biedma (como mas instruido en la lengua Campa) lo catequizó é instruyó muy bien en todos los misterios necesarios para ser bautizado, y todo lo abrazaba el indio con devocion y especial voluntad, y él propio instaba al padre que le repitiese la doctrina. En esto se emplearon los padres hasta la media noche, sin admitir descanso alguno; y á dicha hora lo bautizó el reverendo padre presidente. Descansaron despues á ratos alternándose, ayudando y fervorizando al enfermo; y al amanecer viendo que se hallaba fatigado, le cantaron el *Credo*, y al *Incarnatus est*, voló al cielo aquella dichosa alma.

¡ Oh amor immenso de Dios ! ¡ Venerados sean sus altísimos juicios! ¡ Cuánto hace su divina bondad para salvar á un alma! Verdaderamente aquel indio viviria ajustado á la ley natural, pues Dios le facilitó su salvacion á costa de prodigios. A las ocho de la ma-

ñana dieron sepultura al difunto cadáver, y pusieron junto á él una cruz grande. La familia del difunto, que eran diez almas, aficionados de la caridad de los padres, se fueron con ellos, y habiendo llegado al paraje donde habian quedado los demas indios, descansaron aquella tarde, y al otro dia prosiguieron el camino por los mismos Pajonales que habian desechado sin encontrar inconveniente alguno.

CAPITULO VIII.

Martirio del venerable padre fray Francisco Izquierdo y compañeros.

Despues que hubo cesado la epidemia en el pueblo de Santa Cruz, y que este se transfirió á mejor sitio, aunque se habia trabajado mucho en aderezar los caminos hasta Andamarca; siempre quedaba en su punto la dificultad de atravesar las rígidas Punas. Y como el venerable padre fray Francisco Izquierdo y los compañeros, que con él habian venido desde Quimirí por la montaña, habian reconocido la mucha gente que habitaba aquel espacio intermedio; consultaron los religiosos entre sí, si seria conveniente el fundar un pueblo en la mitad de aquel tránsito, recogiendo toda aquella gente esparcida; pues con eso se podian socorrer y dar la mano mútuamente desde Quimirí sin transitar las Punas y ciénegas de la Cordillera. Resolvióse que el venerable padre fray Francisco Izquierdo pasase á Quimirí por la montaña á dar parte de lo que parecia convenir al reverendo padre presidente fray Alonso de Robles, y se estuviese á su resolucion.

Apenas comenzaron á menguar las lluvias, salió el

venerable padre Izquierdo para Quimirí el mes de marzo del año de 1674 con algunos indios de confianza que le dió el curaca Tonté. Fue recibido del reverendo padre presidente y demas religiosos con caritativas demostraciones de benevolencia, y habiendo conferido la materia de su viaje, antes de tomar resolucion en negocio de tanta importancia, el reverendo padre presidente determinó entrar personalmente á Santa Cruz por la montaña, y reconocer por sí mismo los inconvenientes y utilidades que podia tener la nueva conversion ó pueblo premeditado. Hizo su entrada el mes de abril del mismo año, y acompañado de los mismos indios que habian acompañado al venerable padre Izquierdo. Y habiendo reconocido toda aquella montaña, las gentes que en ella habitaban, y la nueva poblacion de Santa Cruz, quiso salir por Andamarca, para esperimentar lo penoso de aquel camino; lo cual consiguió muy á su satisfaccion. Y habiendo descansado algunos dias en Santiago de Comas, se volvió por Tarma á Santa Rosa de Quimirí.

Habiendo conferido los religiosos que se hallaban en Quimirí el modo mas conveniente para socorrer y darse la mano la conversion de Quimirí con la de Santa Cruz, en atencion á la mucha gente que el reverendo padre presidente habia visto en el intermedio, y que todos pedian padres para ser enseñados y ser cristianos, se determinó que el nuevo pueblo se fundase en Pichana, distante veinte y cinco leguas de Quimirí por el rio de la Sal abajo (aunque se caminaban cuarenta leguas) y que se procurasen congregar en él los muchos indios que estaban esparcidos por aquellos montes; pues estando á la mitad del camino de Santa Cruz, era fácil el poderse socorrer mútuamente.

Fue electo para esta espiritual conquista el venerable padre fray Francisco Izquierdo, y en su compañía fué el hermano tercero Andrés Pinto. Bajaron al rio, acompañados de todos los religiosos, y habiéndose tiernamente despedido de todos, se embarcaron en dos balsas, llevando ornamentos y todo lo necesario para celebrar el sacrosanto sacrificio, y adornar decentemente la iglesia que se habia de fabricar. A los dos ó tres dias de navegacion llegaron al paraje destinado, y corriendo la voz de la llegada del padre, acudieron todos los indios de aquellos contornos, y cada cual alegaba derecho para que el padre fuese á vivir á su parcialidad. Conviniéronse finalmente en que se fundase el pueblo en el intermedio de unos y otros en el paraje llamado Pichana, para que de esta suerte pudiesen todos fácilmente concurrir á la construccion del pueblo. Dióse principio á la fábrica á principios del mes de junio, y todos los indios concurrian á la ereccion de la iglesia, convento y casas de los vecinos; y principalmente á oir la doctrina cristiana, fin principal de la fundacion de aquel pueblo y conversion.

Entre los que se mostraban mas oficiosos y solícitos, así en la fábrica del pueblo como en la asistencia de los padres, fue un indio cabeza de parcialidad llamado Mangoré. Este indio era cristiano bautizado en Bitoc, jurisdiccion de Tarma. Para inteligencia de esto que escribo se debe advertir que los serranos mestizos y españoles que tienen sus bocales y sementeras en las entradas de la montaña, como son Monobamba, Uchubamba, Bitoc y otros; y tambien los que traginan por aquellos parajes suelen bautizar á los indios infieles que encuentran, sin instruirlos en lo que es necesario saber, sin temor de Dios, ni escrú-

pulo de conciencia, causando notables daños, así á los ministros del Señor, como á los mismos indios; pues confiados en que para salvarse basta estar bautizados, se quedan en la ignorancia de su gentilidad, sin cuidar de saber las obligaciones de cristiano, y muchos ignoran hasta el nombre que les pusieron. Uno de estos era el tal Mangoré, el cual estaba casado con tres mujeres, cosa que aun los de esta nacion en su infidelidad lo abominan, y aun tienen por cosa fea el tener dos mujeres, y estos son muy raros y notados de liviandad entre ellos mismos.

No se pudo ocultar al celoso cuidado del venerable padre conversor el mal estado de Mangoré, por ser tan público que su noticia habia llegado á Santa Cruz, que distaba cinco dias de camino, mayormente viviendo Mangoré con sus familias en el pueblo de Pichana, á vista del venerable padre y su compañero. No es fácil esplicar los medios y sendas que el siervo de Dios eligió para remediar aquella alma, las amonestaciones secretas, los cariños, las lágrimas y ruegos. Basta decir que el venerable padre Izquierdo era docto y santo. Poca mella hacian en aquel duro corazon las amorosas amonestaciones, porque poseido de su lascivia, no daba oidos á las divinas inspiraciones, mostrándose ya tan tibio, que no asistia á la doctrina, ni concurria á las demas funciones de cristiano.

Aconteció por este tiempo (por justos juicios de Dios, siempre venerables) que el comun enemigo instigó al cacique del Cerro de la Sal, llamado Siquincho, contra los religiosos de Quimirí y de toda la montaña, deseando darles la muerte. Este pues envió á decir á Mangoré que matase á los padres, que en ello le haria mucho placer y gusto. Con esta órden soltó Mangoré la represa del enojo concebido contra el sier-

vo de Dios por sus amonestaciones, y solo trataba de asegurar sus depravados intentos.

El dia 4 de setiembre del mismo año de 1674, dia de Santa Rosa de Viterbo, el venerable padre en el convento amonestó con mucho amor á Mangoré; pero fue tal el enojo que recibió por ello, que le vieron salir del convento echando centellas por los ojos; y luego fue convocando á sus parciales, previniéndoles que estuviesen prontos, porque queria ejecutar lo que le ordenaba Siquincho. Bien reconoció el venerable padre el peligro en que estaba su vida, y así estuvo todo el dia en la iglesia con su compañero el hermano Andrés Pinto y un muchacho de doce años á quien el siervo de Dios habia bautizado, y criaba á la mano con santa doctrina. Estuvieron en continua oracion y alabanzas divinas, dando las debidas gracias al Señor, por la grande merced que les hacia en darles á beber el cáliz de su Pasion. Otras veces se animaban mútuamente á padecer la muerte por la gloria de Dios nuestro Señor, y pidiendo á su divina Majestad les diese fortaleza para tolerar los tormentos que esperaban, ofrecian gustosos el sacrificio de sus vidas.

Aquella noche, habiendo Mangoré acaudillado sus parciales armados de arcos, flechas y macanas, y otros con mechones encendidos acometieron al convento. Los siervos de Dios luego que oyeron el ruido, se pusieron de rodillas con sus cruces en las manos, encomendando sus almas al Señor. Entró capitaneando Mangoré, y á la escasa luz de un mechon que llevaba otro indio, disparó su flecha contra el venerable padre Izquierdo con tal ferocidad, que le pasó el corazon. Acudieron Pinto y el muchacho á abrazarse con su amado padre, y fue tal la lluvia de flechas que sobre ellos dispararon aquellos sacrílegos, que á breve rato pare-

cieron los tres un solo erizo; tan cosidos y penetrados estaban de las saetas. Acudieron luego los infieles con las macanas y palos, y desfogaron su furor en aquellos santos cuerpos, moliéndolos y quebrantándoles los huesos. Y para consumar su crueldad, los ataron con bejucos, y arrastrándoles por aquellos montes, los arrojaron al rio. Volvieron apresuradamente agitados de las furias, y con los mechones que traian pegaron fuego á la iglesia, para que no quedase rastro de la católica religion, y el voraz elemento en breve tiempo redujo á pavesas los edificios, imágenes, cáliz, ornamentos, cruces y todo lo combustible.

Cebado el impío Mongoré con la sangre derramada de las tres inocentes víctimas, creció su furor; porque su enojo no era contra aquellas santas vidas, sino contra la doctrina que predicaban y enseñaban; y como esta se hallaba en todos los ministros del Evangelio, para quitarle de raiz determinó el quitar la vida á todos los religiosos que se hallaban en la montaña. Con este deprabado intento, acompañado de todos sus parciales, bien prevenidos de sus armas, se embarcaron en las balsas, y navegaron rio arriba, con ánimo de matar á los religiosos que se hallaban en Quimirí.

Aconteció en este tiempo que el reverendo padre presidente fray Alonso de Robles enviaba á Pichana al padre prior fray Francisco Carrion, y al hermano fray Antonio Cepeda, religioso lego, para que acompañasen y ayudasen al venerable padre Izquierdo en el cultivo de la nueva viña del Señor. Al segundo dia de su navegacion desde Quimirí, y tercero despues de las muertes hechas en Pichana al tiempo del medio dia, por estar muy ardiente el sol, habian arrimado las balsas á la ribera para descansar un rato á la sombra de la arboleda, á cuyo tiempo llegó á aquel paraje Man-

goré con los suyos. Los religiosos alegres al ver gente de adentro, se levantaron, y con los brazos abiertos iban á dar la bienvenida á los indios Pichanos; pero estos como fieros tigres los recibieron con las flechas con que atravesaron sus cuerpos, que magullados con las macanas los arrojaron al rio para que acompañasen á sus santos hermanos.

No satisfecho el encono de Mangoré con tanta sangre inocente derramada, prosiguió su viaje á Quimiri para completar los designios premeditados de su diabólica malicia. Llegó á Quimirí el dia 9 de setiembre por la tarde, y dejando á sus parciales escondidos en el monte, entró solo en el pueblo, y comunicó á su cuñado (que se llamaba Tomás y era fiscal del pueblo) todo lo que habia pasado en Pichana y en el camino, y como venia á matar á los padres que estaban alli, pidiendo que él concurriese á ello con los del pueblo, pues de no hacerlo, venia bien prevenido de gente, la cual tenia en emboscada para matar á él y á los padres; que no habia en Quimirí quien pudiese impedir sus intentos.

Apenas oyó Tomás las razones de Mangoré, se le abalanzó agarrándole de las melenas. Era Mangoré corpulento y fornido, y Tomás aunque no tan alto, de mucho hueso, de suerte que por mas que forcejaba Mangoré, no podia despegarse de aquel zarcillo. Daba Tomás gritos á la gente, que luego acudieron hombres y mujeres; y sabida la causa de la pendencia, cargaron todos contra Mangoré, y algunos de los suyos (que habian salido del monte) y con palos, macanas y piedras los hicieron pedazos con tal furor, que la hermana de Mangoré, mujer de Tomás, con una grande piedra, repitió tantos golpes en la cabeza de su hermano, hasta que le echó los sesos fuera. Los religiosos estaban en la iglesia rezando el oficio divino, y despues de

haber concluido al salir de la iglesia oyeron la gritería y alboroto. Acudieron cuidadosos por si fuese alguna pendencia doméstica, en que suele haber desgracias; y cuando llegaron cerca, vieron que sacaban arrastrando los destrozados cuerpos de aquellos infelices tan desfigurados, que no se podian conocer, y que iban á arrojarlos al rio. Informándose los padres de la causa de aquella pendencia, les refirió el fiscal Tomás todo lo que le habia dicho Mangoré, y que en el monte estaban ocultos algunos de los matadores. Con esta noticia el padre prior fray José de la Concepcion fue corriendo al convento, y disparó hácia el monte un arcabuz, con cuyo traquido se atemorizaron los parciales del sacrilego Mangoré, y se huyeron por la montaña, dejándose las balsas en que habian venido.

No es fácil espresar los sentimientos que causó en el corazon del padre presidente fray Alonso de Robles la noticia de lo sucedido en Pichana y rio de la Sal. Por una parte se hallaba gozoso por la buena suerte de sus amados compañeros, y con una santa envidia se quejaba de no haber sido participante de sus triunfos. Por otra parte se dolia de la pérdida de las almas de los agresores y del grande impedimento que se seguia á la conversion de aquella gentilidad, y del peligro que corria la conversion de Santa Cruz. Y viendo que era irremediable lo sucedido, aplicó su atencion á prevenir lo conveniente para conservar aquella viña del Señor. Despachó luego á Chanchamayo aviso de lo acaecido, y aquella misma noche vinieron á Quimirí alguna gente de armas para su defensa.

CAPITULO IX.

Pérdida de la conversion de Quimirí.

Cuidadoso se hallaba el reverendo padre presidente fray Alonso de Robles de sus hermanos que se hallaban en la conversion de Santa Cruz, recelando de la inconstancia de los indios, que aunque á los principios se muestran fervorosos, suele el comun enemigo moverlos fácilmente á contrarios afectos, sugiriéndoles por medio de algunos malvados razones para volverse á sus brutalidades. Y como vigilante pastor se temia de si algunos parciales de Mangoré ó del cacique Siquincho habrian intentado alguna maldad contra aquellas inocentes ovejas. Con esta incertidumbre despachó luego á un religioso, para que pasando al valle de Jauja y á la doctrina de Santiago de Comas, diese luego desde allí aviso al venerable padre fray Manuel de Biedma de todo lo acontecido en Pichana y Quimirí, con órden al dicho venerable padre de que luego se saliese con todos los religiosos á Andamarca, hasta cerciorarse del estado en que se hallaba la montaña, y si las resultas de la faccion de Mangoré llegaban á infestar á los indios de la conversion de Santa Cruz.

Notable fue el sentimiento que los religiosos que se hallaban en Santa Cruz tuvieron de lo sucedido, y mucho mas de haber de desamparar á aquellas tiernas plantas que sin la continuacion del cultivo quedaban espuestas á ser arrancadas y pisadas de los brutos infernales, que por medio de algunos malditos pervertirian á aquellos inocentes ánimos. No era menor el sentimiento de los indios, los cuales con lágrimas pedian á los religiosos que no los desampararan; y aunque se les prometió que aquella salida seria para poco tiempo, fue preciso para consolarlos conceder el santo bautismo á los que habia motivos suficientes para concederles esta gracia, á unos por niños, á otros por viejos, y á otros por enfermos, y por todos fueron treinta y cinco. Con esto se retiraron los religiosos á Andamarca y Comas, llevando el ánimo de entrar luego que los prelados les diesen licencia para ello.

Viendo el comun enemigo al tierno rebaño del Señor desamparado de sus pastores, y perturbado con la pasada tempestad, acrecentó las baterías de sus infernales astucias, para acabar totalmente y tragarse aquellas descarriadas ovejas, sin que hubiese pastor que saliese á su defensa; valiéndose para tal empresa de la codicia, que es la raiz de todos los males. Sucedió que por este tiempo se retiró á Quimirí un español llamado Juan de Villanueva, quien por haber sido teniente de comision de las Cabezadas de la montaña, habia quedado deudor del corregidor de Tarma don Manuel Francisco Suarez de Andrade, en cantidad de mas de dos mil pesos, y viéndose imposibilitado de pagar, se retiró á Quimirí, donde con el conocimiento que tenia de algunos indios, tuvo facilidad de pasar algun tiempo. Instaba el corregidor por su plata al dicho Villanueva, y este por dar largas á la cobranza, respondia

que se hallaba en un paraje donde habia mucho cacao, y que con el conocimiento que tenia con los indios, le seria fácil conseguir porcion considerable con que poder satisfacerle. Los indios de Quimirí, cansados de mantener al español, representaron al padre presidente fray Alonso de Robles que el mencionado Juan de Villanueva no tenia allí chacara ni hacienda de que poder sustentarse; que ya habia bastante tiempo que le sustentaban de balde y les servia de mucha carga, y que le mandase que se fuese á otra parte. El padre presidente notificó al dicho Villanueva que se saliese de Quimirí, porque los indios pedian justamente su alivio. Juan de Villanueva escribió al corregidor de Tarma, como el padre presidente le mandaba salir de Quimirí, y que de ejecutarlo, no podia conseguir la cosecha del cacao, ni pagarle. De este enredo resultaron demandas y respuestas entre el padre presidente y el corregidor, quien por no perder sus intereses, se valió de varias personas que solicitaron al licenciado don Ignacio Gutierrez, cura de la doctrina de Guancabamba, para que pusiese demanda ante el señor arzobispo de Lima, pidiendo la poblacion de Quimirí, alegando que era anejo de su doctrina.

Débese advertir que la doctrina de Guancabanba desde su principio habia sido curato de nuestra seráfica religion; y con los disturbios que hubo en el Cerro de la Sal y sus contornos desde el año de 1642 en adelante (como dije en el capítulo II) los indios de ella se habian retirado á la montaña, y apenas habia quedado á quien administrar los santos sacramentos; por cuyo motivo el religioso que asistia en ella con cargo de cura se habia retirado, queriendo mas bien servir oportunamente á la religion en otro ministerio. Estando así desamparada la doctrina de Guancabamba,

pasó por la provincia de Tarma un visitador del ordinario, y hallando la doctrina sin pastor, sin requerir á la parte interesada, puso en ella un cura clérigo, el cual se mantuvo hasta este tiempo.

El corregidor de Tarma y tres confidentes, para conseguir y paliar su codicioso intento, sobornaron fácilmente á algunos indios Andes, los cuales presentaron peticion ante el corregidor, pidiéndole que agregase los indios de Quimirí y del Cerro de la Sal al curato de Guancabamba, porque los indios de aquella doctrina eran sus parientes, y que con eso se facilitaria la conversion de los indios del Cerro de la Sal. Ayudaba á esta tramoya el tal Juan de Villanueva, asegurando al corregidor que todos podian enriquecer, pues en el Cerro de la Sal habia muchas betas y lavaderos de oro. De tal suerte supieron colorir (ayudados de la codicia) sus pretensiones, que por sentencia de ambos tribunales real y eclesiástico, se le intimó al reverendo presidente fray Alonso de Robles entregase el pueblo de Quimirí al cura de Guancabamba, y se saliese de la montaña con todos sus religiosos. Así lo ejecutó á fines del año de 1674 con el sentimiento natural.

Bajó el dicho reverendo padre presidente á Lima á esponer en ambos tribunales la sinrazon que se habia usado con la seráfica religion, despojándola de la conversion que tan á costa de fatigas y sangre de sus hijos habia ganado para Dios, y las fatales consecuencias que se debian temer de su despojo; pero como los ministros estaban preocupados, no consiguió sino disgustos; por lo cual por no ver la pérdida de tantas almas, pidió licencia para pasar á España á morir en alguna de sus provincias, como lo ejecutó. De esta suerte se perdió por la codicia de particulares la con-

version de Quimirí, pues ni el cura de Guancabamba pasó á dar pasto espiritual á los indios; ni el corregidor dió fomento (como habia ofrecido) á la espiritual conquista. Y viéndose los indios sin el respeto y enseñanza de los religiosos, se volvieron á los montes y á su gentilidad. Así consiguió el demonio su infernal intento de destruir totalmente la conversion de los indios del Cerro de la Sal.

CAPITULO X.

Vuelve el venerable padre fray Manuel de Biedma á la conversion de Santa Cruz.

Cerca de un año estuvo el siervo de Dios fray Manuel de Biedma con los religiosos compañeros (que por mandato de los prelados habian salido de la montaña) en el pueblo de Andamarca, al cual algunas veces salian los indios de Santa Cruz á pedir á los padres que volviesen á su pueblo; pues ellos no habian tenido parte alguna ni noticia de las maldades de Mangoré. El venerable padre Biedma deseaba mucho proseguir el cultivo de aquella viña; pero aguardaba el beneplácito y bendicion de los prelados, los cuales informados del estado de aquella conversion, dieron licencia á los religiosos para que entrasen á emplear sus fervores trabajando en la viña del Señor.

Hicieron su entrada el mes de setiembre del año de 1675, con las incomodidades y trabajos que ofrecian aquellos caminos. Pero ¡ oh inconstancia de la humana condicion ¡Aunque los indios salieron á la Puna á recibir á los religiosos, y los recibieron con alegría, no fue con aquellas ansias que la primera vez. Aquella escogida grey con la falta del pastor y sus

ministros, se habia desparramado por aquellos montes, y vuelto á las antiguas anchuras de su bárbara libertad, y no queria ya salir de ella, ó por no sujetarse al racional comercio y sociedad, ó porque el demonio les sugeria la memoria de la epidemia, ó temerosos del trabajo de los caminos, no hubo forma de poderlos sacar de sus chacaras, montes, y de sus brutales rancherías.

Los religiosos viendo que los trabajos que habian padecido para entrar á la montaña habian salido en vano, pues los indios bien hallados en su ociosidad, no querian volver al pueblo, en el cual apenas habia cien almas de todas edades y sexos; y que aunque parecia que estaba sosegada la montaña, no se podia transitar con la confianza que antes; pues de la inconstancia de los indios se podia recelar alguna tragedia. Viéndose frustrados sus fervores, y que de estarse allí solo conseguian cargarse de achaques (de que los mas estaban bien gravados) é imposibilitarse para servir á la religion en otros ministerios; habiendo dado parte á los prelados de lo que esperimentaban, obtuvieron licencia para salirse, y solamente quedó en la conversion el venerable padre Biedma, acompañado de un religioso lego, para administrar los sacramentos, y continuar la enseñanza de aquellas pobres gentes, y que no se acabasen de perder.

Ocho meses estuvieron los religiosos en dicha ocasion en la montaña, fortaleciendo en la fé á aquellos pobres indios, y cultivando lo mejor que pudieron aquellas morales plantas, de cuyo cultivo se cogieron opimos frutos. Habiendo salido los religiosos el mes de mayo del año de 1676, aconteció que tres meses despues enfermaron el venerable padre Biedma y su compañero, y viéndose sin humano socorro, les fue

forzoso salir á curarse á Andamarca ; por cuyo motivo la conversion quedó desamparada.

Apenas convaleció el siervo de Dios, cuando puso todo su conato en facilitar mejor entrada para aquella montaña, teniendo esperiencia de que los destemples de esta eran tan insuperables, que no se podian emprender sus caminos sin echarse á morir. Para conseguir este fin pasó á los Andes de Tambo, que están junto á Guamanga, y se embarcó en el rio de Cocharcas (que entonces juzgaban que desembocaba en el rio de Jauja), y á los ocho dias de navegacion se desembarcó, viendo que era un rodeo exorbitante. Transitó despues por los Andes de Guanta y Viscatan. Despues entró por la quebrada de Cochangará y por Chiquia, y en todas partes y por todas halló mas dificultosas las entradas, y mas intransitables las cordilleras; por lo cual se volvió á Andamarca bien fatigado, sin haber conseguido su intento, aunque no sin fruto espiritual de muchas gentes, que huidos de la sierra habitan por aquellas breñas, como ovejas descarriadas, sin pasto espiritual ni comercio humano, viviendo bestialmente, por huir de la sujecion de los corregidores y curas, para estar á su libertad sin apremio de justicias.

CAPITULO XI.

Conquista espiritual de la conversion de Cajamarquila.

Dios nuestro Señor, Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, quiso consolar á esta santa provincia de los doce Apóstoles en la pérdida de la conversion de Quimirí y Cerro de la Sal, sustituyendo en su lugar la conversion de las dos naciones de Cholones y Hibitos; que como tierra bien dispuesta, recibió por este tiempo la semilla de la divina palabra, que ha conservado fervorosa hasta el presente dia. Sucedió esta conquista del modo siguiente.

La provincia de Cajamarquilla ó Pataz, situada del norte al sur, desde siete grados hasta los ocho y treinta minutos de latitud meridional, y á quien termina por la parte occidental el rio Marañon, confina por la parte del oriente con la montaña de los Andes, de quien la divide un ramo de cordillera de dificil ascenso. Fue esta provincia en el siglo pasado infestada de los indios infieles de la montaña, los cuales á tiempos salian á robar y en diversas ocasiones destruyeron los pueblos de Condurmarca y del Collai. Cerca de los años de 1670 un pastor de ganado mayor de dicha provin-

cia penetró casualmente á la montaña, y los indios le recibieron pacíficamente, y aficionados al trato del cristiano, se arriesgaron algunos indios á salir á la sierra á vender algunas cositas de la montaña, y viendo la buena acogida que les hacian los cristianos, pidieron que entrasen sacerdotes á sus tierras para que los bautizasen. Entró á esta conquista primeramente un padre jesuita, el cual estuvo muy poco tiempo entre los indios, y sin hacer algun fruto se salió de la montaña. Despues entró á esta empresa un clérigo secular, el cual tampoco consiguió hacer fruto entre aquellas gentes.

La seráfica religion noticiada de este descubrimiento, intentó esta espiritual conquista, y con las necesarias licencias del superior gobierno y del ordinario el año de 1676 entraron á dicha empresa el padre prior fray Juan de Campos y dos religiosos legos fray Juan Martinez y fray Gerónimo Caballero. Estos religiosos fueron bien recibidos de los indios, y en breve tiempo catequizaron á muchos de la nacion Hibita. Y habiendo participado á los prelados la copiosa mies que ofrecia aquella montaña, dieron su bendicion para que entrasen á ella á los venerables padres fray José de Araujo, natural de Galicia, y fray Francisco Gutierrez de Porres, castellano viejo, ambos grandes predicadores y conversores antiguos. Vivian aquellos indios (como todos los infieles) desparramados por los montes, sin reconocer mas superior ni cacique que á sus ancianos, á los cuales tienen especial respeto. Y aunque habia muchos agregados de varias naciones, los que mas predominaban eran los Cholones y los Hibitos.

El venerable padre fray José de Araujo, despues de mucho trabajo, redujo á un pueblo, que llamó Jesus

de Ochanache, á la nacion de los Hibitos, á los cuales civilizó, catequizó y bautizó. Aprendió su idioma y formó arte y vocabulario; tradujo el catecismo y testo de la doctrina cristiana con muchas oraciones, himnos y cánticos espirituales, pláticas y sermones, de la misma suerte que los habia compuesto en lengua general nuestro ilustrísimo Oré. Estuvo este siervo de Dios en esta conversion mas de treinta años, hasta que en ella acabó el curso de sus dias.

El venerable padre fray Francisco Gutierrez emprendió la reduccion de la nacion Cholona, mas numerosa qne la Hibita. Redújolos á un gran pueblo, que llamó San Buenaventura de Apisonchuc. Los civilizó, catequizo y bautizó. Aprendió su idioma, del cual formó arte y vocabulario, y tradujo en aquella lengua el catecismo mayor y menor, la doctrina cristiana y muchos himnos, oraciones y cánticos espirituales: estuvo muchos años en esta conversion, y murió pacíficamente entre sus indios.

Entablaron estos venerables padres el gobierno moral y político de estas naciones con tal disposicion, que ningun dia se falta á la doctrina cristiana y al rosario de la Vírgen María; y los padres conversores sin tener nada propio, nada les falta para el sustento y decencia de las iglesias. Para el sustento de los religiosos está puesto en práctica, que todas las familias (que están divididas en siete barrios) alternando un barrio cada dia traigan al convento limosna de lo que producen sus chacaras. Unas traen yucas, otras plátanos, otras maiz tierno, frutas y otras cosas; de suerte que el padre conversor que es económico vive con decente provision, sin que sea necesario acudirle de la sierra, sino de algunas cosas que no produce la montaña, como son vino para celebrar, harina para

hostias, algun bizcocho, azúcar, tabaco en polvo, ajos, cebollas y menudencias.

Despues que murieron los venerables padres fundadores de esta conversion, hubo entre los indios algunas disensiones, que para apaciguarlas, se halló por conveniente dividirlos en cuatro pueblos, dos de cada nacion, los cuales siempre retienen los patronos antiguos. Los pueblos de la nacion Hibita se llaman *Jesus de Pajatem* y *Jesus de Monte Sion*. Los de la nacion Chocona son *San Buenaventura del Valle*, y *San Buenaventura de Pisano* ó *Pampa Hermosa*. En la numeracion que en dicha conversion hice el año de 1767 habia en los cuatro mil y ochocientas almas de todas edades y sexos, y desde entonces se han aumentado mucho.

Los indios Chocones son corpulentos y de buenas facciones; son trabajadores, y su ordinario ejercicio es la labranza de sus chacaras, la caza y la pesca. Las mujeres se ejercitan en el cultivo del algodon y en traer de las chacaras lo necesario para el sustento de su familia, en hilar y tejer para sí y sus hijos el vestuario que es de algodon. Los indios Hibitos son menos corpulentos y mas afeminados, y sus indias son mas hermosas, aseadas y liberales que las de los indios Cholones.

El modo de vestir de estas gentes es para el monte una cusma ó camiseta de algodon, teñida de musgo. En el pueblo los hombres traen calzones y cotones de bayeta; y las mugeres una ropa talar de algodon hasta los tobillos, y una especie de rebozo de bayeta. Los dias de fiesta, para venir á misa y doctrina, los mas se ponen camisa, unos de algodon y otros de lienzo de Castilla. Para comprar lo que necesitan, como es herramientas, algunas camisas, chupas, capas y rebozos para las mugeres, salen á la sierra (en cuyo camino tardan ordi-

nariamente ocho dias) cargados con unos canastos de coca, de la cual cargan tres arrobas ademas del bastimento que llevan para todo el viaje, y con el importe de la coca, compran lo referido y algunas niñerías. Pero no se permite entre ellos que ninguno use de medias ni de zapatos.

Aunque el temperamento de la montaña es cálido y húmedo, los indios de esta conversion viven regularmente con salud; á lo que sin duda contribuye la uniformidad del mantenimiento, que todo el año se compone de plátanos asados y cocidos, mané, pescado salado, algunos monos y puercos de monte, yucas y frutas. Acostumbran bañarse en el rio al amanecer. Cuando en estas montañas entra la epidemia de las viruelas, hace en ellos grande estrago, porque no hay forma de sujetarlos á la curacion que necesita semejante enfermedad. Entonces se retiran á los montes, pareciéndoles que viviendo separados, se librarán de la peste. Entre estos indios no se conoce ambicion ni codicia. No se oyen hurtos, ni pendencias. Sus vicios son los comunes de los indios: la embriaguez y la lascivia; aunque en este último se procura evitar con la vigilancia de las justicias, y hacerlos que se casen en llegando á la edad competente; y si se les pudiese arrancar el vicio de la embriaguez, no dudo que serian los mejores cristianos de la América.

Las iglesias de los pueblos son capaces, hechas de fuertes maderas con las paredes embarradas y blanqueadas, y los techos de palmas: tienen decentes retablos y muy buenos ornamentos. Las casas de los padres conversores (á las cuales llaman convento) son capaces y de muchas piezas para el gobierno económico. Las casas de los indios no son muy grandes; pero lo bastante para vivir con cristiana decencia. En sus

chacaras tienen sus casas y ramadas, así para guarecerse de los soles, como para depósito de sus frutos.

Para socorro de los padres conversores se ha formado un hospicio en la provincia de Patáz, que con las limosnas que recoge en las provincias inmediatas socorre las necesidades que se ofrecen en la montaña. En este hospicio asiste regularmente el padre presidente de esta conversion; y á él salen los padres conversores cuando se hallan notablemente enfermos, para recobrar la salud con la mudanza de temperamento.

CAPITULO XII.

Vuelve el venerable padre fray Manuel de Biedma á la conversion de Santa Cruz. — Abrese camino de caballerías para aquella montaña.

Desde que el venerable padre Biedma y su compañero salieron de la montaña de Santa Cruz, hasta el año de 1681, no entró á dicha conversion religioso alguno; porque lo fragoso de la entrada atemorizaba á los mas fervorosos. Y aunque el dicho siervo de Dios buscó con grandes diligencias y fatigas por varias partes entrada menos dificil, no pudo conseguir su buen deseo. Los indios infieles y los cristianos que se hallaban en Santa Cruz, clamaban para que los religiosos entrasen á darles pasto espiritual; pero no se les podia dar el consuelo que pedian, porque los prelados informados de lo dificil de aquella entrada, habian mandado que no se entrase á la montaña hasta que se abriese camino con gente de la Sierra, para escusar el grande trabajo que en ello habian padecido los indios neófitos. Muchas veces salieron los indios de Santa Cruz hasta Andamarca, pidiendo religiosos que los doctrinasen. En una ocasion salieron todos los cristianos, grandes y pequeños, y con lágrimas en los ojos pidieron que les diesen padres, diciendo entre otras

razones: «¿porqué nos dieron á conocer á Dios, si nos dejan en poder del demonio? Si no nos hubieran enseñado, no tuviéramos el dolor que sentimos: no habemos de pagar nosotros lo que hicieron los malvados. Compadézcanse de nosotros, pues dicen que somos sus hijos.» Consolábalos el venerable padre Biedma (que se hallaba entonces en Andamarca) dándoles esperanzas de que en breve tiempo se comenzaria á abrir camino para poder entrar á mula; que ya se estaba tratando de ello, y que entonces tendrian sin fatiga lo que tanto deseaban.

La abertura de camino para caballería se habia juzgado por imposible; pero la necesidad hizo trabajar al discurso, y de tal suerte se tanteó, que se halló bastante fácil. Tomó esta empresa á su cargo el capitan don Francisco de la Fuente, dueño del obraje de Gualahoyo en el valle de Jauja, é insigne bienhechor de nuestra órden y sus conversiones, y con tanto empeño como si su caudal fuese muy cuantioso. Trabajaron en dicha obra todos los indios y fronterizos de Andamarca y de otras partes con grande teson; pagando dicho señor los jornales, sustento, herramientas y todo lo demas que fue necesario. Dióse principio á dicha obra á primeros de abril del año de 1681, y en seis meses ya se pudo llegar con caballería hasta las faldas de la Serranía, una jornada antes de las primeras habitaciones de los infieles, los cuales con la noticia de que se abria camino para mulas, á fin de que los padres entrasen á sus tierras, salieron varias ocasiones á querer trabajar en el camino; y como no se les permitia, desahogaban su afecto trayendo á los trabajadores regalos de frutas, y de lo demas que producian sus chacaras para alentar á los serranos á que trabajaran con empeño.

El venerable padre Biedma entró á visitar á los cristianos é infieles de Santa Cruz, porque lo deseaban en gran manera. Entró con la gente de trabajo del camino, que eran indios fronterizos, y entre ellos algunos mestizos. El curaca don Diego Tonté hizo á todos un convite á su modo y usanza con demostraciones de grande complacencia y regocijo por haber conseguido ver padres en su tierra. Y entre otras conversaciones dijo al siervo de Dios : « Si vinieras con harta gente, como estos españoles (llamaba españoles tambien á los mestizos) yo te enseñara gente ; allá dentro hay mucha, mucha gente : no os la enseño porque luego me dejais, y ellos me quieren matar. Por causa de los padres ando yo huyendo de mi gente que muchas veces han venido á matarme. Para prueba de lo que os digo : venid, y vereis : y llevó al siervo de Dios con otros á cinco parajes distintos donde se habia mudado sucesivamente, y vieron en algunos las casas quemadas, á las cuales sus contrarios habian pegado fuego. En todos los dichos parajes tenian fuertes cercas de palizadas, con que resistia los asaltos de sus adversarios. Y llegó á verse tan acosado, que se retiró á la falda de la sierra, donde el temperamento frio le sirviese de inespugnable muro, porque los indios de la montaña temen mucho llegar á paraje frio.

Habiendo el venerable padre Biedma reconocido su nuevo rebaño tan descarriado, que apenas se podian juntar cien almas, atendió á la conservacion de lo adquirido, y á que se perfeccionasen los caminos de la sierra, para que los religiosos pudiesen ser socorridos con facilidad. Y como en las visitas que el siervo de Dios habia hecho en los años antecedentes á las naciones convecinas, habia visto mucho gentio á la parte del oriente, se determinó con parecer del curaca don

Diego Tonté de mudar el pueblo una jornada mas al oriente en una campiña muy despejada, así para agregar alguna gente, como para que las mulas que entrasen pudiesen repararse de la falta de alimento que padecian en el camino en unos Pajonales que estaban allí cerca. Púsose por nombre al pueblo nuevo *San Buenaventura de Saviní*, en el cual se juntaron poco mas de doscientas almas de la nacion Campa. Y dejando en dicho pueblo á los padres fray Juan de las Eras y fray Juan de Bargas, sacerdotes, el verano del año de 1682 salió á la sierra, para bajar á Lima á tratar con el señor virey sobre una empresa que meditaba; de la cual trataré en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIII.

Descubrimiento del rio Paro y de la nacion de los Conibos.

El fuego de la caridad que ardia en el corazon del venerable padre fray Manuel de Biedma no le dejaba reposar, siendo corta esfera para su empleo la montaña de los Andes; y así anhelaba á una dilatada conquista, donde pensaba reducir muchas almas para el cielo. En el capítulo III de este compendio dije como este siervo de Dios estuvo algunos años de conversor en los Callisecas el año de 1665. En el tiempo que estuvo en dicha conversion, adquirió (mediante razones de algunos cautivos) muchas noticias de las muchas naciones que habitan en las márgenes del famoso rio Paro (que hoy se llama Ucayales). Confirmáronse dichas noticias con otras muchas que tuvo durante el tiempo que estuvo en la conversion de Santa Cruz, de las muchas naciones que venian al Cerro de la Sal. Y como los indios son fáciles en ponderar, y mucho mas en mentir, le hicieron creer al venerable padre que era cierto el imperio del Enim, cuya noticia habia propagado don Pedro Bohorgues. Añadian algunos indios que en sus tierras habia padres vestidos como los de San Francisco, los cuales enseñaban la doctrina cristiana. Por esta noticia

discurria por entonces el siervo de Dios, que los venerables padres fray Matías de Illescas y sus compañeros estarian vivos, y con una copiosa conversion formada en aquellas vastas regiones. En una de las visitas que el venerable padre Biedma habia hecho á las naciones gentiles al oriente de Santa Cruz, habia subido á lo alto del ramo de Cordillera que se interpone entre los llanos de Sonomoro y la junta de los rios Enne y Perene, y los indios le dijeron que desde aquel paraje al oriente estaban las poderosas naciones vasallos del imperio del Enim, tan decantado.

Con estas noticias, deseoso el siervo de Dios de introducir la luz del santo Evangelio en aquellas vastas regiones, bajó á Lima, y habiendo comunicado con los prelados su celoso proyecto, hizo relacion al virey (que era el duque de la Palata) del estado de la conversion de los Campas, y de las noticias tan fundadas que tenia de las muchas naciones que estaban allí cerca, pidiéndole favoreciese la causa de Dios, facilitando su espiritual conquista.

El señor virey, en atencion al informe del venerable padre Biedma, mandó al corregidor de la provincia de Jauja don Francisco Delzo y Arbizu, que entrase á la montaña, y diese todo el favor posible á la consecucion de las ideas del padre presidente fray Manuel de Biedma. Por varios acontecimientos no se pudo ejecutar la entrada del corregidor á la montaña hasta el año de 1684, y entre tanto dispuso el venerable padre que se abriese camino desde san Buenaventura hasta la junta de los rios Enne y Perene; y solicitó limosnas para prevenirse de machetes, hachas, cuchillos, chaquiras, y otras cosas que son necesarias para agasajar á los indios. Entró á la montana el dicho corregidor con la comitiva correspondiente á su oficio, y en su compañía

el capitan don Francisco de la Fuente, síndico de las conversiones, y aquel año de 1684 no se pudo pasar del pueblo de San Buenaventura, porque con las continuas lluvias del invierno se habian maltratado los caminos, y fue forzoso detenerse mucho tiempo en su composicion.

Habiendo llegado el verano del año de 1685, volvieron á entrar á la montaña el corregidor y la demas comitiva; y se abrió camino de suerte que á mula se pudiese llegar al paraje del rio Perene, que llamaron *Puerto de San Luis*, tres leguas antes que este rio se junte con el rio Enne. Acompañaba la faena el venerable padre Biedma; y cuando llegaron á este paraje (que fue á principios de setiembre) llevado de su celoso fervor, quiso embarcarse para ir á convertir á las naciones que imaginaba tan bien dispuestas. No le permitieron este desahogo de sus ansias el corregidor ni el síndico; pero para su consuelo suplió el valor de tres personas que se ofrecieron á la empresa. Estas fueron un donado, llamado Pedro Laureano, natural del puerto de Callao, insigne lenguaraz del idioma Campa y Mochovo, por haberlo aprendido con perfeccion en la conversion de Santa Cruz; un tercero Sevillano llamado Juan de Navarrete, y un vecino de Acobamba, natural de Galicia, llamado Juan Alvarez.

Estos tres valerosos soldados de Cristo, animados de las fervorosas exhortaciones del venerable padre Biedma y confiados en sus oraciones, se embarcaron en una balsa de ocho palos, con hábitos y capillas de religiosos, llevando algunas herramientas, y los víveres necesarios á su viaje. Y dejándose en manos de la divina providencia, se entregaron á las corrientes, y á los quince dias de navegacion, encontraron muchas caonas de indios Conibos, los cuales los condujeron á su pueblo. Fueron

recibidos de los curacas y de todo el vulgo con demostraciones de amor y de benevolencia. Preguntaron los indios á los tres esploradores, que á qué fin habian venido á sus tierras con tanto riesgo y peligros. Y les respondieron que para darles á conocer al verdadero Dios; de lo cual quedaron al parecer agradecidos, y en cinco dias que estuvieron allí, les enseñaron el Alabado, y el Padre nuestro y Ave María, lo cual cantaban los indios con mucho contento. En señal de posesion, y de haber sido los primeros cristianos que pisaron aquel pais, pusieron los nuestros una grande cruz en la plaza, y otras menores en varias calles. Y por haber llegado allí el dia 29 de setiembre, pusieron al pueblo el nombre y título de *San Miguel*. Repartieron á los indios principales la poca herramienta que traian; y dijeron á los curacas: si quereis que vengan padres para que os enseñen el camino del cielo, llevadnos á nosotros á nuestra tierra en vuestras canoas; y luego volveremos con los padres, y traeremos hachas, cuchillos y otras cosas. Al instante se dispuso el viaje, y en dos canoas los trajeron los Conibos al puerto de San Luis, gastando en la vuelta veinte dias de navegacion, en los cuales se vieron en grandes peligros, asi por los malos pasos del rio, como de los indios enemigos que salian á querer matarlos.

Habiendo llegado los tres cristianos esploradores al puerto de San Luis el dia 24 de octubre, regalaron á los indios Conibos que los habian traido algunas cositas, que el venerable padre Biedma habia dejado en una pequeña ramada que habia formado en dicho paraje, y los despidieron dándoles palabra de que el verano siguiente volverian á su tierra con los padres. Fuéronse los Conibos, y nuestros esploradores caminaron para San Buenaventura, donde llegaron el dia 30

de octubre del dicho año de 1685 á la presencia del siervo de Dios, el cual los recibió con los brazos abiertos. Y despues de haber oido la relacion de su viaje escribió á los prelados superiores, noticiándoles de lo ejecutado; y con las cartas envió á Lima á los tres descubridores, para que como testigos de vista los informasen con toda individuacion y claridad.

La nacion de los Conibos es una de las mas dominantes que habitan las márgenes del Gran Paro, que ellos llaman Apo Para. Este rio cuando llega á los Conibos va engrosado de todas las vertientes de la cordillera desde Bombon hasta el Cuzco y provincias de Paucartambo, y en las tierras de los Conibos tiene de ancho un cuarto de legua. Los indios Conibos son corpulentos y ordinariamente andan desnudos. Cuando están de gala, traen vestida una cusma ó camiseta de algodon que les llega á las rodillas, pintadas de varios colores. Tienen la frente y cogote chatos, porque desde que nacen les entablillan las cabezas por detrás y por delante, y no pudiendo tomar incremento por aquellas partes, les quedan chatas, y este es el distintivo de aquella nacion. Llevan el pelo cortado á cercen debajo de las orejas. Desde pequeños acostumbran traer en las coyunturas del cuerpo, como son tobillos, rodillas, brazos, muñecas y cintura, unos cordones de algodon de varios colores. Las mujeres casadas no traen mas vestido que un trapo de algodon con que cubren sus vergüenzas. Las doncellas van totalmente desnudas. No hilan, ni trabajan mas que en sus sementeras; ni usan mas ropa que la que sus maridos, padres ó parientes roban á sus contrarios en sus correrías. Los hombres se casan con cuantas mujeres quieren; porque como la tierra es muy fértil, y ellas se contentan con pocos manjares, les cuesta poco el

mantenerlas. Précianse estos indios de leales, valientes y amistosos. Aunque es comun propiedad de los indios de la montaña vivir separados y esparcidos por los montes, las continuas guerras que los Conibos tienen contra otras naciones, les han enseñado la necesidad y conveniencias de vivir juntos en un pueblo. En este de San Miguel vivian en galpones grandes por familias, y en cada galpon moraban de veinte á treinta personas de todas edades y sexos. Entonces tenia el pueblo mas de dos mil almas. Estaba gobernado por tres curacas á caciques. El principal se llamaba Cayampay, el segundo Sanaguami, y el tercero Samampico. Andan continuamente en sus canoas por el rio á corso contra las demas naciones, especialmente contra los Pirros, y á los prisioneros llevan cautivos á sus tierras para servirse de ellos en el cultivo de sus chacaras; pero los tratan con suavidad, de suerte que los mas se casan despues con las indias Conibas.

CAPITULO XIV.

Entrada de nuestros religiosos á los Conibos.

Habiendo llegado á Lima los tres cristianos esploradores, y presentado las cartas del venerable padre Biedma al reverendo padre provincial, se participó esta noticia al superior gobierno. Y despues de practicadas las ordinarias diligencias, determinó el gobierno superior que se hiciese entrada á los Conibos, y que para resguardo de los religiosos fuesen doce soldados y su capitan, que fue nombrado don Francisco de Rojas y Guzman. Y para la espedicion se libraron de las cajas reales cuatro mil pesos, así para la paga de los soldados, como para los demas gastos. Por parte de la religion fueron asignados cinco religiosos, que fueron el reverendo padre prior fray Francisco Huerta, presidente; el padre prior fray Rodrigo Bazabil; el padre prior fray Felipe Obregon; el padre prior fray Antonio Vital; y el hermano fray Pedro Alvarez, y los dos hermanos que habian sido descubridores, y con dos negros que de su servicio llevaba el comandante, y el capitan don Francisco de la Fuente, y el capitan don Bartolomé Beraun que fueron de voluntarios, com-

ponian toda la comitiva de la entrada de veinte y cuatro personas.

El dia 3 de mayo del año de 1686 salieron de Lima el dicho capitan con ocho soldados y los religiosos; y en el pueblo de la Concepcion de Jauja (donde se completó el número de los soldados) se abastecieron de todo lo necesario para la entrada, así de viveres, como de herramientas, y otras cosas muy precisas para obsequiar á los indios. Hallábase entonces en el dicho pueblo de la Concepcion el muy reverendo padre fray Félix de Como, comisario general de nuestra órden en las provincias del Perú, el cual confirmó la eleccion de presidente de esta mision en el padre fray Francisco Huerta, y dió su paternal bendicion á todos sus religiosos para el feliz acierto de su espedicion.

El dia 30 de junio salieron del pueblo de la Concepcion, llevando todo el avio para la entrada en requas de mulas. Llegaron á San Buenaventura el dia 28 de julio, donde salieron á recibirlos el padre presidente fray Esteban de las Eras, y el padre fray Juan de Bargas Machuca, con todos los indios vestidos de gala, gobernados por el curaca don Diego Tonté, con músicas á su usanza, y los acompañaron á la iglesia, donde se cantó el *Te Deum laudamus* en hacimiento de gracias. Aquí se detuvieron algunos dias aguardando las cargas que habian quedado atrás. Entre tanto se adelantaron algunos soldados y el hermano fray Pedro Alvarez al Puerto de San Luis para cortar los palos para las balsas, y se fueron despachando en las caballerias que estaban algo descansadas los bastimentos, herramientas y demas equipajes, siguiendo la última partida el padre prior fray Antonio Vital con el hermano Juan Navarrete que salieron de San Buenaventura el dia 9 de agosto. En este tiempo enfermaron de cuidado los padres

fray Rodrigo Bazabil y fray Felipe de Obregon; y para suplir su falta se determinó que fuese á la espedicion el venerable padre Biedma, presidente de la conversion de los Campas. Y aunque rehusaba dejar aquella conversion que estaba á su cargo; reconociendo la necesidad, para que no se retardase la empresa aceptó la eleccion, ofreciéndose víctima á la mayor honra y gloria de Dios, y salud espiritual de aquellas gentes; dejando encomendado el pueblo y los padres enfermos al cuidado de los padres fray Esteban de las Eras y fray Juan de Bargas, sacerdotes.

Dispuesta así la entrada, se hizo el cómputo de las personas hábiles para el manejo y gobierno de las balsas, y solo se hallaron ocho que entendiesen aquella maniobra. Viéndose con tan pocos balseros, determinaron que se dejase en San Buenaventura todo lo que no se juzgó á propósito ó necesario para la presente entrada, como fue la fragua, hierro, acero y otras cosas voluminosas, reservándolo para el viaje que esperaban hacer el verano del año siguiente; y ahora solo llevaron lo muy preciso. Salieron de San Buenaventura el dia 12 de agosto, y el dia 18 llegaron al puerto de San Luis, donde descansaron, y se fueron disponiendo las cosas á punto de embarque. El dia 24 se embarcaron en las balsas los trastes y personas para esperimentar lo que podian aguantar las dichas balsas, y se reconoció que se hundian de suerte que el agua daba á media pierna. Con este esperimento se vieron en grande consternacion, y se decidió que se quedase la mitad de la gente en San Luis hasta que les enviasen canoas para su transporte luego que hubiese oportunidad, como le ofrecian los esploradores.

Con esta determinacion el dia 25 de agosto del año de 1686 se embarcaron en tres balsas doce personas,

que fueron el padre presidente fray Francisco Huerta, el venerable padre fray Manuel de Biedma, el hermano fray Pedro Alvarez de Espinosa, el hermano Pedro Laureano, un indio Setebo cristiano llamado Alonso, que el padre Obregon habia traido de Panataguas, el capitan don Francisco de la Fuente, don Bartolomé Beraun, don Francisco Rojas (este aunque fue nombrado de cabo principal por el superior gobierno, enfermó estando en la Concepcion de Jauja, y el corregidor don Francisco Delzo y Arbizu, por comision que tenia del superior gobierno, eligió por cabo principal á don Juan de la Huerta Salcedo; y despues habiendo convalecido don Francisco de Rojas, entró de voluntario), don Juan Alvarez, otro soldado y dos negros del capitan Fuentes; llevando solamente un ornamento, los víveres que juzgaron muy precisos y algunas herramientas y menudencias. Despues de haberse encomendado muy de veras á Dios y recibido la sagrada comunion, á las once horas del dia comenzaron su navegacion, y despues de muchos peligros y trabajos que pasaron en once dias que navegaron, el dia 4 de setiembre llegaron al pueblo de San Miguel de los Conibos, donde fueron recibidos con grandes demostraciones de alegría; y al son de muchos atambores y bocinas, fueron conducidos á una iglesia que hallaron edificada con su campana y algunas estampas.

Habiendo dado gracias á Dios y cantado el *Te Deum laudamus*, el capitan don Francisco de la Fuente (como segundo cabo y segunda persona del cabo principal don Juan de la Huerta Salcedo) tomando el estandarte que llevaba, y acompañado de los demas soldados, puesto en la puerta de la iglesia, dijo en alta voz: « En nombre de Dios Todopoderoso, y de nuestro ca-
» tólico rey Don Cárlos II (que Dios guarde) tomo po-
» sesion de esta tierra, y de la que se halla interme-

» dia desde el Puerto de San Luis de Perene, todo el
» rio Paro hasta este pueblo de San Miguel de los Co-
» nibos, y en nombre de su real majestad doy á vues-
» tras paternidades y á su religion la espiritual pose-
» sion de lo contenido, y de este pueblo que desde el
» año pasado registraron. » A esto se correspondió con las ceremonias acostumbradas, y volviendo á entrar á la iglesia, dieron nuevamente las gracias á Dios; pidiendo á la divina Majestad la salvacion de aquellas almas. Colocaron en el altar un lienzo de dos varas del arcángel san Miguel, á quien eligieron por patron de aquel pueblo y nacion de los Conibos.

Despues de haber descansado un par de dias, se arregló el modo de vivir, asistiendo todos los cristianos á la misa todos los dias y á la doctrina cristiana, á la cual asistian los Conibos que se hallaban en el pueblo. El padre presidente con lo poco que traia agasajó á los tres curacas, los cuales quedaron muy agradecídos, especialmente el principal llamado Cayampay, quien se esmeró grandemente en obsequiar á los padres y demas españoles, haciendo fiestas y paseos por el rio á diversas partes con muchas canoas. Las que usan estos indios son muy ligeras y de todos tamaños; son muy bajas de borde y bien delgadas.

Habia ya dos semanas que se hallaban en San Miguel de los Conibos, y reflexionando los religiosos y militares sobre lo obrado por los padres jesuitas en aquel pueblo donde habia algunos meses que habian estado dos de ellos, y apresuradamente habian levantado iglesia, puesto campana, bautizado unos cincuenta indios (sin preceder alguna disposicion, ni catecismo) nombrado justicias, y dejado alli dos lenguaraces Omaguas para que enseñasen á rezar á los Conibos. Parecióles pues necesario que saliese alguno á San

Buenaventura, y se diese noticia á los prelados del estado de aquella conversion; y consultada la eleccion del sugeto que habia de salir, se resolvió que fuese el reverendo padre presidente fray Francisco Huerta, por convenir al buen progreso de la conversion.

Habiendo nombrado por presidente de los religiosos que quedaban al venerable padre Biedma, salió el padre presidente Huerta el dia 18 de setiembre, acompañado del capitan don Bartolome Beraun, don Juan Alvarez, el indio Alonso, lenguaraz, y Juan Benitez, negro. Salieron convoyados de veinte canoas, con setenta indios de guerra, que de paso iban á sus piraterías. Habiendo navegado ocho dias rio arriba el dia 26 encontraron dos grandes balsas, en las cuales venian el padre fray Antonio Vital, el hermano Juan de Navarrete, y todos los que habian quedado en el puerto de San Luis de Perene, los cuales viendo que no llegaban las canoas que el padre presidente les habia ofrecido enviar, cansados de esperar, no pudiendo sufrir la plaga de mosquitos de aquel puerto, habian salido de él el dia 10 de setiembre, y con grandes trabajos habian llegado á aquel paraje. Dióles el padre presidente cuatro canoas de los Conibos con los indios correspondientes, para que en ellas fuesen á San Miguel, y habiéndose despedido tiernamente de todos, prosiguió su viaje en el cual tardó veinte y cinco dias desde San Miguel hasta el puerto de San Luis, por causa que los Conibos iban pirateando á las demas naciones, y cogieron grandes presas, asi de gente, como de sal y ropa, de cuya presa le dieron al padre presidente tres muchachos pequeños, los dos de la nacion Campa, y el otro de los Pirros. El padre presidente agasajó á los Conibos con algunas cositas que habia reservado para

ellos, los cuales se volvieron muy contentos á su tierra prosiguiendo su corso.

No será fuera de propósito referir una noticia que en esta subida adquirió el dicho padre presidente fray Francisco Huerta. Dice pues este venerable padre en la relacion que hizo de este viaje, que una mañana antes de embarcarse, reparó que unos indios estaban hablando con el intérprete, y haciendo ademanes como de admiracion. Causóle novedad, y llamando al intérprete, le preguntó qué era lo que estaba hablando con los Conibos, y respondió que decian que cuando ellos eran muchachos habian visto dos religiosos vestidos de la misma suerte que el padre. Hízolos llamar el presidente, y por medio del intérprete les fue preguntando lo que decian. Y ellos respondieron que cuando eran muy mozos, pasaron por allí dos religiosos vestidos como el padre presidente en una balsa, y con ellos dos españoles y dos indios Campas, y que llevaban algunas herramientas. Que habian estado en el pueblo de los Conibos, quienes les dieron muchos víveres de los que produce aquella tierra, y que habiendo estado allí cosa de dos horas, dijeron que se iban. Los Conibos les dijeron que se quedasen en su pueblo; que advirtiesen que si pasaban mas abajo los mataria una nacion que habia allí cerca (señalando á los Sipibos), que se quedasen con ellos, que estarian seguros. Los religiosos les respondieron que por entonces no podian quedarse; que iban á sus tierras , que estaban muy abajo, pero que despues volverian á vivir con ellos ; y con esto se despidieron, advirtiéndoles los Conibos que no parasen en dicho paraje, porque los Sipibos era gente mala y traidora que los mataria. Que sin embargo los padres y su comitiva se fueron, y que en muchos años no habian sabido de ellos, hasta que

cuando se juntaron á hacer el pueblo de San Miguel, llegaron algunos Conibos á los Sipibos, y viéndoles alguna herramienta, les preguntaron que quién les habia traido aquella herramienta; y que les respondieron, que al pasar unos padres y viracochas por el rio de Aguaicha, los llamaron y recibieron con muestras de amistad, y que aquella noche estando durmiendo, les quitaron la vida á todos seis por quitarles la herramienta. Los Conibos contestaron lo que dijeron con dos indios Sipibos que iban en su comitiva, los cuales dijeron ser verdad, y que ellos se habian hallado en la dicha alevosa matanza de los padres y sus compañeros. Y segun la edad de los declarantes, le pareció al reverendo padre presidente, que de lo que ellos referian habria entonces como cincuenta años. Todo este suceso se tomó por fé y testimonio, firmado de los que acompañaban al padre presidente. El padre prior fray Antonio Vital cuando estuvo en la conversion y ciudad de la Laguna, tuvo esta misma noticia por algunos indios Sipibos que se hallaban en ella.

Atendida la série de esta declaracion, parece que los religiosos que en ella se mencionan no pueden ser otros que el venerable padre fray Matías de Illescas y sus santos compañeros, que el dia 3 de agosto del año de 1641 se embarcaron en el rio de la Sal para internar á las naciones de la montaña. Pero se ofrecen algunos reparos, que es preciso aclarar. Lo primero que nuestro padre cronista del Perú dice, que los religiosos que entonces emprendieron esta navegacion fueron tres; conviene saber: el padre prior fray Matias de Illescas y los hermanos fray Pedro de la Cruz y fray Francisco Piña, religiosos legos; y que los que declararon los Conibos fueron dos y no mas. A esto se responde, que pudo ser que alguno de los tres hubiese

muerto antes de llegar á los Conibos por algun acontecimiento. Tambien pudo suceder que alguno de los tres religiosos, fatigado del escesivo calor que se esperimenta por aquellos parajes, se hubiese desnudado el hábito para desahogarse, y que en el corto espacio de dos horas que estuvieron en los Conibos, no pudieron estos reconocerle por religioso, y le tuvieron por uno de los españoles que decian iban con ellos.

El segundo reparo es, que nuestro padre cronista dice que aquellos religiosos fueron sin prevencion alguna, entregados totalmente á la divina providencia; y estos de quienes se hace aquí relacion, llevaban herramientas. A esto se responde, que no se opone á la confianza que tenian en la divina providencia el llevar algunas herramientas que de limosna recogerian en la provincia de Tarma; pues no ignorarian lo muy preciso que son tales cosas para atraer los ánimos de aquellos infieles.

Al reparo de que llevaban compañía de españoles é indios, se satisface con decir que estos se agregarian en Quimirí de aquellos indios cristianos que por allí habia. Y verdaderamente, que diciendo nuestro padre cronista que aquellos siervos de Dios se embarcaron en unas balsas que para el efecto estaban hechas, dió á entender que llevaban alguna comitiva, pues tres personas solas muy bien cabian en una balsa; ni podian ir divididos sin perderse, pues una balsa con una sola persona dificilmente se puede manejar sin recurrir á milagros. Allégase á lo dicho la correspondencia del tiempo; pues desde que se embarcaron los referidos siervos de Dios habian pasado cuarenta y cinco años; y el padre presidente conjeturó de la relacion que le hacian los Conibos, que habria cincuenta años, cuya diferencia en materia de conjetura se reputa por ninguna.

CAPITULO XV.

Desamparan nuestros religiosos la conversion de los Conibos.

Para la inteligencia de lo que se dirá en este capítulo, se debe advertir que los padres jesuitas de las conversiones de Maynas, tenian noticia de la nacion de los Conibos; pues como estos con la continua piratería que ejercitan contra las naciones que habitan en las márgenes de los rios que desaguan en el gran Paro, suelen coger muchas mantas de algodon, cusmas, plumajes y otras cosas que ellos aprecian, con los despojos de sus presas bajaban á la Laguna, cabeza de las conversiones de Maynas (que ellos llamaban la gran Cocama) y lo trocaban por sal y alguna herramienta. Pero los dichos padres nunca habian emprendido la espiritual conquista de los Conibos, ó por la mucha distancia que estaban de sus conversiones, ó por falta de evangélicos operarios que las administrasen.

Sucedió pues que despues que hubieron estado en los Conibos los tres cristianos esploradores, que referí en el cap. XIII, y tomaron posesion de aquella nacion por el rey y por nuestra seráfica religion, plantando el

estandarte de la cruz ; dos meses despues bajaron á la Laguna unos treinta indios Conibos á su comercio, y llegaron á ella el dia 25 de diciembre ; y por ello tuvieron los jesuitas noticia de haber llegado al pueblo de los Conibos los tres mencionados esploradores, y de como habian plantado cruces, y que habian de volver con padres el verano siguiente. Con esta noticia sentidos los jesuitas de que los franciscanos les hubiesen ganado la antelacion de aquella nacion, en las mismas canoas de los Conibos despacharon al padre Enrique Ricter, y á un padre jóven llamado el hermano Francisco de Herrera y algunos indios Omaguas, y entre ellos dos intérpretes.

Llegaron los jesuitas despues de dos meses de navegacion al pueblo de San Miguel de los Conibos, y á principio de marzo del año de 1686, y por medio de los intérpretes dijeron á los indios que ellos venian á ser sus padres. Y como traian carpinteros, fabricaron apresuradamente una iglesia, en la cual colocaron un lienzo de San Francisco Javier y una estampa de Nuestra Señora de los Dolores, y colgaron una campana que habian traido. Y para tomar posesion del pueblo, bautizaron como cosa de cincuenta almas de todas edades y sexos, sin preceder doctrinarlos, ni aun los mas sabian persignarse.

Poco despues de un mes que los jesuitas estaban en los Conibos, reparó el padre Ricter que los indios manifestaban no muy buen semblante, por causa de que algunos de ellos le pidieron herramientas, y como los jesuitas no las habian traido, se mostraban mal contentos; á que se agregaba la esperanza que tenian, de que los padres franciscos les habian de traer las herramientas que los esploradores les habian prometido. Viendo esta mudanza el padre Enrique Ricter,

determinó bajar á la Laguna á buscar algunas herramientas para contentarlos. Con esta resolucion mandó á su compañero el hermano Francisco de Herrera, que se quedase allí hasta que él volviese, que iba por herramientas y otras cosas. Que procurase adelantar la conversion de aquellos indios sin salir de su pueblo hasta la vuelta del dicho padre Ricter, quien nombró justicias en el pueblo, y dejando á los dos Omaguas lenguaraces en él, se fué con los demas indios Omaguas en una canoa de Conibos.

El hermano corista jesuita, despues que concluyó la iglesia se informó de los indios que habian llevado á los esploradores de la distancia que habia desde allí al Puerto de San Luis. Los indios le dijeron que habia veinte dias de navegacion rio arriba. Con esta noticia, ó fuese que recelase que su compañero no volveria, ó fuese llevado de fervor indiscreto, ó de curiosidad, á principios de junio se embarcó en una canoa con cuatro indios Conibos y los dos Omaguas intérpretes, y navegó Paro arriba; y á los ocho dias de su navegacion llegaron al rio de Camarinigua. Los indios de dicho paraje le preguntaron al jesuita que adónde iba. Respondió por medio de los intérpretes: « aquí vengo á haceros una iglesia, y luego pasaré adelante, y saldré por el puerto de San Luis á Jauja y á Lima. » Los indios le respondieron: ¿ para qué has dejado solos á los Conibos, y te vienes por acá ? Nosotros no te podemos recibir, porque aguardamos presto á los padres de san Francisco que el año pasado han estado aquí, y otros tambien hace muchos años, que han estado por estas tierras. Vuélvete á los Conibos, porque si pasas de aqui para arriba, hay muchos indios enemigos nuestros, contra quienes peleamos con frecuencia, y á tí te matarán. El corista jesuita respondio: « Pues si

vosotros no me quereis recibir, ni que os haga iglesia, pasaré adelante, y con esta cruz que llevo amansaré á todos los indios. » Prosiguió el jesuita su navegacion rio arriba, sin hacer caso de lo que los indios le habian dicho; y despues de cuatro ó cinco dias el dia 19 de junio dieron en una emboscada que á la orilla del rio tenian los Pirros; los cuales en un instante dispararon tantas flechas que mataron á los jesuitas y á los cuatro indios Conibos, y los dos Omaguas intérpretes se arrojaron al agua malamente heridos; y habiendo salido á tierra, se curaron con yerbas que ellos conocen, y en una balsa que formaron llegaron á San Miguel de los Conibos, y luego despacharon una canoa á la Laguna, con la noticia de lo acaecido. Esta relacion, ademas de ser pública entre los Conibos, la adquirió muy por estenso el padre prior fray Antonio Vital, y en los seis meses continuados que estuvo en Camarinigua, y propaló todo lo referido con el padre Enrique Ricter.

Volviendo ahora á nuestra historia: el dia 29 de setiembre del dicho año de 1686 llegaron al pueblo de San Miguel de los Conibos, el padre fray Antonio Vital, el hermano Juan de Navarrete, y la demas comitiva que el padre presidente fray Francisco de la Huerta habia despachado con las cuatro canoas de los Conibos. Fueron recibidos de sus hermanos y compañeros con las demostraciones de amor que se dejan discurrir de la caridad de tan cristianos varones. Habiendo ordenado las cosas como convenia á la enseñanza de aquellos indios, el capitan don Juan Huerta Salcedo, cabo principal de aquella espedicion, tomó nuevamente posesion de aquellas tierras en nombre del rey, y así mismo se la dió á los religiosos y á la religion de nuestro santo padre san Francisco.

En este estado se hallaban las cosas de aquella conversion, atendiendo los religiosos á la enseñanza de los indios, y los militares enseñándoles política, en la que venian fácilmente aquellos bárbaros, especialmente el curaca Cayampay, que siempre se manifestó muy bizarro y atento con los Españoles; cuando el dia 8 de octubre del mismo año vinieron en una canoa los indios Conibos que habian bajado á la Laguna con la noticia de la muerte del corista jesuita. Estos indios dijeron que los padres jesuitas estaban ya dispuestos para subir á San Miguel con mucha gente y muchos españoles con su capitan Nicolás Sanchez, con ánimo de subir á castigar á los Pirros y Campas por haber muerto al jesuita: que los habia de destruir; y despues pasar arriba, y fundar pueblo en San Luis de Perene, donde pondrian fragua, y lo necesario para el avío de los demas pueblos. Dijeron tambien dichos indios que ellos venian enviados por delante, para avisar á los curacas de los Conibos para que mandasen hacer dos casas grandes, la una para los padres jesuitas y la otra para los españoles.

Con estas noticias, y ver que el dia siguiente se ponia en ejecucion la fábrica de las dos casas, el dia 10 del mismo mes entraron en consulta los religiosos y los militares sobre el espediente que se debia tomar. Y despues de varios pareceres, el venerable padre presidente fray Manuel de Biedma pidió á todos los de la junta que encomendasen á Dios el negocio, para que su divina Majestad los alumbrase en lo que debian hacer en lance tan apretado. El dia 18 despues de haber oido misa y recibido la sagrada comunion, se volvieron á juntar; y conferida la materia, resolvieron que no convenia aguardar en aquel pueblo á los jesuitas ni á su gente, porque se debia temer alguna disension y

rencilla entre los militares de ambas facciones, lo cual seria de grande escándalo para aquellos bárbaros. Que el aguardar allí no argüia mas derecho de posesion sobre la que ya tantas veces se habia tomado, y se debia estar á lo que determinasen los prelados y el superior gobierno; á cuyo fin habia salido á darles parte el padre presidente de la espedicion fray Francisco Huerta. Que convenia salir cuanto antes; pues desde que habia venido la canoa de la Laguna, los indios Conibos los miraban como á estraños y huéspedes, pues aun el sustento diario lo habian de buscar por sí propios, pescando en el rio y cazando en los montes; y hasta el traer agua y leña lo habian de pagar con agujas. Que si se aguardase á salir cuando hubiesen llegado los jesuitas, quizá entonces no habria forma de hallar canoas ni indios que los quisiesen llevar. Que se atendiese á que iban faltando los víveres, y sobre todo el vino para celebrar, y no se podia aguardar socorro hasta el verano del año siguiente. Con esto se resolvió el partir de allí cuanto antes, y todos firmaron lo resuelto en las consultas.

Resuelta ya la salida, llamaron al curaca Cayampay (que ya era cristiano, y se llamaba don Felipe), y como tomándole parecer, le dijeron que convenia salir á dar parte al superior gobierno, para volver el verano siguiente con todas las prevenciones necesarias para la permanencia, y de paso castigar al caudillo de los Pirros, por haber dado la muerte al compañero del padre jesuita que les habia fabricado la iglesia. Y como los Conibos eran enemigos de los Pirros, convinieron luego en la espedicion, con condicion que al año siguiente volviesen á su pueblo nuestros religiosos. El curaca don Felipe Cayampay como tan atento dispuso la comitiva con abundancia de víveres y treinta ca-

noas, con ciento ochenta indios de guerra. El venerable padre Biedma repartió á los Conibos principales cuarenta hachas, machetes y cuchillos, y á las mujeres algunas chaquiras. Dispúsose la salida para el dia 20 de octubre; pero no se pudo ejecutar por causa de haber enfermado de peligro el alférez Pedro de la Cueva, el cual murió el dia siguiente, y fue sepultado en la iglesia de aquel pueblo; y el dia 22 despues de haber oido misa y recibido la sagrada comunion, se principió la marcha.

El curaca don Felipe Cayampay quiso acompañar á los nuestros; y como se habia manifestado muy amistoso con el venerable padre Biedma, sabiendo el siervo de Dios que Cayampay era muy práctico de todos aquellos parajes (porque continuamente andaba á corso por ellos) le pidió encarecidamente le diese noticia de los nombres de todos los rios que encontrasen por el camino y de las gentes que los habitaban; y don Felipe ofreció ejecutarlo con mucho gusto. El venerable padre los fue escribiendo en un diario que hizo, cuyo estracto pondré aqui.

Débese advertir que el pueblo de San Miguel de los Conibos estaba entonces cosa de diez leguas al sueste de la boca del rio Pachitea, en la márgen oriental del rio Paro; y que los mas de los rios que vieron en el viaje, eran pequeños, aunque muy anchos, por ser el terreno muy llano, y que el agua corre muy poco. Tambien se debe advertir que aunque en este viaje se navegaron ochenta leguas hasta el puerto de San Luis de Perene, fue por causa de las revueltas que tiene el rio Paro, pues en línea recta apenas hay cincuenta leguas.

Salió la armada de la playa de San Miguel el dia 22 de octubre del año de 1686, al sonido de muchas bo-

cinas y tiros de fusil de los Españoles, y navegaron por el Paro arriba cosa de tres leguas sin novedad especial.

El dia 23 al amanecer Cayampay hizo señal con su bocina, á la cual respondieron luego las demas canoas, y tomaron la marcha, y aquel dia caminaron sin detenerse cuatro leguas y media, y á iguales distancias encontraron tres rios en la parte oriental. El primero se llama Senonia. El segundo Charataya: estos dos no tenian gente. El tercero se llama: Manipaboro; y dijo Cayampay que á tres jornadas rio adentro estaba la nacion de los Maspos muy numerosa. Aquella noche durmieron en la boca de dicho rio.

El dia 24 salieron á su viaje, y habiendo navegado dos leguas rio Paro arriba, hallaron por la parte oriental la boca del rio Taco. Subieron por él cosa de dos leguas, y encontraron un pueblo de la nacion de los Maspos, con veinte y seis casas, el cual tendria como quinientas almas de todas edades y sexos. Regalaron á los religiosos y á los Españoles con algunas frutas; y el venerable padre Biedma los agasajó dándoles algunas cositas. Bajaron otra vez al rio Paro, y durmieron en una isla en frente del dicho rio Taco.

En los dias 25 y 26 navegaron sin novedad digna de notar, adelantando tres leguas cada dia por el Paro arriba.

El dia 27 siguieron su derrota Paro arriba, y á la media legua por la parte del occidente encontraron la boca del rio Sampoya, el cual no tenia gente. Prosiguieron su viaje, y habiendo navegado dos leguas, encontraron por la parte del oriente el rio de Caniguati. Entraron por él, y despues de haber navegado una legua hallaron doce casas con mas de ciento y cincuenta almas. Pusiéronse luego en fuga; pero don

Felipe Cayampay los llamó. Vinieron al instante, y habiéndoseles quitado el susto, dijeron que mas arriba en el otro rio estaban sus parientes que eran muchos, y todos de nacion Amaguacas. Salió la armada al Paro á proseguir su viaje, y á la media legua de su navegacion dieron por la parte oriental con la boca del rio Oneano, y pasaron la noche en frente de él en una grande isla.

El dia 28 navegaron Paro arriba sin novedad digna de notar; anduvieron cuatro leguas, y durmieron en una playa.

El dia 29 solo adelantaron una legua, porque se detuvieron en registrar dos rios, que ambos se llamaban Comarinigua, uno de la parte oriental y otro de la parte del occidente, y en ambos habia mucha gente de la nacion del mismo nombre que los rios: y el curaca de los del oriente se llamaba Yapoc, y era amigo de Cayampay.

El dia 30 prosiguió la armada su viaje Paro arriba; y habiendo navegado cuatro leguas, encontraron por la parte del oriente la boca del rio de Camarinigua. Débese advertir que cuando bajaron el reverendo padre presidente fray Francisco Huerta, y los demas que venian en las primeras balsas, estuvieron en este paraje donde recibieron mil demostraciones de benevolencia de los dos curacas, llamados Izana y Quebruno, y entonces pidieron con grandes instancias les dejase un religioso, para que los enseñase á conocer á Dios, que querian ser cristianos. El padre presidente les respondió, que juntasen su gente é hiciesen pueblo; que á la vuelta les daria el consuelo que pedian; y para que comenzaren á rozar, los dió cuatro hachas y seis machetes. La gente de estos curacas eran una parcialidad de los Conibos, que por haber hecho alian-

za con los Campas no los quisieron admitir en su pueblo sus paisanos los Conibos de San Miguel; pero aunque vivian separados, conservaban su amistad y buena correspondencia. Estos dos curacas se habian dado tal prisa en ejecutar lo ordenado por el padre presidente, que cuando llegó esta flota, ya tenian rozado un grande espacio de terreno, capaz para una grande poblacion; habian fabricado iglesia y un galpon para la familia de Izana, y se trabajaba en los galpones para las demas gentes. El sitio para el pueblo estaba en la ribera oriental del gran Paro, entredos rios, el de Camarinigua al norte, y el de Benonia al sur.

Estos dos curacas recibieron á los religiosos y á toda la comitiva con grandes demostraciones de amor; y el venerable padre Biedma, viendo su buen afecto, colocó en la iglesia un lienzo del gran patriarca san José, eligiéndole por patron y tutelar de aquel pueblo. Cantaron el *Te Deum laudamus*, celebrándole con el repique de una campana que colocaron en la puerta, dando á Dios las gracias por sus misericordias. Aquí estuvieron los dos dias, último de octubre y primero de noviembre, en el cual se celebró el sacrosanto sacrificio de la misa, y comulgaron todos los Españoles. Viendo la puntualidad con que aquellos Conibos asistian á todo lo bueno, el padre prior fray Antonio Vital, hijo de la santa recolecion de Lima, con beneplácito del venerable padre Biedma, determinó quedarse allí al cultivo de aquella nueva viña. El venerable padre presidente le dejó el ornamento y lo necesario para celebrar, el hierro de hacer hostias, la harina y vino que habia quedado, para que tuviera con qué celebrar, hasta que el verano siguiente le trajesen nuevo socorro. Quedóse en compañía del padre Vital un soldado andaluz, llamado Juan José de los Rios, á

quien los demas militares socorrieron con la ropa que cada cual pudo, para que tuviese con que remudarse hasta que llegase el socorro.

Con estos dos dias se proveyó la armada de todo género de bastimentos con grande abundancia. La noche antes de partir el venerable padre Biedma (por medio del intérprete) hizo una plática á los dos curacas Izana y Quebruno y á toda su gente, rogándoles cuidasen mucho del padre que les dejaba y de su compañero; pues por cumplirles su deseo, y no dejarlos desconsolados, se los dejaba con harto sentimiento de su corazon. Ellos respondieron que estaban muy agradecidos, asegurando que el padre y su compañero estarian asistidos, sin que hubiese nadie que les diese el menor disgusto.

El dia 2 de noviembre despues de haber celebrado el sagrado sacrificio, se despidieron tiernamente los padres y demas comitiva de los compañeros que se quedaban y de la demas gente de los Conibos, y habiéndose puesto en marcha, siguieron su navegacion, y tres leguas adelante por la parte del occidente encontraron la boca del rio Guanaria, y dijo Cayampay que una jornada arriba por dicho rio, habia mucha gente de la nacion Ruanaguas. Pasaron la noche en una playa.

El dia 3 siguieron su navegacion Paro arriba, y habiendo adelantado una legua, vieron por la parte del occidente la boca del rio Coraguania, que tambien lo habitaban los Ruanaguas, aunque retirados. Continuaron su camino, y despues de haber adelantado otra legua, encontraron por la misma parte occidental la boca del rio Epunia que no tenia gente. Prosiguieron su derrota, y una legua mas adelante durmieron en una grande isla de arena.

El dia 4 continuaron su viaje, y despues de haber adelantado cerca de tres leguas, encontraron por la parte oriental la boca del rio Taguanigua, en cuyas márgenes habitaban los Pichabos y los Soboybos. Entraron por él, y despues de media legua hallaron cuatro galpones con diez familias. Estos entendian el idioma de los Pirros y Campas. Volvieron al Paro, y continuando su viaje, despues de haber navegado una legua, encontraron por la parte occidental el rio de Ataguanigua, que no estaba habitado. Pasaron adelante, y habiendo adelantado otra legua, vieron por la parte del oriente el rio de Coingua, que no tenia gente. Durmieron en su playa.

El dia 5 prosiguieron su viaje Paro arriba, y adelantaron cuatro leguas, dejando á la parte del occidente casi á iguales distancias tres rios habitados de indios Campas. El primero se llamaba Erereca, el segundo Cheopcari, y el tercero Chinipú. Hicieron noche en una isleta.

El dia 6 continuaron su navegacion Paro arriba, y habiendo navegado legua y media, encontraron por la parte del occidente el rio Guanini, y media legua mas arriba por la misma parte está el rio Guanué : entre estos dos rios tierra adentro habitan los indios Mochobos. Aquí estuvieron dos noches y un dia registrando sus gentes.

El dia 8 de noviembre prosiguió la armada su navegacion Paro arriba, y habiendo adelantado dos leguas, encontraron por la parte del occidente al rio de Taypie, en cuyas riberas habitaban muchos Campas. Siguieron su viaje, y despues de haber navegado una legua, vieron por la parte del oriente al rio Casincria, que entonces no tenia gente, pero los Campas van con frecuencia á pescar á él, y tienen por

allí sus chacaras. Pasaron la noche en una playa de pedregal.

El dia 9 habiéndose la armada puesto en marcha rio arriba, despues de haber adelantado dos leguas, encontraron por la parte oriental la boca del rio Paro. Este rio viene desde las cordilleras de la provincia de Paucartambo. Don Felipe Cayampay dijo que dentro del Paro habia muchas naciones bárbaras, á las cuales muchas veces habia entrado á correar. Dejaron el Paro á la izquierda, y navegaron por el Taraba, que es mayor, y viene de las vertientes del Cuzco, donde se llama Apurima. Habiendo navegado por el Taraba como tres leguas, encontraron la boca del rio Enne. Dijo Cayampay que siete leguas Taraba arriba desde allí habia muchas gentes de Comabos y Ruanaguas, que comian carne humana; y cuando algun indio por ser viejo no sirve para la guerra, lo matan y se lo comen. Dejando el rio Taraba á la izquierda por la parte del Oriente, navegaron por el Enne cosa de una legua. Y habiendo adelantado este dia seis leguas, durmieron en una playa. Todas las riberas del rio Enne están pobladas de indios Campas, y por este paraje está el rio muy ancho y hermoseado con muchas islas de todos tamaños.

El dia 10 continuó la armada su navegacion rio Enne arriba, y despues de haber adelantado dos leguas, encontraron por la parte del sueste al rio Charamaná habitado de Campas. Y siguiendo una legua mas adelante, vieron por la parte del noroeste al rio Samarini, sin gente: durmieron en su boca.

El dia 11 prosiguieron su navegacion Enne arriba, y adelantaron cuatro leguas, dejando á la parte del sueste dos rios. El primero llamado Poconi, y el otro Chimbo, habitados de Campas.

El dia 12 de noviembre continuó la armada su viaje

Enne arriba, y á la primera legua vieron por la parte del sueste al rio Omiagu, y otra legua mas adelante por la misma parte está el rio Mayapu, ambos habitados de Campas. Prosiguiendo su navegacion, legua y media mas arriba encontraron por la parte del sur al rio Puyeni, habitado de indios Pirros. En una de sus playas hallaron tres indios, los cuales dijeron que su pueblo estaba ocho leguas adentro de aquel rio, y que tenia mucha gente. Continuaron su marcha, y adelantaron legua y media, dejando á la parte del sur dos rios habitados de Campas, el primero se llama Chomo, y el otro Xeni. Durmieron en una playa.

El dia 13 madrugaron los Conibos, y todos se dispusieron en estado de pelear, porque en el rio de Anapati estaban los Pirros que habian muerto al jesuita, de quien hicimos mencion. Navegaron tres leguas Enne arriba, hasta encontrar la boca del dicho rio; y habiendo determinado pasar la noche en una isla que estaba enfrente de ella, desembarcaron en dicha isla á los religiosos; y los Conibos y militares españoles entraron por el rio Anapati, y habiendo navegado cosa de una legua, hallaron un galpon á modo de castillo con dos puertas opuestas muy bajas, y dentro de él habia mas de doscientos Pirros. Trabaron su combate, del cual resultó la muerte de un Conibo principal, y heridos dos Españoles y seis Conibos. De los Pirros murieron ocho, y entre ellos su curaca, llamado Santabangori. Los Conibos aprisionaron á una Chola y á un muchacho, los cuales habian venido á traer de comer á sus padres. Salió la armada otra vez á la isla donde habian quedado los religiosos, y durmieron en ella. Los Conibos cortaron las cabezas de los Pirros muertos en el combate, y con ellas cebaron su crueldad toda la noche, haciendo en ellas mil insultos. Aquí se proveyeron

de mucho maiz y plátanos de las chacaras de los Pirros.

El dia 14 al amanecer despachó Cayampay una canoa para el pueblo de San Miguel, llevando el cuerpo del Conibo difunto, á los dos cautivos, y los despojos que habia cogido. Tomó la armada su derrota Enne arriba, y habiendo adelantado dos leguas, encontraron por la parte del norte al rio Samini, habitado de Campas. Prosiguieron su viaje, y una legua mas adelante durmieron en una playa.

El dia 15 navegó la armada Enne arriba con trabajo, porque desde este sitio para arriba, está el rio encajonado entre cerros, y tiene algunos malos pasos. Habiendo adelantado cinco leguas, encontraron por la parte del norte al rio Mazarobeni habitado de indios Campas y Mochobos. Pasaron la noche en la boca de dicho rio.

El dia 16 madrugaron con ánimo de llegar al puerto de San Luis, haciendo todo empeño para conseguirlo; pero solo pudieron llegar á la junta de los rios Enne y Perene, habiendo caminado siete leguas. Todo este espacio está habitado de indios Campas, Camparites, Pirros y Simirinches. Dijo Cayampay que desde allí como treinta leguas por el Enne arriba habia un grande pueblo llamado Puccetaguaru de indios cristianos huidos de la sierra, y tenia como ocho mil almas, y era gobernado por un curaca principal, y cuatro caciques subalternos.

El dia 17, dejando al Enne á la parte del sur, entró la armada por el rio Perene, y habiendo navegado dos leguas, llegaron temprano al puerto de San Luis, donde encontraron algun repuesto de bastimento que habia dejado allí el reverendo padre presidente fray Francisco Huerta. Descansaron aquel dia, y al otro se despidie-

ron tiernamente de los Conibos; y don Felipe Cayampay dejó allí varadas dos canoas grandes, diciendo al venerable padre Biedma que las dejaba allí para que al verano siguiente le avisasen con ellas de su entrada para que él viniese con su gente por toda la comitiva. Fuéronse los Conibos para su tierra; y los nuestros por tierra caminaron para San Buenaventura, donde llegaron el dia 23 de noviembre, y fueron recibidos con júbilo y alegría de los religiosos que se hallaban allí, y de todos los indios de aquella conversion.

Aquí estuvieron todos los militares aguardando la órden de lo que debian ejecutar; y viendo que de afuera no habia noticia á mediados del mes de diciembre, determinaron que el capitan don Francisco Rojas y Guzman saliese á la sierra, y bajase á Lima á informar al señor virey de lo acontecido y obrado en el viaje. Y habiéndolo ejecutado, el virey mandó que la tropa saliese de la montaña, y que los religiosos se quedasen en su antigua conversion de San Buenaventura hasta nueva órden.

CAPITULO XVI.

El padre fray Antonio Vital desampara la conversion de san José de Camarinigua.

Dejamos al padre prior fray Antonio Vital en el pueblo de San José instruyendo á aquellos indios, de los cuales era respetado y atendido, de suerte que aunque algunas veces quiso bajar á San Miguel para comunicar con el padre jesuita que alli estaba, no lo pudo ejecutar, porque sus indios temerosos de que los dejase, le escondian las canoas.

Por el mes de noviembre de dicho año de 1686 llegaron á San Miguel de los Conibos dos padres jesuitas, que fueron el padre Enrique Ricter, aleman, y el padre Juan de Casas, valenciano. Despues de algunos dias que estuvieron juntos en San Miguel, dispuso el padre Enrique que su compañero saliese á reconocer el rio Paro, y que llegando á San Luis, saliese á Jauja, y bajase á Lima á informar al señor virey del estado de aquella conversion. Salió el padre Juan de Casas á principios de diciembre con cinco canoas y treinta indios, de los que habian traido de la Laguna. Navegó Paro arriba, y habiendo llegado al pueblo de San José, confirió con el padre fray Antonio Vital sobre su salida, y despues de haber descansado algunos dias, continuó

su viaje. Pero cuando llegó al rio Guanini, los Mochobos salieron armados á estorbarles el paso. Y viendo el padre que el rio venia muy rápido por las muchas lluvias, y que era preciso abrir camino derramando sangre, determinó volverse atrás. Volvió al pueblo de San José, donde descansó; y los indios de dicho pueblo les proveyeron abundantemente de bastimentos. Bajó á los Conibos de San Miguel, donde se hallaba el padre Enrique Ricter, quien le despachó á la Laguna, encargando al presidente de la conversion de Maynas, que lo despachase á Lima, como lo ejecutó.

El padre prior fray Antonio Vital estuvo todo el invierno en su pueblo de San José, donde despues de bien catequizados, confirió el santo bautismo á cuarenta muchachos y á siete indios adultos *in mortis articulo.* A la mitad del mes de abril del año de 1687 llegaron á Camarinagua unas falsas noticias de que los Pirros habian muerto á todos los padres y Españoles que habian salido el pasado mes de noviembre para San Luis. Con esta noticia, viéndose sin esperanza de socorro, determinó salir á San Luis para dar parte del estado de aquella conversion. Entregó todo lo perteneciente al culto divino al curaca Izana, encargándole mucho su conservacion; y el dia 6 de mayo salió con el soldado José de los Rios y cuarenta indios en ocho canoas. Despues de haber navegado diez dias rio arriba, una mañana, cuando mas descuidados navegaban, y una de las canoas iba arrimada á la ribera, dieron en una emboscada de Pirros, que flecharon á todos los que iban en ella. Con la turbacion que causan los repentinos sucesos, se volteó la canoa, y á no ser tan prontamente socorridos de las otras canoas, se hubieran ahogado todos. En dicha canoa iba el soldado Juan José de los Rios, á quien hirieron tan de lleno, que á no

haber tenido puesto un coleto, y retejido con la cuerda del frasco, hubiera quedado muerto, pues con todo aquel reparo penetró la flecha hasta herirle el pecho. Juntáronse todos los indios de las canoas, y saltaron en tierra con sus armas para vengarse de sus enemigos; pero estos cogieron el monte, y no se tuvo por bien el seguirlos, por no esponerse á caer en alguna emboscada. Con dificultad sacaron las flechas de los heridos, y los curaron á su modo.

Viéndose el padre fray Antonio Vital con el paso atajado, se afirmó en la noticia y creencia de que sus compañeros estaban muertos, y regresó al pueblo de San José, y despues de haber sanado los heridos, determino salir á dar parte por las conversiones de los jesuitas. Bajó á últimos de mayo á los Conibos de San Miguel, y confirió su determinacion con el padre Enrique Ricter, y este le respondió, que iria en su compañía, pues á él tambien le importaba el salir. A principios de junio salieron los dos en cuatro canoas de indios Conibos; pero desde la primera noche el jesuita se adelantó con tres canoas, dejando al padre Vital y su compañero José de los Rios con una canoa con seis indios. Navegó nuestro padre recoleto fray Antonio Vital por el rio Ucayale abajo cosa de diez y ocho dias, sin encontrar nacion alguna. Solamente á la mitad del viaje encontraron pescando algunos indios, los cuales al instante que vieron á los Conibos, huyeron al monte, pero un muchacho que no pudo correr tanto como sus parientes, fue apresado por los Conibos, los cuales querian quitarle la cabeza; pero el padre Vital pidió por él, y lo rescató por un machete, y despues siempre lo tuvo consigo, y lo bautizó en Cajamarca. A los diez y ocho dias de navegacion, salieron al gran rio de las Amazonas, y subieron por él cinco ó seis dias hasta en-

contrar la boca del rio de Guallaga (que es el que viene por la ciudad de Guanuco), y subiendo por él un dia, llegaron á últimos de junio á la Laguna, cabeza de las conversiones de Maynas, donde encontraron al padre Enrique Ricter; y preguntándole el padre Vital con amorosa queja, por qué causa lo habia dejado solo, entregado á seis bárbaros que á veces le quisieron quitar la vida, respondió que tenia que hacer, y que venia á su negocio. Desde entonces no han vuelto los jesuitas á los Conibos.

Estuvo el padre fray Antonio Vital ocho dias en la ciudad de la Laguna (alias la gran Cocama), y á principios de julio salió en una canoa para el rio de Moyobamba. En el camino estuvo de paso en ocho pueblos de los padres jesuitas, que no tenian quien les asistiese, porque dichos padres visitaban sus pueblos menores solo una vez al año. Los que vió el padre Vital, eran de la conversion de Jiberos, Cocamillas, Mayorunas, Otanavis y otros. Porque siendo muchos los pueblos que tenian de conversiones, eran muy pocos los sugetos que se aplicaban al ministerio de conversores; por lo cual aplicaban á ellas los estranjeros, que como no eran á propósito para predicar en las ciudades, iban á las conversiones.

Llegó el padre prior fray Antonio Vital á Lamas, y desde allí se fué por tierra á Moyobamba, Chachapoyas y Cajamarca; desde donde notició á los prelados el estado en que dejaba la conversion de los Conibos. Discurro que este padre y su compañero Juan José de los Rios son los únicos que han completado el círculo de la navegacion de estos rios; entrando á la montaña por Andamarca, corriendo todo el Paro y Ucayale, y saliendo de la montaña por Lamas, Moyobamba y Chachapoyas.

CAPITULO XVII.

Martirio del venerable padre presidente fray Manuel de Biedma y de sus compañeros.

Con las noticias que dió al superior gobierno el capitan don Francisco de Rojas y Guzman, y en vista de las informaciones que en el valle de Jauja se hicieron por órden del muy reverendo padre comisario general fray Félix de Como (quien se hallaba en San Gerónimo de Tunan cuando los nuestros volvieron de la espedicion), se siguió litigio contra los padres jesuitas sobre la posesion de los Conibos y rio Paro; y despues de muchas diligencias de ambas partes, se determinó por el real acuerdo el dia 24 de abril del año de 1687, que los padres jesuitas de la provincia de Quito tuviesen su distrito desde Maynas hasta San Miguel de los Conibos inclusive, y que no pasasen de allí por el Paro arriba. Y que los religiosos menores tuviésemos por distrito desde las montañas de Andamarca, por el Paro abajo, hasta el dicho pueblo de San Miguel esclusive, y que no pasasen mas abajo.

En vista de esta providencia, el muy reverendo pa-

dre comisario general dispuso que se formase un pueblo entre los rios Paro y Enne con nombre de *San Francisco Solano*, y nombró por su fundador y presidente al venerable padre fray Manuel de Biedma, asignando en Lima cierta limosna, para que èl siervo de Dios librase en las cosas que le pareciesen necesarias. Hallábase el dicho venerable padre en su conversion de San Buenaventura, cuando le llegó esta comision ; y cuanto dió lugar el tiempo, se previno de lo necesario, así para socorrer al padre fray Antonio Vital, que discurria estar en el pueblo de San José de Caraminagua, como para la nueva poblacion premeditada. Hecha la provision de herramientas, fragua, ornamentos, vino para celebrar, trigo y bastimentos, salió el siervo de Dios en compañía de los padres fray Juan de Bargas Machuca, y fray José de Soto, sacerdotes; fray Pedro Alvarez, religioso lego; el hermano donado Pedro Laureano, un muchacho de seis años á quien el venerable padre habia enseñado y bautizado, un negro libre llamado Juan Benitez, y varios indios cristianos. Llegaron al puerto de San Luis á principios de julio del dicho año de 1687, y habiendo acomodado todo lo que traian en las dos canoas que habia dejado don Felipe Cayampay, se embarcaron todos los religiosos, el donado, el muchachito, el negro, y dos ó tres indios para gobernar las canoas.

Al segundo ó tercero dia de haber salido del puerto de San Luis, dieron en una emboscada de indios infieles, que flecharon y mataron á todos los que iban en las canoas, sin que escapase alguno. Despues por medio de los que suben al Cerro de la Sal, se supo que los agresores fueron los Pirros, Simirinches y Comabos. Yo discurro que los indios Pirros de Anapati, resentidos de la pelea que tuvieron contra los Conibos y Españoles

el año antecedente, conjeturando que los viracochas volverian á entrar al Paro, convocaron en su ayuda á los Simirinches, y aguardando á los cristianos en algun paso dificil y preciso, ejecutaron la maldad que dejo referida.

Con este fatal golpe para la provincia de los doce Apostoles, se perdió tambien la conversion de San Buenaventura; porque como el siervo de Dios se llevó consigo á los sacerdotes, los demas llevados de un terror pánico de que no habia seguridad en la montaña, no quisieron entrar á socorrer aquella grey abandonada, y los indios se fueron á los montes.

CAPITULO XVIII.

Emprende la religion seráfica la conquista del Cerro de la Sal.

Viendo la seráfica religion frustrados los designios y medios que se habian intentado para la conversion de las almas de los gentiles, que habitaban en las márgenes del gran rio Paro, no pudiendo ahogar la llama de la caridad que la compelia á procurar la conversion de los infieles, determinó suscitar la perdida conversion del Cerro de la Sal. Para facilitar esta empresa, pareció preciso ante todas cosas conseguir que el curato y doctrina de Guancabamba (que estaba abandonado) se agregase á nuestra órden, para evitar los inconvenientes de pretensiones que ocasionaron la pérdida de dicha conversion el año de 1675. Despues de haber corrido las diligencias necesarias, así por lo perteneciente al juzgado eclesiástico, como por lo tocante al real patronato, se obtuvo la agregacion á últimos de junio del año de 1689.

Obtenido para la religion el curato de Guancabamba, y puesto en él por cura el padre prior fray Blas Valera, antes de emprender entrada formal, se determinó ir á

reconocer el Cerro de la Sal. Para esto á peticion del padre fray Domingo Alvarez de Toledo, procurador de las conversiones, fue nombrado (por decreto del señor conde de la Monclova, virey de estos reinos) por cabo del reconocimiento, el capitan don José Amez, quien entró con diez hombres armados en compañía del mencionado padre procurador y un religioso lego llamado fray Dionisio Campaña.

Salieron del pueblo de Acobamba (que está dos leguas mas abajo de Tarma) el dia 15 de mayo del año de 1691. Y tardaron de ida y vuelta veinte dias, caminando á mula desde Acobamba hasta una hacienda de los padres dominicos, llamada Chanchamayo, que estaba diez y ocho leguas de Tarma, y cerca del rio de Quimirí; y lo demas hasta el Cerro de la Sal, que son diez y seis leguas de camino de montaña, á pié. Reconocieron ser camino transitable, los terrenos fértiles como todos los de la montaña. Encontraron algunos indios así cristianos como gentiles, de los que vienen esparcidos por aquellos montes. Dióseles noticia de como el año siguiente vendrian los religiosos á fundarles pueblo, para que viviesen como buenos cristianos, de cuya noticia algunos manifestaron alegrarse.

Por este tiempo se hallaban las conversiones de Panataguas en lastimosa decadencia por las muchas epidemias que padecieron despues de la irrupcion que hicieron en ellas los infieles el año de 1670, y especialmente de una peste de viruelas, de la cual murió mucha gente, y como acostumbran en semejantes epidemias irse á los montes; allí les sugeria el demonio el volverse á su gentilismo, y lo ejecutaron muchos. De suerte que á fines del año de 1691 segun informe que hizo el venerable padre fray Francisco Huerta, solo habia cuatro pueblos, y en ellos apenas doscientas

almas de todas edades y sexos, y los indios tan retobados y viciosos, que ya no tenian visos de cristianos.

Habiéndose reconocido el Cerro de la Sal, y consideradas las comodidades que ofrecia para edificar pueblos para fomento de las conversiones, antes de emprender la fábrica se atendió en Lima á asegurar en algun modo la perseverancia de las conversiones, que se esperaba poderse conseguir. Para este fin, el dicho padre fray Domingo Alvarez, procurador de las conversiones, fomentado del muy reverendo padre comisario general fray Basilio Pons, formó en Lima una congregacion de conversiones, en la que entraron la mayor parte de las personas de distincion de dicha ciudad; los cuales contribuyeron, cada cual segun su devocion y posibilidad; de suerte que para la primera entrada se juntaron sobre dos mil y seiscientos pesos, y en adelante se debian juntar todos los años sobre mil y quinientos pesos. El mencionado muy reverendo padre comisario general hizo á esta congregacion participante de todos los bienes espirituales de nuestra seráfica religion, dando á cada uno de los hermanos de ella sus patentes impresas fechas en Lima el dia 3 de diciembre del año 1693.

No he podido averiguar individualmente los sucesos de esta entrada. Solo consta de los escritos que se hallan en el archivo de este colegio, que el dia 4 de marzo del año de 1694, fue nombrado por el real acuerdo el capitan don Juan Ramirez de Vergara, para que fuese con algunos Españoles á la entrada que iban á hacer nuestros religiosos al Cerro de la Sal. Y tambien consta de otros papeles de dicho archivo, que el dicho año de 1694 fueron muertos por los infieles el padre prior fray Blas Valera en su doctrina de Guancabamba; y en el

rio de Quimirí fueron muertos los venerables padres fray Francisco Huerta, y fray Juan Zabala.

No se halla en el archivo de este colegio mas noticias de las conversiones del Cerro de la Sal ni Andes de Andamarca, desde esta desgraciada espedicion hasta que el año de 1709 las suscitó el venerable padre fray Francisco de San José, primer comisario de misiones en este reino del Perú.

El año de 1704 se acabó de perder la conversion de Panataguas, porque con la decadencia tan grande que en ella habia, asi en lo civil como en lo moral, cada verano se huian los indios á los montes y á los infieles; y el último que apostató fue un capitan de Tulumayo llamado Felipe Coramage, que se fué á los infieles con los mas de los indios y familias de aquel pueblo. Este mismo año de 1704 habia entrado de cura conversor de Panataguas el padre prior fray Gerónimo de los Rios, quien recogió las reliquias de la conversion en Tulumayo. Pero el verano inmediato salieron los indios infieles (que se discurre fueron los Casibos) y mataron al padre conversor y á todos los cristianos que pudieron prender, y quemaron la iglesia y el pueblo. Los cristianos que pudieron escapar se pasaron al pueblecito de Cuchero, que fue el único que permaneció con muy pocos indios.

CAPITULO XIX.

El venerable padre fray Francisco de San José restablece las conversiones del Cerro de la Sal y Sonomoro.

Las frecuentes muertes de tantos religiosos á manos de los infieles en tan corto espacio de tiempo impresionaron tanto terror á los demas religiosos y aun á los seculares, que ya nadie se atrevia á emprender nueva conquista en los Andes. Pero Dios nuestro Señor, que siempre vela sobre su grey, envió al Perú desde el colegio de misiones de Guatemala al apostólico varon fray Francisco de San José, con facultades y oficio de comisario de misiones de estos reinos. Llegó este siervo de Dios el año de 1708 á la ciudad de Lima, donde hizo mision, con la cual se concilió las voluntades de los prelados; y noticiado del desamparo de las conversiones de los infieles, abrasado su corazon en el celo de la salvacion de aquellas pobres almas, solicitó compañeros y limosnas; y habiendo obtenido la bendicion de los prelados, emprendieron la espiritual conquista de los Andes.

Componíase esta mision de cinco sacerdotes que fueron el padre fray Fernando de San José, presidente; el

padre fray Francisco de San José, comisario de misiones, los padres fray Mateo Bravo, fray Honorio de Matos, y fray Cristóval de San José, y dos religiosos legos. Entraron haciendo mision por la provincia de Tarma el año de 1709, y luego internaron á la montaña. Al principio no tuvieron favorable recibimiento; porque el comun enemigo sugeria á aquellos bárbaros que no admitiesen la fé católica, dándoles á entender que si admitian á los padres, luego vendrian los Españoles para vengar las muertes de los otros padres, y les quitarian sus tierras. Grandes trabajos padecieron estos evangélicos operarios en los dos primeros años; pero su paciencia y perseverancia consiguió convencer aquellos indómitos ánimos, y fundaron dos pueblos, el uno en Quimirí y el otro en el Cerro de la Sal.

Dejando el venerable padre comisario la conversion de Tarma en este estado, y viendo la dificultad de su adelantamiento, pasó á fines del año de 1711 á la ciudad de Guanuco, para ver si podia en algun modo restaurar las perdidas conversiones de Panataguas. Halló las cosas en tan mal estado, que juzgó imposible conseguir su intento por falta de gente, y por estar los caminos cerrados de monte, de suerte que ya no podian transitarse.

Informándose en dicha ciudad de las gentes que habitaban en aquellas montañas fronteras, le dieron noticia de que al oriente de Guanuco estaba una quebrada de montaña llamada Tuetani, por la cual corria un rio, en cuyas márgenes habia algunas rancherías de gentiles.

Alentado con estas noticias el venerable padre comisario, bajó á Lima, y negoció con el superior gobierno se le diese escolta de un capitan con algunos soldados para entrar á dicha quebrada; y volviendo á

Guanuco con los despachos el año de 1712, despues de hechas las provisiones necesarias, hizo su entrada al oriente, y habiendo encontrado el dicho rio de Tuetani, bajaron por su quebrada con grande penalidad, por lo fragoso de aquellas montañas. A pocas jornadas encontraron un pueblo llamado Puzuzu, con poco menos de treinta familias de indios Amages, los cuales admitieron luego la doctrina del santo Evangelio. Prosiguió despues el siervo de Dios registrando aquellas inmediaciones, en las cuales hallaron otras rancherías de indios Amages, esparcidos por aquellos montes. Los principales parajes donde se hallaron, fueron : Piño, Cucheno, Panchis, Unuti y Tillingo; y entre todos habia como trescientas almas. Habiéndolos reducido, fabricaron una iglesia en Puzuzu, y otra en Cucheno; y porque iba tomando rigor el invierno, por el mes de diciembre se salió el venerable padre comisario con la gente que le habia acompañado, dejando un religioso lego en la nueva conversion, para que fuese catequizando á los indios, mientras se enviaba sacerdote que los bautizase, y administrase los sacramentos. Pasó despues á dicha conversion el padre prior fray Honorio Matos, el cual estuvo en ella cerca de cuarenta años, y en ella murió el año de 1753.

Trabajóse en fomentar esta conversion, abriendo con grande trabajo camino para poder entrar á ella con caballerías, para facilitar el comercio de la coca que los vecinos de Guanuco entran á comprar, en cambio de otros efectos que llevan; porque la coca de Puzuzu es la mas apreciada de toda la montaña. En esto se ha trabajado muchos años para conseguirlo, y se han mantenido estos indios pacíficamente, aunque hoy se halla reducida esta conversion al solo pueblo de Puzuzu por varios accidentes que pintaré en su lugar.

No sosegaba el celo del varon apostólico fray Francisco de San José; y así apenas llegó á Lima y dió parte de su nueva conversion á los prelados y superior gobierno, pasó al valle de Jauja donde hizo mision el invierno del año de 1713, y fervorizó los ánimos para la restauracion de las conversiones de Andamarca; para cuya empresa se ofrecieron el padre prior fray Pedro Vaquero, y el padre prior fray Pedro Ortiz de Tuesta, gran siervo de Dios, varon apostólico, y tan versado en la lengua general, que le llamaban el Demóstenes de la lengua Quichoa. Entraron estos dos obreros evangélicos á la montaña el mes de mayo del mismo año de 1713, y hallaron desiertos los sitios donde habian estado los pueblos de Santa Cruz y de San Buenaventura, ni hallaban gente alguna. Pero Dios nuestro Señor no permitió que el trabajo de sus siervos quedase defraudado. Era el caso que los indios se habian retirado á los montes, ó recelosos de algun mal tratamiento, ó sugeridos del comun enemigo, que los tenia engañados con el aparente pretesto de la libertad. Sucedió que el cacique ó curaca se despeñó en el monte, y se quebró las piernas; y como sabia que los religiosos estaban por allí, los mandó llamar para que lo bautizasen. Fueron los religiosos á la casa del cacique y le instruyeron para poderlo bautizar; y al mismo tiempo le dieron á conocer cuán necesario y conveniente era el juntar su gente y formar pueblo, para que pudiesen congregarse á aprender la doctrina cristiana, y servir á Dios; y el curaca dispuso la gente de tal suerte, que aquel mismo dia se comenzó á fabricar la iglesia y la casa para los padres, y continuaron con tal actividad, que el dia 18 de julio del mismo año de 1713 se bendijo y estrenó la iglesia, y al pueblo se le puso por nombre Santa Cruz de Sonomoro.

Sucedió pocos dias despues que habiendo salido los religiosos por aquellos montes á caza de racionales fieras, por algun descuido de los muchachos se pegó fuego á la casa de los padres y á la iglesia, en ocasion que los hombres del pueblo estaban en el monte; y el cacique animó á las indias para que descolgasen del altar las imágenes y alhajas, como lo ejecutaron, sin temor del fuego, y sin que se perdiera cosa alguna. Mas adelante pasó el fervor del cacique, pues luego que vinieron los indios, los mandó llamar; y habiéndoles ponderado lo que les convenia para su salvacion el que los padres no se disgustasen, concluyó exhortándoles á que al instante fuesen á traer materiales para hacer la iglesia y casa en la misma forma que los padres la tenian dispuesta; previniéndoles que era preciso acabarla antes que llegasen los padres para que no discurriesen que maliciosamente la habian quemado, y se fuesen de sus tierras. Así lo ejecutaron los indios con toda puntualidad.

Sucedió en esta salida que los religiosos hicieron al monte un caso maravilloso. Encontraron en un rancho á un infiel moribundo. Los padres le exhortaron á que se bautizase, ponderándole la suma necesidad que habia de este sacramento para conseguir la salvacion. El indio estuvo tan pertinaz y rebelde, que no queria oir lo que decian; de suerte que los religiosos desconsolados se apartaron á encomendarlo á Dios. Entretanto un donadito de catorce años se llegó al moribundo, y le dijo: piensa bien si te quieres bautizar, porque el infierno es para siempre y la gloria tambien. Estuvo el indio un rato suspenso, y luego le dijo: llámame á los padres. Llamó el donadito á los religiosos, y el indio les pidió que lo bautizasen. Instruyéronle lo que permitia el tiempo, y lo bautizaron;

y al instante comenzó á hablar tales cosas de Dios, que los religiosos estaban absortos oyendo las maravillas que decia, siendo tan rústico, y no habiendo sido doctrinado; y luego espiró quedando su cadáver muy hermoso, y los indios circunstantes alegres, porque le vieron enterrar como cristiano segun permitia el terreno.

CAPITULO XX.

El venerable padre comisario pide al rey católico socorro para las conversiones.

Alegre y gozoso en el Señor, nuestro venerable padre comisario con las premisas tan opimas de las conversiones, pues prometian para en adelante copiosas y abundantes cosechas para las troges del cielo, atendió cuidadoso á su conservacion, y bajó á Lima á sus santas pretensiones. Considerando en primer lugar la penuria y escasez de operarios evangélicos, porque en la santa provincia de los doce Apóstoles ya eran pocos los que se aplicaban á la conversion de los infieles por haber muerto muchos en la demanda, y al presente en las tres conversiones de Guanuco, Tarma y Jauja, solo habia siete ú ocho sacerdotes, algunos religiosos legos y donados; y como esperaba segun Dios que la conversion floreceria mas cada dia, y con el aumento creceria mas la necesidad de los apostólicos operarios: escribió al rey nuestro señor Don Felipe V, el dia 8 de diciembre del mismo año de 1713, una carta memorial, en la cual informándole del estado de las conversiones y del adelantamiento que esperaba conseguir, y

de la escasez de idóneos ministros que padecia, le suplicaba se sirviese mandar, que de las provincias de España se le despachasen doce misioneros electos para tan alto ministerio. Item : que en atencion á lo que ordenan las bulas apostólicas se le cediese el convento de la ciudad de Guanuco con todas sus alhajas, para erigirle en colegio de *Propaganda Fide*, en el cual se pudiesen criar y adiestrar sugetos para el ministerio apostólico. Item: que por cuanto los misioneros en las conversiones habian padecido muchas calamidades y aun muertes por falta de custodia y socorros oportunos, se dignase su real majestad asignar de su real erario la cantidad de seis mil pesos anuales en las cajas de Pasco para socorro de las conversiones de Guanuco, Tarma y Jauja, para sueldo de algunos soldados, jornales, conducciones de los socorros, ornamentos, herramientas y otros utensilios necesarios para la permanencia y aumento de las dichas conversiones.

Esta carta escrita del siervo de Dios para el rey católico, fue acompañada de otra semejante del ilustre cabildo eclesiástico de Lima, con fecha 14 del mismo mes y año, en la cual informaban á su real majestad lo mismo que el venerable padre, suplicándole concediese lo que pedia. Todo lo concedió el famoso monarca en cédulas de 16 de enero de 1715, de 12 de marzo de 1718 y de 10 de noviembre de 1719, á lo que coadyuvó el informe que el reverendísimo comisario general de Indias fray José de Sanz hizo á su real majestad. Pero como España se hallaba entonces tan perturbada por las continuas guerras y tan falta de medios, no tuviéron efecto las reales cédulas hasta el año de 1725. Pero los religiosos no llegaron á Lima hasta el año de 1732, por haberse detenido mucho tiempo en Cartagena y Panamá por falta de avios.

No estuvo jamás ociosa la actividad espiritual del venerable padre comisario; antes discurriendo como rayo, tan presto se hallaba en las montañas de Guanuco como en las de Tarma y de Sonomoro. Ya bajando á Lima á solicitar limosnas y operarios para adelantar la espiritual conquista de los indios infieles, lo cual consiguió su espiritual fogosidad, aunque este adelantamiento costó algunas víctimas; pues el año de 1718 los infieles junto á Pichana mataron al hermano donado Juan Delgado. Y el año de 1721 mataron al hermano donado Tomás de San Diego, y mas abajo de Pichana ahogaron á un negro de la conversion llamado Antonio, y á una india cristiana con su hijo. Y el año de 1726 el hermano fray Angel Gutierrez, religioso lego, murió de hambre en la ceja de la montaña con tres indios serranos que habian entrado á abrir camino desde Bombon al Cerro de la Sal.

Tanta fue la actividad del siervo de Dios, que el año de 1730 se hallaban las conversiones en florido estado, como se puede ver por el estracto siguiente:

Conversion de Jauja.

En el pueblo de Santa Cruz de Sonomoro habia doscientas treinta almas de indios Campas, á los cuales administraban los sacramentos los padres fray Cristóval de Echevarría y fray Gregorio Luengo.

El pueblo de Nuestra Señora de Chavini tenia ciento diez y seis almas de la nacion Anapati, á quienes administraba el padre fray José de Leon.

En el pueblo de San Antonio de Catalipango habia noventa almas de la nacion Campa, á quienes administraba el padre fray Juan de la Marca.

Conversion de Tarma.

En el pueblo del Patrocinio de Nuestra Señora de Quimirí habia ciento treinta y dos almas de indios Andes y treinta y seis serranos; á todos los cuales administraba el padre fray Mateo de San Miguel.

En el pueblo de San Joaquin de Nijandaris habia veinte y una almas de indios Campas, á quienes administraba el padre fray Francisco de San Tadeo.

En el pueblo de Cristo Crucificado del Cerro de la Sal habia noventa y siete almas de indios Andes, á los cuales doctrinaba el padre fray Mateo de San Miguel.

En el pueblo de la Purísima Concepcion de Eneno habia doscientas cuarenta y tres almas de indios Campas, á los cuales doctrinaba y administraba el padre definidor fray Antonio de la Hoz.

En el pueblo de san Francisco de Pichana habia ciento y tres almas de indios Andes, á los cuales doctrinaba el padre fray Pedro Camacho.

En el pueblo de San Tadeo de los Andes habia doscientas cincuenta y cinco almas de indios Andes, aunque solo habia setenta y seis cristianos ; á todos doctrinaba el padre fray Juan de la Marca.

Conversion de Guanuco.

Las parcialidades en que estaban dispersos los indios Amages de esta conversion se redujeron á dos pueblos, que eran la Asuncion de Puzuzu que tenia ciento sesenta y cuatro almas, á los cuales administraba el padre fray Honorio Matos.

Y en el pueblo de Nuestra Señora del Cármen de

Tillingo habia mas de cien almas, á quienes doctrinaba y asistia el padre fray José Arévalo.

Item: en los pueblos de Punchaumarca y Yanapo, asistidos del padre prior fray Gregorio Lezcano, cura de Guancabamba, habia doscientas noventa y tres almas de indios Amages y algunos serranos.

Item: en el camino de Puzuzu, tres leguas mas adelante del pueblo de Panao en tierras de la conversion, en un alto que llaman Chaglla, se hizo un hospicio, para que los religiosos que transitaban por allí á Puzuzu tuviesen donde albergarse y rehacerse del penoso camino de la montaña, con su capilla para celebrar, y en este sitio dispuso el venerable padre comisario, se hiciese una vaquería en la cual se pusieron cien cabezas de ganado vacuno, para que se sirviese de dar provision á los padres conversores, y de hacer cecinas para las entradas que se hacian á la Pampa del Sacramento.

Siempre la santa provincia de los doce Apóstoles ha fomentado las santas conversiones de la montaña, proveyéndola con sus hijos hasta que vinieron los misioneros de España. Entre los que florecieron mucho en heróicas virtudes y celo de la propagacion de la fé, merece particular mencion el padre prior fray Fernando de San José, natural de las Montañas de Burgos, hijo de la santa recoleccion de Lima. Este apostólico varon fue de los primeros compañeros del venerable padre comisario, y mucho tiempo fue presidente de las conversiones de Tarma y Jauja. El año de 1723 fundó el pueblo de Jesus María en la inmediacion de la junta de los dos rios Enne y Perene; y este mismo año el dia de la Natividad del Señor bautizó á un cacique de la nacion Ande, con otros pocos adultos. Al cacique se le puso por nombre don Fernando Torote, á cuyo bautismo concurrieron mas de tres mil indios. Sucedió

tambien que la primavera del año de 1724 un cacique de la nacion de los Pirros envió una embajada á este siervo de Dios, diciendo que sus muchachos y su gente se morian sin bautismo con la peste, y que segun oia decir á los cristianos, se iban todos al infierno; que fuese á enseñarles cómo habian de ir al cielo. Alegre el buen padre con esta noticia, se dispuso para el viaje, discurriendo que Dios habia dispuesto los ánimos de aquellos bárbaros para recibir la ley del santo Evangelio. Embarcóse el dia 10 de mayo del año de 1724 con dos religiosos legos, que fueron fray Tomás de San José y fray Lucas de Jesus, un hermano donado, catorce Españoles, y veinte indios cristianos, en dos canoas y siete balsas, llevando todo lo necesario para fundar conversion. Al segundo dia de su navegacion dieron en una emboscada de Pirros y Mochobos, que les dispararon una lluvia de flechas. A la primera descarga mataron al siervo de Dios y á muchos de la comitiva; los que pudieron se retiraron apresuradamente; pero los infieles los vinieron siguiendo y matando á todos los que alcanzaban, y cerca de pueblo de Jesus María mataron á los religiosos á lanzadas; de suerte que no escapó con vida ninguno de los que acompañaban al venerable padre, el cual tenia de edad cuando murió por la exaltacion de la fé cuarenta y ocho años. El año de 1737 se supo que la muerte de este siervo de Dios fue trazada por el pérfido don Fernando Torote, quien coligado con los Mochobos y Simirinchos, fingió la embajada de parte de los Pirros, y entre todos ejecutaron tan execrable maldad. Un hermano del tal don Fernando Torote, llamado Miguel, mató entonces á uno de los dos religiosos legos; pero lo pagó con la muerte el dicho año de 1737, como diré á su tiempo.

Merece tambien especial memoria el padre prior fray

Juan de la Marca, francés de nacion, que desde España vino asociado del ingeniero don Alberto de Minson, y tomó nuestro santo hábito en la santa recoleccion de Lima el año de 1722; y cuatro años despues habiendo sido ordenado de sacerdote, vino á las conversiones de Sonomoro en compañía del venerable padre comisario fray Francisco de San José y de otro padre recoleto llamado fray Francisco de San Tadeo. El padre fray Juan de la Marca trabajó apostólicamente durante diez años que estuvo en las conversiones, hasta su muerte. Aprendió con perfeccion el idioma Ande; compuso arte y vocabulario de él, y algunas pláticas espirituales. Fundó el pueblo de San Antonio de Catalipango. Descubrió el Pajonal y la mucha gente que en él habia, y fundó algunos pueblos que despues de su muerte se perfeccionaron. El año de 1735 salió de la montaña por mandato del virey para reconocer el puente de piedra de Jauja, y enfermó al llegar á la sierra y murió en dicho valle.

CAPITULO XXI.

Principios del colegio de Ocopa.

Aunque el venerable padre comisario fray Francisco de San José deseaba fundar un colegio seminario de misiones, no hallaba en la provincia de los doce Apóstoles convento á propósito para tan alto fin, con la proximidad requerida para la entrada á las conversiones de la montaña; pues aunque la dicha santa provincia desde el año de 1709 le habia hecho cesion del convento recoleccion de Huaraz, estaba muy distante de las conversiones, y por consiguiente no era á propósito para el intento. En el Valle de Jauja está una rinconada de tierra á la cual llaman Ocopa, y en ella habia un pueblecito ó pago con su capilla, intitulada Santa Rosa de Santa María; y era anejo del curato de la Concepcion, de quien dista una legua al norte, y dicho curato era de nuestra órden. Como el siervo de Dios aguardaba por instantes los doce misioneros que debian venir de España, y no tenia donde hospedarlos, pidió á esta santa provincia en virtud de lo mandado por las bulas apostólicas, el anejo de Santa Rosa de

Ocopa para erigirle hospicio de conversiones, para que en él se pudiesen curar los enfermos que salian de la montaña, y prevenirse los que hubiesen de entrar á ella. La provincia hizo cesion del dicho anejo á las conversiones el dia 31 de octubre del año de 1724, y reconociendo el venerable padre comisario que en dicho anejo no habia capacidad para el fin que lo habia pedido (pues no habia mas que una capilla pequeña, dos pequeñas celdas y una cocinita) pidió al señor virey licencia para ampliarle, formando mas celdas, enfermería y las oficinas necesarias. Concedióse la licencia el mes de febrero del año de 1725, y se tomó posesion de dicho anejo por parte de las conversiones el dia 19 de abril del mismo año de 1725.

Comenzóse la ampliacion del hospicio de Ocopa el mismo año, formando un pequeño claustro con ocho celdas, un refectorio, una pequeña enfermería y otras oficinas necesarias. De toda la obra fue director el hermano fray Pedro Navarro, hijo de esta santa provincia, y natural de Cádiz. Ayudaron á la fábrica con la solicitud de copiosas limosnas los hermanos fray Francisco Suarez, natural de Galicia, y fray José Ansorena, natural del Señorio de Vizcaya, ambos religiosos legos de esta provincia.

Llegó á Lima la mision deseada del venerable padre comisario. Componíase de diez sacerdotes y dos religiosos legos; porque durante el viaje se habian muerto dos sacerdotes. La santa provincia de los doce Apóstoles, en virtud de lo mandado por las bulas apostólicas, les dió para colegio de misiones el convento de San Miguel, recoleccion de la villa de Pisco. Y el dia 1º de mayo del año de 1732 hicieron su primer capítulo guardianal, que presidió el muy reverendo comisario general fray Antonio Cordero. Fue electo guardian el reve-

rendo padre fray Tomás de Cañas. Con la ereccion del nuevo colegio, la provincia cedió á su direccion las conversiones de Guanuco, Tarma y Jauja; proveyéndolas siempre de ministros ejemplares, respecto de ser muy corto el número de operarios que habia venido de España.

Esta penuria de operarios evangélicos motivó al siervo de Dios á recurrir al rey nuestro señor, para que su real majestad concediese una mision mas copiosa de veinte sacerdotes con los legos correspondientes, y juntamente su real permiso para erigir en colegio seminario de misiones el hospicio de Ocopa, y la real confirmacion para el colegio de Pisco. Fue enviado á España para este efecto el hermano fray Joaquin Dutarí, religioso lego de esta santa provincia, el cual llegó á España el mes de marzo del año de 1734, y en la corte negoció el despacho de su pretension, cuanto á la remesa de los religiosos que se pedian, cuya cédula dió el monarca el mes de diciembre de dicho año. Y en cuanto al permiso para la ereccion del colegio de Ocopa, determinó su real majestad que el marqués de Villagarcía (que estaba entonces para venir de virey á estos reinos) informase al consejo de Indias sobre el asunto lo que discurriese mas conveniente.

Del colegio de Pisco solamente pudieron venir cuatro sacerdotes á este hospicio de Ocopa, porque de aquel colegio salieron algunos sacerdotes á mision entre fieles; y siendo preciso que quedasen algunos para seguir los actos de comunidad, no se pudo dar mas abasto á las conversiones. Este fue el motivo por el cual el reverendo padre guardian fray Tomás de Cañas, de comun acuerdo con el venerable padre comisario, renunciase y devolviese á la provincia el convento recoleccion de Pisco, para que aquellos misioneros que en

él se hallaban, se viniesen al hospicio de Ocopa para emplearse en las conversiones de la montaña. Esto fue el año de 1734.

Con la presunta licencia que se aguardaba del católico monarca para la ereccion de este colegio, se tiró la delineacion de su fábrica con todos los requisitos necesarios, atendiendo á su salida, permanencia y conveniencia posible respecto á lo frígido del pais. Cooperaron grandemente á la fábrica los tres religiosos legos arriba mencionados, á la actividad del siervo de Dios, quien siempre asistia á la obra como principal sobrestante. Y para que la conversion tuviese algun emolumento, así para la facilidad de los socorros de las conversiones, como para la fábrica del colegio, la santa provincia les cedió el curato de Santiago de Comas con sus anejos en el capítulo provincial celebrado en Lima el dia 9 de enero del año de 1734. Con este fomento corrió la fábrica, y al cabo de veinte años quedó tal que puede lucir entre las mejores del reino.

El venerable siervo de Dios fray Francisco de San José, hallándose fatigado de sus continuas tareas, y gravado de los achaques que acompañan la avanzada edad de cerca de ochenta años, á últimos del año de 1734 renunció en manos del muy reverendo padre comisario general fray Antonio Cordero la comisiatura y viceprefectura de misiones, y el dicho muy reverendo padre comisario general nombró para el ejercicio de dichos dos empleos el dia 5 de enero del año de 1735 al reverendo padre fray Lorenzo Nuñez de Mendoza, que se hallaba de visitador de las conversiones de Guanuco.

Habiendo llegado á este hospicio de Ocopa los misioneros que estaban en Pisco, se repartieron dos en cada conversion. A la de Tarma fueron el padre fray

Pedro Pons y el padre fray Mariano Badía, catalanes, hijos del colegio de san Miguel de Escornabou. A la de Jauja fueron los padres fray Manuel Bajo y fray Alonso del Espíritu Santo. A la conversion de Guanuco fueron los padres fray José Sanchez y fray José Gil Muñoz.

CAPITULO XXII.

Salidas á la Pampa del Sacramento.

El celo de la salvacion de las almas que ardia en los corazones de los seráficos misioneros, no les permitia omitir diligencia alguna para conseguir la salvacion de los miserables que yacen tan de asiento en las sombras de la muerte. Los padres conversores que se hallaban en Puzuzu y Tillingo tuvieron noticia por los neófitos sus feligreses, que al oriente de los cerros que cercan estos dos pueblos, habia una grande llanura ó Pampa de montaña, en la cual vivian los indios Carapachos y algunos Amages. Con esta noticia varias veces dispusieron el entrar á dicha Pampa; pero la falta de medios para facilitar los caminos les atajaba sus deseos.

Por fin, el año de 1726 se alentaron á ir á descubrirla unos fronterizos de los pueblos de Panao y Pillao, con su capitan y algunos indios de Puzuzu. Salieron á dicha empresa el mes de mayo; pero como no habia caminos abiertos, ni ellos saben ni el pais permite llevar rumbo directo, tardaron cuarenta dias para llegar á dicha Pampa en distancia que ahora se anda en cinco

dias. Llegaron á la Pampa el dia de Corpus (que fue á 21 de junio), y por eso la llamaron la Pampa del Sacramento. Y como los bastimentos se les iban acabando, fue preciso volverse sin reconocer el pais ni sus moradores.

El año de 1727 volvieron á entrar los referidos; y como no tenian camino cierto, ni mas idea que salir á la Pampa del Sacramento, en habiendo llegado á ella, se hallaron cercados de caudalosos rios, sin saber á donde dirigir su derrota. Pasaron con una balsa uno de los rios, y subieron á un cerro que parecia islado; desde su cumbre descubrieron varias humaredas, por lo cual coligieron que por allí habia algunos gentiles. Con esto sin mas averiguacion se volvieron á Puzuzu á dar noticia de lo que habian visto.

El año de 1731 el padre prior fray José Antonio de Arévalo, presidente de la conversion de Puzuzu, deseoso de conquistar las almas de los infieles de la Pampa del Sacramento, salió á su reconocimiento con los neófitos de Puzuzu á principios de octubre, y en diez dias llegó á dicha Pampa, y habiendo subido al cerro que dejo referido, reconocieron en varias partes rancherías de indios. No se atrevieron por entonces á irlos á reconocer, y se volvieron á Puzuzu con harto trabajo por lo adelantado de la estacion, y las muchas aguas que varias veces les impedian el tránsito y pasaje de rios.

El año de 1732 salió á dicha conquista el reverendo padre fray Simon Jara, conversor de Puzuzu, con los fronterizos de los pueblos de Panao y Pillao. Reconocieron todo aquel pais sin hallar vestigios de gentes, y despues de muchas pesquisas, hallaron un caseron ó galpon grande con muchas flechas en él y muchas ollas de comidas; pero los infieles se escondieron en el

monte; y aunque el conversor y su gente estuvieron allí muchos dias aguardándolos, no volvieron mas. Y considerando el dicho padre que de quedar allí mas tiempo se esponian á ser sorprendidos de los bárbaros alguna noche, y que los bastimentos se les iban acabando, determinó retirarse por entonces, para tomar las disposiciones mas oportunas para conseguir el pacificar aquellas naciones.

Con la esperiencia que el dicho padre Jara tenia del modo de tratar con los infieles por los muchos tiempos que estuvo en las montañas, resolvió formar en la Pampa, cerca del sitio donde habia hallado el galpon con los fronterizos y algunos indios de Puzuzu, una especie de pueblecito con sus chacaras en la inmediacion, para que con la paciencia de aguardar, pudiese conseguir la reduccion de aquellas gentes. Con este proyceto el verano del año de 1733 envió los fronterizos á rozar aquel monte, y disponer algunas chacaras de yucas, maiz y frisoles, para que la gente tuviese que comer cuando se pusiese en planta lo que tenia ideado.

El año de 1734 por el mes de mayo salió de Puzuzu el padre fray Simon Jara con los fronterizos de Panao y de Pillao á la Pampa del Sacramento, y habiendo llegado al paraje donde se habian formado las chacaras, hizo una capilla y ranchos para la vivienda. Ocupóse mucho tiempo en registrar todos aquellos contornos, por ver si podia hallar á los indios infieles, pero ellos se habian retirado de aquellas inmediaciones. Con la mudanza del temperamento y la fatiga de registrar aquellos montes sin encontrar lo que buscaban, enfermaron gravemente los fronterizos, de suerte que el padre Jara se vió precisado de enviar á pedir socorro á Puzuzu y á Panao, el cual socorro envió el goberna-

dor de la frontera, y consistió en doce hombres y un cabo. Continuando pues el padre Jara sus reconocimientos, el mes de setiembre hallaron un galpon grande con mucha cantidad de maiz y yucas, y algunas chozas al rededor; y deseosos de ver el fin de tantos trabajos, considerando que los indios infieles habian de venir por sus comidas, hizo mansion en el dicho sitio, asi por descansar algun tiempo, como para auxiliar algunos fronterizos que se hallaban malamente enfermos.

Llegó el socorro de Puzuzu adonde estaban los cristianos el dia 27 de setiembre, á tiempo que el padre Jara se hallaba ayudando á bien morir á dos fronterizos, y tenia otros cinco poco menos que en el mismo estado, cuando á las diez del dia vinieron como cien indios gentiles, desnudos y pintados, con sus coronas de plumajes de diversas colores, y varias sartas de dientes de animales en los brazos y piernas. Venian armados y con sus capitanes. Los fronterizos viendo la indiada, discurrieron que venian de guerra, dieron voces, y los infieles dispararon algunas flechas por alto, una de las cuales atravesó la pantorrilla al padre Jara, que estaba arrodillado auxiliando á los moribundos. Mandó el padre á los fronterizos que arrojasen sus armas al suelo, á cuya accion llegaron pacíficos los infieles; y viendo al padre se admiraron de aquel hábito, y condolidos de su herida, le sacaron la flecha, y curaron la herida con cogollo de caña brava machacada. Sucedió un acaso gracioso, y fue que siendo el padre Jara cojo de aquella pierna que le hirieron, mediante el flechazo y curacion que le hicieron los indios, quedó libre de su cojera. Dió el padre á aquellos infieles algunos cuchillos y chaquiras, con lo cual quedaron contentos, y se comidieron á dar sepultura á dos

fronterizos que aquella mañana habian muerto de enfermedad.

No se pudo saber de qué nacion eran aquellos indios gentiles, porque entre tantos cristianos como se hallaban allí, no hubo quien les entendiese su idioma, siendo así que el padre Jara era versadísimo en la lengua general y en la Amage. Y por verlos desnudos, los llamaban Carapachos, aunque ese traje es comun á todos los infieles de la montaña. Al anochecer se fueron los indios con muestras de amor y benevolencia. Y el padre Jara viendo que en aquella Pampa se le moria la gente (pues ya se le habian muerto once personas), determinó retirarse á Puzuzu á convalecer antes que las lluvias le impidiesen el regreso, y dejar al dictámen de los prelados la prosecucion de la empresa.

Las enfermedades y muertes ocasionadas de la demora en el embarcadero de la Pampa del Sacramento, atemorizaron de tal suerte á los fronterizos, que no se atrevian á volver á entrar á ella. A esto se agregaron los siniestros informes que el corregidor de Guanuco y otros personajes de dicha ciudad dieron al superior gobierno y prelados superiores contra la conducta de los padres misioneros; de suerte que parecia quedar sepultada la esperanza de reducir á los gentiles de la Pampa del Sacramento. Por esta causa bajó á Lima el padre prior fray José Sanchez, presidente de las conversiones de Guanuco, y habiendo informado al padre fray Lorenzo Nuñez, comisario de misiones, del estado de sus conversiones, se retiró á Ocopa.

El padre comisario de misiones venció en Lima todas las dificultades, y escribió al dicho presidente se pusiese en camino para proseguir la empresa de la Pampa del Sacramento. Llegó el padre presidente fray

José Sanchez el dia 21 de junio del año de 1735 á Guanuco, desde donde escribió á los padres fray José Gil Muñoz, y fray Simon Jara su determinacion de proseguir la conquista espiritual de los Carapachos, y que entre los dos sorteasen quién le habia de acompañar á ella. Cúpole la suerte al padre fray Simon Jara, quien escribió al padre presidente que acelerase las providencias respecto de lo adelantado que estaba el verano. Pero como el corregidor estaba opuesto á esta piadosa empresa, no queria dar gente de los pueblos fronterizos, alegando que tenia para ello facultad del superior gobierno. Despues de varias contiendas y protestas del padre presidente, dió diez fronterizos de los pueblos de Chinchao, Pillao y Panao, y con algunos serranos de Chaglla y algunos neófitos de Puzuzu se determinó la entrada.

Por mas que se apresuraron para ganar tiempo, no pudieron salir de Puzuzu hasta el dia 15 de agosto, despues de haber celebrado misa el padre fray Simon Jara, quien salió el dicho dia con veinte y cuatro hombres; y á los diez dias de caminata llegaron al sitio del emharcadero donde estaba la capillita, y habiendo descansado algunos dias, caminaron en busca del paraje donde el año antecedente habian hablado á los gentiles; pero no hallaron gente alguna. Buscaron por todas aquellas inmediaciones sin hallar mas que algunos rastros que luego se perdian. En estas diligencias gastaron dos meses, y viendo que los infieles no parecian, se medio amotinaron los fronterizos, diciendo que no podian quedarse mas tiempo allí, y se salieron con su cabo, dejando en el embarcadero al padre fray Simon Jara solo con algunos neófitos de Puzuzu que le quisieron acompañar.

Por este tiempo habia llegado á Puzuzu el padre presi-

dente, quien viendo que se habian retirado los fronterizos, y sabiendo por cartas del padre Jara las diligencias que se habian practicado, determinó entrar á la Pampa con algunos fronterizos y neófitos de Tillingo, llevando socorro á los que se hallaban en ella. Llegó al embarcadero el dia 14 noviembre del año de 1735, y se mantuvo en las diligencias de buscar á los infieles cerca de ocho meses.

No es fácil ponderar lo mucho que padecieron en esta temporada, porque aunque tenian chacaras para el sustento, se hallaban faltos de muchas cosas, y lo mas del invierno imposibilitados de registrar por la incomodidad de las lluvias. El padre presidente por el mes de febrero despachó al padre Jara á los pueblos de Tillingo y Puzuzu para confesar aquellos pobres neófitos, Quedó el dicho padre presidente en el embarcadero con algunos fronterizos y criollos de Puzuzu, sin poder actuar cosa de fundamento por lo escesivo de las lluvias, hasta que el mes de abril del año de 1736, habiendo minorado las aguas, despachó seis hombres armados á registrar aquellas montañas. Dos meses estuvieron en dicho registro padeciendo grandes trabajos, porque aunque el padre presidente de cuando en cuando les enviaba socorro de víveres, con la mucha humedad se les podrian, pues hasta la poca ropa que vestian se les pudrió en sus cuerpos. Al cabo de los dos meses volvieron los esploradores con la noticia de haber hallado las chacaras de los Carapachos distantes ocho dias de camino del embarcadero, y que habian visto en ellas á dos indios, los cuales al instante que vieron á los cristianos se metieron en el monte, y no fue posible encontrarlos.

Con estas noticias el padre presidente despachó aviso al padre fray Simon Jara (que se hallaba todavía en Pu-

zuzu) para que con los fronterizos que pudiese recoger, viniese al embarcadero, para hacer la entrada antes que los indios se desapareciesen. Adelantóse el padre Jara, y llegó al embarcadero el dia 13 de junio del mismo año. Con su venida se dispusieron las cosas para buscar á los indios gentiles; pero viendo que los fronterizos se tardaban, determinaron de emprender la entrada con diez hombres que tenian, los siete serranos y los tres de Puzuzu. Resolvieron ir con balsas rio abajo para ahorrar camino; y se embarcaron el dia 25 de junio, pero con tan mal suceso, que trastornándose una de las balsas, perdieron los víveres, y se ahogó uno de los indios. Por esta causa fue preciso volverse al embarcadero, para hacer nuevo bastimento y habilitarse para ir por tierra.

En este intermedio de tiempo á principio de julio llegó al sitio donde estaban los nuestros el capitan don Lorenzo Eugenio con doce fronterizos de Panao, y con este socorro luego que hubieron descansado cuatro dias, se pusieron todos en marcha en busca de los infieles. Caminaron por tierra seis dias, y reconociendo que estaban ya cerca de las chacaras de los Carapachos, se quedó en aquel paraje el padre Jara con cuatro serranos que estaban enfermos y no podian proseguir. Los demas continuaron la marcha, y al otro dia encontraron un galpon grande, del cual salian varios caminos, lo que les causó no poca confusion. Finalmente, habiendo encontrado las chacaras, y conociendo el peligro en que se hallaban, el dia de San Buenaventura al amanecer se confesaron todos, y recibieron al Señor sacramentado; y á cosa de las nueve de la mañana vinieron hácia ellos como cien indios armados de arcos y flechas con una confusa gritería á usanza de guerra. Salió á ellos el padre presidente, y

con muestras de afabilidad y amor, les dió á entender que no venia de guerra. Les regaló algunos cuchillos que traia, y con esto los sosegó. Pero la falta de intérprete desvanecíó toda la pretension, porque no hubo nadie que entendiese su idioma. Estuvieron juntos con los nuestros hasta las cinco de la tarde, que se despidieron con muestras de amistad y benevolencia.

El padre presidente deseaba quedarse allí algun tiempo para ver si podia conseguir la reduccion de aquellas almas; pero los fronterizos le dijeron, que si no se retiraba, le dejarian solo aquella noche. Con esto se vió precisado á volverse al embarcadero, y consultando con el padre fray Simon Jara lo que podrian hacer, resolvieron salirse á Puzuzu, y dando parte de todo lo ejecutado á los prelados y superior gobierno, estar á su determinacion. Asi lo ejecutaron, pero no hubo resulta de lo que noticiaron. En este pararon tantas entradas á la Pampa del Sacramento con tantos trabajos y fatigas de los ministros evangélicos, sin haberse conseguido la reduccion de aquellas gentes infieles. Desde entonces no se hizo por Puzuzu mas entrada á la Pampa del Sacramento hasta el año de 1763 como diré en su lugar. Y aunque los indios de Puzuzu acostumbran todos los veranos á bajar á dicha Pampa á pescar en el rio Mayro, raras veces se atreven á llegar al embarcadero.

CAPITULO XXIII.

Conversiones del Pajonal.

El rio que desde Tarma, pasando por Quimirí y Cerro de la Sal, toma el nombre de este último, y corriendo de mas abajo se llama Perene, hasta perder su nombre tributando sus aguas al rio Enne, era el que daba la comunicacion desde Quimirí á las conversiones que estaban mas abajo, como eran San Joaquin de Nijandaris, Cristo Crucificado del Cerro de la Sal, la Purísima Concepcion de Metraro, San Antonio de Eneno, San Francisco de Pichana, y San Judas Tadeo de los Andes. Y como todas estas conversiones estaban en las inmediaciones del rio Perene, por la facilidad que ofrecia su navegacion ignoraban los padres conversores la mucha gente que habia tierra adentro por la parte del norte en un paraje que llamaron despues el Pajonal. Este es un pedazo de Serranía que desde la junta de los rios Enne y Perene se levanta hácia el norte con doblados cerros, que por su mucha elevacion es temperamento frio; por cuyo motivo no tiene montaña sino en las quebradas, y en la parte superior tiene

muchos Pajonales. Estiéndese esta Serranía cosa de cuarenta leguas al norte, y tendrá de occidente al oriente cosa de treinta leguas. Por la parte del norte confina con la Pampa del Sacramento, de quien la divide el rio de Pachitea. Por la parte del occidente está separado de la Cordillera de los Andes por un profundo y dilatado espacio de montaña donde desaguan los rios Cacos, Palcazo, Mayro, Puzuzu, y otros que descendiendo de las vertientes del Cerro de la Sal y Guancabamba, forman el famoso rio Pachitea. Por la parte del sur confina con el rio Perene. Por la parte del oriente cercan á este Pajonal altísimos cerros que vienen circundados de los rios Enne, Taraba y Paro, que despues de la junta con Pachitea forman el grande Ucayale.

El varon apostólico fray Juan de la Marca, despues de vencidas insuperables dificultades de parte de los infieles, el año de 1727 fundó el pueblo de San Fermin de Parica, cerca del paraje donde el rio de Pangoas se junta con el rio de Perene, con ánimo de formar allí un fuerte que sirviese de freno para contener á los bárbaros y apóstatas que continuamente molestaban á las conversiones. Este pueblo no permaneció, porque estaba en paraje mal sano, y en él se moria mucha gente, por cuyo motivo se mudó tres leguas mas al nordeste en terreno mas ventilado, y llamaron al nuevo pueblo, San Antonio de Catalipango, que se fundó el año de 1729.

Como el referido padre La Marca asistia tambien en el pueblo de San Tadeo de los Andes, allí tuvo noticia de la mucha gente que habitaba en el Pajonal, del cual no estaba muy distante, y con su grande afabilidad persuadió al cacique de Eneno, llamado don Mateo de Assia, á que entrase al dicho Pajonal en compañía

de un negro llamado Gatica (que servia á las conversiones), y reconociese cómo estaban aquellos indios.

Los cerros que circuyen al Pajonal, son de dificil ascenso, y solamente por la parte de San Tadeo lo facilitaba una ladera bien mala que llamaban la Tranca. Por ella entraron los referidos, y como el cacique don Mateo tenia mucha autoridad, persuadieron á los Andes habitadores de dicho Pajonal á recibir la ley de Dios; y de facto salieron con ellos ciento setenta y dos personas de todas edades y sexos, y se vinieron al pueblo de San Tadeo. Aconteció que á estos pobres indios recien venidos, como estaban criados en temperamento frio, les probó tan mal la montaña, que los mas enfermaron de evacuaciones de sangre, de cuya molesta enfermedad murieron en poco tiempo mas de cuarenta personas; y los demas atemorizados con el tal estrago, se volvieron á su tierra á fines del año de 1730.

El año de 1732, habiendo entrado de visitador de las conversiones el padre prior apostólico fray Lorenzo Nuñez de Mendoza, llegado que fue al pueblo de San Tadeo, el padre conversor fray Juan de la Marca le informó de la mucha gente que habia en el Pajonal y de la facilidad que habria para su conversion si hubiera operarios evangélicos. El dicho padre visitador envió á llamar á los cuatro caciques principales del Pajonal, que ya estaban con buena correspondencia con el padre La Marca, y habiendo venido, los regaló con alguna herramienta y otras cositas, y les amonestó que se viniesen á San Tadeo; á lo que respondieron que no era posible, porque su gente se moria en dicho pueblo, y que en el Pajonal estaba muy dispersa, y seria dificultoso el juntarlos para hacer pueblo. Sin embargo,

prometieron hacer las posibles diligencias para que su gente se juntase á hacer pueblo, pero que habia de ser en su Pajonal. Diéronseles algunos muchachos de San Tadeo bien instruidos en la doctrina cristiana, para que les fuesen enseñando lo que les convenia saber para conseguir la salvacion de sus almas, ofreciéndoles que el verano inmediato entraria al Pajonal un padre sacerdote que los enseñase y los hiciese cristianos.

En el mes de abril del año de 1733 el padre fray Juan de La Marca entró al Pajonal con quince indios cristianos de San Tadeo, y habiendo llegado al rio de Tampianiqui, halló á los caciques, quienes le recibieron con agrado; y allí fundaron un pueblo, que llamaron Nuestra Señora del Puerto. Aquel mismo verano fundó el segundo pueblo en la márgen del rio Ubenique, y le llamaron San Francisco Solano de Aporoquiaqui, siete leguas distante del pueblo de Tampianiqui. La escasez de operarios evangélicos impidió el progreso de esta conversion, pues solo el padre fray Juan de la Marca con un donado y un Español que le hacia compañía, atendia á los pueblos de Catalipango y San Tadeo, y á los del Pajonal.

El año de 1735, habiendo entrado á la conversion de Sonomoro los padres fray Alonso del Espíritu Santo, fray Manuel Bajo y fray Cristóval Pacheco, con el hermano fray Fernando de Jesus, religioso lego de la santa recoleccion de Lima, dieron fomento á las ansias del padre La Marca, quien al mismo tiempo salió por mandato del superior gobierno á la sierra, en cuyo viaje acabó su vida. El mismo año los referidos padres en compañía del hermano fray Francisco Suarez, con alguna gente de armas, y el cacique de Metraro don Mateo de Assia, recorrieron (desde el dia 10 de junio

hasta el dia 20 de julio) todo el Pajonal con sus gentes, y en dicha entrada fundaron tres pueblos.

El año de 1736 el padre prior fray Alonso del Espíritu Santo por órden de los prelados entró á los Simirinches y Conibos. Salió de Catalipango en dos canoas el dia 15 de agosto, y fue bien recibido de ambas naciones. Regaló á los principales Conibos con alguna herramienta, y salió del rio Paro por Chipanique al Pajonal, á dos jornadas de la Laguna de Pirintoqui, dejando con esta entrada dispuestos los ánimos de aquellas naciones para recibir la luz del santo Evangelio. Segun he reconocido por el contenido del diario de esta entrada que hizo el referido padre, parece que solamente llegó hasta Caraminigua (donde estuvo el pueblo de San José de que se trató en el capítulo XIV), y que el curaca Siabar (hijo de don Felipe Cayampay) habia formado su asiento en Camperosqui, pueblo distante tres leguas de Camarinigua. Prosiguióse en adelante la reduccion de los indios del Pajonal, de suerte que el año de 1739 se hallaban en él diez pueblos con sus iglesias y los indios empadronados, conviene á saber :

1. Nuestra Señora del Puerto de Tampianiqui.
2. San Francisco Solano de Aporoquiaqui.
3. San Diego de Tiguanasqui.
4. Santiago de Cuichaqui.
5. San Lorenzo de Camarosqui.
6. Nuestra Señora de la Laguna de Pirintoqui ó de Chipaniqui.
7. San Pablo de Caretequi.
8. San Pedro de Capotequi.
9. San Miguel de Quisopango.
10. El Patrocinio de San José de Savirosqui.

Todos estos pueblos en dicho año estaban al cui-

dado de los padres fray Pedro Dominguez, fray Francisco Gazo, y fray José Cabanes, con algunos donados; y se mantuvieron en ellos hasta que el rebelde se apoderó de toda la montaña como se dirá en su lugar.

CAPITULO XXIV.

Muerte del siervo de Dios fray Francisco de san José. — Martirio de tres sacerdotes y otros cristianos en Sonomoro.

Llegóse el infausto dia en que las conversiones perdieron su principal caudillo, su padre prelado y restaurador el venerable padre fray Francisco de San José. Habia este siervo de Dios trabajado sin cesar para honor y exaltacion del nombre del Señor, veinte y ocho años en el Perú y casi otros tantos en la Nueva España, donde habia fundado el colegio de Guatemala. Habíase esmerado mucho en la fábrica de este colegio de Santa Rosa de Ocopa, y su templo estaba ya en estado de correr la bóveda, y estaban asi mismo concluidas muchas celdas, huerta y oficinas. Hallábase en edad de mas de ochenta años, y varias veces habia dicho que habia de morir despues de haber rezado el oficio divino. Asi sucedió, porque como asistia continuamente á la obra para alentar á los peones, solia rezar las vísperas por la mañana; lo habia ejecutado así el dia que murió. Este fue el lunes dia 26 de noviembre del año de 1736; habiendo asistido con

la comunidad al refectorio á medio dia, al salir de él para ir á la capilla á dar gracias, se cayó desmayado en la puerta del dicho refectorio. Al desmayo sobrevino una copiosa fluxion de sangre por las narices, que á breve rato le quitó la vida. Auxiliáronle los religiosos que se hallaban en el hospicio, especialmente el padre fray José de San Antonio, quien le administró el sacramento de la Estrema-Uncion. Y al tercero dia le dieron sepultura, llorando todos la orfandad en que quedaban con la pérdida de tan amante y celoso padre.

Nuestro comun enemigo, rabioso de ver el fruto que en las almas de los infieles hacian los operarios evangélicos, estaba acechando ocasion de pervertir aquel nuevo rebaño, para estorbar en ellos los progresos de la ley de gracia. Considerando ahora que con la muerte del siervo de Dios le faltaba á la conversion un poderoso baluarte, tendió las redes de su malicia para arrancar de la montaña la semilla del santo Evangelio. Para conseguir este perverso intento, dispuso los ánimos de algunos indios malos cristianos, sugiriéndoles que los padres les venian á quitar su libertad, haciéndolos vivir arreglados á la campana de sus doctrinas, prohibiéndoles tener muchas mujeres, y vivir entre las ociosidades del monte. Halló el demonio materia dispuesta á todas sus sugestiones en el corazon del cacique de Catalipango, llamado don Ignacio Torote, hijo de don Fernando Torote, de quien hice mencion en el capítulo XX. Este malvado, desafecto á todo lo bueno, instigado del enemigo comun, determinó dar la muerte á todos los padres que pudiese, y á cuantos lo pretendiesen estorbar, y con eso quitar de la montaña las conversiones. Para este efecto convocó á sus parientes y parciales, y á aquellos que les pare-

ció que eran de su genio y á propósito para aquella maldad, y les previno para el tiempo oportuno.

Sucedió que los padres fray Manuel Bajo y fray Alonso del Espíritu Santo, que se hallaban en el Pajonal, determinaron venir á Sonomoro á celebrar la festividad del glorioso patriarca san José; y al mismo tiempo consultar con el padre fray Cristóval Pacheco el mejor modo que debian elegir para la entrada que se premeditaba para los Conibos aquel verano. Salieron los dos referidos padres del Pajonal para Sonomoro á principios del mes de marzo del año de 1737, y llegaron á dicho pueblo á mediados del dicho mes. Parecióle á Ignacio Torote que habia logrado su intento, pues tenia en Sonomoro á los tres padres. Congregó su gente en Catalipango, que se componia de diez y siete indios malos cristianos y cuatro infieles; y armados con arcos, flechas y macanas, y mucho mas con diabólico furor, emprendieron el viaje á Sonomoro. Hallábase en Catalipango un hermano donado, llamado Simon de Jesus, y un negro de la conversion, casado con una india; y temiendo los malhechores que estos diesen aviso de lo que ya no se podia ocultar, mataron en primer lugar al dicho negro y á su muger, á dos muchachos cristianos que se criaban en el convento, á la muger del cacique de Sonomoro don Bartolomé Quintimarí, y tambien al donado Simon de Jesus. Luego profanaron la iglesia, arrojaron al rio las sagradas imágenes, y robando de lo que les pareció de servicio, pegaron fuego á la iglesia y al convento. Esto, segun se colige, seria el dia 17 de marzo.

Habiendo consumado la maldad referida en San Antonio de Catalipango, tomaron su camino á Sonomoro, que aunque es de cuatro jornadas, en alas de su furor

lo anduvieron en dos dias y medio. Llegaron á dicho pueblo á las once del dia 20 de marzo, á tiempo que los indios del pueblo se hallaban en sus chacaras. Entró el curaca don Ignacio Torote, y dejando su gente oculta en el monte, como lobo astuto se vino solo y desarmado, y subió al convento, donde tomó la bendicion de los padres. Esto lo hizo con maliciosa cautela, para examinar el estado de defensa en que se hallaban, y viéndoles indefensos, bajó luego, y llamando á sus compañeros, puso centinelas á las puertas, para que nadie se escapase. Subió arriba armado con otros seis, y disparando sus flechas, á poco rato quedaron atravesados con ellas los tres sacerdotes, quienes invocando los dulcísimos nombres de Jesus y María entregaron á Dios sus almas por la exaltacion de la fé de Jesucristo; pues estando el padre fray Manuel Bajo en las agonías, atravesado su cuerpo con dos flechas, le dijo al curaca : « Pues Ignacio, ¿ por que nos matais? » Y respondió el malvado : « Porque tú y los tuyos nos estais matando todos los dias con vuestros sermones y doctrinas, quitándonos nuestra libertad. Predicad pues ahora, que ya nosotros somos los padres. » Luego con las macanas les acabaron la vida. Revolvieron luego abajo, y tumultuariamente quitaron la vida al hermano donado Juan de San Antonio, criollo de Guancayo, y á tres indios cristianos que asistian á los religiosos. Saquearon todo el convento, y robaron porcion de herramienta que estaba depositada para la entrada que se meditaba hacer á los Conibos. De la iglesia sacaron alguna ropa blanca, de la cual hicieron irrision. No se atrevió el malvado Torote á pegar fuego á la iglesia, porque temia que la humareda avisaria á los indios del pueblo, y quizá vengarian estos el atentado que tan bárbaramente ha-

bian cometido. Con esto se fueron todos muy contentos con el robo y sacrilegios.

Dispuso Dios nuestro Señor que un donadito de trece años de edad, viendo venir al convento á los indios armados, se escondió debajo de la escalera en un hueco que habia, donde solian poner trastes de la cocina, y desde allí oyó toda la tragedia, y el estrago que hicieron aquellos ministros de Lucifer; y luego que se fueron, salió á avisar á la gente, y esta con grande sentimiento de lo sucedido, dió luego parte de ello al reverendo padre cura de Comas fray Cayetano Rodriguez, quien al instante juntando los mozos alentados de su doctrina entró á la montaña con mas de setenta hombres, y fué á ser ocular testigo del estrago que los bárbaros ejecutaron. Llegó á Sonomoro el dia 1º de abril, y reconoció, y lloró las lastimosas muertes de sus hermanos. Sacó las flechas que atravesaban sus destrozados cuerpos, y recogiendo sus esparcidos cascos, dió á los cadáveres honorífica sepultura. Recogió las alhajas de la iglesia que estaban desparramadas, y tomando de ellas cuenta y razon, las llevó á Andamarca para que no estuviesen espuestas al peligro de ser profanadas en caso que volviesen los malvados aliados del maligno caudillo de la matanza.

El pérfido Ignacio Torote con los de su faccion se mantuvieron en las inmediaciones de Sonomoro, hasta que entraron los serranos con el padre cura de Comas; y considerando que sus maldades ya se sabian afuera, y que naturalmente entrarian los Españoles á castigarlos, se retiraron á Catalipango, donde pegaron fuego á lo que habia quedado del pueblo, y despues se fueron al pueblo de Jesus María, para estar mas prontos para la fuga en caso que allí los buscasen las armas españolas. Aquí mataron á una india cristiana y dos

hijitos suyos, porque les afeó las maldades que habian ejecutado. No siendo el poder del malvado Torote al tamaño de su depravada voluntad, ofreció premios de herramientas á todos los que matasen á alguno de los padres ó de los que los asistian, deseando estinguir y espeler de la montaña totalmente el nombre de cristianos.

CAPITULO XXV.

Castigo de algunos de los matadores, y progresos de las conversiones.

Así como la sombra sigue al cuerpo que la causa, así la pena sigue á la culpa. Muy alegres salieron Ignacio Torote y sus aliados con la presa que sacrílegamente hicieron en Sonomoro ; pero llevando en sus corazones el verdugo de su mala conciencia, que aunque quisiesen acallar sus avisos, no podian estorbar sus remordimientos.

Llegaron á Lima las noticias lastimosas del atentado cometido con los malvados apóstatas de Catalipango, las que llevó el reverendo padre cura de Comas fray Cayetano Rodriguez, juntamente con las flechas que habia sacado de los cadáveres de los venerables padres, y con su vista inflamó á los prelados superiores, al señor virey y señores del superior gobierno, para que se atendiese á la conservacion de las conversiones, y se castigase á los agresores de semejante maldad. Nombráronse gobernadores de las fronteras de Tarma y de Jauja, para que estos amparasen las conversiones, y entrasen á castigar á los indios apóstatas. Para

la frontera de Tarma fue nombrado gobernador don Pedro Milla y Campoy; y para la de Jauja don Benito Troncoso Lira y Sotomayor, ambos de noble linaje y de conocido valor. El señor virey dió cuatro mil pesos de las reales cajas para la espedicion, y con algunas limosnas que se recogieron en las provincias de Lima, Tarma, Jauja y Guamanga por los padres fray Lorenzo Nuñez, fray Cayetano Rodriguez, fray José de San Antonio, y fray Francisco Suarez, se dispusieron las cosas necesarias para la entrada, víveres, municiones, armas y soldados. Pero por mas que el activo celo de los padres misioneros trabajaba con diligencia grande, no se pudo juntar lo necesario hasta mediados de octubre, siete meses despues de haber sucedido las muertes.

Con este intermedio de tiempo el malvado Ignacio Torote y parte de sus cómplices, no juzgándose seguros en sus tierras, se ampararon de los indios Simirinches, y algunos bajaron á los Conibos, cuyo curaca Siabar sintió tanto la maldad que los apóstatas habian ejecutado (por haber cobrado grande afecto al venerable padre fray Alonso del Espíritu Santo) que mandó matar á un indio mancebo cristiano, que andaba entre los Conibos diciendo mal de los religiosos, y mandó prender á Fernando Provoste, primos hermanos de Ignacio Torote, y compañeros en sus maldades; y con la cabeza del que habia mandado matar en su tierra los remitió con buena escolta al curaca del pueblo de Metraro don Mateo de Assia, para que les diesen el castigo que merecian. Estos reos llegaron al pueblo de Metraro á tiempo que ya habia llegado á él con su tropa el gobernador don Pedro de Milla.

Los neófitos de Sonomoro como inocentes en las maldades de los parciales de Torote, anduvieron muy

solícitos para apresar á los malhechores; pero como estos andaban muy sobre sí, y no se fiaban ni de sus parientes, no pudieron en mucho tiempo conseguir su deseo. Finalmente el curaca de Sonomoro, don Bartolome Quintimari, y su alcalde Manuel Sumonte el mes de octubre apresaron á Francisco Miquisigua, y á Asensio Casanto, cómplices de las maldades de Torote en las muertes ejecutadas en Sonomoro y Catalipango.

Salió de este hospicio de Ocopa el gobernador don Benito Troncoso con la gente de armas que pudo juntar en el valle de Jauja, que por todo fueron veinte y un soldados, un capitan y dos tenientes el dia 23 del mes de octubre del mismo año de 1737, y caminaron para Comas, llevando en su compañia á los padres misioneros fray José de San Antonio, fray Pedro Camacho y fray Ignacio Tejo, y al hermano fray Fernando de Jesus, y dos hermanos donados. Llegaron á Comas el dia 26, y el dia 30 llegaron á Andamarca, donde el gobernador alistó para la espedicion noventa y cinco soldados de los tres pueblos Comas, Andamarca y Acobamba, que con los veinte y uno del valle de Jauja, componian ciento diez y seis soldados, y con los religiosos, donados y familia del gobernador, llegaban á ciento treinta.

En Andamarca recibió el gobernador cartas de Sonomoro del curaca Quintimarí y del hermano donado Juan de Jesus, quienes pedian algunas gentes de armas para asegurar á los dos reos presos, porque temian que los parciales de Ignacio Torote intentasen libertarlos de la cárcel poco segura. Despachó luego el gobernador al teniente don Francisco Bastarrechea, y á su ayudante don Juan Flores de la Peña con veinte soldados, y en su compañía fué el padre presidente fray José de San Antonio. Salieron de Andamarca el dia 2 de noviembre, y llegaron á Sonomoro con felicidad el dia 6

de dicho mes, y lo demas de la tropa con el gobernador llegaron el dia 11.

Habiendo llegado el gobernador con su gente á Sonomoro, se procedió á sustanciar la causa de los dos presos, segun la órden del derecho, y resultando de los autos que los mas de los vecinos de Catalipango estaban culpados en las maldades de su curaca Ignacio Torote, partió el gobernador para dicho pueblo con sesenta hombres de armas y sus oficiales correspondientes el dia 18 de noviembre, y tardaron en el camino cinco dias, por haber sido preciso andarle á pié. Acompañaron á los militares el padre fray José de San Antonio, y el padre fray Pedro Camacho, quedando en Sonomoro el padre fray Ignacio Tejo con la demas tropa, para decirles misa y administrarles el pasto espiritual. Hallaron el pueblo de Catalipango sin gente alguna, quemadas todas las casas y la iglesia, porque sus moradores se habian ido al monte. Fue preciso hacer una grande ramada para alojamiento de la tropa, y otra para el gobernador y religiosos. Luego el gobernador despachó dos oficiales con veinte soldados al pueblo de Jesus María, los cuales con la industria del negro Antonio Gatica apresaron treinta y seis personas de todas edades y sexos, y las condujeron á Catalipango, por ser todos de la familia del infame Ignacio Torote. Tuviéronse en buena custódia mientras se descansaba algunos dias; y á últimos de noviembre partieron todos con los prisioneros para Sonomoro, donde llegaron el dia 2 de diciembre.

Entre los prisioneros que se trajeron del pueblo de Jesus María, fue uno Miguel Provoste, tio de Ignacio Torote. A este se le formó causa; y aunque no resultó cómplice de las maldades de su sobrino, fue convicto y confesó ser cómplice de las muertes que su hermano

don Fernando Torote habia ejecutado en el venerable padre fray Fernando de San José y sus compañeros el año de 1724, y que él mismo por su mano habia quitado la vida al hermano fray Lucas de Jesus; y que todo habia sido por mandato y trazas del dicho don Fernando Torote.

En todas las confesiones y declaraciones que se tomaron á los reos, así á los de Sonomoro, como á los que se hallaban en Metraro, fueron contestes en declarar, que el motivo que habia tenido Ignacio Torote para quitar la vida á los religiosos y á sus familiares era, porque les amonestaban continuamente á vivir como buenos cristianos, porque les mandaban asistir á la doctrina, y estar de rodillas en la iglesia durante la misa; y finalmente, porque les prohibian estar casados con muchas mugeres, y tambien por hurtar las herramientas que estaban en el convento. Todos los declarantes, así los reos como los testigos, afirmaron que Ignacio Torote era tan mal cristiano, que decia á sus confidentes que no habia para qué creer lo que los padres les predicaban, que todo era mentira, etc.

Sustanciada la causa y proceso de los tres reos que estaban en Sonomoro, fueron condenados á pena capital, á ser baleados, y sus cabezas y manos puestas en los principales caminos en unos palos altos. Lo mismo se determinó con los que estaban en Metraro; se ejecutó el dia 12 de diciembre, y los auxiliaron los padres fray Pedro Camacho y fray Ignacio Tejo. La de los reos que estaban en Metraro se ejecutó el dia 23 de diciembre, y los auxiliaron los padres fray José de San Antonio, presidente de Ocopa, fray Pedro Pont, fray Simon Jara y fray Domingo García.

Despues de ejecutado el castigo de los delincuentes, se atendió á la fábrica de un castillo en Sonomoro, para

resguardo y seguridad de los padres conversores y de sus neófitos. Hízose de fuertes maderos de los muchos que produce la montaña, y de tablazon. Su figura cuadrada, de cuarenta varas por cada lado. Armóse con cuatro pedreros, y se quedó de guarnicion un alférez con catorce soldados, con los pertrechos y municiones necesarias.

Mientras se trabajaba en la fábrica del Castillo, el hermano fray Fernando de Jesus fué á visitar á los Chichirenes, quienes se habian reducido el año antecedente, y habian formado su pueblo de Santa Bárbara de Parica, veinte leguas distante de Sonomoro al sur. Hallólos muy pacíficos, y los alentó para que hiciesen sus chacaras y casas, prometiéndoles que luego vendria padre sacerdote para doctrinarlos. Deseaba dicho religioso emprender por aquella parte nuevo camino para salir á la sierra, porque desde allí parecia mas transitable, y si lo hallase mas tolerable que el de Andamarca, hacer por allí las entradas; pero lo adelantado del invierno le embarazó sus designios, y se volvió á Sonomoro, donde llegó el dia 26 de diciembre con algunos indios fugitivos, que sacó de los montes, donde se habian retirado huyendo del tumulto de las entradas y de las turbulencias de la montaña.

Cuando el gobernador don Benito Troncoso estaba con su gente en Catalipango, el curaca de los Conibos Siabar (que habia remitido los tres delincuentes al curaca de Metraro) le envió á cumplimentar con un criado suyo llamado Manga, ofreciéndose al servicio del rey nuestro señor y de los padres. El gobernador despues de haberle dado las gracias por la prision de los malhechores y por la oferta, le envió algunas hachas, machetes y cuchillos, un vestido militar y un baston, nombrándole de parte del rey general de todas las na-

ciones del rio Paro. Agradecido Siabar del obsequio, subió en sus canoas hasta Jesus María, para ver al gobernador y á los padres, y no hallando en dicho pueblo á los Españoles, envió desde allí á Sonomoro á un cuñado suyo, con otros tres Conibos, con órden de decir al gobernador que deseaba verle para tratar de propósito de la prision de Ignacio Torote y otras cosas, y que de no poder conseguir el verle, le enviase para su consuelo á uno de los padres. Tratóse á los Conibos con grande urbanidad, y se les regaló un cuchillo á cada uno, y al cuñado de Siabar una hacha y un machete.

Como el gobernador se hallaba fatigado de las caminatas, y le instaba el salir á la sierra, se escusó de ir á Jesus María. Los padres Camacho y Tejo tambien se escusaron de la jornada; y se determinó á hacerlo el hermano fray Fernando de Jesus, el cual salió de Sonomoro acompañado de los Conibos, de un hermano donado intérprete, y del curaca de Sonomoro don Bartolomé Quintimari, el dia 12 de enero del año de 1738. Llevaba por instruccion lo que habia de decir á Siabar de parte del gobernador y de parte de los padres, que se reducia: de parte del gobernador á darle las gracias de su buen celo, ofrecerle su amistad, y que persiguiese á Torote y sus parciales para castigar sus maldades. Que esperaba verle el verano próximo; que dispusiese su gente, para que recibiesen la fé de Jesucristo, para que todos fuesen vasallos del gran rey de las Españas. De parte de los padres darle las gracias de lo que habia manifestado en amor de los padres difuntos; ofrecerles las herramientas que necesitase, y que el verano próximo iria un padre á su tierra para enseñarles la ley de Dios, y hacerlos cristianos.

Llegó el hermano fray Fernando de Jesus con los de

su comitiva á Jesus María el dia 15 de enero, y Siabar le recibió con gran benevolencia, y despues de haberle besado el hábito, se sentó en una silleta, y los demas Conibos se sentaron en el suelo. Refirió el religioso su embajada, á la cual Siabar con despejo respondió: « Que en cuanto á la prision de los tres reos que habia remitido, era obligacion suya el ejecutarlo así, porque habian muerto á su grande amigo el padre fray Alonso del Espíritu Santo, á quien amaba de corazon, por haber estado en su tierra el año antecedente, y haberle instruido en la ley de Dios. Que su ánimo era ser cristiano como lo fue su padre, que se llamaba don Felipe Cayampay, á quien mataron los Simirinches en la guerra que les movió para vengar la muerte que habian dado al padre Biedma y sus compañeros. Que supuesta la amistad con el señor gobernador, se sujetaba él y su gente á reconocer por su soberano al que lo era de los viracochas. Y que por lo tocante de prender á Ignacio Torote, empeñaba su palabra de sacarle de los Simirinches, aunque fuese moviéndoles guerra, y de traerlo con sus cómplices vivos ó muertos á Sonomoro. » A los padres respondió: « que agradecia mucho su buena voluntad, y que en cuanto a enviar padre á su tierra, seria de su mayor contento, porque deseaba ser cristiano, y que los suyos lo fuesen; pero que llevase pocos viracochas y ningun negro, para que su gente no se alborotase. »

Habiendo descansado aquella noche, pasaron el dia siguiente en varias pláticas y regocijos; y el dia 17 de enero á las nueve del dia se despidieron amigablemente con recíprocos abrazos, y los Conibos se embarcaron en sus canoas, diciendo: *adios, amico; adios amico*. El religioso con sus compañeros se volvió á Sonomoro, adonde llegó el dia 20, y refirió todo lo suce-

dido. El dia 22 de enero salió el gobernador con su comitiva para el valle de Jauja; dejando en el castillo de Santiago la defensa necesaria á cargo del teniente don Juan de Flores, y para el pasto espiritual de aquella conversion, los padres fray Pedro Camacho y fray Ignacio Tejo.

A mediados del año de 1737 habia llegado parte de la mision que concedió el católico monarca don Felipe V á últimos del año de 1734. De esta mision eran los padres fray Ignacio Tejo, fray Domingo García y fray Antonio Rodriguez. Toda la mision se componia de veinte sacerdotes y algunos legos, y acabaron de llegar á Ocopa el mes de agosto del año de 1738, habiendo salido de Cádiz el dia 7 de febrero del año de 1737. Con este espiritual refuerzo se atendió al reparo de las conversiones, particularmente de los pueblos de Catalipango, de Jesus María y los del Pajonal. A este fin el gobernador de la frontera don Benito Troncoso con algunos fronterizos, hizo entrada á las converiones el verano del año de 1739. Acompañáronle los padres fray Lorenzo Nuñez, comisario de misiones, fray Domingo García, fray Francisco Simon Gazo y fray José Cabanes. Llegaron al pueblo de Jesus Maria al tiempo que habia llegado á dicho puerto el curaca de los Conibos Siabar con muchos de los suyos. Renováronse las amistades, y por lo tocante á la prision de Ignacio Torote y sus aliados, dió las escusas de que estaban retirados muy adentro en las naciones de los Comabos.

En conformidad de lo pactado, el padre comisario fray Lorenzo Nuñez despachó á los Conibos al padre fray José Cabanes, para que reconociese el estado de aquella nacion, y avisase de lo que le pareciese convenir. Fué en su compañía el teniente don Juan Flores, y un intérprete llamado Cristóval Parragues. El curaca

Siabar entregó su hijo mayor al padre comisario, para que lo sacase á la sierra á ver las ciudades de los viracochas. El padre comisario lo remitió al hospicio de Ocopa con la decencia posible, mientras su reverendísima paternidad iba con el gobernador á la visita de los pueblos del Pajonal, la cual finalizada y vuelto á Ocopa, bajó con el hijo de Siabar á Lima, y lo presentó al virey (que era el señor marqués de Villagarcía), y despues de haberle enseñado lo que bastaba para su instruccion, lo restituyó á su padre con muchos regalos y presentes; y desde Sonomoro hasta Jesus María lo acompañó el padre fray José Cabanes, quien habiendo estado cerca de un mes en el pueblo de los Conibos, no pudo hacer fruto en aquellos racionales troncos; antes estuvo á riesgo de perder la vida, así porque otros caciques de mas abajo, habiendo llegado al dicho pueblo pretendian que les diese herramientas, como á los Conibos de Siabar; el padre no tenia que darles, y ellos se hacian de lo valiente, y fue necesaria la autoridad de Siabar para contenerlos y sosegarlos; como porque habiendo sobrevenido una epidemia á los Conibos, dijeron estos que el padre les habia traido la enfermedad; por lo cual se vió precisado á volverse á Jesus María y á Sonanoro, donde se hallaba cuando el padre comisario de misiones le remitió al hijo de Siabar para que lo acompañase.

El dicho padre fray José Cabanes desde el puerto de Jesus María hasta el pueblo donde vivia Siabar, tardó tres dias escasos, y volvió en diez dias; y afirma en su diario que se puede bajar en dos dias y volver en ocho. De esto, y de lo que escribió el venerable padre fray Alonso del Espíritu Santo en el viaje que hizo á los Conibos el año de 1736, colijo por muy cierto, que Siabar pasó su pueblo ó su parcialidad al rio de Ca-

marinigua, donde el año de 1686 estuvo el padre fray Antonio Vital en el pueblo de San José. Infiérese, porque el venerable padre fray Manuel de Biedma desde el pueblo de San Miguel de los Conibos hasta el puerto de San Luis tardó veinte y cuatro dias, como dije en el capítulo XV, y desde San José á San Luis tardó catorce dias, aunque los Conibos se detuvieron á pelear contra los Pirros; y cotejando esta última distancia con lo que anduvo el padre fray José Cabanes, se hace evidente lo que espongo. Y no es de maravillar esta mudanza entre aquellos bárbaros; pues como en San Miguel vivian entonces tres curacas, pudieron suceder entre ellos algunas diferencias que ocasionasen la division; y que Siabar, como aficionado á los cristianos, se subiese con su gente á Camarinigua, pues sus habitantes eran tambien de nacion Conibos.

El mismo padre Cabanes advierte en su diario, que el rio Enne desde el puerto de San Luis ó de Jesus María corre al oriente como veinte leguas por entre cerros de monte, y por eso forma algunos malos pasos; y que despues saliendo á la Pampa, se esplaya notablemente, formando muchas islas de varias magnitudes, tomando su direccion al norte; y que despues que se le incorporan los rios Taraba (ó Apurimac) y el Paro, toma su corriente al noroeste. La falta de noticias geográficas y de astronomía que tenian los padres conversores, les hizo caer en muchos errores geográficos, poniendo unas distancias exorbitantes en los caminos de estas montañas, sin hacerse cargo de los rodeos que ocasionan los cerros, las subidas y bajadas, los desvíos de muchos arroyos, las revueltas de los rios y otros muchos accidentes, que ocasionan muchas veces que un dia no se adelanten dos leguas aunque se caminen mas de seis, como lo tengo esperimen-

tado en los viajes que he ejecutado así en la sierra como en la montaña, en los cuales mediante la observacion de la altura del polo, y continua atencion de los rumbos con la aguja, corregia lo que la comun existimacion abultaba de distancias geográficas.

El padre fray José Cabanes, despues de haber entregado á los suyos al hijo de Siabar, se fué á los pueblos del Pajonal donde estaban los padres fray Pedro Dominguez, y fray Francisco Gazo. Otros sacerdotes y religiosos legos de la provincia estaban ejercitando el ministerio apostólico en los pueblos de las conversiones; pues consta de relacion escrita por el padre fray José de San Antonio, presidente de Ocopa, que este año de 1739 habia en las conversiones ocho sacerdotes de esta provincia, y siete de la mision de España. Todos se ocupaban en mantener y adelantar la conversion de los infieles.

El padre fray Lorenzo Nuñez, hallándose fatigado y molestado de varios achaques á principios del año de 1740, renunció la comisiatura y viceprefectura de misiones, y fue electo en su lugar para ambos ministerios el padre prior fray José Gil Muñoz.

El año de 1741 el padre fray Manuel Albarran, que se hallaba de cura en Guancabamba, hizo entrada á la montaña con los indios de su doctrina. Bajó por el rio Palcazo y el Ichazo al puerto de Mayro. Padeció bastantes trabajos por falta de víveres, porque en dejando el bastimento al cuidado de los indios, en los primeros dias comen sin reflexion, y despues les falta. Por fruto de sus fatigas recogió veinte y siete almas apóstatas, que vivian á su falsa libertad por aquellos montes; y habiéndolos despachado con sus feligreses á Guancabamba, el dicho padre salió á la sierra por la via de Puzuzu.

El año de 1742 los hermanos fray Fernando de Jesus y fray Juan de San Antonio, recorriendo los montes de Parica llegaron á la márgen del rio Enne, y se embarcaron con seis indios Chichirenes en dos balsas, y navegando rio abajo, en dos dias llegaron á la junta del rio Perene. En este tiempo se hallaba el rebelde en Quisopango.

CAPITULO XXVI.

Pérdida de las conversiones de Tarma por causa del intruso inca Juan Santos Atahualpa.

Aquellos políticos que para no adorar la providencia se desdeñan de doblarle la rodilla, suelen atribuir al acaso aun los efectos estupendos, siendo verdad infalible que Dios nuestro Señor dispone todas las cosas con la rectitud de su altísima sabiduría. Quien considerase la sustancia de lo que escribiré en este capítulo con ojos del mundo, solo hallará un acaso que ocasionó la pérdida de las conversiones de Tarma y Pajonal, y finalmente las de Sonomoro. Pero atendida con reflexion cristiana, verá un rasgo de la divina providencia, y un efecto de su rectísima justicia con que quiso castigar á los inconstantes indios Campas ó Andes por la ingratitud con que abusaron de las voces de sus ministros evangélicos, y al mismo tiempo desengañar á los Españoles de lo poco que pueden cuando ponen su confianza en sus propias fuerzas, y á los operarios evangélicos darles el consuelo de que fueron de su divino agrado sus fatigas, aunque la tierra ingrata no produjo

entre tantas malezas sino algunas flores, que antes que se marchitasen, trasladaba la mano poderosa al jardin de la gloria.

Hallábanse las seráficas conversiones de Tarma y Jauja el año de 1742 al parecer en un estado florido con muchos pueblos de neófitos, y bien fundadas esperanzas de que los Conibos y Simirinches admitiesen el suave yugo del evangelio; pero los mas de estos indios solo eran cristianos de nombre, y solamente se sujetaban por la golosina de las herramientas que les daban los padres, quienes muchas veces dejaban de comer por darles á ellos (maxime á los enfermos) el poco socorro de bizcochos, cecina, azúcar, etc., que les remitian del hospicio, con la esperanza de vencer con su paciencia y tolerancia la dureza de aquellos bárbaros corazones, y con el gozo de lograr las almas de muchos párvulos que morian habiendo logrado el santo bautismo.

Sucedió pues, por permision divina, que un indio del Cuzco, que sirviendo á un padre jesuita habia ido á España con su amo, y volvió al Perú mas ladino de lo que conviniera; en la provincia de Guamanga cometió un homicidio, y viéndose perseguido de la justicia, se metió en la montaña de los Andes. Andando errante por aquellos montes, el mes de mayo del año de 1742 encontró á don Mateo Santabangori, curaca de Quisopango. Este lo condujo á su pueblo, y en él se aclamó por verdadero inca descendiente de Atahualpa, degollado en Cajamarca por mandato de don Francisco Pizarro. Llámabase este indio Juan Santos, y se intituló Juan Santos Atahualpa Apo-Inca. Su estatura era mas que mediana, su color pálido amestizado; fornido de miembros, el pelo cortado al modo de los indios de Quito; la barba con algun bozo, y su vestido una cus-

ma pintada. Dijo este embustero que él era el verdadero inca y señor de todos los reinos de la América. Que Dios le enviaba á recuperar sus reinos, y que habia entrado á la montaña para comenzar por ella su conquista. Y como sabia leer en castellano y en latin, les dió á entender á los indios que tenia tanta sabiduría como Salomon; que era hijo de Dios; que le creyesen y obedeciesen, porque de no ejecutarlo así, haria caer los montes; que compondria de tal suerte su reino, que ya se acabarian los obrages, panaderías y esclavitud de sus hijos. Dióles ley que inviolablemente guardasen, y mandaba que le doblasen la rodilla.

Con la entrada de este embustero á la montaña hubo tal conmocion en los ánimos de aquellos bárbaros, que todos los del Pajonal fueron á darle la obediencia dejando desiertos sus pueblos. Lo mismo ejecutaron todos los indios de los pueblos de las márgenes del rio Perene: Eneno, Metraro, San Tadeo, Pichana, Nijandaris y Cerro de la Sal. Y si los padres les preguntaban que á dónde iban, respondian que iban á ver á su Apo-Inca que se hallaba en Simaqui. A todos prometia el Juan Santos cosas grandes, mucha herramienta, y todos los tesoros de los Españoles.

El padre fray Santiago Vazquez de Caicedo, conversor del pueblo de San Tadeo, quiso certificarse de aquellos rumores, y el dia 2 de junio del dicho año de 1742 salió para Simaqui ó Quisopango, donde se hallaba el pretenso inca. Llego á dicho pueblo á las cinco de la tarde, y al entrar en él, halló á los indios dispuestos en forma de media luna. El padre gritó: « Ave Maria;» y ellos por costumbre respondieron: « Sin pecado concebida. » Cerraron los indios el círculo, cogiendo al padre en medio, y luego le quitaron de las manos el báculo con la cruz que en él tenia. Salió el fingido

inca, y saludándose ambos, el padre le preguntó su nombre y algunas oraciones de la doctrina cristiana: á lo cual respondió bien en castellano, y rezó el credo en latin. Hizo sentar al padre, y mandó que le trajesen de merendar. Díjole despues que habia mucho tiempo que deseaba manifestarse; pero que Dios no le habia dado licencia hasta entonces. Que venia á componer su reino, y que su ánimo era salir á coronarse á Lima; que no queria pasar á España ni á reino que no fuese suyo. Que el virey podia tener á bien dejarle tomar posesion de sus reinos, porque de lo contrario á él y á su hijo les tiraria el pescuezo como á unos pollitos. Que si salia á estorbarle con cuatro Españoles, él tenia sus hijos los indios y mestizos, y los negros comprados con su plata. Que viesen por donde habian de escapar, porque su pariente el inglés vendria por mar, y él combatiria por tierra. Que en coronándose, él compondria su reino; que enviaria á los frailes á España en navios, en los cuales vendria licencia de Roma para que se ordenasen sus hijos los incas. Que no habia de haber mas clérigos que los indios y los padres de la Compañía, porque eran muy provechosos para la república. Con esto el padre se retiró á su pueblo, y de ahí con grandes trabajos á Sonomoro, desde donde participó al padre comisario de misiones fray José Gil Muñoz de todo lo que habia sucedido, y este lo participo al señor virey para que se pusiese el remedio conveniente.

El padre conversor de Sonomoro con las noticias que le dió el padre fray Santiago, despachó á Simaqui unos indios neófitos con el alcalde del pueblo, para que viese lo que allí pasaba. El alcalde enfermó en Simaqui, y dos de los indios que fueron en su compañía volvieron diciendo que el inca era cristiano; que to-

dos los dias rezaba en un libro la doctrina cristiana; que traia un Crucifijo pendiente al pecho, y que habia dicho á los negros de las conversiones del Pajonal, que él queria padres y la ley de Cristo, menos negros ni viracochas. El dia 13 de julio llegó á Sonomoro el alcalde que habia quedado en Simaqui enfermo, y dijo que allí se hallaba Siabar con tres canoas, que habia subido á dar la obediencia al Apo-Inca. Que este mandaba decir al curaca don Bartolomé Quintimari, que fuese allá con la gente de su pueblo de Sonomoro, que tenia que hablarles. Que habia determinado vivir en Simaqui hasta que saliese á coronarse. Decia el alcalde que no sabia si el inca era cristiano; y que predicaba á los indios como lo hacian los padres.

La gente de Sonomoro, animada de su curaca, no quiso ir á dar la obediencia al intruso inca, y se dispuso el castillo para la defensa. Los pocos indios fieles que se hallaban en Jesus María y en Catalipango, se vinieron á refugiar á Sonomoro, y lo mismo ejecutaron los Chichirenes que estaban en Parica. Los padres fray Pedro Dominguez y fray Francisco Gazo se hallaban en el Pajonal padeciendo mil trabajos, porque los indios se habian ido todos á acompañar al rebelde, y solamente habian quedado en los pueblos algunos muchachos y mujeres. Consultaron con Dios y entre sí lo que habian de hacer en semejante lance, y determinaron retirarse á Sonomoro, cuyo camino anduvieron con grandes fatigas, sustos y falta de bastimento.

Llegó á Lima, por medio del padre comisario de misiones fray José Gil Muñoz, la noticia de lo acaecido en la montaña, y del peligro que amenazaba la centella que se encendia con el pretenso inca. Fue recibida de muchos como sueño; de otros como fábula ó

quimera; y no faltaron malsines que atribuian el suceso al mal gobierno de los padres conversores, diciendo que el mal modo de tratar á los indios, habia dado ocasion al tal levantamiento. El señor virey mandó que cuanto antes los gobernadores de las fronteras entrasen con la gente que pudiesen juntar, á aprisionar al fingido inca. Este por su parte no se descuidó en prevenirse á la defensa; pues tuvo tal maña, que con varias promesas supo engañar á los indios, que vinieron á su favor los Simirinches, Pirros, Mochobos y Conibos, todos los del Pajonal, y todos los Andes de las conversiones. Hizo general de sus tropas á don Mateo de Assia, curaca de Metraro y Eneno, y su segunda persona don Antonio Gatica, negro de la conversion que con otros siete negros hizo á los cristianos bastante daño con estas turbulencias.

Para dar cumplimiento al mandato del señor virey, se juntaron en Tarma los dos gobernadores de las fronteras, para deliberar el modo de hacer la guerra; y resolvieron que don Pedro Milla entrase por Quimirí, y don Benito Troncoso por Sonomoro, para coger de esta suerte en medio al pretenso inca. Esta junta y determinacion fue á mediados de agosto, y don Pedro Milla debia salir de Tarma á mediados de setiembre; para que dando aviso desde Quimiri por el rio á Troncoso, entrase este desde Sonomoro á juntarse los dos en Metraro ó Eneno.

El padre presidente de Quimirí fray José Arévalo envió á un hermano donado con algunos neófitos á componer los caminos para facilitar el tránsito á las tropas que debian entrar por aquella parte. Hallaron á muchos indios infieles que les impidieron su intento, y se volvieron sin haber ejecutado lo que se les habia mandado. Hallábanse en Quimirí los padres converso-

res que se habian retirado de los pueblos de abajo, y entre ellos los padres fray Domingo Garcia y fray José Cabanes se ofrecieron á la empresa. Salieron con algunos neófitos, y estando componiendo el puente del rio de la Sal, el dia 17 de setiembre llegó una porcion de indios armados, y al instante dispararon tantas flechas, que quedaron muertos los padres y el donado. Los indios de Quimirí salieron heridos los mas. Los infieles cortaron la cabeza al padre fray Domingo García, y despues de haberla insultado, la enterraron en la iglesia del Cerro de la Sal, y arrojaron los cuerpos al rio.

Don Benito Troncoso, gobernador de las fronteras de Jauja, juntó de dicho valle y de Comas y sus anejos, setenta hombres de armas, y entró á la montaña á principios de setiembre, y llegó con ellos á Sonomoro el dia 17 de dicho mes; y mientras aguardaba noticias de don Pedro Milla, despachó tres indios de confianza de Sonomoro á esplorar á Quisopango, é informarse del paraje donde se hallaba el rebelde. Hallábase de conversor en Sonomoro el padre fray Francisco Gazo, quien franqueó al gobernador y su gente las armas y municiones del castillo, y obsequió á toda la tropa con lo que produce aquella montaña todo el tiempo que allí se detuvieron. Viendo don Benito Troncoso que no habia noticias de don Pedro Milla, antes que se resfriase el fervor de su gente, salió de Sonomoro para Quisopango el dia 27 de setiembre. Acompañóle el curaca don Bartolomé Quintimarí con veinte indios flecheros de valor, y con ellos de capellan de la tropa el padre prior apostólico fray Pedro de la Concepcion.

El pretenso inca tenia en Quisopango ó Simaqui el arsenal ó depósito de armas en una especie de castillo,

donde habia juntado cantidad considerable de flechas y macanas, al cuidado y custodia de sesenta Andes y Simirinches de valor. Nuestras tropas continuaron con la precaucion que pedian el lugar y el tiempo. Y el dia 9 de octubre, habiendo caminado toda la noche, amanecieron en Quisopango, y aunque fueron sentidos, y que los infieles se defendieron temerariamente, habiendo muerto de un balazo al curaca Santabangori, y despues á diez ó doce indios principales, los demas tomaron el monte. De los cristianos hubo muchos heridos; pero ninguno murió de la refriega. Y teniendo el gobernador noticia de que el rebelde se hallaba en Eneno y con mucha indiada, determinó retirarse con su gente con buen órden, como lo ejecutó, y dejando buena guarnicion en el castillo de Santiago de Sonomoro, salieron los demas á la sierra.

El gobernador don Pedro Milla no pudo salir de Tarma al tiempo estipulado por falta de providencia. Salió á principios de octubre con una compañía de cincuenta hombres, dejando otra aprontándose para seguirle, al cargo del capitan don Francisco Abia. Llegaron los primeros al Cerro de la Sal á mediados de octubre. Aqui aguardaron catorce dias á que llegase don Francisco Abia con su compañía. Y cansados de esperar, viendo que con la demora comenzaba á enfermar la gente, sabiendo que el rebelde se hallaba en Eneno con mucha indiada, determinaron ir á atacar á los enemigos. Salió don Pedro Milla con su tropa del Cerro de la Sal el dia 1° de noviembre, y siguiendo su marcha al segundo dia dieron en varias emboscadas, y estuvieron en evidente riesgo de perderse todos, porque los infieles les cortaron la retirada, y fue preciso abrir paso á fuerza de balazos, saliendo muchos heridos, y dejándose algunos muertos. Cuando llegaron á Nijan-

daris, discurrieron hallar indios amigos en los neófitos de aquel pueblo; los hallaron enemigos, tan obstinados, que fue preciso trabar un recio combate, del cual salieron por la noche, retirándose al Cerro de la Sal, y de allí á Quimirí, con gran trabajo, por estar casi todos heridos.

Ufano quedó el rebelde Juan Santos viendo los felices principios de su imperio, y que toda la indiada de la montaña estaba reducida á su obediencia, y se prometia que á la primavera siguiente entrarian los indios serranos á darle la obediencia, y que con ellos saldria á coronarse á Lima. Todo aquel invierno los apóstatas hicieron varias correrías en las fronteras.

El padre conversor de Quimirí fray José Arévalo, viendo que su pueblo se hallaba indefenso á las invasiones de los apóstatas, pidió que le enviasen sucesor, lo que se ejecutó á principios de abril del año de 1743, y fué á remudarle el padre fray Lorenzo Nuñez. Por este mismo tiempo el padre comisario de misiones fray José Gil Muñoz renunció los dos oficios de comisario y viceprefecto de misiones para retirarse á su provincia. Fue electo para estos dos ministerios el padre fray Manuel Albarran, que se hallaba cura de Guancabamba.

Como los padres misioneros que estaban en la montaña, se habian retirado á Ocopa, y su temperamento no se acomodaba á la complexion de algunos de ellos, pidieron á la provincia les diese un convento formado para erigirle en colegio, segun lo ordenan las bulas apostólicas. La santa provincia cedió á los misioneros el dia 21 de mayo del año de 1743 el convento recoleccion de Huaraz, con título de colegio de segundo órden, sujeto al reverendo padre provincial. Esta recoleccion de Huaraz desde su principio habia sido eri-

gido para seminario de misiones; y desde que llegó á este reino el venerable padre fray Francisco de San José, la santa provincia le hizo cesion de él el dia 14 de agosto del año de 1709, y despues el dia 19 de febrero del año de 1714; pero por falta de sugetos no lo habian ocupado, como ahora lo hicieron.

Habiendo entrado el verano del año de 1743 el pretenso inca Juan Santos, comenzó á arrimarse á Quimirí. A mediados de junio envió á decir al padre fray Lorenzo Nuñez, conversor de aquel pueblo, que se saliese á la sierra cuanto antes. Hallábase dicho padre sin defensa alguna y muy escaso de víveres, porque el socorro que se le enviaba del hospicio de Ocopa y de Tarma, se gastaba entre todos los del pueblo, porque como los apóstatas é infieles hacian sus correrías, nadie se atrevia á ir á sus chacaras á buscar lo que ellas producian para alimentar la vida. El dicho padre conversor escribia al señor virey y á los gobernadores y corregidores de Tarma y Jauja pidiendo socorro; y como nada se determinaba, viéndose tan próximo al peligro, el dia 9 de julio se retiró á la hacienda de Chanchamayo que dista tres leguas de Quimirí, llevándose consigo los vasos sagrados. Este mismo dia en dicha hacienda cogieron á un indio espía de Juan Santos, el cual iba á la sierra á fascinar á los indios serranos, pues el pretenso inca aguardaba que llegasen estos para salir á la conquista de su reino.

El padre fray Lorenzo Nuñez desde Chanchamayo iba todos los domingos á decir misa á Quimirí; pero el domingo dia 4 de agosto se halló con la noticia de que el rebelde se hallaba en dicho pueblo, donde habia llegado el dia 1º de dicho mes con dos mil indios de varias naciones. El dicho padre envió á Quimirí al alcalde de dicho pueblo y á un hermano donado en

traje de serrano, para certificarse de lo que se decia. Salieron los enviados, y al instante que pasaron el rio de Quimirí, los cogieron los infieles, y conociendo al donado, lo quisieron matar. Defendióle el alcalde, diciéndoles que llevaba recado de parte del padre. Lleváronlos á la casa de Juan Santos; pero este no quiso ver al hermano, y por medio del alcalde le dió el recado del padre y del teniente, que se reducia á tratar de composicion. A esto respondió que se fuesen, que no queria hacer mal á nadie, sino que le diesen lo que era suyo. Mandó á los suyos que dejasen volver al dicho hermano y alcalde, los cuales llegaron á Chanchamayo aquella misma tarde; y con la voz que se esparció de que el inca no queria mal á los serranos, tuvieron los indios de Chanchamayo aquella noche grandes festejos, bailes y borracheras, celebrando como los Chunchos la venida de su inca, cantando en su idioma que beberian chicha en la calavera del padre y en la del teniente.

El lunes dia 5 de agosto amaneció la playa del rio de Chanchamayo cubierta de infieles, que se apresuraban á pasar á dicha hacienda con grande algazara; por lo cual el padre fray Lorenzo Nuñez y los demas que allí se hallaban, se retiraron, y se fueron á Tarma. El pretenso inca envió á decir al dicho padre que si le queria ver, le aguardase en Tarma y que le dijese á los militares que no se molestasen en ir á buscarle, que él los iria á ver en Palcapampa. Hablaba con esta arrogancia, porque en esta ocasion se le habian entrado cien indios de la sierra.

CAPITULO XXVII.

Constrúyese en Quimirí un fuerte. — Piérdese este con muerte de la guarnicion.

Con las noticias de las altiveces del pretenso inca, se desengañaron los incrédulos, y vieron ser verdad innegable la que imaginaron fábula sobre los atentados de Juan Santos y sus pretensiones, y se atendió con seriedad al remedio. Decretóse por el superior gobierno que se construyese un fuerte en Quimirí, para sujetar á los apóstatas é infieles, y estorbar el tránsito de los indios de la sierra para la montaña; y tambien para que sirviese de escala para la formal entrada que se premeditaba hacer para prender al rebelde.

Para cubrir y defender á los que construyesen el fuerte, se enviaron á Tarma desde Lima dos compañías de soldados de la tropa del Callao con sus capitanes don Pedro Alzamora y don Fabricio Bartuli, algunos cajones de granadas, cuatro cañoncitos de á cuatro, y cuatro pedreros, pólvora y municiones de guerra. Habiendo llegado á Tarma este refuerzo, se formó con los milicianos un cuerpo de doscientos hombres de

armas con sus capitanes y oficiales respectivos, sin los bagajes y cargueros. Mandaba la espedicion el corregidor de Tarma don Alfonso de Santa, y en segundo lugar don Benito Troncoso, gobernador de las fronteras. Entraron á auxiliar espiritualmente á este cuerpo de tropa los padres misioneros fray Lorenzo Nuñez, fray Pedro Dominguez, y el hermano fray Pedro Navarro.

Salieron de Tarma el dia 15 de octubre del año de 1743, y despues de las molestias del camino, llegaron á Quimirí el dia 27 del mismo mes, á tiempo que el pretenso inca se habia ido con su gente á saquear á Guancabamba. Dióse calor á la construccion del fuerte, el cual quedó concluido el dia 8 de noviembre. Armóse con los cuatro cañones y cuatro pedreros, granadas y municiones. Quedó en su custodia el capitan don Fabricio Bartuli con sesenta soldados; y aunque le quedaban pocos víveres, se le dió palabra de remitírselos luego. Para administrarles el pasto espiritual quedó en el castillo el padre fray Lorenzo Nuñez. Retiráronse los demas el dia 11 de noviembre, no sin presagios de fatales consecuencias por el peligro en que quedaban los del presidio.

El segundo dia que regresaban las tropas, encontraron el socorro de víveres que iba para el fuerte; y como no dejaban en Quimirí enemigo alguno, descuidaron de enviar con ellos una buena escolta; y en esto erraron notablemente, porque al llegar al rio de Chanchamayo, hallaron ocupadas las playas de muchos infieles, que atacando á los que conducian el socorro, mataron de él diez y siete hombres, y se hicieron dueños de las pearas. Luego pasó el rebelde á cercar el fuerte de Quimirí, cortando los puentes, y poniendo en los vados fuertes destacamentos para impe-

dir todo socorro. Defendíase animosamente el capitan don Fabricio, y pidió socorro de gente y víveres al gobernador de Tarma, y viendo que el socorro se tardaba, y que los víveres iban faltando, envió al padre fray Lorenzo Nuñez para que avisase del aprieto en que se hallaba el fuerte, y solicitase el mas pronto auxilio. Salió el dicho padre con indecible riesgo acompañado de un donado, porque los infieles tenian tomados los caminos y ocupados los vados.

No hallando el padre fray Lorenzo Nuñez en Tarma disposicion para socorrer al fuerte de Quimirí, bajó aceleradamente á Lima y notició al virey de lo que pasaba, y de la omision del corregidor de Tarma en enviar socorros, y solicitó con toda su actividad se acelerasen las providencias. Despachóse por el superior gobierno órden á los dos corregidores de Tarma y Jauja para que socorriesen al fuerte de Quimirí con la prontitud que requeria la urgencia. Cuando el padre fray Lorenzo volvió á Tarma, se estaba alistando la gente para la entrada á la montaña. Dióles prisa con fervorosos exhortos, de suerte que el dia 28 de diciembre salieron de Tarma para socorrer al presidio de Quimirí, el gobernador de las fronteras don Benito Troncoso con trescientos hombres de armas, con los capitanes y oficiales correspondientes, bagajes y víveres. Llegaron á Chanchamayo el dia 3 de enero del año de 1744, y aunque hicieron estraordinarias diligencias buscando sitio á propósito para hacer puentes, no lo pudieron conseguir, porque de la opuesta márgen los infieles apóstatas y los negros disparaban continuamente los cañones y pedreros; y haciendo ostentacion de los despojos del fuerte, mostraban á los nuestros la ropa, sombreros, sábanas y camisas, dando á entender la desgraciada muerte de los presidarios.

Cuatro dias estuvo Troncoso con su gente en Chanchamayo tanteando por varias partes el modo de pasar el rio, pero en vano ; porque ni habia balsas, ni forma de hacer puentes, y era preciso estar en continuo combate contra los infieles, los cuales disparaban tambien las granadas y fuegos artificiales; y hubo muchos heridos y algunos muertos de parte de los cristianos, y naturalmente los habria de parte de los enemigos. Y viendo el gobernador Troncoso que el fuerte estaba perdido, y que era mucha la fuerza de los infieles, se retiró con buen órden, para no esponerse á perder su gente infructuosamente.

El padre fray Lorenzo Nuñez se mantenia en Tarma para estar á la mira, y ver si podia hallar algun medio de composicion con el rebelde. Tenia alguna correspondencia con algunos indios neófitos principales de los que se hallaban con el pretenso inca, y por su medio premeditaba la composicion. Esta llegó á estar casi negociada, porque Juan Santos envió á decir al dicho padre, que entrase á Quimirí con el padre comisario de misiones fray Manuel Albarran, para tratar de convenio. No tuvo efecto la entrada, porque la impidieron los corregidores de Tarma y Jauja por órden que para ello tenian del superior gobierno.

La causa por la cual el señor virey impidió la entrada á la montaña á los padres misioneros, fue porque discurria componer las turbulencias con facilidad por medio de los padres jesuitas. Hallábase en el colegio de la compañía de Lima un jesuita coadjutor Vizcaino, llamado el padre Irusta, el cual siendo secular habia estado algun tiempo en la montaña, y conocia algunos indios principales, particularmente al curaca don Mateo de Assia. Persuadieron los jesuitas al señor virey, que si el padre Irusta entraba á la montaña, compondria

fácilmente las alteraciones. El señor Villagarcía se alegró de hallar aquel medio, que le pareció oportuno, para finalizar aquella guerra, y les encomendó esta empresa á los jesuitas. Entró el padre Irusta á la montaña con un compañero sacerdote el verano del año de 1745, y llevaron porcion de herramienta. Habló el padre Irusta á los caciques y principales que conocia. Lo que pudo ajustar con ellos no lo dijeron á nadie; pero por los efectos que despues se vieron, se conoció no haber conseguido cosa alguna.

Este año de 1745 por el mes de julio llegó á Lima nuevo virey, que fue el escelentísimo señor don José Manso de Velasco, á tiempo que los dos jesuitas estaban en la montaña. Despues que estos salieron, bajaron á Lima, y comunicaron con el nuevo virey lo que habian ejecutado en su comision, y lo que dejaban tratado. El virey encomendó al general de las armas don José de Llamas la espedicion de la montaña segun el proyecto de los jesuitas. Vino dicho caballero á Tarma á principios del año de 1746 con nombramiento de gobernador de la provincia; y como de secreto se hicieron las prevenciones para una formal entrada. El mes de febrero mandó llamar al gobernador de las fronteras don Benito Troncoso, para que mandase un trozo de la tropa en la entrada que se meditaba. Advirtió este caballero al general lo intempestiva que era esta espedicion en aquel tiempo, por ser en el rigor de las lluvias, y el grande peligro que corria de malograrse con pérdida de la reputacion de las armas españolas. Respondió el general Llamas que tenia órdenes espresas para que se ejecutase asi.

Determinóse la salida para principios del mes de marzo. El general don José de Llamas con doscientos hombres de armas y trescientos de carga entró por

Guancabamba al Cerro de la Sal; y don Benito Troncoso con ciento cincuenta hombres de armas y doscientos de carga entró por Ocsabamba y Quimirí, para juntarse al primer trozo. Acompañaron al general los padres misioneros fray Juan Francisco Mateo y fray Pedro Dominguez. A don Benito Troncoso acompañó el padre fray José de San Antonio.

La espedicion fue desgraciada por intempestiva. Los víveres se pudrieron por la humedad de las continuas lluvias. Las mulas, así de silla, como de carga, se despearon; de suerte que habiendo llegado á últimos de marzo el general Llamas con su gente fatigada al Cerro de la Sal, no pudiéndose incorporar con la gente de Troncoso, que se habia adelantado á Nijandaris, se vió precisado á dar la vuelta con su gente á pié por donde habian entrado, dejándose en el camino alguna gente cansada, de los cuales murieron catorce personas de la fatiga. La gente de Troncoso tuvo un pequeño combate con los indios de Nijandaris, y hubo heridos y muertos de ambas partes. Finalmente se retiraron todos, sin mas fruto que muchas enfermedades contraidas por el cansancio y humedades, y mucha pérdida de caballerías, víveres y ropa. Dispuso Dios para bien de los nuestros que el rebelde se hallase retirado; pues si los hubiera acometido por aquellos montes, con el desórden y fatigas en que se hallaban, sin poder valerse de las armas de fuego, por estar la pólvora húmeda, hubiera sucedido un estrago muy afrentoso á las armas españolas; pues los pocos indios que se hallaban escondidos por los montes hicieron algunas hostilidades y muertes en los soldados que desmandados del cuerpo de la tropa, caian al alcance de sus flechas. Se tiene por cierto que el general don José Llamas se quejó de haber sido engañado de los padres jesuitas,

que le habian asegurado que luego que llegase con su tropa al Cerro de la Sal, saldria el curaca don Mateo de Assia con su gente, á auxiliarle, y le entregaria en su poder al rebelde. Este fue el motivo de hacer la entrada intempestiva y sin las prevenciones necesarias, sin consulta de esperimentados, y todo como en secreto.

Con esta malograda espedicion quedaron los infieles y los apóstatas tan insolentes, que no temian el desafiar á los Españoles, ni se descuidaban en hacerles todo el daño que podian. Este mismo año de 1746 se habian juntado en el pueblo de Monobamba muchos serranos á celebrar la fiesta de san Juan Bautista. Como es propio de los indios celebrar sus fiestas con grandes borracheras, al tiempo del mediodía, cuando todos estaban en lo mejor de la fiesta, y poseidos de la chicha, salió de la montaña porcion de indios infieles acompañados de algunos negros; y embistiendo con aquellos odres vivos, mataron á treinta y dos, y se llevaron cautivas algunas personas de ambos sexos á Quimirí, donde se hallaba el pretenso inca. Entre los cautivos que llevaron, fue uno el inter de cura clérigo, natural de Guamanga, sugeto de buena capacidad. A este mandó Juan Santos que le acompañasen afuera, y le dió cartas para el virey y para el provisor, y un recado para el general don José de Llamas, diciéndole que no le escribia porque era muy inferior. Las cartas se reducian á decirles, que él era señor del reino, y que se lo desocupasen. Súpose por este clérigo (el cual bajó á Lima) que el pretenso inca tenia poca gente, y esta de los Simirinches; pero que cuando le parecia necesario la juntaba de todas las naciones.

Con estas noticias el señor virey mandó á los gefes militares que se hallaban en Tarma, que se juntasen á

consejo de guerra, y consultasen el mejor espediente para poner la frontera á cubierto de los insultos de los gentiles. Túvose la junta el dia 20 de agosto del mismo año de 1746, y determinaron que se construyese un fuerte en Chanchamayo y otro en Ocsabamba, para que de esta suerte se contuviese á los infieles su audacia, y á los serranos se impidiese la entrada á la montaña.

CAPITULO XXVIII.

Diligencias que hicieron los misioneros seráficos para apaciguar los tumultos de la montaña. — Muerte del venerable padre comisario de misiones y de sus compañeros.

El venerable padre fray Manuel Albarran, comisario y viceprefecto de misiones, atendia cuidadoso á la conversion de Sonomoro, procurando que el fuerte de dicho pueblo estuviese en estado de defensa. Y para conseguir una entrada mas fácil para dicha conversion, discurria varios medios, y se informaba de todas las cabezadas de la sierra por donde se pudiera conseguir. Informáronle que en la montaña de Acon, que confina con la provincia de Guanta, los indios infieles que suelen salir á los cocales de dicha provincia, decian que ellos querian tener paz con todos y ser cristianos; y que si los padres entraran por allí, los recibirian con amor, y les entregarian al rebelde.

Alegres con estas noticias, dicho venerable padre salió de Ocopa el mes de febrero del año de 1747 acompañado del hermano fray Fernando de Jesus, religioso lego, y de un hermano donado llamado Jacobo.

Llegaron á Guanta, donde habiéndose confirmado bien el dicho venerable padre comisario en las noticias que habia tenido en Ocopa, y que eran contestes con las que por allí corrian, dispuso las prevenciones necesarias para la entrada. Buscó diez Españoles que le acompañasen en cualidad de soldados, y veinte indios para cargueros, salieron de Guanta á mediados del mes de marzo del dicho año de 1747, y el dia 28 del mismo llegaron á la márgen del rio Enne, dia martes santo; y habiendo dispuesto balsas para pasar el rio, descansaron en su orilla aquella noche. Durante ella estuvieron los religiosos en fervorosa oracion; y el venerable padre comisario exhortó á todos los de la comitiva á que se confesasen, pues se hallaban en sitio peligroso. Al amanecer del miércoles santo celebró el sacrosanto sacrificio de la misa, y comulgó á todos, escepto los Indios serranos que durante la noche se habian huido. Dando gracias estaban, cuando repentinamente se hallaron cercados de una grande multitud de indios infieles, que con grande algazara disparaban una lluvia de flechas, y aunque los cristianos les hacian señas de amistad. no atendieron mas que á contentar su bárbara fiereza. Los Españoles se defendieron algun tiempo, pero fueron oprimidos de la muchedumbre. Murieron todos á manos de los infieles Simirinches y Pirros, que son los que habitan aquellas riberas, y arrojaron los cuerpos al rio, como lo acostumbran ejecutar con sus enemigos.

La noticia de este lastimoso estrago llegó á Guanta el dia 14 de abril por uno de los cargueros serranos, que escondido en el monte, habia sido espectador de la tragedia. Hallábase entonces en dicha villa el padre prior fray José de San Antonio en compañía del hermano fray Juan Raimondez, los cuales iban á España

por la via de Buenos Aires, para solicitar una mision, pues de los religiosos que habian venido de España, quedaban ya muy pocos para trabajar en la viña del Señor. Este padre notició á los padres del hospicio de Ocopa la acaecido al siervo de Dios fray Manuel de Albarran y sus compañeros.

Con la noticia de este espiritual triunfo, en Ocopa se pasó á hacer eleccion de nuevo comisario y vicepresidente de misiones, y fue electo con todos los votos el padre prior fray Lorenzo Nuñez, quien se hallaba en Tarma trazando varios medios para apaciguar la tormenta que afligia las desparramadas ovejas de las conversiones. Viéndose comisario de misiones, insistió con mas fervor para que se le concediese licencia para entrar á Quimirí á tratar de composicion con el pretenso inca. Habiendo conseguido licencia del superior gobierno para su empresa, despachó á Quimirí á la consecucion de sus proyectos á los padres fray Francisco Otazuo y fray Salvador Pando, al hermano prior Francisco Suarez, y á un hermano donado, el mes de mayo de 1747. Recibiólos Juan Santos con mucha gravedad, y algunas veces les oia misa; pero en llegando á tratar de composicion, respondia con palabras ambiguas, diciendo que aguardaba á los curacas de la sierra á que viniesen á darle la obediencia, y que sin ellos no podia tratar de composicion. Otras veces divertia la plática respondiendo muy fuera del intento. A los ocho dias se salieron el padre fray Salvador Pando y fray Francisco Suarez, desconfiados de poder negociar lo que tanto deseaban.

Quedóse en Quimirí el padre Otazuo con el hermano donado, para ver si con la paciencia podia conseguir su intento. Anduvo el dicho padre por aquellos montes conciliando las voluntades de los caciques, propo-

niendo varias composiciones con el rebelde y con sus allegados; pero como estos se hallaban bien con las altiveces y turbulencias, temiendo que si Juan Santos daba oido á composiciones, perderian ellos su autoridad, persuadieron al pretenso inca que echase afuera á aquel padre, ó lo mandase matar. Escogió Juan Santos un tormento medio. Mandóle encarcelar con el hermano donado, y los tuvo tres meses afligidos con denuestos y poca comida, hasta que noticiado de ello el padre comisario de misiones, se determinó á entrar á Quimirí á participar de los trabajos de sus compañeros, ó librarlos de las penurias en que se hallaban. Entró acompañado del hermano fray Francisco Suarez á principios de agosto del mismo año de 1747; pero el pretenso inca no quiso dejarse ver del padre comisario, y solamente le permitió que llevase consigo á los que él habia detenido en custodia, y mandó á los indios que los acompañasen hasta pasar el rio, como lo ejecutaron. Con esta esperiencia se perdió la esperanza de llegar á composicion, ni de tratar de paz.

CAPITULO XXIX.

Segunda entrada del general don José Llamas. — Pérdida del fuerte de Sonomoro. — Viene de España parte de la mision recogida por el padre prior fray José de San Antonio.

Cuando una vez se ha malogrado la favorable ocasion, con dificultad se vuelve á conseguir otra semejante. Si cuando el corregidor de Tarma don Alfonso de Santa entró á construir el fuerte de Quimirí, hubiera ido con todo el trozo de la tropa á acometer al rebelde á Guancabamba, dando órden para que por la parte de la sierra le ocuparan las salidas, era infalible su prision, teniendo cortada la retirada por nuestras tropas. Pero se contentó con fabricar el fuerte, con cuya inevitable pérdida se hizo el pretenso inca mas insolente. El señor virey don José Manso, aunque los inevitables cuidados de la desolacion de Lima, ocasionada por el grande terremoto del año de 1746, y de la custodia del reino por los recelos que se tenian de algunos piratas que se habian dejado ver en las costas de Acapulco, le tenian en continuo desvelo, no se descuidaba en dar las providencias convenientes á la seguridad de las fronteras de la montaña. A este fin mandó formar

cuatro compañías de tropa reglada, para que puestas dos de ellas en Tarma y dos en el Valle de Jauja, estuviesen prontas al socorro de cualquier parte que el pretenso inca intentase sorprender. Tambien formó una compañía de caballería, para contener á los indios serranos, que engañados de las promesas del rebelde, se quisiesen entrar á la montaña.

Habiéndose concluido las paces con las potencias de Europa, el año de 1749 atendió el virey con el conato posible á la prision del pretenso inca. Hízose entrada á la montaña el verano del año 1750, con grande aparato. No he podido averiguar con certidumbre el número de la tropa que se empleó en esta espedicion, ni las particularidades de esta entrada; solamente he hallado noticia de que el general don José Llamas con parte de la tropa entró por Monobamba, y el otro gefe con la demas por la quebrada de Tarma; y que fué á dicha espedicion de capellan el padre prior apostólico fray Pedro Dominguez. El fingido inca se habia retirado á Eneno, donde habia hecho tantos fosos y cortaduras, que no dudó disputar la entrada á todo el poder de los Españoles. Ademas de estas defensas tenia sus emboscadas por los montes para acometer á los que se desmandasen del cuerpo de la tropa. La espedicion fue sin fruto alguno; antes sí con muchas pérdidas y enfermedades, causadas de las humedades y fatigas del caminar á pié, como tambien de la escasez de víveres, que con la continua humedad de la montaña se corrompieron.

Este mismo año de 1750 los misioneros entregaron á la santa provincia el convento recoleto de Guaraz, que se les habia dado para colegio. La causa de su entrega fue, que habiendo los mas cumplido su decenio, viendo perdidas las conversiones, algunos sacerdotes

se volvieron á España, y otros se incorporaron en las provincias de las Indias; y no quedando en el colegio sugetos para mantener la vida regular, se vieron precisados á entregarle y los demas se vinieron á Ocopa.

Viéndose el pretenso inca libre del torbellino que le amenazaba con la entrada de los Españoles, determinó tomar satisfaccion de los Chichirenes y Andes de Sonomoro, que no le habian querido vender vasallaje. Para esto juntó su indiada el verano del año de 1751, y se encaminó á Sonomoro. No se puede escusar la omision del gobernador de la frontera en no haber proveido con tiempo el castillo de Sonomoro, poniéndole en estado de defensa; pues se debia temer su invasion, como fruto de la victoria del rebelde. Hallábase el fuerte de Sonomoro con catorce hombres de armas, faltos de víveres para poder sostener un dilatado cerco, y aunque los neófitos se mantuvieron fieles á Dios y al rey, obligados de la necesidad (porque la gente del rebelde les ocuparon sus chacaras) se vieron precisados á abandonar el terreno. Para esto determinaron venirse á la sierra, por no sujetarse al pretenso inca. Hicieron prevencion del bastimento necesario para el camino, y una noche salieron todos con la escolta de los pocos soldados, y por veredas escusadas tomaron el camino de Andamarca, apartados del camino ordinario, para evitar el encuentro de los infieles, que presumian irian en su seguimiento. Salieron estos neófitos al valle de Jauja, dejando su patria, por no dejar la fé de Jesucristo. Ocupáronse en la labranza de las tierras, y como estrañaban grandemente el destemple del pais, como opuesto á su natural complexion, á pocos años se murieron todos, trocando el voluntario destierro por la patria celestial.

A principios del año de 1752 llegó á Ocopa parte de

la mision que en España habia colegido el padre prior apostólico fray José de San Antonio ; habia venido por la via de Cartagena. Componíase de veinte y tres sacerdotes y nueve religiosos legos. Los condujo el reverendo padre fray José Ampuero, quien venia instituido por el reverendísimo comisario general de Indias fray Matías de Velasco en primer guardian de este colegio; y aunque la cédula real para la ereccion del colegio no habia venido, y se suponia que la traia el padre prefecto de misiones fray José de San Antonio, que venia conduciendo el otro trozo de la mision, tomó el dicho padre fray José Ampuero (con aprobacion del muy reverendo padre comisario general fray Eugenio Ibanez Cuebas) posesion de su oficio á principios de junio del mismo año.

Habiendo conseguido el rebelde Juan Santos destruir el territorio de Sonomoro, le pareció ser menos crédito de su ambicion estarse en la montaña, y determinó salir á la sierra para tantear los ánimos de los serranos. Escogió para esta empresa quinientos indios infieles, y á principios de agosto del mismo año de 1752 salió á Andamarca con bastante dificultad por el grande frio de las Punas. Hallábase en dicho anejo el padre prior apostólico fray Juan de Dios Fresneda, misionero recien llegado de España, con otro sacerdote de los antiguos. Los vecinos de Andamarca, hallándose inferiores en fuerzas á las del rebelde, se retiraron á las quebradas, desde donde hacian algun daño á los infieles. Los religiosos suplicaron al pretenso inca que no hiciese hostilidades en los serranos. Respondióles con arrogancia y sacrílego desprecio, y los mandó poner en la cárcel pública. No pasó el tirano Juan Santos mucho tiempo en Andamarca, antes reconociendo que los serranos no estaban á su devocion, pues no le daban la

obediencia, saqueó el pueblo, y le pegó fuego antes de retirarse con todo el ganado que pudo recoger por aquellas Punas. Los religiosos hubieran perecido en el incendio si la devocion de uno de los vecinos no se hubiera arriesgado de noche á romper la cárcel y sacarlos, cuando ya el fuego estaba cebado en la mayor parte del pueblo. Salieron los ministros evangélicos á pié y de noche por aquellos cerros con el continuo temor de perecer á manos de los infieles, ó en los precipicios de aquellas quebradas. Mucha omision hubo en la tropa del valle de Jauja en no seguir el alcance á los infieles; pues se hallaban tan poseidos del frio que estaban imposibilitados de usar del arco y flechas; y si los hubieran perseguido, era muy natural haber conseguido de ellos una completa victoria.

CAPITULO XXX.

La santa provincia de los doce Apóstoles entrega al colegio de Ocopa las conversiones de Cajamarquilla.— Salen de este colegio religiosos para la ereccion de los colegios de misiones de Tarija y de Chillan.

Hallándose los misioneros recien venidos de España frustrados de su principal intento, que era la conversion de los infieles, por hallar cerradas las puertas con las turbulencias de las montañas, y pérdida de las conversiones de Tarma y Jauja, y que aunque deseaban entrar á la montaña á padecer trabajos, para ver si podrian lograr la conversion de algunas almas, no se les permitió por órden del superior gobierno; para desahogar en algun modo sus fervores, el padre guardian fray José Ampuero, y el padre comisario de misiones fray Lorenzo Nuñez pidieron á la santa provincia de los doce Apóstoles se les concediesen las conversiones de Cajamarquilla, y conferida esta peticion en el capítulo provincial celebrado el mes de octubre del año de 1752, se condescendió á ella el dia 11 de dicho mes y año, y á principios del año inmediato se remitieron á ellas ocho sacerdotes y tres religiosos legos, y

tomaron posesion de las dichas conversiones y de su hospicio de la capellanía.

Este año de 1753, recelando el gobernador de la frontera de.Guanuco que el rebelde invadiese el pueblo de Puzuzu (por distar solamente diez y ocho leguas del pueblo de Guancabamba) con parecer del padre presidente de las conversiones de Guanuco, sacó de los dos pueblos de Puzuzu y Tillingo, sobre trescientas almas de todas edades y sexos, para pasarlas al pueblo de Cuchero. Para esto por comision del padre presidente, entró á Puzuzu el padre fray Bernardino de San Antonio, y el gobernador don Pedro de Arostegui con alguna gente de armas. Y para que el padre prior fray Honorio Matos (que habia criado aquellos neófitos, habiendo estado con ellos mas de treinta años) no se opusiese á su determinacion, le pusieron recluso en su celda, y se llevaron á todos los indios del pueblo, y los trasplantaron á Cuchero. Solamente quedaron reservados los que pudieron escapar al monte, que fueron unas cien almas, los cuales despues se juntaron en el pueblo de Puzuzu, y quedó estinguido el pueblo de Tillingo.

Esta intempestiva transmigracion fue muy nociva á los pobres neófitos de Puzuzu, porque siéndoles preciso atravesar la Puna de Tambonuevo, enfermaron muchos, y lo peor fue que como en Cuchero no tenian que comer, ni cocales con que comerciar, la necesidad les obligó á alquilarse de jornaleros en las haciendas de aquellas inmediaciones, y como no estaban acostumbrados á aquel temperamento, á pocos años murieron todos, escepto algunos pocos que se volvieron al patrio suelo.

Para no esponer á los pocos neófitos que quedaban en Puzuzu á la tiranía del rebelde, que se temia poder

invadir aquel pueblo, se formó en la ceja de la montaña, en un bello temple, el pueblo de Santa Cruz de Muña, para que en caso que el rebelde acometiese á Puzuzu, tuviesen una retirada próxima y segura, por ser el portachuelo de Tambonuevo de tal situacion, que con grande facilidad se puede hacer inaccesible. Pero no ha llegado el caso de necesitar de esta retirada, porque el pretenso inca, desde la invasion de Andamarca, nunca jamás ha intentado salir á la sierra. El pueblo de Muña se mantiene habitado de algunos serranos que se habian establecido en Chaglla, y otros que se les han agregado, y todos tienen sus cocales en Puzuzu, con cuyo comercio se mantienen.

A principios del año de 1754 llegó á Lima el muy reverendo padre comisario general fray Francisco de Soto y Marne; y noticioso de la copiosa mision que por instantes se esperaba de España, y del poco espacio que tenian los misioneros para ejercitar el apostólico ministerio, pidió á la santa provincia de San Antonio de los Charcas, en virtud de las bulas apostólicas, un convento formado para erigirle en colegio de misiones. La dicha provincia entregó para el efecto el convento de Santa María de los Angeles de Tarija. Fueron de Ocopa luego seis sacerdotes á tomar la posesion de él, y con otros religiosos de la segunda mision, que desde la ciudad de Buenos Aires por tierra venian para este colegio, y se les despachó órden para pasar á Tarija, componian trece sacerdotes y siete religiosos legos. El convento de Tarija estaba tan destruido, que fue necesario erigirle *a fundamentis,* lo que se consiguió con mucho trabajo, tiempo y diligencias de sus moradores, y con el continuo afan de los limosneros.

Este mismo año de 1754 llegó la otra parte de la mision, que desde España condujo por la via de Buenos

Aires el padre fray José de San Antonio, comisario y prefecto de misiones. Componíase de treinta y siete sacerdotes, y diez y ocho religiosos legos, comprendiendo en este número los que se quedaron en Tarija. Con la venida del nuevo comisario de misiones, el padre fray Lorenzo Nuñez de Mendoza se incorporó en la santa provincia de los doce Apóstoles.

Como este colegio de Ocopa estaba lleno de misioneros, y no tenian donde emplear sus fervores, porque no todos podian salir á hacer mision á tierras de católicos, aunque muchos salieron á dicho ministerio por diversas provincias del reino. Para darles consuelo el muy reverendo padre comisario general fray Francisco de Soto y Marne pidió á la santa provincia de Chile, en virtud de lo ordenado por las bulas apostólicas, un convento formado para erigirle en colegio de misiones. La dicha santa provincia entregó para dicho efecto el convento de San Ildefonso de la villa de Chillan, tan arruinado, que fue necesario rehacerle *a fundamentis*. Pasaron á su ereccion diez sacerdotes de este colegio y dos de esta santa provincia con algunos religiosos legos á principios del año de 1756.

Así el colegio de Tarija como el de Chillan tienen en sus fronteras porcion de indios infieles, en cuya conversion han trabajado y trabajan sus respectivos alumnos, y de sus progresos escribirán sus propios cronistas; pues á mí solo me pertenece tratar de las cosas tocantes á este santo colegio de Ocopa.

Aunque el rey católico habia otorgado la gracia para la ereccion de este colegio de Ocopa, y en virtud de ella habia sido instituido en primer guardian de él por el reverendísimo comisario general de Indias el reverendo padre fray José Ampuero, el padre prefecto de misiones se olvidó de solicitar la real cédula de di-

cha gracia, y por este descuido el dicho padre prefecto fray José de San Antonio tuvo algunos disgustos con el muy reverendo padre comisario general fray Francisco de Soto y Marne sobre negocios pertenecientes á sus oficios, alegando el muy reverendo padre que Ocopa no era colegio, pues no tenia cédula real ni bula apostólica para su ereccion. Resultó de estas contiendas que el padre fray José en San Antonio renunció la comisiatura de misiones, y reservando en sí la prefectura, se fué á España á solicitar la real cédula y bula pontificia, que por olvido no se habia estraido cuando se obtuvo la gracia, y la remitió á este colegio el año de 1760, y para que conste la he puesto al fin de este compendio. Por la renuncia de la comisiatura de misiones se hizo eleccion de nuevo comisario, y fue electo canónicamente el reverendo padre fray José Seguin.

CAPITULO XXXI.

Diligencias que hicieron los alumnos de este colegio buscando infieles á quien convertir á la santa fé.

Aunque los misioneros que últimamente llegaron de España, hallaron cerradas las puertas de la montaña, y se vieron imposibilitados para emplearse en la conversion de los gentiles, y por esto se hallaban desconsolados, los que fueron destinados á las conversiones de Guanuco y de Cajamarquilla las tuvieron abiertas para desahogar sus deseos, aunque el fruto no correspondió á los trabajos y fatigas que padecieron en tan gloriosa obra.

Por la via de Puzuzu el año de 1753 salió á la Pampa del Sacramento el padre fray Bernardino de San Antonio con algunos fronterizos de Panao, y consiguió recoger quince personas, de los que el año antecedente se habian huido de Puzuzu cuando los trasportaban á Cuchero. Por la misma via el año de 1755 entraron á dicha Pampa los padres fray Benito Novoa y fray Bernardino de San Antonio con los fronterizos de Panao, y recogieron siete personas de los huidos de Puzuzu, los que volvieron á su pueblo. El año de 1757 entró

por la misma via á la Pampa del Sacramento el padre fray Antonio Delgado con el hermano fray Manuel de San Pablo y algunos indios de Puzuzu, y no consiguieron mas que el mérito de sus fatigas y grandes molestias indispensables en los caminos de la montaña.

El padre fray Alonso Abad se hallaba de conversor en el pueblo de San Antonio de Cuchero, reliquia de la conversion de Panataguas, que con los indios Amages trasplantados de Puzuzu se hallaba en lucido estado. Deseoso este padre de descubrir las naciones de las perdidas conversiones de Panataguas, dejando en Cuchero á su compañero, salió el verano del año de 1755 con nueve indios de su pueblo, tomando su derrota por el abandonado pueblo de Tulumayo; pero como los caminos estaban tan cerrados, les fue muy dificultoso el penetrar aquellos montes. A los primeros dias se le huyeron cinco de los indios que le acompañaban. Prosiguió adelante con los demas, y al llegar cerca de la Pampa del Sacramento, viendo rastros de gentiles, se le huyeron tres indios, quedando el padre con solo un muchacho. Viéndose en aquel desamparo, perdido por aquellos montes, determinó regresar á Cuchero, lo que ejecutó con mil trabajos, cargando en sus espaldas el poco bastimento, que le sirvió de viático en dicha retirada; y llegó á su pueblo despues de cincuenta y cinco dias de peregrinacion, bien fatigado, y llagado de piernas y cabeza, aunque gozoso por haber hallado rastros de gentiles, y con determinacion de volver á buscarlos el verano del año siguiente. Pero los prelados el año de 1756 le mandaron que bajase á registrar el rio de Monzon, porque los moradores de dicho sitio habian informado que en aquellas inmediaciones habia gentiles. Fue el dicho padre Abad al registro que se le mandaba, y durante dos meses escu-

driñó aquellos montes con imponderables trabajos, sin hallar ni aun rastro de lo que por obediencia buscaba.

Habiendo llegado el verano del año de 1757, el referido padre fray Alonso Abad determinó proseguir su descubrimiento de los gentiles que discurria ser los Panataguas. Salió del pueblo de Cuchero el dia 4 de mayo acompañado de diez y siete indios de su pueblo, y tomó como antes el camino de Tulumayo, adonde llegó el dia 15 de dicho mes, y siguiendo su registro por aquellos montes, por los rumbos del norte y del nordeste, el dia 25 llegaron á un boqueron que daba salida á un arroyo que se despeñaba á la Pampa del Sacramento. Subieron con dificultad á uno de los cerros colaterales, y al anochecer llegaron á la cumbre, desde la cual se descubria la dicha Pampa, y vieron que el rio que salia por aquel boqueron, iba faldeando los cerros hácia el norte, y que parecia introducirse en otro; y á lo lejos se descubria un cerrito como un pan de azúcar. El dia siguiente bajaron á la Pampa, y estuvieron ocho dias registrando las inmediaciones de aquel rio sin encontrar cosa alguna. Finalmente, viendo que el rio con la junta de varios arroyos ya era navegable, hicieron balsas, con las cuales bajaron por dicho rio cuatro dias, registrando sus inmediaciones, hasta que encontraron platanares y chacaras de maiz.

El dia 9 de junio, en que aquel año concurrió la solemnidad de Corpus Christi, navegando por la mañana con sus balsas, en un recodo que hacia el rio, estaban los infieles en emboscada, y cuando la balsa delantera estuvo á tiro, dispararon sobre ella multitud de flechas. Cayeron flechados al rio cinco hombres que iban en ella; los demas con el padre saltaron en tierra apresuradamente, abandonando todo lo que traian en las balsas; y habiendo tomado el monte, cada cual se

retiró como pudo. Son imponderables los trabajos que padecieron todos en esta retirada, pues aunque se fueron juntando, y comian algunas yerbas y algunos cogollos de palmas, sin duda hubieran perecido todos de hambre y fatiga, si el dia 15 de dicho mes no los hubiera encontrado un socorro que desde Cuchero les remitia el padre que allí habia quedado; con lo cual pudieron proseguir la retirada, y llegaron al pueblo despues de cincuenta y cinco dias de peregrinacion. No puedo escusar á este religioso de incautamente arrojado; pues aunque su buen celo le justifique la caminata, así que llegaron á reconocer las chacaras de los infieles, no debia proseguir su viaje por el rio, sino ir despacio por el monte inquiriendo y solicitando hablar á alguno de los dueños de aquella tierra; y cuando á todo poder suceder hubiera sido acometido de los infieles, en el monte les fuera mas fácil retirarse sin tanta pérdida, y á lo menos conservar algun bastimento para la retirada, sin esponerse á perecer con toda la gente.

Sobre qué infieles fueron los que flecharon á la gente de Cuchero que entraron á este descubrimiento, ha habido varias controversias; porque unos discurren que eran los Sipibos ó Callisecas; otros que los Cararapachos, etc. Yo tengo por muy cierto que fueron los Casibos que habitan en las márgenes de los rios Pachitea y Aguaytia. El fundamento que tengo para afirmar esto, son las señas que el padre Abad vió desde la cumbre del cerro del boqueron. Desde allí descubrieron un cerrito, que desde allí parecia pequeño por estar muy distante, pero es muy alto y puntiagudo, escediendo en su punta la altura de otros muchos cerros que se continuan á sueste. A este cerro de San Cárlos, cuando entré á la Pampa del Sacramento el año de

1765, se halla este cerro en 9° y 10 m. de latitud meridional al oriente del rio Pachitea, no muy apartado de su ribera. El rio que por el boqueron se despeñaba á la Pampa, y por el cual bajaron despues en las balsas, es el rio de Aguaytia, que recogiendo las vertientes de aquellas montañas, corre al norte, y desagua en el rio Ucayale cerca del rio Pisqui. Los indios que habitan en este territorio son los fieros Casibos, conocidos por tales de las naciones vecinas; luego estos fueron los que acometieron á los cristianos en esta entrada.

No fueron menores los trabajos y fatigas que padecieron los padres misioneros que fueron á las conversiones de Cajamarquilla, para aumentar el número de los cristianos, agregando al gremio de la santa Iglesia Romana los gentiles que discurrian dispersos por aquellos montes; aunque consiguieron algun fruto de sus fatigas.

Habiendo llegado los padres conversores á los pueblos de las conversiones de Cajamarquilla, despues de haber entablado el modo de gobierno para la mas exacta observancia de nuestro instituto y aumento de aquella grey, que ya estaba bien radicada en las verdades de nuestra santa fé desde su conversion que referimos en el capítulo XI. Los padres conversores de estos pueblos, movidos del celo de conquistar almas de los infieles, preguntaban á los neófitos de sus conversiones, si habia gentiles por aquellas inmediaciones. A lo que respondian, que detrás de aquellas sierras que están al oriente, habia bastantes naciones de indios infieles. Con estas noticias, conferidas entre los padres conversores, determinaron ir á descubrirlas.

El verano del año de 1754 por el mes de julio die-

ron principio á estos descubrimientos el padre fray Antonio Cabello y el hermano fray Alonso de la Concepcion con treinta indios del pueblo de San Buenaventura del Valle; y el padre fray José Hernandez con treinta indios del pueblo de Pampa Hermosa. Los primeros caminaron veinte y cuatro dias por aquellos montes sin encontrar rastro ni indicio de humana criatura; por lo cual se volvieron desconsolados á su pueblo del Valle. Los segundos caminaron treinta dias, y habiendo subido á un eminente cerro, desde allí indicaron los indios al padre Hernandez, que por allí estaba el rio de Manoa, y que en sus inmediaciones habia muchos gentiles. Alegróse el ministro de Dios con las noticias, y exhortando á los indios á proseguir el viaje, no pudo conseguir que diesen un paso adelante, así porque el bastimento escaseaba, como por el miedo que tenian á los gentiles; por lo cual se vió el dicho padre precisado á regresar con ellos á su pueblo de Pampa Hermosa, con ánimo de volver á la empresa en ocasion oportuna.

Con los informes que dió el padre fray José Hernandez, habiendo llegado el veraño del año de 1755, los padres fray Juan de Santa Rosa, fray José Miguel de Salcedo, y fray Francisco de Huerta, exhortaron á los neófitos de los pueblos de Pampa Hermosa y Jesus de Montesion, á proseguir la empresa del descubrimiento. Salieron dichos padres con cincuenta indios de los dos pueblos el mes de agosto de dicho año; pero sin mas fruto que hallar algunos rastros antiguos, y el de la paciencia tan necesaria en los trabajos que ofrece la montaña, en treinta y cuatro dias que les duró el viaje de su peregrinacion.

No desistieron los padres conversores del empeño de buscar á los infieles; antes movidos de su santo celo, se dispusieron á entrar el verano del año de 1756 los

padres fray Juan de Santa Rosa, fray Juan de Dios Frezneda, y fray Antonio Cabello, dirigiendo todos sus pasos á Manoa, pero cada cual por diferente rumbo. El padre Frezneda salió con los indios de Sion; pero sin mas fruto que el de las indispensables fatigas y trabajos padecidos en cuarenta y dos dias que duró el viaje.

El padre Cabello salió con los indios de San Buenaventura del Valle el dia 6 de julio, y á los veinte dias de camino llegó á las cabezadas de un rio que llevaba su direccion al oriente, al cual llamó rio de Santa Ana, por haberle descubierto el dia dedicado á tan gloriosa santa. En dicho sitio encontraron rastros de gentiles, hogares de fuego recien apagado, y muchas ollas quebradas; de suerte que el dicho padre ya se juzgaba dichoso por haber encontrado lo que deseaba. Pero aunque permaneció catorce dias en aquel paraje buscando con sus indios todos los arroyos y quebradas inmediatas, no pudo jamás encontrar con aquellas racionales fieras. Y viendo sus indios que se les acababa el bastimento, pidieron al padre que se volviese y se dejase el registro para otra ocasion. Condescendió con ellos el padre conversor con ánimo de volver el verano siguiente.

El padre Santa Rosa salió á su registro con los indios de Pampa Hermosa, y á los veinte dias de su viaje, encontró con el rio de Santa Ana (en cuyas cabezadas se hallaba al mismo tiempo el padre Cabello): embarcáronse en balsas rio abajo, y despues de dos dias de navegacion, se halló con el rio de Manoa. Al otro dia, que fue el 10 de agosto, se halló el padre con solo siete indios; porque los demas, ó de temerosos, ó de cansados, se habian vuelto. En este sitio hallaron rastros de gentiles, y señales evidentes de estar inmediatos á sus

poblaciones. Bien queria el padre Santa Rosa llegar á los infieles; pero sus indios estaban tan poseidos del temor, que no hubo forma de hacerlos pasar adelante, dando por razon que eran pocos y sin armas, y se esponian á riesgo evidente de ser muertos por los gentiles. El ministro evangélico se hizo cargo de sus razones, y viendo que no podia obligarlos á manifiesto peligro, determinó regresar con resolucion de volver el verano siguiente, con las prevenciones necesarias para no malograr la empresa.

Con esta determinacion regresaban el padre conversor con cuatro de sus indios por la una márgen del rio, y los otros tres indios iban por la opuesta ribera, y repentinamente dieron estos con seis indios gentiles armados, y en ademan de pelea. Turbáronse unos y otros con el impensado encuentro; y sabiendo los cristianos que él único modo de librarse, era manifestar valor, se rehicieron, y el mas animoso asestó una lanzada á uno de los gentiles. Este desvió con la mano el golpe, y quedó levemente herido. Con esta demostracion bajaron su altivez los gentiles, y pidieron paz, diciendo: *amico*, *amico*, con ademanes de cariño. Correspondieron los cristianos con las mismas muestras de amor; y habiendo curado al herido con yerbas que para el efecto traian, les dieron á entender á los gentiles que fuesen á ver al padre conversor.

Apenas habian caminado un cuarto de hora en busca del padre, cuando se hallaron cercados de una tropa de gentiles armados de todas sus armas, y pintados á usanza de guerra, con ademanes y semblantes tan furiosos, que los tres cristianos discurrieron ser ya llegada su última hora, y solamente atendieron al modo de escapar. Consiguiólo uno de ellos, rompiendo osadamente el cerco y arrojándose al rio. Siguiólo otro de

la misma suerte; pero el tercero no lo pudo conseguir, porque los gentiles le agarraron de los cabellos, de tal suerte que sus compañeros discurrieron que lo mataban, ó le ahogaban.

El primero que escapó, llegó sobresaltado á la presencia del padre Santa Rosa, diciendo que alli venian los gentiles á matarlos, y que sus compañeros quedaban muertos. Decia esto dando prisa á los suyos, para que salvasen la vida con la fuga. El padre procuró detenerle, para informarse del fracaso; pero el indio respondió: « Vamos, padre, que despues te lo dire, » y asiéndolo del brazo le obligó á caminar diciéndole: « Vamos, padre, que ahí viene una tropa de gentiles á matarnos. » Al cabo de un buen rato, los alcanzó el segundo indio que habia escapado, con la misma congoja que el primero, añadiendo que á su compañero lo habian ahogado. Bien se puede discurrir el sentimiento del padre conversor al ver frustradas sus diligencias y deseos, y considerar la pérdida de un compañero. Pero Dios le consoló dentro de pocas horas con la llegada del que ya discurrian difunto, el cual dijo, que era cierto que los infieles le habian agarrado de los cabellos y sacado del agua; pero que viendo que lloraba, le soltaron diciéndole que se fuese en paz.

Alegre el padre conversor y sus indios al ver con vida al que discurrian muerto, prosiguieron su retirada, en la que tardaron veinte dias de grandes calamidades; porque los indios que fueron acometidos por los gentiles, arrojaron el bastimento que llevaban para huir mas desembarazados, y fue preciso que se mantuviesen todos con el poco alimento que cargaban los otros cuatro, á que se agregó ir el dicho padre notablemente molestado de llagas en piés y piernas. Asi llegaron á Pampa Hermosa con mil trabajos, aunque

gozosos por haber encontrado indios gentiles á quienes predicar el santo Evangelio.

Con la noticia de este encuentro, y con el beneplácito de los prelados, se alentaron los padres conversores del pueblo de Cajamarquilla, y determinaron ir á la espiritual conquista, con las prevenciones que discurrian ser necesarias. Previniéronse de herramientas y chaquiras, y los bastimentos suficientes, y salieron á esta empresa trescientos indios de los cuatro pueblos de las conversiones, acompañados de los padres fray Juan de Santa Rosa, fray Juan de Dios Frezneda, fray José Miguel de Salcedo, fray Antonio Cabello, y el hermano fray Alonso de la Concepcion, religioso lego.

Dieron principio á la marcha á principio del mes de febrero del año de 1757, y á fin de dicho mes llegaron á las tierras de Manoa. El dia 4 de marzo al amanecer llegaron al pueblo de gentiles, llamado Masemage. Los infieles al ver tanta gente forastera, discurrieron ser invasion de enemigos, y como tales recibieron á los cristianos con un diluvio de flechas, con tal furor y enojo, que no atendian á las señas que los religiosos les hacian manifestándoles los regalos que les traian. Viéronse los padres en grandísimo conflicto; porque siendo la defensa natural, los indios cristianos se valieron de sus armas, y de ambas partes hubo muchos heridos. Los religiosos rogaban á Dios por la salvacion de aquellas almas; y sucedió un caso digno de admiracion, y fue que entre la confusion de la vocería salió de su casa llorando una muchacha pequeña, y se fue hácia donde estaban los religiosos; tomóla en sus brazos el padre Frezneda, y estaba acariciándola, cuando vino de los gentiles una flecha, que entrándole á aquella criatura por un ojo, le pasó la cabeza. El padre al instante buscó agua, y bautizó á la niña, la cual de

allí á breve rato murió, volando su alma al cielo.

Viendo los religiosos que muchos cristianos estaban heridos (y algunos malamente), y que de aguardar mas tiempo se seguiria mayor estrago, persuadieron á sus neófitos la retirada, dejando en manos de Dios el remedio de aquellas almas. Comenzaron su regreso, y despues de haber caminado como dos leguas, el padre Cabello se detuvo á confesar y auxiliar algunos cristianos gravemente heridos, y en esta piadosa ocupacion consiguió la palma del martirio; porque reforzados los infieles con nuevo socorro, acometieron nuevamente á los cristianos, y encontrando primeramente á dicho padre, le mataron, y tambien á los que auxiliaba, é hirieron mas de veinte cristianos. Murieron en este conflicto el padre fray Antonio Cabello, y once indios Cholones. De los infieles se supo despues que murieron quince en el combate, y que muchos quedaron malamente heridos.

Los religiosos en su retirada iban con el desconsuelo que se deja discurrir, viendo malograda la espedicion, y casi perdida la esperanza de conseguir el fin, por el cual se habian espuesto á tantos trabajos y peligros. Solo tuvieron el consuelo que dispuso Dios, que durante el combate los cristianos cogieron á un muchacho y dos muchachas de los gentiles; y esperaban que estas criaturas bien educadas, y enteradas del santo fin que habia llevado á los religiosos á sus tierras, pudieran servir á su tiempo de intérpretes, cuya falta ocasionó la fatalidad referida. Esta retirada fue sumamente trabajosa, porque en los combates que tuvieron con los infieles, perdieron los cristianos la mayor parte del bastimento, y como era tanta gente, no podia el monte suministrar con sus frutos la mantencion de tantas personas. A esto se añadia la dificultad de

haber de cargar á algunos malamente heridos. Finalmente, comiendo yerbas y frutas silvestres, llegaron á los pueblos de las conversiones, á esperimentar el mayor dolor con el sentimiento de las viudas y parientes de los difuntos. A que se agregó el trabajo de hallar los pueblos infestados con las viruelas: enfermedad que suele devorar á estos pobres indios, los cuales no sabiendo contenerse para el resguardo que requiere tal dolencia, se van al monte, donde son muchísimos los que se mueren.

Aunque fueron tan adversas las entradas que los padres conversores habian hecho á la montaña hasta este tiempo, no perdieron las esperanzas de conseguir su principal intento; porque los tres cautivos que habian traido de Manoa, al cabo de un año ya sabian hablar castellano; y dieron noticia de que su nacion era de los Setebos, que era buena gente y fácilmente recibirían el santo bautismo. Catequizáronse los tres cautivos, y fueron bautizados en Pampa Hermosa. Con las noticias que estos neófitos daban de la buena índole de sus paisanos, los padres conversores pidieron licencia al muy reverendo padre comisario general fray Francisco de Soto y Marne, para volver á Manoa en compañía de los tres neófitos, sin mas Viático que la divina providencia. Concedióseles la licencia que pedian, con tal que llevasen algunos indios, que cargasen el bastimento hasta cierta distancia del pueblo de los gentiles, desde donde los padres conversores, acompañados de los tres neófitos, deberian proseguir su espedicion.

Con este permiso se disponian los padres para la entrada el mes de julio del año de 1758; pero los indios de las conversiones representaron á los padres que no podian consentir que se espusieran á tan manifiesto peligro. Que se tomasen otras providencias,

porque ellos estaban fatigados de las continuas cami natas, y no podian proseguir en tanta fatiga. Viendo los religiosos frustrado su intento, y que por aquel año era imposible hacer la entrada, determinaron que el padre fray José Miguel Salcedo, con el hermano fray Alonso de la Concepcion, bajasen á Lima con los tres neófitos de Manoa, á solicitar del superior gobierno las providencias necesarias para la reduccion que prometian aquellas primicias de su gentilidad. Bajaron los referidos á Lima; y aunque hicieron las diligencias que les dictaba su fervoroso celo, no consiguieron del virey mas de un tácito permiso para hacer la entrada segun les pareciese mas conveniente.

Los padres conversores, confiados en la divina providencia, dispusieron las prevenciones, que les parecian necesarias para el fin de aquella espedicion. Herramientas, chaquiras, cintas, pólvora, escopetas, etc. Reclutaron en Lima doce Europeos para que entrasen en cualidad de soldados; y habiendo llegado á la provincia de Pataz, se agregaron algunos de ellos y catorce Portugueses; de suerte que se juntaron veinte y ocho soldados armados, ganando quince pesos al mes, y los víveres necesarios. Habiendo entrado los soldados al pueblo de Pampa Hermosa, se hallaron los padres en mayor angustia, porque los indios de las conversiones rehusaran absolutamente cargar los bastimentos para los soldados. Fueron necesarias muchas súplicas, rendimientos y promesas de los padres para conseguir de ellos el que cargasen el bastimento hasta cierto parage no lejos de Manoa; y aun muchos indios arrojaron las cargas antes de llegar al sitio, y se revolvieron á sus pueblos.

Salieron del pueblo de San Buenaventura del Valle toda la tropa é indios á mediados del mes de mayo del

año de 1759, y en su compañía el padre fray José Miguel de Salcedo, y el hermano fray Alonso de la Concepcion con los tres neófitos de Manoa. Comenzaron el viaje con tal brio, que parecia que iban á conquistar á todo el mundo; pero como los Europeos no estaban acostumbrados á las caminatas é incomodidades de la montaña, á pocos dias de marcha comenzaron á desfallecer, y caminaban tan lentamente, que para el viaje de veinte y cinco dias gastaron cuarenta y uno, y el padre conversor tuvo mucho que tolerar, asi de las discordias civiles, como de la falta de obediencia que manifestaron. Pero lo mas sensible fue, que habiendo llegado tan cerca, que ya no les faltaba sino una jornada para llegar al pueblo de los gentiles, se amotinaron, y dijeron que no querian pasar adelante, alegando que habia falta de bastimento. No hubo forma de convencerlos, reconviniéndoles el padre Salcedo, que si no tenian aliento para caminar un dia, ¿cómo lo habian de tener para regresar treinta dias? Viendo el padre su determinacion, quiso proseguir solo con los tres neófitos y dos ó tres Españoles que se ofrecieron á acompañarle; pero los demas se opusieron con tal animosidad, que temiendo el padre que llegasen á las armas, se vió precisado á ceder de su dictámen y regresar con todos; lo que ejecutaron con muchos trabajos, pérdidas y enfermedades, de que murieron en el camino tres Españoles, y los demas llegaron al pueblo del Valle tan desfigurados, que parecian imágenes de la muerte.

CAPITULO XXXII.

Reduccion de los indios Setebos de Manoa.

Dijimos en el capítulo III que el año de 1657 nuestros religiosos llegaron á los indios Setebos, aunque por entonces hicieron poco fruto. Que el año de 1661 tuvieron nuestros religiosos reducida dicha nacion en dos pueblos con sus iglesias, donde acudian á la doctrina mas de dos mil almas de padron; y que entonces estaban establecidos en las márgenes del famoso rio Ucayale. Esta es la misma nacion que ahora estaba avecindada en las riberas del rio de Manoa, que formándose de las vertientes de las tierras altas, desagua en el Ucayale, del cual distaban cosa de veinte leguas. Habianse retirado de las riberas de este gran rio, compelidos de las muchas hostilidades que habian padecido de las naciones circunvecinas, especialmente de los Sipibos, los cuales habitaban como veinte leguas al sur de Manoa. De estos Sipibos por los años de 1736 habian padecido tal destrozo, que de todos los Setebos que salieron á la batalla (que fueron casi todos) solo escaparon muy pocos con vida. De esta guerra resultó

un odio mortal entre las dos naciones; y obligó á los Setebos á vivir en un terreno cenegoso con mil incomodidades para estar mas resguardados y á cubierto de los insultos de sus enemigos.

Con las desgracias sucedidas en tantas tentativas para la conquista de Manoa, parece que los padres conversores debian desistir de la empresa, y verdaderamente muchos de ellos la juzgaban muy dificil, y se habian resfriado en sus fervores; pero fueron tantas las instancias que hacian los tres neófitos de los Setebos, que despues de haber encomendado á Dios aquel negocio, se animaron á su prosecucion los padres fray José Miguel de Salcedo, y fray Francisco de San José. Hechas las necesarias prevenciones en el pueblo de San Buenaventura del Valle, llevaron para la espedicion setenta indios de dicho pueblo y veinte de Sion, y siete Europeos con plaza de soldados, y por intérprete á la muchacha Seteba mayor, que se llamaba Ana Rosa. Salieron á la conquista á fines del mes de mayo del año de 1760, y á los veinte y ocho dias de viaje, llegaron al rio de Manoa. Aquí descansaron dos dias, disponiéndose para la empresa con los sacramentos de penitencia y comunion, porque se discurrian cerca de los infieles. El dia 1° de julio salieron para el pueblo de Yapati, donde Ana Rosa discurrió encontrar á sus parientes; pero habiendo perdido el camino, anduvieron errantes por los montes siete dias, siendo la distancia de dos dias al dicho pueblo, el cual hallaron abandonado, y con evidentes señales de que habia dos años que faltaban de allí sus moradores. Grande fue el desconsuelo de todos en esta ocasion por muchos motivos. Lo primero por no saber á qué parte se habian mudado los gentiles. Lo segundo, porque los cristianos ya se hallaban sin bastimento, por haber de-

jado oculta en el camino para la vuelta alguna porcion del que llevaban. Y lo tercero, porque el padre Salcedo se hallaba con tercianas, y el otro padre molestado de llagas en las piernas; todo lo cual impedia la prontitud y viveza que requeria negocio tan arduo.

Puestos en lance tan apretado, salieron algunos indios por varias partes á buscar rastros ó camino. A la orilla del rio encontraron indicios de haber pasado por allí dos canoas, porque hallaron plátanos que los gentiles habian ocultado para hallarlos maduros á su regreso. Bien seguros los cristianos de que por allí habian de volver las canoas, dispusieron aguardarlos ocultos en ambas riberas, para que luego que asomaran, saliese Ana Rosa á hablarles. El dia 8 de julio por la tarde se vió venir una de las canoas en que venian dos gentiles, y no hallándose Ana Rosa pronta para salir, salieron algunos indios cristianos á detenerlos; pero los gentiles desamparando la canoa, tomaron el monte. Mucho sintieron los padres este lance, viendo que se les iba de las manos ocasion tan oportuna, y no fue menos el pesar que tuvo Ana Rosa cuando supo la fuga de sus parientes. Pero luego se divisó la otra canoa, en la que venian dos hombres y dos mujeres. Salió Ana Rosa á hablarles, quedando ocultos todos los cristianos encomendando á Dios el buen éxito de la empresa.

Peroró la buena muchacha con grande eficacia á sus parientes; pero los halló tan adversos contra los cristianos, que en mucho tiempo no los pudo reducir á que quisiesen hablarles. Finalmente, despues de muchas súplicas y promesas, los convenció á que hablasen á los cristianos. Llamó Ana Rosa á los padres, y al instante que los gentiles los divisaron, como veloces fieras tiraron al monte, las dos mujeres y uno de

los hombres, y lo mismo hubiera ejecutado el otro, á no tenerle Ana Rosa fuertemente asido de la cusma, de suerte que no le soltó hasta que llegaron los padres, quienes arrojándose al agua, vinieron á recibir al indio Setebo, que se llamaba Rungato. Abrazáronle cariñoso, y lo llevaron á la ramada, donde le regalaron del mejor modo que pudieron.

Recobrado Rungato del sobresalto, comenzó á parlar con la Ana Rosa de los trabajos que su nacion habia padecido en su ausencia, porque sus enemigos los obligaban á andar esparcidos por aquellos montes, sin pueblo, ni comidas, ni algodon para sus cusmas. Los padres conversores le dijeron (por medio de la intérprete) que se consolase, porque si admitian su amistad, los defenderian de sus enemigos, les darian herramientas para trabajar sus chacaras y salir de tantos ahogos, y serian sus hermanos. Aquella noche estuvo Rungato con los cristianos, y Ana Rosa le informó de lo que habia visto en las tierras donde habia estado, y de como los padres no venian á hacerles daño, sino á ser sus amigos y cristianos. El dia 9 por la mañana los padres conversores enviaron á Rungato bien regalado de herramientas y chaquiras, para que diera aviso á su curaca y gente de lo que le habia informado Ana Rosa.

Alegre salió Rungato á dar la embajada á sus parientes; pero en el camino los encontró á todos armados á punta de guerra, que venian hechos unas fieras á matar á sus huéspedes, porque el uno de los indios que escaparon de la primera canoa, habia llegado la noche antes al pueblo, diciendo que los viracochas habian muerto á sus compañeros, y que él se habia escapado en fuerza de la velocidad de sus piés. Con este siniestro informe venian tan enfurecidos que á Run-

gato le costó mucho el apaciguarlos, refiriéndoles la verdad de lo que habia visto y entendido. Con esto los persuadió á que viniesen con él á visitar á sus huéspedes.

El dia 10 de julio por la mañana se adelantó Rungato á dar aviso á los padres, de como ya venian sus parientes. Salieron los religiosos con toda la gente á recibirlos á la playa del rio, por la cual venian los gentiles armados y pintados á usanza de guerra, y algunos traian vistosos plumajes en la cabeza. Cuando los infieles vieron á los forasteros, levantaron grande algazara, diciendo : *amico, amico*: correspondieron los cristianos con las mismas voces : *amico, amico*. Llegáronse á abrazar con grande alegría; y habiendo dado lugar á aquel primer alborozo, entonaron los padres el *Te Deum laudamus*, y procesionalmente mezclados cristianos y gentiles, fueron á una capilla que de palmas se habia dispuesto ; y todos adoraron una imágen de la Madre de Dios que allí se habia colocado.

Concluida la adoracion , el curaca principal de aquella gente que se llamaba Santorray, pidió á los padres que fuesen á su pueblo, donde las mujeres los aguardaban con la comida. Admitieron el convite; y despues de haber caminado cosa de cuatro leguas por tierra y rio, llegaron á un antiguo pueblo llamado Suaray. Aquí les salieron al encuentro algunas mujeres con danzas, gritando : *amico*, *amico*, y condujeron á los cristianos á la casa del curaca Santorray, donde los administraron la comida, que aunque muy pobre, por componerse de plátanos sancochados, y la bebida de chicha, les pareció á los indios un suntuoso banquete.

El dia siguiente, habiendo los padres conversores llamado á los gentiles que allí se hallaban, les dijeron

(por medio de la intérprete Ana Rosa) el motivo de su venida á sus tierras, que era principalmente á hacerlos cristianos, para que pudiesen ir al cielo, y á ser sus amigos. Respondieron que con mucho gusto se harian cristianos; y luego con parecer de todos, se comenzó á fabricar una pequeña iglesia, cuyos artífices fueron los indios cristianos; y los materiales los muchos maderos de que abunda la montaña, cañas y palmas para su cubierta. Mientras se fabricaba la iglesia, los padres enviaron por el ornamento de decir misa, el cual habian dejado oculto en el monte junto al rio de Manoa. En aquellos tres dias inmediatos vinieron á verlos todos los indios Setebos que se hallaban por aquellas selvas en pequeños pueblos, á los cuales despues de regalarlos con algunas herramientas, les daban los padres á entender (por medio de la intérprete) el motivo de su venida á sus tierras, á lo que los gentiles manifestaban gran contento.

El dia 16 de julio habiéndose concluido la iglesia, y labrado una hermosa y grande cruz, que se colocó delante de la puerta, y habiendo llegado los que fueron por el ornamento, se bendijo con solemnidad la santa cruz, y la adoraron con grande reverencia todos los cristianos y gentiles. Despues se bendijo la iglesia, exigiendo por titular y patron de aquella conversion á nuestro santo padre San Francisco. El padre fray Miguel de Salcedo cantó la primera misa, la que oficiaron el otro padre y los indios cristianos con la alegría espiritual que se deja discurrir.

A los indios de esta nacion llaman Setebos, en alusion á unos gallinazos de cabeza colorada que los llaman con ese nombre. La causa de haber tomado aquel apellido no se puede averiguar, ni ellos la saben. Tenian noticia del cristianismo, pero mezclado con mil

absurdos y barbaridades. Creian que hay Dios, que castiga á los malos y premia á los buenos. Tenian noticia de la Madre de Dios; pero la equivocaban con Dios, teniéndola por criadora de todo, y ni sabian como se llamaba. Reverenciaban grandemente la Santa Cruz, y la colocaban por los caminos, casas, plazas y chacaras. Usaban el bautismo ridículamente; pues se reducia á bañarse con agrio de limon, sin pronunciar forma alguna. Como los dichos padres no tenian noticia de lo que dejamos escrito en el capítulo III, por estas señas discurrieron que estos indios serian descendientes de cristianos fugitivos de alguna conversion de los padres jesuitas ó de los Portugueses; pero todas estas noticias del cristianismo las tenian derivadas desde que nuestros religiosos los tuvieron reducidos, como dije en dicho capítulo. Otras muchas barbaridades tenian por actos de religion; y para desimpresionarlos de ellas, trabajaron mucho tiempo los padres conversores. Algunas costumbres tenian tan abominables, que me parece mas conveniente dejarlas al silencio, que ofender los piadosos oidos con su noticia. Tenia esta nacion en este tiempo doscientas veinte almas.

Dispuestas las cosas de la nueva conversion se determinó que se quedase en ella el padre fray Francisco de San José con los siete Europeos y cuatro indios del Valle, para que trabajasen una chacara para los cristianos. Con esto se volvió el padre Salcedo con la demas gente, porque allí no habia con qué poderse mantener; y si no hubieran reservado en el camino algun bastimento para la vuelta, hubieran perecido de necesidad.

Muchos trabajos padecieron los cristianos en Manoa en aquel primer año, porque como aquellos in-

felices indios no tenian herramienta, sus chacaras eran tan pequeñas, que apenas suministraban alimento para cuatro meses del año : los demas vivian de frutos silvestres, de la pesca y de los huevos de tortuga, de los cuales se proveian para algun tiempo en las playas del Ucayale. Tambien se alimentaban de la caza de algunos saginos y monos. Sus chacaras solamente tenian plátanos, maiz y yuca en corta cantidad y algunas papayas. Aunque los cristianos hicieron una buena chacara, mientras esta no pudo suministrar algun bastimento, vivieron muy parcamente de la caza que podian matar los soldados. La plaga de mosquitos los molestaba de tal suerte, que no les daban lugar á estar parados un instante, hasta que la esperiencia les enseñó lo indispensable que era usar de pabellones ó toldos ; pues hasta aquellos bárbaros los usan para defenderse de los mosquitos, aun con estar curtidos de sus molestas y enconosas picadas.

Con los anuales socorros que se remitian de los pueblos de las conversiones de Cajamarquilla, tuvieron los cristianos de Manoa algun alivio, porque criaron puercos y gallinas, sembraron arroz y frisoles, de que alli se carecia. Los indios de dichas conversiones compusieron el camino, abreviándole mucho por atajos, y labraron á ciertas distancias varias chacaras para tener bastimento fresco con menos trabajo. Mucho padeció el primer año el padre conversor de Manoa, porque aquellos bárbaros siempre estaban con la desconfianza de que los cristianos los venian á matar ; y aunque la intérprete Ana Rosa los procuraba disuadir de tal aprension, como los indios son la misma inconstancia, vivian los cristianos siempre con el recelo conveniente. El segundo año de la reduccion de Manoa, entró á ella el padre fray Juan de Dios Frezneda

á acompañar al padre fray Francisco de San José; y entre los dos compusieron arte y vocabulario de aquella lengua, ayudados de la intérprete Ana Rosa, la cual catequizaba á sus paisanos; pero como estos eran tan bárbaros y obstinados en el rencor que tenian á los Sipibos, solo se administraba el santo bautismo á los párvulos, pero á los adultos solo *in articulo mortis.*

Aunque los indios de las conversiones de Cajamarquilla son muy dóciles y buenos cristianos, no dejaban de sentir la anual caminata que se veian obligados á ejecutar con las cargas de los socorros por mas de cuarenta dias de ida y vuelta de Manoa, y se reparó que muchos enfermaban del cansancio é intemperie de aquellos paises, y morian algunos todos los años. Para evitar (si fuese posible) este inconveniente, dispusieron los prelados que se buscase un camino mas fácil por la via de Puzuzu, discurriendo que embarcándose por el rio de Puzuzu, se llegaría al Ucayale, y por él á Manoa sin la fatiga que causaba el llevar el socorro en hombros de los indios desde Cajamarquilla.

Para este fin, á principio del verano del año de 1763 se fabricaron dos canoas en el rio Mayro, y en ellas emprendieron el viaje los padres fray José Hernandez y fray Francisco Francés con veinte y tres hombres pagados para el remo y escolta. El padre Hernandez valiéndose de un mapa mal formado que habia en el Archivo de este colegio, discurria llegar desde el puerto del Mayro á Manoa en cinco ó seis dias, y con esta preccupacion no embarcaron los víveres correspondientes al viaje que emprendian, ignorando sus contingencias.

Salieron los mencionados del puerto del Mayro á principios de agosto del mismo año de 1763, y despues

de haber navegado siete dias rio abajo, encontraron en una playa unos gentiles, que al ver á los cristianos, hicieron con sus flechas alarde de valentía; pero insinuados de que los nuestros venian de paz, echaron sus armas al suelo. Saltaron los cristianos en aquella playa, y los gentiles les manifestaron grande benevolencia, y los acompañaron á unos galpones ó casas grandes que tenian apartados de la playa cosa de un cuarto de legua. Allí cantaron los padres el *Te Deum laudamus,* y preguntaron á los infieles por Manoa; pero aunque entre los cristianos habia de siete idiomas diferentes, nadie pudo entender á estos gentiles. El padre fray Francisco Francés, deseoso de emplear su apostólico celo en la instruccion de aquellos indios, pidió á su compañero licencia para quedarse allí, mientras él volvia de Manoa. Quedóse dicho padre con cuatro indios y un muchacho de Puzuzu, que le quisieron acompañar.

El padre Hernandez prosiguió rio abajo en busca de Manoa, y habiendo navegado cinco dias sin encontrar lo que buscaba, discurrió que ya se habria pasado del rio Manoa; y viendo que los víveres iban faltando, hallándose confusos, determinaron regresar con el desconsuelo que se deja discurrir. Como llevaban poco bastimento, se detenian frecuentemente á cazar y coger huevos de tortuga, de suerte que tardaron cerca de un mes para llegar al sitio donde habia quedado el padre Francés. Cuando llegaron al paraje, no hallaron persona alguna, y habiendo saltado en tierra dos cristianos para buscar al dicho padre, repentinamente se halló el uno flechado por las espaldas: embarcáronse apresuradamente, y apenas lo ejecutaron, asomaron una porcion de infieles con grande algazara, disparando flechas hácia las canoas; y aunque los soldados

los dispararon algunos fusilazos, la algazara de los gentiles daba á entender la traicion que habian ejecutado; por lo que fue preciso regresar con el sentimiento de haber perdido aquel religioso y á sus compañeros. El padre Hernandez y su gente prosiguieron su viaje á Puzuzu con míl calamidades, ocasionadas de la falta de bastimentos; de suerte que llegaron á dicho pueblo hechos retratos de la muerte el dia 18 de octubre.

No se supo por entonces qué infieles eran aquellos donde quedó el padre Francés; pero despues se ha sabido que eran los Casibos. Tambien se ha sabido despues que el dicho padre no murió en aquel sitio, sino que bajando embarcado en una balsa con dos indios cristianos, al desembocar en el Ucayale encontraron con algunos Conibos, á los cuales llegaron á preguntar por Manoa; y la respuesta fue disparar sus flechas, con que les quitaron las vidas. Discúrrese que en el paraje donde quedó el padre Francés, los acometieron los traidores Casibos, y que el padre con los dos cristianos escaparon de la matanza, y tomando aquella balsa, se embarcaron á todo riesgo sin poder evadir la muerte que les esperaba. Este religioso era de la provincia de San Diego de los Descalzos de Andalucía, varon de conocida virtud. Habia venido de España el año de 1754, y habia estado algunos años en Puzuzu muy amado de sus neófitos por sus amables prendas.

CAPITULO XXXIII.

Reduccion de los indios Sipibos, y otros.

Aunque la nacion de los Setebos era tan corta como se ha referido, considerando los padres conversores que podia ser escala y puerto para la conversion de las muchas naciones que se hallan en las márgenes del famoso Ucayale, pusieron todo el conato en conservar el pueblo de Manoa, aunque fuese á costa de tantos trabajos. Para conseguir esta grande obra era necesario, primeramente conquistar los ánimos de los Setebos, desnudándolos de sus barbaridades, y sobre todo del ódio inveterado que tenian á las naciones circunvecinas. La nacion mas inmediata á Manoa era la de los Sipibos, que distaba de Manoa cosa de veinte leguas al sur de malos caminos; de suerte que por tierra tardaban en caminar dicha distancia cuatro dias, y por los rios tardaban ocho ó diez dias. Esta nacion era mas numerosa que la de los Setebos, los cuales la aborrecian de suerte que luego que los hablaban de los Sipibos, no querian mas que cortarles las cabezas y robarles las mujeres, y otros disparates semejantes.

Para quitar este odio á los Setebos, trabajaron los padres conversores con tal teson durante cuatro años, que finalmente consiguieron ablandar aquellos ánimos feroces; con lo cual se facilitó la reduccion de los Sipibos, y sucedió con la ocasion que ya refiero.

Llegó á Manoa el verano del año de 1764 la noticia de la fatal espedicion del padre fray José Hernandez y su compañero el padre Francés. Y como sobre la muerte de este religioso habia varias opiniones; pues el hermano donado Antonio Gorostiza (que se habia hallado en la espedicion, y aquel año habia entrado á Manoa) afirmaba que dicho padre no era muerto. Para salir de esta duda el padre fray Juan de Frezneda determinó llegar al sitio donde habia quedado el padre Francés, y desengañarse de la tragedia. Salió de Manoa el mes de setiembre de dicho año con dos canoas, y en ellas diez indios de Pampa Hermosa, cuatro indios Setebos, y el dicho hermano Antonio. Habiendo salido al Ucayale, navegaron tres dias rio arriba, hasta que llegaron á la boca del rio de Pisqui, en cuyas márgenes habitan los Sipibos. Subieron por él un dia, y al segundo encontraron dos infieles Sipibos, los cuales al instante que vieron á los forasteros, se escondieron en el monte, y por mas que les llamaron y gritaron, no quisieron manifestarse. Viendo el padre que perdian tiempo vanamente, mandó colgar de un árbol, en el paraje donde habian visto á los dos indios, dos machetes y algunos cuchillos. Y continuando su viaje, habiendo salido al Ucayale, siguieron por él tres dias rio arriba, hasta que llegaron á la boca del rio Aguaytia. El hermano Antonio Gorostiza reconoció que aquel era el sitio desde donde habia regresado el padre Hernandez, y se lo dijo al padre Frezneda; y que desde allí al paraje donde habia quedado el padre Francés,

tardarian veinte dias. Por esta causa cotejando los víveres que llevaban, reconoció el padre que no tenian bastante para todo el viaje, y determinaron regresar á Manoa.

Habiendo llegado á la boca del rio Pisquí, entraron por él á ver si los gentiles habian llevado la herramienta que los cristianos habian dejado. Llegados al parage, y no hallando allí la herramienta, prosiguieron otro dia rio arriba, y al dia tercero oyeron en el monte golpes como que estaban cortando algunos palos. Dieron voces los Setebos (por ser de un mismo idioma), y salió un indio mozo desnudo, diciendo *amico*, *amico*. Los cristianos saltaron á tierra, y abrazaron al Sipibo, quien dijo que allí cerca estaba su casa, donde estaba su padre y familia. Fueron todos allá, y despues de haber agasajado á aquellos indios, les dijeron que si querian ser sus amigos, viniesen á Manoa y los regalarian con herramientas. Respondieron los Sipibos que lo participarian á los de su nacion. Estuvieron los nuestros allí todo un dia, y se volvieron á embarcar para Manoa, donde llegaron á fines de octubre con la noticia de lo que habian negociado.

Aguardando estaban los padres conversores la resulta de la visita de los Sipibos, y con fervorosas oraciones pedian á Dios el buen éxito de aquella espiritual conquista. La nacion de los Sipibos, aunque numerosa, pues tenia cerca de mil almas, no tenia pueblos, mas vivian por familias esparcidos por aquellos montes; de suerte que ocupaban mas de veinte leguas de norte al sur, y diez ó doce desde el Ucayale para las tierras altas, y por este motivo tardaron algun tiempo en convenirse á tener amistad con los Setebos y cristianos.

El dia 28 de noviembre del mismo año de 1764 lle-

garon al pueblo de San Francisco de Manoa cinco Sípibos de los principales, á los cuales recibieron los padres conversores con grandes demostraciones de cariño; y despues de haberlos regalado, les dieron á entender que deseaban ir á sus tierras para hacerlos cristianos, para que siendo hijos de Dios, pudiesen ir al cielo. Convinieron en llevar al padre Frezneda, quien llegó con ellos á sus tierras el dia 12 de diciembre, y fue recibido con universal alegría de todas aquellas gentes. El dicho padre los exhortó á que se juntasen á vivir unidos en pueblo, para que pudiesen ser instruidos en la doctrina cristiana; y habiéndolo conferido entre ellos, dispusieron fundar el pueblo en la márgen del rio Pisqui. Trabajóse en la fábrica de la capilla y casa del padre y principales; y el dia 6 de enero del año de 1765 se dijo en él la primera misa, y se denominó el pueblo de Santo Domingo de Pisqui.

El padre fray Francisco de San José como superior de aquella conversion, participó á este colegio la noticia de la nueva conquista espiritual, y de la puerta que con ella se abria á la conquista de las muchas naciones que habitan las márgenes del rio Ucayale. Pedia tambien que le enviasen algunos religiosos para trabajar en aquella nueva viña del Señor. Llegó esta noticia á Lima á principios de abril del dicho año de 1765; y como el colegio se hallaba falto de religiosos (por haberse muchos retirado á sus provincias cumplido su decenio) el padre comisario de misiones fray Manuel Gil pidió á la santa provincia de los doce Apóstoles algunos operarios evangélicos, para que entrasen á trabajar con los antiguos misioneros. En esta ocasion salieron de la provincia para las conversiones cuatro sacerdotes y tres religiosos legos.

Para que en adelante no se atrasara la espiritual

conquista de los infieles por falta de operarios, el muy reverendo padre comisario general fray Bernardo Paon (con beneplácito del señor virey) pidió al colegio de San Ildefonso de Chillan algunos religiosos, para que ayudasen á los de este colegio en la conquista de las almas. Este socorro de Chillan llegó á este colegio á principio del año de 1766.

Como todavia no habia total certidumbre de la muerte del padre Francés y sus compañeros, se dispuso que el socorro que se enviaba á las conversiones, fuese dividido en dos partes. En la primera fueron los padres fray José Contreras y fray Antonio Varela, y los hermanos fray Manuel de San Pablo y fray José Caballero. Estos salieron de Lima el dia 9 de mayo del dicho año de 1765 con el padre fray Juan de Santa Rosa, presidente de las conversiones de Cajamarquilla, para que por aquella parte entrasen á Manoa. Con los segundos, que fueron el padre fray Pedro Arriola, yo, el hermano fray José Colás, y un hermano donado, determinó el padre comisario de misiones hacer entrada al rio Ucayale en canoas por la via de Puzuzu. Salimos de Lima, y habiendo llegado á Guanuco á últimos de mayo, se dieron providencias para la fábrica de las canoas y demas necesario para la entrada ; pero hubo tales inconvenientes en juntar la tropa y los cargadores, que parecia que el infierno se habia conjurado para estorbarlo. El padre prior fray Benito de Novoa, presidente de las conversiones de Guanuco, y el padre prior fray Domingo de la Cruz, conversor del pueblo de Puzuzu, trabajaron incansablemente para la habilitacion de todo el tren y bastimento necesario.

Dispuestas todas las cosas, y puesta toda la gente en el puerto del Mayro, el dia 3 de setiembre del año de 1765 nos embarcamos en tres canoas y una balsa el

reverendo padre comisario de misiones fray Manuel Gil, el padre fray Juan Bonamó, misionero antiguo, el padre fray José Amich, el padre fray Pedro Arriola, el hermano fray José Colás, siete canoeros y veinte y cinco soldados, los quince fronterizos, y los diez pagados, con un cabo de la tropa puesto por el gobernador de la frontera. Navegamos rio abajo por los rios de Puzuzu y Pachitea siete dias con el resguardo conveniente. El dia 10 de setiembre llegamos al sitio donde habia quedado el padre Francés, y por ser tarde dormimos en una isleta de pedregal que está en frente.

El otro dia el padre comisario y el padre Arriola con algunos canoeros y veinte soldados fueron á tierra á registrar el monte. Los canoeros se habian hallado en el viaje que habian hecho el padre Hernandez y el padre Francés. Despues de varios rodeos llegaron á los galpones ó caserones, y solo hallaron en ellos algunas rodelas tejidas de cañas, y varios atados de bazas de flechas, y algunas pequeñas chacaras en las inmediaciones. Y aunque discurrieron por varias sendas, no hallaron rastro alguno de gentiles; y á la tarde se volvieron á la isleta sin mas fruto que el cansancio y molimiento, y con el pesar de haber sucedido la desgracia de que un soldado, al tiempo que incautamente componia su fusil, se le disparó y mató á otro soldado, al cual enterraron en aquella playa. Por este motivo y el de la tragedia del padre Francés, nombré á este paraje Puerto Desgraciado.

El dia 12 volvimos á registrar aquellos montes, el padre comisario y los demas sacerdotes, con veinte soldados y algunos de los canoeros; y habiendo empleado todo el dia recorriendo varias sendas, no hallamos indicio alguno de gente, y al anochecer nos volvimos á nuestra mansion bien fatigados. El dia 13 por la ma-

ñana se consultó entre los padres y el cabo de la tropa lo que convenia hacer en aquel estado ; y atendidas las circunstancias del tiempo y lugar, se concluyó que pues no se encontraba vestigio alguno de cristianos, ciertamente estaban muertos los que allí habian quedado, y que no convenia pasar á Manoa por estar el tiempo muy adelantado, de suerte que si llegábamos allá, se imposibilitaba el regreso. Con esto determinado el regreso, partimos de allí el mismo dia, navegando rio arriba, y á la noche paramos en una isleta en frente del rio de San Nicolás. Los canoeros pidieron al padre comisario hiciese mansion allí un dia para componer las canoas.

El dia 14 mientras se componian las canoas, el padre comisario con el padre Bonamó y diez y seis soldados entraron á registrar el dicho rio; pero aunque anduvieron todo el dia siguiendo varias veredas, no hallaron rastro alguno de indios. Es cierto que por allí viven gentiles; pero como ellos vieron tanta gente, se escondieron por los montes, sin que nadie pudiese dar con ellos.

Con este desconsuelo marchamos el dia 15 para el puerto del Mayro, donde llegamos el dia 2 de octubre al anochecer, y el dia siguiente despues de haber asegurado las canoas en sitio conveniente, caminamos para Puzuzu, donde llegamos el dia 8 por la tarde. En este viaje no se padeció fatiga por falta de bastimento, porque el hermano fray José Colás y yo tomamos el trabajo de repartir diariamente la racion competente á todos los individuos de la entrada ; de suerte que en cuarenta dias que duró el viaje, siempre se dió la racion igual suficiente para su mantencion, á la cual venia como de añadidura alguna caza y pesca. Si en todas las entradas que se hacen á la montaña, se to-

mara esta precaucion y tarea, se evitarian muchos trabajos que ocasionan la falta de bastimentos; porque dejando los víveres á la disposicion de los indios, al principio comen sin tasa y despues se hallan sin lo preciso. Habiéndose pagado y despedido la tropa y canoeros, los religiosos que fuimos á esta espedicion, nos vinimos á este colegio.

De los religiosos que fueron por Cajamarquilla con el padre presidente fray Juan de Santa Rosa, solo entraron á Manoa los hermanos fray Manuel de San Pablo y fray José Caballero, y tambien entró el padre fray José Miguel de Salcedo, conversor del pueblo de Jesus de Sion, habiendo dejado en él al padre fray José Contreras. Llegaron á Manoa á últimos del mes de julio del dicho año de 1765, y como parecia imposible juntar á los indios Sipibos á un solo pueblo, se halló por conveniente fundar de dicha nacion otros dos pueblos. El primero en la márgen del rio Archani, que denominaron Santa Bárbara de Archani. El segundo en la márgen del rio Aguaytia, llamándole Santa Cruz de Aguaytia. Del primero fue fundador el hermano fray José Caballero, y del segundo el hermano fray Alejandro de las Casas.

Aunque los tres sacerdotes que se hallaban en la conversion de Manoa tenian bien ocupado el tiempo en catequizar y civilizar á los Setebos y Sipibos, no perdian de vista la esperanza de convertir á los Conibos. A este fin ordenaron entre sí varios espirituales ejercicios, pidiendo á la divina Majestad dispusiera los ánimos de aquellas bárbaras gentes, para que prendiera en ellos la semilla del santo Evangelio.

A principios del mes de setiembre de este mismo año, los principales indios de Manoa llegaron al padre conversor fray Francisco de San José y le dijeron: « Padre, queremos ir á amistarnos con los Conibos, y

los traeremos al pueblo. » Agradeció el padre la oferta, y los remitió al pueblo de Santo Domingo de Pisquí, para tomar el parecer y bendicion del padre presidente fray Juan de Dios Frezneda. El dicho padre presidente aprobó el intento de los Setebos, y los remitió con el hermano Antonio Gorostiza á Santa Bárbara de Archani, donde tenia noticia que habian llegado cuatro indios Conibos, diciendo que deseaban ver á los padres. Fueron alegres los Setebos á Santa Bárbara; y aunque á su llegada ya los Conibos se habian vuelto á sus tierras, les enviaron recado advirtiéndoles que allí los esperaban para hacerse amigos.

La respuesta de los Conibos fue venir á Santa Bárbara sesenta Conibos, y algunos con sus mujeres; pero la aspereza de los caminos fue motivo de que solamente llegasen á Santo Domingo de Pisquí catorce Conibos con dos mujeres, los cuales llegaron á dicho pueblo el dia 1° de noviembre del dicho año. Habia subido desde Manoa el padre fray Francisco de San José, y se hallaba en Pisquí cuando llegaron los Conibos, á los cuales los padres agasajaron con todo lo que pudieron, espresándoles el deseo que tenian de ir á sus tierras para que fuesen cristianos, á lo cual los Conibos se manifestaron agradecidos. Los Sipibos no llevaron á bien estas amistades con los Conibos, movidos de envidia, discurriendo que por eso les faltaria herramientas para ellos; por lo cual, por no disgustar á nadie, no fue en esta ocasion religioso alguno en los Conibos; pero les prometieron se dispondria modo de que fuese un padre á sus tierras.

Viendo el padre presidente fray Juan de Frezneda la puerta que Dios abria para la conversion de aquellas naciones, y la falta de operarios que tenia para ella, mandó al padre fray Francisco de San José que saliese

de la montaña y bajase á Lima á informar á los prelados del estado de aquellas conversiones. El dicho padre presidente pasó á los Conibos, donde llegó el dia 6 de diciembre del mismo año al pueblo de San Miguel, y los infieles le recibieron con estrañas demostraciones de benevolencia, y habiendo bautizado algunos párvulos, despues de diez dias se volvió á Santo Domingo de Pisqui, por haber prometido á los Sipibos que luego volveria. Dejó en San Miguel de los Conibos al hermano Andrés Bernal, para que fuese instruyendo á los muchachos mientras enviaba allá al padre fray Miguel de Salcedo, lo que ejecutó á fines del año de 1765, y el dicho padre fue recibido de los Conibos con las mismas demostraciones de contento y alegría que lo habia sido el padre presidente.

CAPITULO XXXIV.

Pérdida de las conversiones de Manoa y Ucayale con muerte de los religiosos y de los demas cristianos.

Horrendo mónstruo es la ingratitud, sin que le valga por disculpa la barbaridad del sugeto; pues aun los mas feroces animales se domestican con los beneficios, y permanecen agradecidos y leales. ¿Quién habia de discurrir que la nacion de los Setebos, despues de innumerables beneficios recibidos de los padres conversores y demas cristianos durante seis años continuos, habian de usar de tal ingratitud, pagando los prolongados trabajos de los padres no solo quitándoles la vida, mas tambien influyendo á las demas naciones para que ejecutasen lo mismo? Pues esto es lo que hicieron los ingratos Manoitas.

Salió el padre fray Francisco de San José de la montaña á las conversiones de Cajamarquilla el mes de diciembre del año de 1765, y por hallarse enfermo no pudo bajar á Lima; pero desde el hospicio de Huailillas escribió á los prelados, noticiándoles el estado de las conversiones del Ucayale, y la grandísima falta que tenian de operarios evangélicos, pidiendo con instan-

cias el remedio á tanta necesidad. A últimos de marzo del año de 1766 se recibieron en este colegio las cartas de las conversiones del Ucayale, y al mismo tiempo órden del muy reverendo padre comisario general, para que yo bajase á Lima con los religiosos que el venerable discretorio discurriese necesarios para pasar al socorro espiritual de aquellas conversiones. Habian llegado á este colegio á últimos de enero de este mismo año ocho padres misioneros del colegio de Chillan para ayudarnos á la espiritual conquista de las almas. Estos fueron los padres fray Raimundo Piqueras, fray Tomás Piqueras, fray Manuel Sola, fray Roque Aznar, fray José Jaime, fray José Menendez, fray Valentin Arrieta y fray Mariano Erranz.

Salimos del colegio para pasar á las conversiones los padres fray Lorenzo Ruiz, fray Juan Bonamó, fray Manuel Chacon, fray Pedro Arriola, fray Valentin Arrieta, fray Roque Aznar, fray José Menendez, fray Mariano Erranz, fray José Jaime y yo, con el hermano fray Manuel Izquierdo. Habiendo llegado á Lima á fines de abril, nos fuimos habilitando para pasar al hospicio de Huailillas, para desde allí entrar á la montaña. A mí se confirió el cargo de visitador general de todas las conversiones, con otros encargos pertenecientes á la matemática. El dia 6 de mayo del año de 1766 salí de Lima para Huailillas en compañía del padre fray Pedro Arriola, y de los hermanos fray Francisco Jimenez, y fray Manuel Samudio, religiosos legos de esta santa provincia, y el hermano Manuel Ranero, que tomó el hábito de donado para esta espedicion. Llegamos á dicho hospicio el dia de San Antonio de Padua.

Hallábase todavía en él convaleciendo el padre prior apostólico fray Francisco de San José, quien salió para

Lima el dia 1° de julio á las pretensiones que tenia premeditadas para con los prelados y superior gobierno. El mismo dia llegaron al hospicio el padre fray Lorenzo Ruiz, presidente de las conversiones de Cajamarquilla, con los padres fray José Menendez, fray Mariano Erranz, el hermano fray Manuel Izquierdo, y un donado. Como instaba el tiempo de llevar el socorro á las conversiones del Ucayale, y el pueblo de Pampa Hermosa (primera escala para dichas conversiones) se hallaba sin padre conversor, despaché para dicho pueblo al padre fray Pedro Arriola, para que dispusiese la gente para entrar el socorro á Pisqui. Salió el dicho padre para la montaña el dia 14 de julio, acompañado de cuatro serranos para cargar su ropita y la comida para el camino, que á pié regularmente es de siete dias desde el hospicio á Pampa Hermosa.

El dia 16 del mismo mes despaché para Pampa Hermosa á los padres fray José Menendez y fray Mariano Erranz, y á los hermanos fray Manuel Izquierdo y fray Francisco Jimenez, y un soldado europeo, para que desde allí siguiesen su destino á Pisquí á la disposicion del padre presidente fray Juan de Frezneda, á quien escribí dándole noticia del socorro que en breve tiempo tendria con los padres que por instantes aguardábamos que llegarian á Huailillas. Habiendo llegado dichos religiosos á Pampa Hermosa, descansaron doce dias mientras los indios disponian su provision de víveres necesaria para el viaje, y componian sus atados de herramienta que llevaban de socorro. Salieron de Pampa Hermosa con cien indios de dicho pueblo el dia 8 de agosto para Pisquí, á donde llegaron á últimos de dicho mes sin desgracia alguna, aunque con la indispensable molestia de caminar veinte dias á pié.

El dia 30 de julio llegaron al hospicio de Huailillas

los padres fray Juan de Santa Rosa, fray Manuel Chacon, fray Roque Aznar y fray Valentin Arrieta con un hermano donado. Despues llegaron los padres fray Juan Bonamó y fray José Jaime, que se habian quedado atrás. Todos se fueron disponiendo para entrar cuanto antes á la montaña. Dios nuestro Señor dispuso que yo enfermase de cuidado en este tiempo en el hospicio, y por no detener el socorro, determiné que se fuesen cuanto antes, porque se iba pasando el verano. El dia 17 de agosto salieron para Pampa Hermosa los padres fray Juan de Santa Rosa, fray Juan Bonamó, fray Roque Aznar y fray José Jaime, con tres donados y tres soldados para Manoa, con los cargueros necesarios para llevar el socorro hasta Pampa Hermosa. Yo quedé malamente enfermo en el hospicio, y tambien el padre fray Valentin Arrieta. El padre fray Manuel Chacon quedó para pasar al pueblo de San Buenaventura del Valle, para donde estaba destinado, á fin de ejercer en él el oficio de conversor.

Llegó este socorro á Pampa Hermosa á últimos de agosto, y se dispusieron las cosas para pasar á Sion y al Valle, á fin de llevar de dichos pueblos indios para las cargas y demas socorro. Salieron de Pampa Hermosa á mediados de setiembre, y recogiendo algunos indios de Sion, pasaron al Valle, donde el padre Santa Rosa recibió una carta del padre Frezneda, su fecha en Pisquí el dia 2 de setiembre, en que le avisaba haber despachado al padre fray José Menendez á los Conibos, y al padre fray Mariano Erranz á Santa Bárbara de Archani, y que en aquella ocasion no entrasen mas de dos sacerdotes, porque se hallaban escasos de bastimento. Con esta noticia salió del Valle para Manoa el padre Santa Rosa con los padres fray Roque Aznar y fray José Jaime, dos donados, tres soldados, el uno

Portugués y los otros dos serranos, once indios electos de Pampa Hermosa, treinta de Sion, y veinte y ocho del Valle; y despues de diez y siete dias de camino llegaron á Manoa el dia 6 de octubre.

El padre fray Juan de Santa Rosa halló el pueblo de San Francisco de Manoa desmembrado, porque Rungato y los de su parcialidad se apartaron de los demas, y se fueron á vivir al pueblo viejo de Yapati. Dispuso el dicho padre que el padre fray Roque Aznar, y el hermano Manuel Ranero pasasen á Pisquí á las órdenes del padre presidente fray Juan de Frezneda, acompañados de los indios de Pampa Hermosa y de algunos de Sion. Salieron de Manoa el dia 8 de octubre, y en el camino sucedió lo que refiere el padre fray Miguel de Salcedo en carta escrita al padre fray Francisco de San José el dia 12 de octubre del mismo año, y es como sigue. «Mi padre fray Francisco. Ya » llegó el caso que tanto me he estado temiendo, por » no haber gente de armas en esta conversion. Lle- » gando yo con mís Conibos á este de San Francisco » de Manoa para llevar socorro, y á buscar un padre » para poner en los Pirros, que repetidas veces me lo » han pedido, hallé que cuatro dias antes de mi lle- » gada habia salido para Santo Domingo de Pisquí el » padre fray Roque Aznar y el hermano donado Ma- » nuel Ranero con indios de Pampa Hermosa, Valle y » Sion, y llegando á Yapatí, los recibió el traidor Run- » gato y su parcialidad con estrañas demostraciones » de afecto, trayéndoles yucas, plátanos y maiz en » abundancia. Y al ponerse el sol, vinieron todos, y » cogiéndolos descuidados empezaron á macanazos, » y mataron al padre el primero, al donado y diez y » seis indios. Esto es lo que han hecho los Yaubos » (así llaman á la parcialidad de Rungato) los man-

» sos, y los que teniamos por mejores. ¿Qué podemos
» esperar de los demas, que no los juzgábamos tan
» leales? Los Setebos no sabemos hasta ahora que
» hayan sabido ni consentido en la traicion. Nos dicen
» que tienen gran pesar de la maldad ejecutada, y que
» buscarán á los agresores, y los matarán. Que nos
» vayamos á los Conibos, y que despues que ellos ha-
» yan vengado las muertes, irán por su padre conver-
» sor; por lo que todos salimos para allá mañana
» 13. Desde allí avisaré con mas estension. Lo que en-
» cargo es que nadie venga por esta via hasta que avi-
» semos. » Este es el contesto de la carta del padre Salcedo, el cual se fue á los Conibos con los padres fray Juan de Santa Rosa, fray José Jaime, un donado, los tres soldados, y diez indios de Sion que quisieron acompañarlos. Los demas indios que habian llevado el socorro, se volvieron á sus pueblos.

De la traicion ó acometimiento alevoso de Rungato escaparon (aunque heridos) algunos indios cristianos, entre ellos dos del pueblo de Pampa Hermosa; los cuales llegaron al Valle, y despues de haberse curado en dicho pueblo, salieron al hospicio de Huailillas, y llegaron á Pampa Hermosa el dia 23 de noviembre con la infausta noticia de lo que habia sucedido. Hallábame yo en aquel tiempo en dicho pueblo, donde habia un mes que habia entrado, con ánimo de pasar á Manoa á las primeras noticias que hubiese de adentro. Despues que los indios de Pampa Hermosa dieran su lugar al sentimiento por la muerte de sus parientes (de los cuales murieron siete en la tragedia de Yapatí) quedaron divisos en sus dictámenes; porque unos temian que la traicion de Rungato hubiese contaminado á la nacion de los Sipibos, y que estos hubiesen muerto á cuatro indios de Pampa Hermosa, que ha-

bian quedado allí á trabajar una chacara para el padre presidente Frezneda. Otros confiados en la amistad que los Sipibos los profesaban, aseguraban que dicha nacion nunca consentiria en la alevosía de Manoa. Con esta incertidumbre estuve todo el invierno en Pampa Hermosa, aguardando noticias de adentro en virtud de la advertencia del padre Salcedo; pero vanamente, segun veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXV.

Entrada que hizo el padre comisario de misiones para socorrer las conversiones del Ucayale.

Luego que llegó á Huailillas la infausta noticia de lo sucedido en Manoa, se despachó aviso á los prelados superiores á Lima, donde se hallaba el padre fray Francisco de San José, y el padre comisario de misiones fray Manuel Gil. Y como el padre Salcedo en su carta daba á entender que tenia satisfaccion de los Conibos, donde se habia retirado con los demas cristianos, discurrieron que el modo mas seguro para socorrer las conversiones, era por la via de Puzuzu. Habiendo determinado ejecutarlo así, dispusieron en Lima todo lo necesario. Se compró porcion considerable de herramientas, y algunas armas de fuego, pólvora y municiones, y con ello vinieron á Guanuco el mes de mayo del año de 1767.

El padre prior fray Domingo de la Cruz (que se hallaba de conversor en Puzuzu) habia despachado algunos indios al puerto del Mayro, á reconocer si las

canoas que habia dejado allí el padre comisario de misiones se hallaban en estado de poder servir para la entrada que se intentaba. Cuando los indios de Puzuzu llegaron á la Pampa del Mayro, vieron en ella algunos infieles, y luego se retiraron apresuradamente. Por esta causa no atreviéndose los indios de Puzuzu á ir al Mayro á construir canoas, se determinó buscar sitio á propósito para astillero en la márgen del rio de Puzuzu, por la parte del rio del Consuelo. Hallóse pasado el rio de Guamancoto un paraje donde habia buenos árboles de cedro, y allí se determinó la fábrica de las canoas, la cual duró los meses de mayo y junio.

Por este tiempo (habiendo concluido la visita de las conversiones de Cajamarquilla) venia yo navegando por el rio de Guanuco, desde Pampa Hermosa para Cuchero, con ánimo de hallarme en la entrada que intentaba el padre comisario Gil. Llegué á Cuchero el dia 7 de julio, y por las noticias y cartas que hallé en dicho pueblo, inferí que no podia llegar al puerto del Mayro á tiempo de poder acompañar á los padres. Preveníame el padre comisario de misiones que mandase reconocer el antiguo camino de la quebrada de Tambor para tantear si seria posible introducir con caballerías el socorro hasta el puerto del Mayro, por evitar la grave dificultad que se encuentra en cargarlo desde Puzuzu á dicho paraje en hombros de cargueros. Habiéndome hecho cargo de que este reconocimiento no se podia fiar á cualquiera, determiné hacerlo personalmente, acompañado del padre conversor fray Domingo de la Cruz. Dispuestas en Muña las cosas necesarias el dia 20 de agosto salimos con dos guías y algunos indios de Muña; pero fueron tales las dificultades que hallamos por estar el camino cerrado de monte, y principalmente por la falta de agua (pues hubo ocasion que

no la bebimos en dos dias y una noche), que atendiendo á que las entradas se deben hacer por el verano, y que esta falta de agua las imposibilitaba, regresamos de dicho registro á los ocho dias de nuestra salida. Veamos ahora los trabajos que padecieron el padre comisario Gil y sus compañeros.

Prevenidas en el astillero de Guamancoto las cosas necesarias para el socorro de las conversiones, como herramientas y bastimento, el dia 10 de julio de dicho año de 1767 salieron de dicho sitio el padre comisario de misiones fray Manuel Gil, y los padres fray Francisco de San José y fray Valentin Arrieta, en dos canoas con tres canoeros de Cuchero, dos marineros andaluces y once soldados fronterizos. Al segundo dia de haber salido, tropezó la canoa grande en una peña oculta, y se volteó perdiéndose la mayor parte de los víveres, herramientas y algunas armas. Para componer la canoa y asolear los bastimentos que se habian mojado, fue preciso llegar al puerto del Mayro, donde estuvieron en dicha faena hasta el dia 25 de dicho mes, que siguieron su viaje.

El dia 2 de agosto por la tarde, habiendo pasado media legua mas abajo del Puerto Desgraciado, un mozo canoero por casualidad tocó un trompeton de cuerno, á cuyo sonido salieron á la márgen del rio Pachitea una porcion de infieles, haciendo fieros y amenazas con sus flechas, y arrojando algunas contra las canoas. Viéronse obligados los cristianos á tomar tierra en una playa, donde acudieron los gentiles desnudos y armados. Eran estos indios los fieros Casibos. Hablóles el padre fray Francisco de San José en lengua Seteba, la cual tambien hablan ellos; y habiéndoles regalado algunos cuchillos, se familiarizaron con los nuestros tanto como si fueran amigos anti-

guos. Durmieron los cristianos aquella noche en la misma playa con la precaucion conveniente. Al otro dia al amanecer se hallaron los nuestros cercados de los infieles armados, y habiéndoles preguntado qué querian; respondieron que querian herramienta. Diéronsele algunos machetes, y se les mandó que se fuesen; pero ellos sin hacer caso de lo que les decian, iban ganando la orilla del rio para impedir á los cristianos el embarque. Fue preciso valerse de las armas de fuego, y aunque les mataron cuatro á cinco hombres, no querian desamparar la playa. Hicieron los nuestros ademan de correr hácia ellos con las armas de fuego apuntadas, con lo cual los infieles desampararon el puesto, y los cristianos se embarcaron sin desgracia alguna, aunque los infieles los siguieron todo el dia con grande vocería y algazara.

El dia 5 de agosto, despues de medio dia, llegaron á la junta del rio Pachitea con el Ucayale, y vieron una canoa con tres indios Conibos. Hablóles en lengua Seteba el padre fray Francisco de San José, y al cabo de un rato vino á los nuestros un indio Conibo en una pequeña canoa. Preguntóle el dicho padre por los padres, y el Conibo respondió, que los padres estaban en los Pirros, que se habian ido allá porque ellos no tenian que comer, por causa que una grande avenida del rio les habia llevado sus chacaras. Estando en esta conversacion, se llegaron á los nuestros varias canoas con indios Conibos, y todos daban la misma razon de los padres, y muchos preguntaban por el padre comisario. El padre fray Francisco les dijo, que venian á traer socorro á los padres y herramientas para ellos; y les preguntó que cuántos dias habia á los Pirros. Respondieron (contando por los dedos) que cuatro dias rio arriba, y que á la bajada llegarian en un dia,

El padre les dijo que si llevarian una carta á los padres. Respondieron luego que sí. Escribióla brevemente, y se la entregó al que parecia mas racional. Aquella noche se pasaron á dormir á la playa opuesta de los Conibos, y estuvieron con centinelas.

El dia 6 al amanecer vinieron á los nuestros muchos Conibos, y siendo preguntados, todos respondian contestes tocante los padres; pero preguntando el padre fray Francisco separadamente á diversos Conibos sobre la distancia que habia á los Pirros, halló que contradecian notablemente; por lo cual entró en sospecha de la fidelidad de aquellos indios. Y habiendo conferido con los compañeros, determinaron apartarse de allí. La mayor dificultad era la falta de víveres en que se hallaban, por lo que se resolvieron á todo riesgo pasar á Manoa. Para entretener á los Conibos, les dijeron que si habian de aguardar cinco dias á que viniesen los padres, les trajesen algunas yucas y maiz. Trajeron un poco de cada especie, diciendo que tenian mucha falta de comidas. Al anochecer despidieron á los infieles; y despues de bien entrada la noche, considerando los padres que quizá los compañeros estarian en los Pirros, como decian los Conibos, y que por otra parte no convenia demorarse en aquel sitio, espuestos á los insultos de los gentiles, hicieron un grande hoyo en la arena, y en él enterraron algunos cajones de herramienta; y habiéndolo tapado muy bien, y hecho fuego encima para desmentir el entierro, pusieron allí cerca en un palo una carta para los padres, para que si acaso venian de los Pirros, tuviesen noticia de ellos y de su destino. Al ponerse la luna (que seria cerca de las cuatro de la madrugada) se embarcaron con silencio, y se dejaron ir con la corriente para no hacer ruido con los remos, y luego que se discurrieron

apartados de los Conibos, remaron con todo empeño y fuerza.

El dia 7 de agosto al amanecer (juzgando los cristianos estar bien desviados de los Conibos) se hallaron cercados por tierra y agua con mas de treinta canoas y mucha indiada. Para desmentir el recelo gritaban los nuestros que iban á Manoa. Cogieron los Conibos la delantera, y los cristianos se vieron obligados á tomar tierra en una playa. Apenas saltaron á ella, cuando los cercaron los infieles, y se desembarcaron los que venian en las canoas. Bien discurrieron los nuestros que todos perecerian allí oprimidos de la multitud de enemigos; pero quiso Dios que el padre fray Francisco reconoció entre ellos algunos indios de Manoa. Causóle grande novedad; pero la necesidad en que se hallaban, le hizo desmentir la admiracion. Preguntóles, qué hacian allí. Respondieron que habian venido á ver á sus amigos los Conibos. Y preguntándoles por los padres, dijeron que no sabian de ellos. Esta respuesta les hizo entrar en mayor sospecha, y mas cuando vió que allí estaban todos los indios de Manoa. El padre fray Francisco habló al curaca de Manoa llamado Curiquivari, y le dijo como venia con sus compañeros á llevar socorro á Manoa, y que le acompañase. Respondió el curaca que no tenia bastimento, y que podrian ir al otro dia. Viendo el dicho padre que los Conibos tenian cercados á los cristianos, le dijo al Curiquivari: ¿ qué quieren estos Conibos? Respondióle: están convenidos de mataros, porque han muerto á todos los padres y viracochas que se acogieron á ellos, y que no habia otro medio para escapar las vidas, que regalarles herramienta. El padre les dijo, que si querian herramienta, fuesen á dejar sus armas, y volviesen sin ellas. Ejecutáronlo así, y se les repartieron hachas,

machetes y cuchillos. Quedaron al parecer hechos amigos, y trocaron varias cusmas y macanas por cuchillos y otras niñerías. Aquella noche pasaron los cristianos con buena guardia, como lo pedia el lugar y ocasion; y con la ropa, fresadas y cuatro resmas de papel que traian, hicieron unos coletos y defensivos para todos los seculares. No hubo aquella noche desgracia alguna.

El dia 8 al amanecer se hallaron los nuestros otra vez cercados de los Conibos y de los Setebos armados. Causóles grande admiracion, y el padre fray Francisco, como si no reparara en sus armas, le dijo al Curiquivarí: ¿pues no vamos á Manoa? Respondióle: no se puede, padre. ¿Pues porqué no? replicó el padre; y el curaca dijo: no podemos ir, porque los Sipibos mataron á todos los padres y viracochas de Pisqui y Achani, y te aguardan para mataros, y tambien los Conibos os quieren matar. Viéndose el padre fray Francisco en este apretado lance, le echó los brazos al curaca diciéndole: « Es posible que por venir á traerte socorro y á los de Manoa, me veo en este conflicto? ¿Asi correspondeis al amor que os tengo? » Enternecióse el bárbaro, y le dijo: á Pisquí no es posible pasar, porque los Sipibos os matarán: puedes volver para arriba, que yo hablaré al curaca de los Conibos para que no os maten, y os dejarán pasar, porque somos amigos.

En efecto, Curiquivari habló al curaca de los Conibos, que se llamaba Corivari, y despues de muchas altercaciones, convinieron en que fuesen amigos. Y recelando el padre fray Francisco que los Conibos que fuesen bajando por el rio, ignorantes de las amistades ajustadas, podrian acometerlos en guerra, se lo dijo al Curiquivari, quien le respondió, que el curaca de los

Conibos y tambien él los acompañarian hasta el rio de Pachitea. Que los nuestros procurasen defenderse de los Casibos, como lo habian ejecutado en la bajada. Concertados así, les prometió la herramienta que estaba enterrada en el hoyo que habian hecho en la playa de la junta de Pachitea, y quedaron hechos amigos.

Habiendo visto el padre fray Francisco de San José á algunas indias de Manoa, les preguntó por Ana Rosa, y habiendo ellas respondido que estaba una legua distante de allí, les pidió que enviasen por ella. Vino Ana Rosa, y contó á los padres toda la tragedia, diciendo como Rungato despues que con los de su parcialidad mató al padre fray Roque y á los que le acompañaban, y despues que los padres Salcedo, Santa Rosa y fray José Jaime se fueron á los Conibos con los indios de Sion y los soldados: que Rungato pasó á los Sipibos, y los amonestó, y provocó para que matasen á todos los cristianos, y él mismo acompañó en la maldad que ejecutaron en los tres pueblos de Pisqui, Achani y Santa Cruz de Aguaytia; porque como los cristianos se hallaban separados, no pudieron hacer vigorosa defensa. Que los que fueron á los Conibos, fueron bien recibidos y hospedados en casa del curaca, donde decian habia muerto de enfermedad el padre fray José Menendez. Que despues de quince dias que estaban allí, como no tenian noticia de Manoa, determinó el padre Salcedo que fuese allá el padre fray José Jaime con un donado, y que si hallaba las cosas en paz, se quedase allí con los Setebos, y avisase lo que conviniese. Que el dicho religioso y el donado salieron en una canoa con cuatro indios Conibos, los cuales cuando estuvieron en medio del rio, con los remos y macanas mataron á los inocentes pasajeros. Y que habiéndose

convocado los Conibos, acometieron y mataron á todos los cristianos sus huéspedes, y arrojaron sus cadáveres al rio.

No se pudo averiguar qué motivo tuvieron para semejante traicion y alevosía, ni cuántos infieles murieron en los acontecimientos; pues es cierto que con los religiosos habia algunos hombres de valor, y que se defenderian animosamente; pero como estaban repartidos, y los cogerian á traicion, hubieron de ceder á la muchedumbre. La Ana Rosa y algunas indias Setebas pidieron al padre fray Francisco que se quedase allí para su consuelo. Escusóse el padre diciendo que no traia ornamento para decir misa. No replicaron á esta respuesta, de que se infiere que profanaron los ornamentos y vasos sagrados que tenian en Manoa, Pisqui y Achani. Preguntó el padre á Ana Rosa: que por qué causa su gente se habia venido allí. Y respondió que recelando que los de Huailillas vendrian á vengar las muertes de los cristianos, habian desamparado su pueblo, y habian venido á juntarse con los Conibos para estar con su amparo mas seguros. Preguntóle tambien el padre si él estaria seguro en caso que se quedara entre ellos; á lo cual respondió, que por lo tocante á los Setebos estaria seguro; pero que los del bando de Rungato podian quitarle la vida. Habiendo pasado el dia con bastante recelo, al anochecer el padre fray Francisco le dijo al Curiquivari, que los cristianos se irian á dormir á la otra parte del rio en una playa que se descubria. Así lo ejecutaron, y estuvieron toda la noche con el cuidado que pedia la ocasion.

El dia 9 de agosto al amanecer vieron venir algunas canoas de Conibos con tambor de guerra. El curaca de Manoa Curiquivari, temeroso de que acometiesen á los

cristianos, pasó apresuradamente en su canoa á la opuesta orilla donde estaban. Habló á los Conibos, y se hicieron amigos. De esta suerte navegaron tres dias rio arriba, acompañados de los Conibos y Setebos, y con los recelos que se deja discurrir con la esperiencia de la inconstancia de los indios gentiles.

El dia 12 de agosto habiendo llegado al rio de Pachitea, y al lugar donde estaba oculta la herramienta, se sacó, y se les repartió á todos los indios. El padre fray Francisco pidió á los Conibos que le diesen algun bastimento; pero le respondieron que estaban muy faltos de comidas. Querian los Conibos que el dicho padre se quedase con ellos, y les respondió que por ahora no podia ser, porque no traia ornamento para decir misa, ni sal para comer, pues bien sabian que los padres no saben comer sin sal; que otro verano volverian. Como la canoa grande que traian los cristianos era demasiado pesada, el padre fray Francisco (por consejo del capitan Pascual Bailon) pidió al curaca de los Conibos Corivari, le diese una canoa en trueque de la suya; pues podia aprovecharse del herraje con que estaba precintada. Convino en ello Corivari, y les dió una canoa de doce varas de largo, y ancha á proporcion, aunque muy baja de borde (como todas las de los Conibos) y por ser muy delgada era bien ligera. Aquella noche estuvieron en dicha playa con la vigilancia y resguardo que requeria el sitio.

El dia 13 despues de haber amanecido, se despidieron los cristianos de los Conibos y Setebos, y tomaron su viaje por el rio Pachitea arriba, con el desconsuelo de estar muy faltos de bastimento, puesta la confianza en Dios, cuya altísima providencia nunca falta al menesteroso; y así lo esperimentaron maravillosamente,

pues por la tarde llegaron á una playa que estaba cubierta de tortugas. Cogieron catorce de ellas bien grandes, y sacaron de debajo de la arena una gran porcion de huevos de tortuga, con lo cual tuvieron que comer para algunos dias. Aquella noche durmieron en aquella playa, y los dos dias siguientes navegaron sin novedad.

El dia 16 de agosto, navegando los cristianos rio Pachitea arriba, por la tarde les salieron al encuentro los infieles Casibos vestidos de sus cusmas y sin armas; pero fueron conocidos de los nuestros, quienes vieron que por el monte iban otros indios con las flechas y macanas. Como los cristianos no hacian caso de los Casibos, levantaron estos una confusa gritería, y arrojaban algunas flechas, y desde las canoas les correspondian con algunos fusilazos. A la noche se retiraron los infieles, y los nuestros la pasaron en una playa de la opuesta orilla.

El dia 17 de agosto prosiguieron su viaje los cristianos, y los infieles su molesta vocería por la orilla. Por la tarde arrimaron las canoas á una playa para aventar á los Casibos, lo que consiguieron mediante algunos tiros de fusil. Y reparando los soldados que allí cerca habia una chacara, propuso el capitan Pascual Bailon ir á sacar los víveres que hubiese en ella. Opusiéronse los padres á este designio, por el evidente peligro á que se esponian dentro del monte; pero viéndolos determinados, porque la falta de bastimento los hacia animosos para atropellar los peligros, permitieron que hiciesen su voluntad. Fueron seis hombres de armas para defensa de los demas, que con machetes iban á sacar los frutos de la chacara. Los Casibos les arrojaron bastantes flechas; pero no se atrevieron á acercarse por temor de las armas de fuego. Arrancaron to-

das las yucas y maiz, con lo cual tuvieron bastimento para algunos dias, y para que el daño tuviese alguna recompensa, dejaron en la chacara un par de hachas. Pasaron la noche en dicha playa.

El dia 18 prosiguieron su viaje, y los indios gentiles seguian por la márgen con grande vocería; y por la tarde tuvieron la osadía de pasar cuatro infieles á la otra parte en una balsa á esperar á los nuestros en una angostura. Fue preciso valerse de las armas, y mataron algunos Casibos, con lo cual los demas se retiraron. Los cristianos durmieron cerca del Puerto Desgraciado.

El dia 19 siguieron los nuestros su camino, contentos de verse libres de la molesta gritería de los infieles. Pero el dia 20 despues de medio dia, hallándose en frente del rio de San Nicolás, estaban los infieles en emboscada en un cerrito que está en la boca de dicho rio, discurriendo que las canoas pasarian arrimadas á él, y que infaliblemente lograrian á su salvo flechar á los cristianos. Dispuso Dios que las canoas pasasen arrimadas á la opuesta orilla; lo cual visto por los infieles, levantaron una terrible vocería como desesperados, y desde entonces no parecieron mas. Los nuestros navegaron sin novedad hasta el dia 27 que por la tarde llegaron á la playa del mal paso, en la cual hicieron noche con ánimo de descansar el dia siguiente para pescar y cazar, porque se hallaban muy escasos de bastimento.

El dia 28 salieron los soldados á cazar, y por la tarde el padre fray Valentin Arrieta tomó un fusil, y se entró al monte á ver si hallaba alguna cosa. Estando registrando, encontró dos arcos y un manojo de flechas. Tomólos en sus manos, y repentinamente se halló con dos indios desnudos hincados á sus piés, y el uno de

ellos dijo : « Padre, no me mates. » El padre los abrazó, y los condujo á la playa donde se hallaban el padre comisario de misiones, y el padre fray Francisco. Preguntados qué gente eran, el uno de ellos (que hablaba algo de castellano) respondió que era de Puzuzu, que siendo mozo se habia huido con su mujer. Que él se llamaba Lorenzo, y su mujer María; que eran cristianos, pero que sus hijos aun no estaban bautizados. Que tenian su pueblo allí cerca cosa de tres leguas. Los padres les preguntaron si tenian bastimento, ofreciéndoles en recompensa un par de hachas. Respondieron que por la mañana traerian bastante, y con esto los despidieron. El dia 29 á las ocho de la mañana vinieron á dicha playa el indio Lorenzo con toda su familia, que constaba de treinta almas de todas edades y sexos. Venian todos cargados de yucas, plátanos, maiz y otras cosas. Bien se deja discurrir el recibimiento que tuvieron de los nuestros. Por la tarde se fueron con ellos el padre comisario y el padre Arrieta con algunos fronterizos , y llegaron al pueblecito que tenian en una pampa muy fértil. Durmieron allí aquella noche, y al otro dia volvieron segunda vez á la playa cargados de víveres todos los del pueblo. Hicieron aquellos indios grandes instancias para que se quedase allí el padre Arrieta, diciendo que querian ser cristianos, pero no se les pudo conceder por entonces su peticion. Prometióseles que el verano siguiente se les daria el consuelo que deseaban, y habiéndoles regalado algunas cositas, se despidieron unos y otros con mucho agrado.

El dia 31 de agosto salieron los nuestros de dicha playa, y siguieron su navegacion para el puerto del Mayro, á donde llegaron el dia 5 de setiembre; y despues de haber asegurado las canoas, caminaron para

Puzuzu, á cuyo pueblo llegaron el dia 10 del mismo mes sin desgracia alguna, mas que la fatiga indispensable de los caminos y las continuas hambres que padecieron en todo el viaje. Los sacerdotes se vinieron al colegio, donde llegaron á principios de octubre del dicho año de 1767.

CAPITULO XXXVI.

Entrada que se hizo á los apóstatas.

El padre comisario de misiones fray Manuel Gil, en virtud de la palabra que habia dado al apóstata Lorenzo y á los de su familia de volver al verano siguiente, para que se quedase con ellos el padre fray Valentin Arrieta, como ellos lo habian pedido, determinó hacer aquella entrada, con esperanzas no mal fundadas de que establecida allí aquella conversion, podria ser puerta para entrar desde allí por tierra á las naciones del Pajonal. Para esto luego que llegó el verano del año de 1768, se dispusieron todas las cosas necesarias para el establecimiento de aquella nueva conversion; y puesto en el puerto del Mayro todo lo prevenido, en las mismas canoas que habian dejado el año antecedente, se embarcaron el dia 12 de agosto del dicho año el padre comisario de misiones, y los padres fray Tomás Piqueras y fray Valentin Arrieta con cuatro canoeros de Cuchero y catorce fronterizos de Panao en calidad de soldados.

Llegaron á la playa de San Agustin (ó del mal paso) el dia 15 de agosto, y habiendo descansado en ella

aquella noche, al amanecer se encaminaron al pueblo de Lorenzo; pero le hallaron abandonado, y arrasadas las sementeras. Causóles grande novedad y admiracion, y discurriendo que se habrian mudado por aquellas inmediaciones, los buscaron por todas ellas sin fruto, porque no pudieron descubrir ni su rastro. Un mes entero estuvieron los cristianos en aquella playa, buscando por varias partes, divididos en tropas, todos los parajes que parecian poder ser habitacion de aquellas racionales fieras, y solamente hallaron el desengaño y conocimiento de la inconstancia propia de los indios.

Viéndose sin esperanza de hallar lo que con tanta fatiga y diligencia habian buscado, y que el bastimento ya iba escaseando, determinaron regresar, como lo ejecutaron, saliendo de dicha playa para el Mayro el dia 20 de setiembre, y á los cinco dias llegaron al puerto sin novedad, y caminaron para Puzuzu, á cuyo pueblo llegaron el dia 2 de octubre; y despues de haber despedido la gente, se retiraron los padres á este santo colegio.

Este año de 1768, á principios de julio llegó á este colegio una mision, que desde España vino al cuidado del padre prior apostólico fray Isidro del Rio. Componíase de treinta y dos sacerdotes y cuatro religiosos legos; aunque no todos llegaron al colegio en esta ocasion, por haberse quedado tres sacerdotes en la ciudad de Buenos Aires haciendo mision, y otros habian quedado enfermos en el camino.

Con la venida de este espiritual refuerzo, se remitieron algunos operarios evangélicos á las conversiones de Cajamarquilla y de Guanuco, para que los que se hallasen fatigados de estar mucho tiempo en la montaña, se retirasen al colegio.

CAPITULO XXXVII.

Encomiéndanse al colegio de Ocopa las conversiones de Lamas.

Por mandato de nuestro católico monarca Don Carlos III (que Dios guarde) fueron espelidos de todos los dominios de España los padres jesuitas. En este reino del Perú se hizo la espulsion el mes de setiembre del año de 1767, y las conversiones que administraban dichos padres, las unas fueron entregadas al ordinario, y otras se entregaron á los regulares.

La ciudad y conversiones de Lamas, mientras se determinaba á quién se debian entregar, estuvieron administradas por un clérigo de Moyobamba. Pero habiendo llegado nuestra mision, el superior gobierno encargó á este colegio el cuidado de las conversiones de Lamas. Fue nombrado por presidente de ellas el padre fray Raimundo Piqueras, el cual salió de Lima para su destino á mediados de abril del año de 1769, y en su compañía los padres fray Tomás Piqueras, fray Valentin Arrieta y fray Ramon Mesa. Habiendo llegado á Huaillillas á principios de junio, tomaron su camino á Pampa Hermosa, desde donde embarcados

en canoas, navegaron para Lamas, donde llegaron á fines de dicho mes.

La provincia de Lamas es una espiritual conquista que el siglo pasado hicieron los padres jesuitas de Maynas, auxiliados del corregidor de Chachapoyas y del gobernador de Maynas. Al principio formaron tres pueblos de indios; pero despues convidados de la fertilidad de la montaña, se agregaron á ellos muchos mestizos de Moyobamba y Chachapoyas, con los cuales y algunos de los conquistadores, se fundó la ciudad del Triunfo de la Cruz de Lamas. Los indios naturales del pais viven en tres pequeños pueblos, que se llaman Cumbazá, Tabalosos y Pueblo del Rio, y sirven como encomendados á los vecinos de la ciudad, la cual viene á ser un agregado de gente sin temor de Dios, que se juntan allí de todas partes, principalmente de las provincias de Cajamarca y Chachapoyas, y aun de Lima se van allí algunos desalmados, para vivir á su libertad en pais donde apenas hay justicia ni quien la administre, por estar el recurso muy distante, y ser el gobernador un mestizo, que ordinariamente negocia el oficio para vivir disolutamente.

Apenas llegaron á Lamas los padres misioneros, cuando al otro dia se juntaron los ciudadanos, y vinieron á la casa del padre diciendo que ellos no querian religiosos, sino cura clérigo, y que cómo les habian de dar pasto espiritual, no sabiendo hablar su idioma. El padre presidente les respondió que él y sus compañeros habian ido allí por mandato del señor virey y disposicion del señor obispo de Trujillo. Que mientras no dispusiese otra cosa el superior gobierno, no podian dejar lo que les habian encomendado. Que por lo tocante al idioma, confiaba en Dios que en breve tiempo lo hablarian tan perfectamente como ellos.

Con esto se sosegaron, y los padres se repartieron en la ciudad y pueblo.

El padre presidente, como celoso ministro de Dios, viendo las costumbres de aquella ciudad tan estragadas, les hizo fervorosas pláticas para persuadirlos á vivir como cristianos. Insistió en que se restableciese el culto divino. Hizo varias invectivas contra el vicio de la lascivia; pero aquellos vecinos correspondieron tan mal, que sin hacer caso de las amonestaciones del padre, perdido el temor de Dios, continuaban en sus depravadas amistades. El que mas escandalizaba la ciudad era el gobernador, el cual habia nueve años que estaba públicamente amancebado. El padre presidente usó con él de todos los medios que sugiere la caridad y la urbanidad para reducirle suavemente á vivir como buen cristiano, segun por muchos títulos estaba á ello obligado. Y viendo su obstinacion, en la pascua de Resurreccion del año de 1770 le mandó separar de su manceba.

Los Lamistas sintieron tanto esta accion, que al otro dia juntaron cabildo, y pasaron á la casa del padre, y le dijeron : « Que aquella tierra no era conversion, sino ciudad y curato del obispado de Trujillo ; que á los padres misioneros no los habian admitido por curas, ni querian sino cura clérigo ; que se fuesen de su tierra antes que la ciudad se alborotase, porque no querian estar sujetos como indios convertidos. » El padre presidente les respondió, que habiendo venido allí por órden del señor virey, no podia salir hasta que dicho señor se lo mandase. Pero ellos hicieron tales instancias y amenazas, que por el bien de la paz el padre presidente tuvo por bien de retirarse con sus compañeros á la sierra, con ánimo de bajar á Trujillo y Lima, y dar parte de lo acontecido al señor obispo

y al señor virey. Dejó encargada la administracion de sacramentos, mientras los superiores disponian otra cosa, á un clérigo de Moyobamba que casualmente se hallaba entonces en la ciudad.

Habiendo llegado á Chachapoyas á principios de mayo, informado el corregidor del atentado de los Lamistas, exhortó al padre presidente de parte del rey á que no desamparase la provincia de Lamas hasta nueva órden del superior gobierno, que él daria providencia para apaciguar el tumulto. El padre presidente mandó regresar á Lamas á los padres fray Tomás Piqueras y fray Ramon Mesa, y prosiguió su camino para Trujillo. Los referidos padres regresaron á Lamas; pero al entrar en la ciudad fueron recibidos con vilipendio, por lo cual se retiraron al pueblo de Cumbazá, donde los indios los recibieron con grande benevolencia, porque siempre los amaron tiernamente. Despues de haber noticiado al superior gobierno y á los prelados lo acaecido en Lamas, y despues de varias jurídicas diligencias, el mes de junio de 1771 el superior gobierno determinó que dicha conversion se entregase al ordinario, y que los religiosos que se hallaban en ella, se retirasen al colegio.

El mes de mayo del año de 1770 llegó á este colegio el resto de la mision concedida por el rey nuestro señor, la que condujo por la via de Buenos Aires el padre prefecto de misiones fray José Ampuero: componíase de veinte sacerdotes y cinco religiosos legos.

CAPITULO XXXVIII.

Encárgase el colegio de Ocopa de las conversiones de Chiloé.

Por la espulsion que de los padres jesuitas se hizo en este reino el año de 1767, quedaron las conversiones que ellos administraban en las islas de Chiloé al cargo de los curas de aquella provincia ; pero como estos no podian dar pasto espiritual á tanto número de almas, el presidente de la real audiencia de Chile, con acuerdo del señor obispo de la Concepcion, entregó dichas conversiones al colegio de *Propaganda Fide* de San Ildefonso de Chillan. Para pasar á ellas desde dicho colegio, bajaron á Lima para trasportarse en el navío que una vez al año hace viaje á dicha isla. Y habiendo llegado el tiempo oportuno, se embarcaron para dicho destino ocho religiosos sacerdotes el mes de noviembre del año de 1768.

Despues que los seráficos misioneros de Chillan hubieron llegado á Chiloé, y tomado el cargo de las conversiones, tuvieron algunas diferencias con los curas en puntos de jurisdiccion de cada parte, y otras con el gobernador de la provincia ; de que resultaron escritos

al superior gobierno. Y el venerable discretorio del colegio de Chillan, considerando lo incómodo que le era el proveer de operarios dichas conversiones, pues así para transportarse á ellas, como para regresar al colegio, era necesario que los religiosos bajasen á Lima para embarcarse allí para su destino, escribió al padre comisario de misiones fray Juan Matud. (*Hasta aquí el manuscrito.*)

Terminamos el relato de este capitulo, incompleto en el original, con lo que acerca de la mision de Chiloé refieren las historias de Chile.

Cuando acaeció la espulsion de los jesuitas, tenian estos pedidos al rey treinta individuos de su profesion para dar nuevo impulso á las misiones, y para fundar tambien nuevas residencias que sirviesen á estas. Espulsada la Compañía, el rey rogó á los obispos que proveyesen las misiones interinamente con sacerdotes que de su voluntad quisiesen prestar este servicio tan propio de su carácter, y que á la vez le informasen del número de misioneros que seria necesario enviar para llenarlas de una manera estable (1); mas esto era sin perjuicio de que la fundacion de recoletos establecida en Chillan llenase, hasta donde pudiese, los ministerios que hasta entonces habian estado á cargo de la Compañía.

En 1743 habian venido á Chillan desde Ocopa religiosos de aquel instituto en número de veinte y tres, que presididos por el prefecto comisario fray Angel Espiñeria, pusieron los cimientos de su congregacion

(1) En San Ildefonso á 18 de agosto de 1775.

bajo el patrocinio de san Ildefonso. Desde entonces, como notamos haciendo la biografía de uno de los obispos de la Concepcion, entraron á tomar parte en la predicacion evangélica (1). Espulsados los jesuitas,

(1) El obispado de la Concepcion quedó vacante desde 1760 á 1762 en que tomó posesion de él don fray Pedro de Espiñeira con presentacion de Cárlos III. Fray Pedro de Espiñeira fue uno de los recoletos de san Francisco que pasaron de España á servir las misiones del colegio de Santa Rosa de Ocopa. Resuelto por el rey que estos mismos religiosos tomasen á su cargo las misiones de la Araucania, que servian los jesuitas antes de su espulsion, el padre Espiñeira fue uno de los fundadores del colegio de San Ildefonso de Chillan, en el que desempeñó el tan delicado como honroso cargo de maestro de novicios. Observante de las austeras costumbres de su instituto, supo con su ejemplo inocular en el corazon de sus alumnos el espíritu del santo hábito, de tal modo que dieron al colegio dias gloriosos con su observancia regular. Elegido guardian del mismo, aplicó constantemente sus conatos á mantener en todo su vigor la disciplina monástica : solia decir : « que las órdenes regulares habian perdido gran parte de su esplendor por las condescendencias de los superiores. » Y aconsejado de esta esperiencia, jamás usaba de indulgencia cuando se trataba de cumplir algun estatuto de su regla.

La prefectura general de las misiones, que recayó tambien en él, absorbió luego su atencion. Visitó la mayor parte de las que existian, y estableció otras nuevas en puntos muy importantes : tales fueron las de Cullinco y Quinchilca en la provincia de Valdivia, y otras de que hablaremos en su lugar. El mérito contraido por este religioso en tantas y tan importantes obras fue recomendado al rey por la audiencia repetidas ocasiones y muy en particular por los presidentes.

Entre tan sérias ocupaciones recibió Espiñeira la cédula de presentacion para el obispado, y casi á un tiempo las bulas de institucion espedidas por el pontífice Pio VI. Muy distante él de aguardar semejante exaltacion, su carácter modesto y humilde le hizo pensar desde luego en renunciar la mitra, y solo persuadido de sus amigos la aceptó por el bien del rebaño que se le encomendaba. Se puso en camino para Santiago, donde recibió la consagracion episcopal del doctor don Manuel Alday. Recibido como en triunfo en Concep-

tuvieron necesidad los recoletos de mayor número de individuos, y efectivamente el rey les proveyó de ellos con abundancia desde España.

El cuidado del territorio ocupado hasta entonces por

cion, en virtud de la mucha reputacion que sus virtudes le habian adquirido, supo conservar la humildad religiosa entre las aclamaciones y honores que se le tributaban. En la visita que hizo á su diócesis renovó los tiempos apostólicos: marchaba solo con dos compañeros y hermanos de profesion, con quienes alternaba las trabajosas tareas del ministerio pastoral. La reforma del clero le debio cuidados muy particulares... Ordenó que los clérigos asistiesen dos veces cada semana á conferencias morales, y él se constituyó presidente de estas reuniones, con el objeto de que tuviesen resultado mas favorable á sus miras, como en efecto lo consiguió.

Mientras estaba ocupado en estas obras, fruto de su celo apostólico, recibió la convocatoria del metropolitano de Lima para la celebracion del concilio provincial. Sin demora partió de Talcahuano para el Callao, y se encontró en la apertura de aquella asamblea tan gloriosa para la Iglesia americana. Fue en ella uno de los prelados mas distinguidos, y como tal pronunció el sermon de la sesion segunda en presencia de los padres y de todo el pueblo el dia 8 de noviembre de 1772. El tema de su oracion da á conocer el fondo de su espíritu, vigorosamente fortificado para sostener la doctrina católica: fue, la necesidad de aplicar pronto remedio al gravísimo mal que ocasionaban á la Iglesia de Jesucristo las doctrinas nuevas y relajadas que se propalaban con perjuicio de sus sacrosantos dogmas...

Otra ocasion se presentó todavía en el concilio en la que brillaron las cualidades que tanto realzaban al obispo de Concepcion: tal fue las disputas que motivó la interpretacion que dieron algunos padres á la cláusula sétima de la real cédula espedida por Cárlos III á 21 de agosto de 1769, que por su estension se llama *tomo regio.* El obispo Espiñeira hizo con este motivo una larga disertacion sobre el orígen y progresos del probabilismo, sobre sus perniciosos efectos, y el celo con que las órdenes regulares lo habian combatido, concluyendo con presentar algunos medios de precaucion para evitar la enseñanza por autores que estuviesen contagiados por sus perversas doctrinas.

los infieles, fue dividido entre el nuevo colegio de San Ildefonso, que tomó á su cargo las misiones de la Concepcion, Araucanía y Valdivia, y el de Santa Rosa de Ocopa, que recibió las del archipiélago de Chiloé. Los trabajos emprendidos en las islas de Chiloé por los recoletos, si no escedieron, igualaron al menos á los que tenia acometidos la Compañía. En 1787 tenian visitadas con un celo verdaderamente apostólico tanto las islas como el continente, y sin perdonar fatigas catequizaron á muchos infieles, y administraron los sacramentos á veinte y seis mil seiscientos ochenta y cinco cristianos que encontraron diseminados en ellas. El intendente don Francisco Garos informó al virey del Perú de la importancia de estos trabajos y de la necesidad urgente de aumentar el número de estos fervorosos operarios para que sus frutos fuesen mas copiosos y duraderos. (*Diciembre de* 1789).

Entre las empresas apostólicas de los misioneros de Santa Rosa de Ocopa en Chiloé merecen recuerdo muy especial las del padre fray Francisco Menendez. Este se propuso recorrer todas las islas del Archipiélago, y efectivamente emprendió su viaje desde Castro el 18 de noviembre de 1786 acompañado de algunos indios.

Dirigiendo su rumbo al este de la isla de Buthachanqui, la última que se halla á la parte de la Cordillera, se internó por el estero de Marillmo, y siguiendo por el rio Boddahue hasta la confluencia del Reremo, en donde aseguró algunos bastimentos para la vuelta, continuó luego su viaje por tierra, llegó á pasar la gran cordillera de los Andes, y bajando á una estensa llanura, vió en ella varias lagunas, y pasadas estas, reconoció tres cerros que habia frente á otros dos colorados, desde los cuales mirando al este, registró varios caminos trillados por vestigios recientes. En el curso

de estas peregrinaciones apostólicas son indecibles los trabajos que sufrió, consiguiendo por premio ponerse en comunicacion con gentes que ni aun noticia tenian del cristianismo.

El obispo de Concepcion instó al colegio de propaganda de Chillan para que tomase la administracion de Mocha, Onecopara, Angol, San Cristóbal, Santa Juana y Santafé, en el Arauco, y en virtud de esta invitacion el colegio de Chillan ocupó la mision de Santa Bárbara, y las misiones que pudo en el Arauco en setiembre de 1768, y las de Valdivia y Cruces en febrero del año siguiente.

Los franciscanos tenian establecida de antemano la predicacion en Barinlembu, territorio de la Araucania hácia la parte de la Cordillera, distante como ochenta leguas del fuerte de Santa Bárbara, y de Culaco, lugar inmediato al anterior. En ambas misiones trabajaban con teson por la conversion de las tribus Pehuenches, desde el año de 1758, fecha en que las estableció el misionero fray Angel Espiñeira. Con un nuevo auxilio para estas dos misiones, se erigió ocho años despues una nueva en Lolco por fray Francisco Ramirez. Tanto aquellas como estas misiones, con escepcion de las de Valdivia y Chiloé, quedaron desamparadas á consecuencia de los movimientos de la guerra en 1768; mas pasados estos, fueron recuperándose las que estaban perdidas, y estableciéndose otras nuevas en Arique, lugar inmediato á Valdivia, en 1772; en Tolten cuatro años despues; en Guanegue y Niebla, jurisdiccion de Valdivia, en 1777; en Quinchilca y Riobueno, en el siguiente; en Daghllipulle y Cudico el de 87; y finalmente en Quilacahuin y Coyunco, jurisdiccion de Osorno, en el de 94.

Las misiones de Valdivia sufrieron sus contrastes en

1791; mas como la convulsion que agitó entonces á esta provincia fue pasajera, tambien lo fue la interrupcion que esperimentaron los sacerdotes en los ejercicios de sus funciones en sus respectivas doctrinas. La de Riobueno, segun una carta de fray Francisco Hernandez á fray Benito Delgado, fue la única cuya suerte hubo de deplorarse. Una partida de Huiliches asaltó repentinamente y á deshora de la noche la casa de la mision; pegó fuego á esta y dió muerte al misionero fray Antonio Cuscoa y á dos mancebos sirvientes suyos, que no tuvieron tiempo de huir. De los paramentos, vasos sagrados é imágenes, lo que no pereció en las llamas, lo llevaron los indios para sus usos. Esta verdadera tragedia dió motivo para que el gobernador de la plaza de Valdivia mandase desalojar provisionalmente las misiones de Daghllipulle y Cudico, las que fueron restablecidas poco despues.

Tantas fundaciones hechas en tan corto tiempo son á la verdad prueba concluyente del celo apostólico de los padres de la propaganda. Los hijos del gran Francisco de Asis sin el ruido que otros, con un sínodo capaz apenas de sufragar para los gastos para vivir, hicieron tantas conquistas como otros cuyos pasos, á fuerza de publicarlos, llamaban la atencion de todo el mundo, y para cuya manutencion erogaba el tesoro real ingentes sumas. Nosotros, al ver en el centro de los montes de Valdivia una de estas misiones, y en el umbral del pórtico grabada esta inscripcion :

FRATRIS FRANCISCI FERNANDEZ, ZELO, LABORE ET CONSTANTIA ERECTA EST ANNO MDLXXXVIII.

nos sentimos inspirados de una veneracion profunda hácia aquellos esforzados sacerdotes.

(*Sacado de varias historias de Chile*).

CAPITULO FINAL.

Nombres de los religiosos de este colegio de misioneros que han padecido la muerte por la fé de Jesucristo.

Al fin de esta breve historia creemos oportuno dar la lista de nuestros hermanos, cuyos nombres se han podido hallar en nuestro Archivo y otras memorias escritas ó impresas, los cuales han dado su vida en el ejercicio de sus misiones, á manos de los infieles ó apóstatas. Lo hacemos en capítulo separado para tenerlos mas á mano, sin la molestia de buscarlos en este compendio; apuntando juntamente los capítulos en que se trata de ellos, donde se puedan ver las circunstancias de sus trabajos y muertes.

Los protomártires del Perú fueron el venerable padre fray Cristóval Larios, sacerdote, y el venerable fray Gerónimo Jimenez, lego : fueron muertos por los infieles Campas en el rio de Perene el dia 8 de diciembre del año de 1637. (Véase el capítulo II.)

El venerable padre fray Matías Illescas, y los venerables hermanos fray Pedro de la Cruz y fray Francisco Piña se embarcaron en el rio de la Sal, y fueron

muertos por los infieles Sipibos el año de 1641. (Capítulo II.)

Por este tiempo en una entrada que los Españoles hicieron al Cerro de la Sal, murieron dos religiosos que iban en su compañía á manos de los infieles Campas (Capítulo II.)

El año de 1657 murieron á manos de los infieles Setebos y Sipibos dos sacerdotes y tres religiosos legos. (Capítulo III.)

El venerable padre fray Francisco Mejía, presidente de las conversiones de Panataguas, con los venerables padres fray Alonso de la Madrid, y fray Alonso Acebedo, lego, y otros cuatro religiosos, fueron muertos á manos de los infieles Sipibos en las conversiones de Payanzos el año de 1670. (Capítulo IV.)

El venerable padre fray Francisco Izquierdo fue muerto por los infieles Campas en Pichana el dia 4 de setiembre del año de 1674. En su compañía murieron el hermano Andrés Pinto, y un niño cristiano. (Capítulo VIII.)

Tres dias despues fueron muertos por los mismos infieles los venerables padres fray Francisco Carrion, y fray Antonio Cepeda en el rio Perene. (Capítulo VIII.)

Los venerables padres fray Manuel de Biedma, fray Juan de Bargas Machuca, fray José de Soto, y el hermano fray Pedro Alvarez, el hermano donado Pedro Laureano y cuatro seculares fueron muertos por los infieles Pirros y Simirinches en el rio Enne el año de 1687. (Capítulo XVII.)

El año de 1694 murieron á manos de los infieles Campas el venerable padre fray Blas Valera en Huancabamba, y los venerables padres fray Juan Zabala, y fray Francisco Huerta en el rio de Quimirí. (Capítulo XVIII.)

El venerable padre fray Gerónimo de los Rios fue fle-

chado y muerto en Tulumayo por los bárbaros Casibos el año de 1704. (Capítulo XVIII.)

El año de 1718 en Epillo cerca de Pichana los infieles Campas mataron al hermano donado Juan Delgado; y tres años despues al hermano donado Tomás de San Diego. (Capítulo XX.)

El venerable padre fray Fernando de San José con un hermano donado fue muerto cruelmente por los infieles Mochobos y Pirros el dia 10 de mayo del año de 1724. (Capítulo XX.)

Tres dias despues murieron á manos de los infieles Campas los venerables hermanos fray Tomás de San José en Jesus María, y fray Lucas de Jesus en Catalipango. (Capítulo XX.)

El hermano fray Angel Gutierrez murió de hambre en el monte el año de 1726. (Capítulo XX.)

Los venerables padres fray Manuel Bajo, fray Alonso del Espíritu Santo , y fray Cristóval Pacheco, con dos hermanos donados, murieron flechados á manos de los Andes apóstatas é infieles en el pueblo de Sonomoro el año de 1737. (Capítulo XXIV.)

Los venerables padres fray Domingo García y fray José Cabanes con un hermano donado, fueron flechados y muertos por los infieles Amages del Cerro de la Sal el año de 1742. (Capítulo XXVI)

El venerable padre fray Manuel Albarran, comisario de misiones, y el venerable hermano fray Fernando de Jesus, y un hermano donado fueron muertos por los infieles Pirros y Simirinches en el rio Enne por la montaña de Guanta el año de 1747. (Capítulo XXVIII.)

El venerable padre fray Antonio Cabello fue muerto á manos de los infieles Setebos el año de 1757. (Capitulo XXXI.)

El venerable padre fray Francisco Francés murió á

manos de los infieles Conibos el año de 1763. (Capítulo XXXII.)

El venerable padre fray Roque Aznar con el hermano donado Manuel Romero fueron muertos por los infieles Setebos el año de 1766. (Capítulo XXXIV.)

El venerable padre fray Juan de Dios Frezneda con el venerable hermano fray Francisco Jimenez y el hermano donado Andrés Bernal, fueron muertos en Pisquí por los infieles Sipibos el año de 1766. (Capítulo XXXV.)

El venerable padre fray Mariano Erranz, con el venerable hermano fray José Caballero, y el hermano donado Manuel de las Animas, fueron muertos por los infieles Sipibos en el pueblo de Santa Bárbara de Achani el año de 1766. (Capítulo XXXV.)

El venerable hermano fray Alejandro de las Casas, y el hermano donado Hipólito de San Pedro fueron muertos por los infieles Sipibos en el pueblo de Santa Cruz de Aguaitia el mismo año de 1766. (Capítulo XXXV.)

El venerable padre fray José Jaime, y el hermano Mauricio de Jesus fueron muertos por los infieles Conibos el año de 1766. (Capítulo XXXV.)

Los venerables padres fray José Miguel de Salcedo, fray Juan Perez de Santa Rosa, fray José Menendez, y fray Manuel de San Pablo, fueron muertos por los infieles Conibos en el pueblo de San Miguel el dicho año de 1766.

Son hasta ahora cincuenta y cuatro religiosos y catorce hermanos donados los que han muerto en estas montañas á manos de los infieles; sin los muchos que han muerto de enfermedades contraidas en aquellos temperamentos tan contrarios á la complexion de los Españoles, y de los malos alimentos con que á veces sustentaban la vida.

BULA PONTIFICIA

Y

CÉDULA REAL

PARA LA ERECCION DEL COLEGIO DE OCOPA

CLEMENS PAPA XIII.

Ad futuram Rei memoriam.

Militantis Ecclesiæ Regimini per ineffabilem divinæ bonitatis abundantiam, nullo licet meritorum nostrorum suffragio, præsidentes, Religiosorum Virorum Altissimi obsequiis sub suavi Religionis jugo mancipatorum, uberesque in Ecclesia Dei fructus, adspirante superni favoris auxilio, proferre jugiter satagentium commodis, et felicibus in via mandatorum Domini progressibus libenter consulimus, sicut ad Omnipotentis Dei gloriam, Religionis incrementum, et animarum salutem in Domino expedire arbitramur. Exponi siquidem Nobis nuper fecit Dilectus Filius Josephus Torrubia Frater, expresse professus, ac in Romana Curia pro

Ultramontana Familia Ordinis Minorum Sancti Francisci de Observantia nuncupatorum Commissarius Generalis, quod, cum Charissimus in Christo filius noster Ferdinandus Hispaniarum Rex Catholicus sua prosequens fervida vota erga Conversionem Gentium in immensis, ac dissitis Peruani Regionibus existentium, sui Regii ærarii expensis ad illas partes frequentes, copiosasque Missiones Profesorum Hispanicorum dicti Ordinis mittere pergat; ad facilius vero assequendum tam pium finem, nuper per suum Chirographum concessit, permisitque ut Hospitium Santæ Rosæ de Ocopa nuncupatum dicti Ordinis situm in ipsis finibus terrarum, quas incolunt Infideles illarum partium, erigeretur in Collegium, sive Seminarium Apostolicum, in quo Missionariorum ipsius Ordinis communitas degat, qui ibidem Indorum idiomata ediscere, ad eis evangelizandum præsto esse, et proximum habere possint locum aptum, commodumque, quo pro tempore secedant ad suas curandas ægritudines, et ab exantlatis laboribus sese recreandos, prout habetur in Regio Chirographo tenoris sequentis; videlicet: =REX.= Cum inter nonnullas, variasque expositas prætensiones a Fratre Josepho de Sancto Antonio ordinis Minorum Sancti Francisci, et Commissario Missionis Cerri de la Sal, Jauja, Guanuco, et Cajamarquilla ejus ordinis commendatæ, supplicasse quoque, ut in Collegium Missionariorum Apostolicorum de Propaganda Fide confirmaretur Hospitium Sanctæ Rosæ de Ocopa, ex eo quia dubitari non posset de illius necessitate, et utilitate, cum in eo stet potissimum illius finis assequatio, ad quem destinantur Missionarii, qui ex Europa mittuntur; hi namque statim ac in Collegio sint constituti, facile Indorum sermonem, aliaque scitu necessaria ad hujusmodi Ministerium exercendum ediscere possunt;

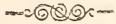
et quia Collegium non longe distat a locis, in quibus Missiones peraguntur, ipsi Missionarii sibi invicem manus adjutrices præbere, ex Collegio necessarios assumere, ad illud impeditos, et infirmos remittere, ac sine mora alios subrogare ita valent, ut nunquam spirituale pabulum Indis sit defecturum, imo quod acquisitum est conservabitur, ac incessanter procedetur ad detegendos novos Populos, eosque ad Christi fidem convertendos; neque etiam minor futura foret utilitas inde eruenda, tali namque pacto in Collegio collocatis Missionariis occasio tollitur se ad alia divertendi, quæ si non opposita, saltem incompatibilia sunt cum eorum exercitio, velut ordinis officia, ad quæ contra dispositiones alias factas deputari solent. Hac igitur visa supplicatione, congruum duxi ad consultationem mei Indiarum Consilii rem pro informatione, et voto deferre ad Commissarium Generalem Indiarum in dicto ordine, qui exposuit, fundationem Collegii Missionariorum Apostolicorum in Regno Peruano jamdudum consideratam, ordinatamque fuisse, tanquam indispensabiliter necesariam ad fidei propagationem, in Comitiis generalibus Ordinis, totiesque ordinationem istam confirmatam fuisse a summo Pontifice Innocentio XI. In primis enim quia in hisce Collegiis in modum recollectionis vivitur; stricta observantia, ac fervens viget solitudo; quæ sane multum conferunt ad inducendum spiritus fervorem in illos qui tantum Ministerium evangelizandi Gentibus suscipiunt; hi enim parati esse debent, aut ad profundendum pro Christo Sanguinem, quod frequenter accidit, aut civiliter eos mori necesse est ingredientes et procedentes, per asperrima locorum, manducantes non rarocibos, quos avia profert tellus, et recumbentes, nox atra cibi eos occupat; quæ quidem onera sine magno spirituali fervore pro animarum sa-

lute supportari nequeunt. Rursus etiam quia si erigi contingat Collegium eum sui Guardiani, Discretorum Officinarumque institutione, melius procurari valent victualia cæteraque Neophytorum subsidia, Populisque potior præstari adsistentia. Ac demum quia existente prope Missionem Collegio cum suo Valetudinario, aliisque commoditatibus consolatione afficiuntur majori Conversores, sciunt quippe promptum sibi adesse receptaculum in suis ægritudinibus, locumque quietis pro defatigatis in laboribus : at vero si eis desit refugii locus, et dispersi vagari debeant per loca, in eorum vocatione frigescunt, in proposito tepidi evadunt, tristesque vivunt. Quibus addebatur circumstantiis alia peculiaris pro confirmatione Collegii de Ocopa, quod nimirum ibi sepultus est venerabilis ejusdem Fundator Fray Franciscus de Sancto Josepho, a quo etiam originem acceperunt omnes Peruanæ Missiones; illiusque situatio in loco, ex quo dividuntur viæ tendentes ad Missiones ab ipso Collegio administratas, et ad alias, quarum curam gerit Limana Provincia ex Conventu Huarensi. Itaque concludebatur, valde opportunum fore ad tam pium finem assequendum, si ego dignarer Regium concedere beneplacitum pro dicti Collegii erectione. Quibus omnibus vicis in meo Indiarum consilio juncta etiam allegatione fiscali, desuperque consultus pro approbatione hujusmodi instantias die XVI Martii Anni MDCCLI. Placuit mihi eidem annuere, concedendo meam Regiam licentiam, ad hoc, ut ex tunc in Apostolicum Missionariorum Collegium erigeretur præfatum Hospitium Sanctæ Rosæ de Ocopa. Quamquam vero istiusmodi mea Regia resolutione promulgata, et de ea certior factus fuerit Commissarius Generalis Indiarum, qui suas patentales litteras die XXXI Maii ejusdem anni MDCCLI, pro eo, quod ad ipsum spectabat, expe-

dibit, ut apparet ex eidem patentalibus litteris nuper a memorato Fratre Josepho de Sancto Antonio præsentatis; Regium tamen Chirographum desuper tunc expeditum non fuit, quemadmodum pro captæ resolutionis exsecutione necesse erat. Re igitur modo, instante dicto Fratre Josepho de Sancto Antonio, iterum in præfato meo Consilio proposita cum nova allegatione fiscali, placet mihi, ut super illa Regium expediatur Chirographum. Propterea jubeo meo Proregi in Peruanis Regionibus, meæ Regiæ Audientiæ in Civitate Limana constitutis, et omnibus tribunalibus, singulisque ejusdem Regnis Ministris, et injungo admodum Reverendo Archiepiscopo Limano, cæterisque Prælatis, Judicibusque Ecclesiasticis illarum partium, ad quos quomodolibet spectabit, quod unusquisque eorum pro sua faciat virili, ut hæc mea Regia voluntas debitum consequatur effectum: Datum apud Bonum Secessum die secundo Octobris MDCCLVII. = EGO REX. = Jussu Domini Nostri Regis = Joseph Ignatius de Goyoneche. = Tribus rubricis erat rubricatum. = Vestra Majestas suum concedit Regium permissum, ut in Collegium Apostolicum Missionariorum erigatur Hospitium Sanctæ Rosæ de Ocopa, quod est ordinis Minorum Sancti Francisci in Regionibus Peruanis. = Concordat cum Regio Chirographo ad hunc effectum mihi exhibito a Reverendo Patre Fratre Josepho de Santo Antonio, Commissario Missionum in Regno Peruano Ordinis Sancti Francisci, cui facta hac copia, illud restitui, de quo fidem facio originali me referens. Utque de eo constet ad ejusdem requisitionem, ego Alphonsus Carralon, Domini nostri Regis Scriba, et in ejus Curia, et Provincia residens, præsentem facio, signo, ac subscribo Matriti die XV Julii MDCCLVIII. = In testimonium veritatis Alphonsus Carralon. = Nos infrasignati et subscripti Scribæ Do-

mini nostri Regis in ejus curia, et Provincia residentes, fidem facimus, Alphonsum Carralon, a quo reperitur signata copia præcedens, talem esse Scribam Regium, qualem se facit, atque denominat, fidelem, legalem, totiusque fiduciæ, omnibusque ejus scripturis, et documentis per ipsum publicatis, et qui publicantur, semper adhibitam fuisse, adque adhiberi fidem, tan in judicio, quam extra: Utque de eo constet, ad ejus requisitionem, præsentem facimus, Matriti die XV Julii MDCCLVIII.=In testimonium veritatis Emanuel de Obregon et Orugna.=In testimonium veritatis Petrus Garcia de Ovalle. = In testimonium veritatis Franciscus Fernandez Rosa. = Cum autem sicut dictus Josephus Comissarius Generalis Nobis subinde exponi fecit, ipse præinsertum Chirographum, quo firmius subsistat, Apostolicæ Confirmationis nostræ patrocinio communiri summopere desideret. Nos ipsum Josephum Commissarium Generalem specialibus favoribus, et gratiis prosequi volentes, et a quibusvis excommunicationis, suspensionis, et interdicti, aliisque ecclesiasticis, sententiis, censuris et pœnis a jure vel ab homine quavis occasione, vel causa latis, si quibus quomodolibet innodatus existit ad effectum præsentium dumtaxat consequendum, harum serie absolventes, et absolutum fore censentes, supplicationibus ejus nomine Nobis super hoc humiliter porrectis inclinatis, præinsertum Chirographum ab ipso Ferdinando Rege super facultate erigendi dictum Hospitium Sanctæ Rosæ in Collegium, sive seminarium Apostolicum Missionariorum dicti ordinis, ut præfertur, concessum cum omnibus, et singulis in eo contentis, et expressis, auctoritate Apostolica, tenore præsentium, confirmamus, et approbamus, illique inviolabilis Apostolicæ firmitatis robur adjicimus; omnesque, et singulos juris, et facti

defectus, si qui desuper intervenerint, supplemus. Decernentes easdem præsentes litteras semper firmas, validas, et efficaces existere, et fore, suosque plenarios, et integros effectus sortiri, et obtinere, ac illis ad quos spectat, et pro tempore quandocumque spectabit, plenissime suffragari. Sicque in præmissis per quoscumque Judices Ordinarios, et Delegatos, etiam causarum Palatii Apostolici Auditores, judicari, et definiri debere, ac irritum, et inane, si secus super his a quoquam quavis auctoritate scienter, vel ignoranter contingerit attentari. Non obstantibus Constitutionibus, et ordinationibus Apostolicis, ac quatenus opus sit, dicti ordinis, etiam juramento, confirmatione Apostolica, vel quavis firmitate alia roboratis, statutis, et consuetudinibus, privilegiis quoque, indultis, et litteris Apostolicis in contrarium præmissorum quomodolibet concessis, confirmatis, et innovatis. Quibus omnibus, et singulis, illorum tenores præsentibus pro plene, et sufficienter expressis, ac de verbo ad verbum insertis habentes, illis alias in suo robore permansuris, ad præmissorum effectum, hac vice dumtaxat, specialiter, et expresse derogamus, cæterisque contrariis quibuscumque. Datum Romæ apud Sanctam Mariam Majorem sub Annulo Piscatoris die XVIII Augusti MDCCLVIII, Pontificatus nostri anno primo. = Pro. D. Card. Passioneo. = Joannes Florius, substitutus. = Loco ✝ Sigilli Annuli Piscatoris.



COLEGIO DE LA PROPAGANDA

DE

LOS PADRES MENORES OBSERVANTES DE TARIJA
EN LA REPUBLICA DE BOLIVIA.

NOTICIAS HISTORICAS

POR EL PADRE CEFERINO MUSSANI, MINIMO OBSERVANTE,
MISIONERO APOSTOLICO.

PREFACIO

Sobre la nave española que llevaba al atrevido Genovés á la conquista del nuevo mundo, iban tambien algunos franciscanos, los cuales sintiendo arder dentro de su pecho la fé ardiente de los apóstoles, suspiraban por el descubrimiento de nuevas naciones para formar con ella generaciones nuevas de hijos de Jesucristo. Abierto por Colon el derrotero de la América, mientras la Europa la recorria incesantemente ansiosa de estender por aquellas tierras su dominacion, y de arrebatarla sus tesoros, los hijos de San Francisco de Asis fueron en todo tiempo anunciando á los bárbaros el evangelio; abordaron á cien puertos, penetraron en cien valles, remontaron el curso de cien rios, y bañaron mas de mil playas con la sangre del martirio, ó las santificaron erigiendo en ellas altares cristianos. Quien intentara, pues, escribir la historia de las misiones franciscanas en América, añadiria una gloriosa página á los gloriosos anales de la Iglesia; página que falta todavía, á pesar de

toda la historia de las Misiones católicas del Henrion, porque este escritor, ocupado únicamente de las obras de una compañía, que siempre, y mucho mas que nunca en nuestros tiempos, ha dado mucho que hablar, no tuvo sin duda ni lugar ni intencion de ocuparse un poco de las misiones franciscanas, tanto en América como en Asia, Africa ó Europa (1).

Apenas puse yo el pié en el territorio de la república Boliviana para consagrarme á la conversion de los infieles, sentí nacer en mi pecho el deseo de escribir para la exaltacion del catolicismo y justa y merecida alabanza de mi órden, todo cuanto habian hecho aquí los misioneros hermanos mios; y esto no ciertamente por vanidad, sino mas bien para mayor estímulo mio y de los mios, porque no podríamos andar perezosos y negligentes por un camino, que tantos otros de nuestra hermandad habian recorrido, dejando tras de sí luminosísimas huellas de caridad sublime. Y ya que no me haya sido dado el cumplir mi deseo hasta el presente, empiezo por lo menos ahora publicando algunas noticias acerca de aquellas de las misiones Bolivianas á que estoy yo mismo agregado, y que por el asiento de su colegio se conoce bajo el nombre de Tarija. Pero como no me es lícito siquiera concluir por ahora esta limitada tarea, me veo obligado á ceñir mi narracion al espacio de un poco mas de medio siglo, esto es, desde el año de 1755, en que fue fundada la mision, hasta el de 1810; aunque reservándome y prometiendo llevar á cabo muy pronto esta historia hasta los tiempos presentes.

(1) Lo mismo que del Henrion debe decirse (pésame el notarlo) de aquellos que presiden á la edicion de los *Anales de la propagacion de la fé.*

Réstame, lector, hacerte dos advertencias: primera, que todo cuanto refiero, es estractado de documentos auténticos conservados en los archivos de nuestro colegio, confirmado ademas por el testimonio de muchísimos Bolivianos que vieron las cosas que yo escribo, ó las oyeron decir asi á sus padres; segunda, que para leer esto, debes armarte con mucha paciencia é indulgencia para dispensarme la pobreza del relato y el inculto estilo que yo empleo. Ausente de mi patria tantos años hace, embebido en frecuentes y graves ocupaciones, y obligado á hablar una lengua estranjera, ¿cómo podria pretender el hacer yo una narracion correcta y elegante? Por lo tanto, cuento, lector, con tu benevolencia, y ruego á Dios que te sea propicio.

ORIGEN DEL COLEGIO DE TARIJA.

Yace la ciudad de Tarija, donde se halla nuestro colegio de Propaganda, en un valle espacioso, que corre treinta leguas del setentrion al mediodia, y siete del oriente al ocaso: habítanla gentes que hablan la lengua castellana; su clima es benigno, cálido mas bien que frio; abundante en naranjas, albaricoques, higos, y otras frutas semejantes, en trigo, legumbres y toda clase de hortaliza. Tarija, en la América meridional y en la república de Bolivia, está situada á los 21°, 50 m. de latitud, y 315 de longitud del meridiano de Tenerife. Y aquí debe observar el lector, que escribiendo en América, me atengo al método antiguo de señalar las posiciones astronómicas, comenzando siempre por Tenerife. Circundan el valle en que se halla asentada Tarija, collados y montes, que producen muchas maderas de construccion, leña, carbon, y una

infinidad de plantas y de raices medicinales : en todos conceptos puede pasarse en ella cómoda y agradable vida. Tarija tuvo por fundador á don Luis de Fuentes, caballero de Murcia, en 1574, bajo las órdenes de Francisco de Toledo, virey del Perú.

Treinta años despues de la fundacion fue allí edificado un convento de Menores observantes, el cual fue en 1755 convertido en colegio de propaganda en virtud de prescripcion especial del papa Inocencio XI. Fueron sus fundadores Francisco Escribano, de Estremadura, docto y celoso guardian, Manuel Gil, predicador apostólico, y otros tres religiosos, procedentes del colegio de Santa Rosa de Ocopa. Reparados los muros ruinosos del edificio, y establecida en él aquella rígida disciplina interna que recomendaba la bula pontificia, los nuevos apóstoles pusieron manos á la obra al año siguiente para cultivar la viña que el Señor habia puesto á su cuidado. Comenzando por la reforma de las cristianas costumbres, el vasto territorio del Vermejo los oyó casi por espacio de dos años consecutivos, reprendiendo libre y eficazmente los hábitos corrompidos de la vida. Pasando en seguida á Tomina, al levante de la ciudad de la Plata, hicieron otro tanto en las ciudades y villas de Palca, Tarabuco, Tacopaya, Tomina, Laguna, Villar, Sepancos, etc. En el año 59 predicaron las misiones en el Potosí, que está al norte; de donde dirigiéndose al ocaso, las continuaron en Livilivi, Tupiza y Suipaca, derramando de esta suerte la semilla de la divina palabra en la circunferencia del colegio recientemente abierto : todo esto, en los cinco primeros años de su residencia en Tarija. En el año 61, se estendieron mucho mas, y predicaron en Cochabamba, Arque, Aruro y Sicasica : luego en la diócesis de la Paz, en Cocuyto, en Puno y otros pueblos de aquel distrito

durante todo el año 62 ; mas tarde todavía en Santiago del Estero, en Tucuman, en Inini, y otros lugares circunvecinos; finalmente en los años 65 y 66 en Padeaza, Chazuaza, en el valle de la Concepcion, en Sinti y en sus adyacentes. Si no temiéramos causar tedio al lector, aun podríamos ampliar mucho mas esta enumeracion; pero la interrumpimos con tanto menos disgusto, cuanto que el celo de nuestros misioneros nos llama á un campo mas espacioso, al campo de la conversion de los infieles, en la cual compitieron con los antiguos atletas otros nuevos que acababan de venir al colegio de la Nueva España.

Triunfaba el vicio en el Perú, y los indios vivian agitados. Tupancaro, uno de sus caudillos, urdia una sublevacion general para sacudir el yugo español. Nuestro colegio aprestó tambien sus tropas para hacer frente á este enemigo, pero tropas que no tenian mas armas que la virtud del Crucificado. Luego, en agosto de 1780, tres religiosos sacerdotes con un lego dieron principio á las sagradas misiones en Potosí, y las continuaron en Chuquisaca, predicando en los templos, en las cárceles, en las plazas públicas y por los caminos, anunciando discretamente, que atrayendo los pecados de los hombres los castigos celestes, no podian hacer cosa mejor para aplacar la cólera divina, que practicar la virtud y volver el corazon á Dios.

Pero el obstinado Tupancaro, reunida numerosa hueste de bárbaros, marchaba contra las ciudades sometidas á la dominacion española, precediéndole el terror universal. En aquel apurado trance, uno de nuestros misioneros vuela á Inini, y con la eficacia de sus palabras la defiende de sus invasores; otros dos se dirigen presurosos tambien á Tupiza, y logran calmar el furor de los sublevados ; y lo propio hacen tambien

otros en Chuquisaca durante el año de 1781. Entrando despues en Potosi, predican al clero, á las monjas, á los encarcelados y al pueblo entero con tanta uncion, que al paso que se arrepienten los habitantes de su mala vida pasada, vuelven tambien á la calma del conyugal consorcio. El clero, los magistrados y el gobernador alabaron altamente cerca del rey los beneficios conseguidos por los frailes predicantes; y el rey, por medio de su representante en Buenos Aires, enviaba al guardian del colegio de Tarija y á todos sus alumnos los merecidos encomios y congratulaciones.

Durando las hostilidades de Tupancaro, ocurrió que, batido muchas veces por las tropas reales, y continuando no obstante los peligros en aquella colonia española, los misioneros tuvieron ocasion de dar pruebas nuevas de su virtud, no solamente en los lugares que ya los habian admirado, sino en otros muchísimos, adonde solo habia llegado la fama de su valor á preparar los ánimos, cogiendo luego mas abundante cosecha de conversiones. Por evitar la difusion no trascribimos los nombres de las diferentes diócesis, de las ciudades populosas, de las villas crecidas y de la poblacion campesina en que obraba la predicacion franciscana continuos prodigios, reformando las costumbres relajadas: basta decir que estos y aquella duraron constantemente hasta fines del siglo XVIII y los principios del XIX.

Antes de concluir este artículo tenemos necesidad de volver un paso atrás para dejar consignado un hecho que honra altamente el orígen del colegio de Tarija. Por la supresion de los jesuitas, habiendo quedado abandonado el hospicio de la ciudad de Moquegua, fue por órden real encomendado este establecimiento en 1784 al cuidado de nuestros hermanos, los cuales, creciendo oportunamente en número, pasaron tres años

despues á habitarlo, aplicándose asiduamente á la instruccion de la juventud, y haciendo allí todo lo que habian hecho desde el principio en Tarija, estendiendo de este modo las misiones por toda la diócesis y otras comarcas. Este incansable celo de los nuevos colonos de Moquegua hizo que el antiguo hospicio jesuítico fuese en 1795 erigido en colegio franciscano de propaganda.

Concluiremos pues diciendo que en el espacio de cincuenta años el establecimiento de misioneros de Menores observantes de Tarija predicó mas de doscientas misiones, y practicó otros tantos ejercicios espirituales en el vasto continente sud-americano.

Primeras misiones de infieles.

En los paises en que los infieles se han visto mezclados con los cristianos, ó próximos á ellos, nada se oponia tanto á la conversion de los primeros, como la mala vida de los segundos. Por eso nuestros misioneros obraron prudentemente comenzando á reformar por medio de la predicacion la vida de los cristianos, antes de enseñar la doctrina de Jesucristo á aquellos que no habian entrado todavía en el gremio de su Iglesia.

Entre estos la principal y la mas esparcida es la nacion Chiriguana, puesto que se estiende desde la villa de Santa Rosa, paralela con la primera mision de Chiquitos, hasta mas allá de Santa Cruz de la Sierra por el norte, hasta el rio Vermejo al sud; y desde las cercanías de la ciudad de Laguna al oeste, hasta los arenales confinantes con la mision de San José de Chi-

quitos al este: esto es, desde los 17°, 13 m. á los 22°, 18 m. de latitud, y desde los 314°, 12 m. á los 317°, 55 m. de longitud. Hállanse entre los Chiriguanos, poco diferentes de ellos, los Chanesos. Las tribus que confinan con las nombradas son: al mediodia los Motacos y los Mataguayos (aquellos tienen una sola mision cerca de la Nueva Oran: algunas familias de los últimos se encuentran en la mision de Salinas); al sudeste están los Tobas; al este con otras gentes diversas, los Guaycuros; al nordeste la provincia de Chiquitos; al norte los Sironos y los Iuracares; al oeste los antiguos cristianos del arzobispado de la Plata y del obispado de Santa Cruz de la Sierra, de Salta y de Tucuman.

Todos estos bárbaros inspiraban la mas profunda piedad en el ánimo de los misioneros; por lo cual, sin que pudiera contenerlos ni la ferocidad ni el ódio escesivo que aquellos infelices abrigaban contra el cristianismo, como tampoco las vanas é infructuosas tentativas hechas por otros para convertirlos, se consagraron con toda su alma á la árdua empresa de enseñarles la única fé que guia al cielo. Antes de entrar en el colegio de Tarija sus primeros habitadores, pasando por Cuzco, se dirigieron á Apolobamba, á siete leguas de distancia, donde algunos de ellos catequizaron á aquellos bárbaros durante tres años; y en el de 1757 fueron á Tarichea, á treinta leguas de Tarija (mision fundada por los jesuitas en 1690, y destruida por los bárbaros en 1727) lugar habitado por los Chiriguanos; adonde llegando por ásperos caminos con una lluvia incesante y suma escasez de víveres, se vieron repentinamente consolados por una benévola é inesperada acogida, por el permiso de construir una capilla y de bautizar á los niños, y finalmente por el vivo

deseo que mostraron aquellos infelices de ser instruidos en nuestra fé. Pero la inconstancia de su carácter, y las seducciones de otros indios hicieron desvanecer las halagüeñas esperanzas concebidas. Lo mismo sucedió á los Garapatos á siete leguas de Tarichea, los cuales pidieron un misionero, le permitieron bautizar á algunos niños moribundos, y poco despues le obligaron á marcharse en 1757. Finalmente, la caridad de los generosos ministros de Dios se vió coronada del éxito mas feliz. Pero para poder comprender cómo penetraron estos entre los Chiriguanos y Chanesos de la cordillera de Sauces, y como por obra suya progresó la fé hasta cerca de Santa Cruz de la Sierra y del rio de Paraguay, es menester ante todo ver cuánto habian trabajado otros antes que los nuestros arribaran á aquellas comarcas.

La cordillera de Sauces está al este de la ciudad de la Plata, á distancia de setenta leguas. El arzobispo don Juan Queipo de Llamos y Valdés, deseoso de convertirlos, ordenó á don Cristóbal Nuñez á título de misionero de la citada cordillera. Este trabajó allí veintiocho años; pero en el de 1728 los indios entraron en el pueblo que el celoso sacerdote habia edificado, destruyendo, matando y aprisionando. El sacerdote huyó, y todo su trabajo fue perdido. En 1745 de la parte de Santa Cruz vinieron algunos Chanesos á Laguna, residencia del corregidor de Tomina, á pedirle proteccion contra los Chiriguanos que los molestaban y los amenazaban, y la obtuvieron á condicion de que, concluida la guerra, se convertirian al cristianismo. Libertados por el auxilio de los Laguneses, alcanzaron para su residencia el lugar de Pilipili. Establecidos allí hubieran formado con el tiempo una colonia cristiana, si sacerdotes de Cristo los hubiesen cultivado como

era debido. Pero se hizo poco al principio, nada en lo sucesivo, y se acabó por no ocuparse de ellos mas que para cobrar anualmente los diezmos para aquel que solo alegaba los derechos de pastor para esquilar á las ovejas sin cumplir su deber de apacentar el rebaño. Aconteció de esta suerte que aquellos bárbaros en vez de amor, alimentaron en sus pechos ódio contra los cristianos, llegando á amenazarlos mucho tiempo con esterminarlos. El peligro se acrecentó con la llegada de muchos indios capitaneados por el feroz Chiudica; visto lo cual, el corregidor de Tomina recurrió (1757) á la real audiencia para que proveyese á la seguridad de los habitantes de Laguna, Villar y Sopancos. Al mismo tiempo el síndico apostólico del colegio de Tarija pedia para nosotros el puesto peligroso de Pilipili, para poder predicar en él el Evangelio. Asi creyó aquel magistrado que satisfacia dos necesidades, autorizando, como lo verificó (1758), al guardian del nuevo colegio de Tarija á enviar á sus religiosos, los cuales, convirtiendo á los bárbaros, los amansaron y redujeron á la sumision civil.

La mision de Pilipili.

En 1758 partieron para Pilipili dos de nuestros sacerdotes y un hermano convertido; pero al llegar á Laguna, tuvieron noticia de la porfiada obstinacion de Chiudica, y volvieron camino atrás. Tres veces mas en los años subsiguientes volvieron al asalto los buenos padres de Tarija, y otras tantas inutilizaron las ten-

tativas de su inestinguible caridad la resistencia tenaz y la dureza de aquellos bárbaros. Pero no por eso desmayaron; y para abrirles las puertas de aquella ciudadela inespugnable de infidelidad, Dios quiso servirse, no de la sabiduría de un sacerdote, sino de la humildad de un convertido, del hermano Francisco del Pilar.

Entró este en Pilipili en agosto de 1765, y permaneció allí hasta junio del 66. Cuánto sufrió en los diez meses, ni se puede referir ni siquiera imaginar. Empeñóse á todo trance en gozar del consuelo inefable que sienten las almas santas con la salvacion de los hombres; quiso permanecer allí para tentar todo medio de iluminar con la antorcha de la fé aquellas inteligencias sumidas en las tinieblas, y ablandar aquellos corazones empedernidos con la uncion de la caridad. Y habitó aquel lugar sin que le quedara mas esperanza que la que viene de Dios: allí permaneció solo é inerme entre salvajes furibundos, como cordero errante en el bosque, aturdido con los aullidos de las fieras; allí permaneció á la vista de los trabajos, objeto de las injurias, que le prometian quizá una trágica catástrofe. No tenia para alimentarse mas que un poco de grano; una mal construida cabaña, ¿qué digo? un simple albergue, que apenas lo defendia del rocío, era su vivienda; por lecho la desnuda tierra con una poca paja. Acomodado tan pobremente le asaltaron las tercianas sin tener quien lo asistiera ni lo curara, y él en los intérvalos de la fiebre pasaba á vado el vecino rio, circulaba por las dispersas cabañas de los bárbaros, visitaba los enfermos, servia como un liberto ó un esclavo á los sanos, llevándoles agua y leña, y ayudándolos en las faenas domésticas, aun las mas humildes. Estos servicios eran pagados con violentos

insultos ó mandatos ásperos, llegando á veces hasta el punto de espelerlo. Hubo vez que corrió peligro de perder la vida, debiendo su salvacion á inesperado auxilio de gentes menos duras. Uno por desahogar su cólera lo hirió un dia gravemente en la cabeza; pero él desarmaba la ferocidad de los unos y los otros con la mansedumbre y la resignacion cristiana. Algunos meses despues de haber llegado á la brutal colonia, le vendieron en cambio de frutas que se habia hecho traer, una ruinosa cabaña, abandonada por aquellas gentes por haber enterrado en ella algunos muertos. Apenas se habia acomodado en ella, comenzaron á molestarlo sus antiguos poseedores, hasta que se hacian pagar nuevamente el precio de ella. Despues de sufrir tantas molestias, logró de algunos capataces que le permitieran fabricarse una casilla. Cuando la tenia medio hecha, los malvados le intimaron que la abandonara y partiera inmediatamente, diciéndole que de ningun modo se harian ellos cristianos. A lo cual respondió el santo fraile: « Si no quereis haceros cristianos, ¿quién os obliga á ello? ¿Porqué os irritais conmigo? ¿Porqué me echais de aquí? ¿No he asistido yo á vuestros enfermos? ¿No os he servido siempre y fielmente á vosotros mismos? ¿No me disteis vosotros mismos licencia para fabricar esta humilde morada? » Palidecieron los bárbaros, y le permitieron que se quedara. Pero ¡ ay ! las fatigas y los malos tratamientos lo postraron, y volvió á caer enfermo mas gravemente que la vez primera.

Dios prueba á sus siervos, pero no los abandona. Supo el estado del pobre lego el padre Forcadel; fué á visitarlo, y permaneció con él ocho dias. Partió y envió al padre Tomás Anaza, con el cual el hermano Francisco del Pilar, ya convaleciente, dió principio á

la mision; y tanto hicieron, y tanto soportaron, que por de pronto lograron bautizar algunos niños; luego vieron aquellos pechos de bronce palpitar agradecidos á los servicios y buenos oficios que pródigamente les prestaban los buenos frailes; de suerte que deseando en cierto modo congraciarse con ellos, les presentaron un dia dos jóvenes de las primeras familias para que se casaran con ellas. La propuesta era como de bárbaros; pero inspirada por la gratitud, los religiosos respondieron que ellos no pensaban en otra cosa que en salvarlos, y que su mismo ministerio les impedia el conocer mujeres. Semejante respuesta sorprendió tanto á los bárbaros, que enmudecieron maravillados, pero al mismo tiempo comenzaron á creer en sus palabras, y se dispusieron á recibirlos como maestros de la vida eterna.

Informado de esto don Pablo de la Parra, corregidor de Tomina, vino á conferenciar con los misioneros acerca del modo de hacer progresar la mision de Pilipili, y fue resuelto de comun acuerdo el fabricar una capilla para la celebracion de los misterios divinos, con el objeto de que nuestro sublime culto hiriese los sentidos de los toscos salvajes, y el divino Redentor bajando á aquella inculta tierra, difundiese en ella el omnipotente socorro de su gracia. Asi se hizo; y despues de diez años de constantes trabajos y fatigas, Pilipili se convirtió en la agregacion mas numerosa de infieles que hayan alistado jamás nuestros misioneros bajo la bandera del Crucificado.

Misiones de Azero.

El pueblo de Azero se habia formado en 1752 con indios Chanesos, separados de los de Pilipili á consecuencia de la ruina que habia producido el desbordamiento del cercano rio. Hállase situado Azero á los 19°, 16 m. de latitud, y á los 314°, 45 m. de longitud en una risueña y espaciosa llanura, sombreada por antiguas selvas y bañada por un rio de abundante pesca, que engrosándose con muchos afluentes, y uniéndose despues con el Guapay y el Mamore, va por fin á desembocar en el mayor de los rios, que es el rio de las Amazonas. El clima es dulce: en los bosques se encuentra la quinina y la quina blanca, el cedro y otros árboles preciosos; ademas ciervos, tigres y otras fieras, con mucha variedad de aves. La tierra produce grano, arroz, legumbres y hortalizas. Pero ¿para qué tanta benignidad de naturaleza, donde faltaba el principio de la verdadera felicidad, la religion de Cristo, que mejora al hombre aqui abajo, y lo lleva luego á la vida eterna?

El padre Tomás Anaza, el hermano Francisco del Pilar y el hermano Manuel Picoto, acompañados por un neófito, gefe de bárbaros, Pedro Romi, resolvieron tentar la conversion de Azero, y llegados allí trataron de erigir una capilla y una casita, esperando saber entretanto lo que los bárbaros dirian y harian con ellos en este intermedio. Pero apenas habian puesto manos á la obra, los bárbaros destruyeron todo, insultándolos á ellos mismos con aspereza, y echándoles la culpa de

la sequía que sufrian. Volvióse Romi á Pilipili : los religiosos se quedaron. Con obras de caridad y con insigne mansedumbre apaciguaron primero la furia de los bárbaros; volvieron á emprender la fábrica de la casita y del oratorio, el cual fue inaugurado solemnemente por el padre Tomas Anaza en noviembre de 1767. El caudillo Chiudica, molesto hasta entonces á los nuestros, é indomable, de repente (¡cosa milagrosa!) de leon convertido en cordero, comenzó á asistir diariamente á misa, exhortando á los demas á que lo imitaran, hasta que llegando á su estrema hora, y despues de pedir con mucho fervor el bautismo, espiraba con la tranquilidad del inocente el 24 de agosto de 1768.

Sucediendo Guaricaya en la autoridad á Chiudica, heredó tambien la primitiva ferocidad de este. El ódio que profesó, y las persecuciones que desplegó contra los misioneros fueron tales, que indefectiblemente hubieran sucumbido á sus rigores si el amparo manifiesto del cielo no los hubiera salvado. Pero los crueles propósitos del bárbaro fueron vencidos por la virtud de los nuestros : hasta que vencido todo obstáculo, y amansada la dura índole de aquel pueblo, la caridad cristiana recogió el fruto de sus largos padecimientos. Desde de 1767 á 1810 recibieron el bautismo mil novecientos noventa y siete infieles, y murieron en la comunion de la Iglesia de Cristo ochocientos adultos y setecientos niños.

Mientras que se trabajaba con tan buen éxito en Pilipili y Azero, el padre Baltasar penetraba hasta el centro de los Chiriguanos. Asi recorrió el valle habitado de Ingre, predicando la doctrina cristiana, aunque sin otro resultado que bautizar á muchos párvulos y á dos adultos moribundos, instruidos apresuradamente en

la ley de Cristo. No sucedió lo mismo en el gran valle de Guacaya, situado al levante, á distancia de setenta leguas del colegio. Fue su apóstol el padre Gerónimo de la Peña, natural del Paraguay, hombre muy versado en el dialecto Guarani, que es el de los Chiriguanos. Fué allí en 1765 con algunos naturales del pais que se hallaban por acaso en Tarija. Entrado en el valle de Vacharetig, penetró hasta su capital, y residió en ella diez y nueve dias. Llevado á la presencia del caudillo, y diciéndole á este que los indios del Paraguay eran sus parientes, y que vivian bajo la religion de Jesucristo muy contentos, despertó tanto deseo de verlos en su auditorio, que lo condujeron al rio Pilmucayo para examinar si era navegable. Él dijo que la navegacion era posible, pero que debian atravesar por pueblos feroces que se opondrian á su pasaje. Volviendo atrás, corrió mucho peligro de perder la vida : hé aqui cómo. Encontróse casualmente con una india, presunta hechicera, y desfacedora de males, llamada Algharsobal, á la cual fueron á pedirle que hiciese de modo que lloviera, pues sufríase una sequía que atribuian ellos á algun encanto de los Españoles. Preguntaron los paisanos al religioso que cuándo lloveria. Y él sonriendo contestó : preguntádselo á esa ; y si ella no lo sabe, preguntádselo á vuestros dioses. Por mi parte puedo deciros, que vosotros despreciais á mi Dios, porque dais crédito á las estravagancias de esa astuta mujer. Y aprovechó la ocasion de probarles que querian ser engañados, porque escuchaban las imposturas de la hechicera. —¿No nos tienes miedo? le preguntaron los partidarios de la bruja. — Yo solo temo á Dios, replicó el misionero, pero no á vosotros ; pues como veis, he venido con seguridad hasta aqui sin que nadie me haya tocado á un cabello de la cabeza.

Dicho esto, se retiró. Pero entrada la noche, trataron de asesinarlo. El gefe que le habia dado hospitalidad, tuvo noticias vagas de la trama, y se entristeció sobre manera; los de su casa lloraban; su hermano, hombre resuelto, reunió gente para resistir á los asesinos, pero fuese temor de ser escarmentados, ó particular favor del cielo, los enemigos se tranquilizaron, y no hicieron ninguna tentativa.

Preguntó un dia el capitan al misionero quién era su Dios; y él se aprovechó de esta ocasion para esplicarle algunos puntos de las creencias católicas; oido lo cual, el capitan añadió que queria ver el Dios de los cristianos que era tan grande y tan amante de los hombres. Replicóle el religioso que no era posible ver á Dios con los ojos corporales, pero que se podia ver cierta imágen representativa de lo que él es, y de lo que él hizo: insta el bárbaro, que por lo menos se le manifieste semejante imágen. Y el fraile entonces sacando un cuadrito de la Vírgen: « ve, le dijo, á esta Señora con este niño en sus brazos: esta es la Madre de nuestro Dios, que se hizo hombre por amor de los hombres. » A tales palabras el buen indio se prosterna, y con toda su grosería pidió á María larga vida, robustez, prosperidad y abundante cosecha. Luego entró en casa, trajo el baston de mando, y poniéndolo á los piés de la santa imágen, le dice que ella debe de ser de alli en adelante la capitana de toda su gente, pero que queria guardarla en su propia casa. — No, respondió el misionero, este ahumado tugurio no es digno de tan escelsa Señora. Entonces todos los circunstantes resolvieron unánimemente que le edificarian una morada mejor, obligándose, los unos á cortar la madera, los otros á traer las cañas, los niños á hacer cuanto les fuere mandado, las muchachas á hacer la provision

necesaria de agua para la obra. Entre tanto daban mucha prisa al franciscano para que las cosas fueran ejecutadas con la mayor prontitud. Pero él, conociendo la índole variable de los bárbaros, prometió que les prestaria auxilio en tiempo oportuno. Contentóse pues por el momento con bautizar algunos niños que se le presentaron con este objeto, aunque no sin recibir la promesa de que los padres los enviarian á la mision próxima para que se instruyeran en los deberes cristianos. Catorce de ellos murieron de alli á poco, y lo mismo sucedió á un anciano, quien apenas recibió la vida de gracia, pasó súbitamente á gozar de ella en la gloria eterna.

Despidiéndose de ellos, tomó el camino que guia al valle de Abativa poblado de mucho número de infieles, que le salian al encuentro presentándole sus hijos para que los bautizara. Setenta y siete de estos bautizó. Rogáronle que hiciera llover, y él les dijo que se lo pidieran á Dios y á la santa Vírgen su Madre por intercesion de aquellos inocentes que se habian convertido en sus hijos carísimos. Asi lo hicieron, y la noche próxima llovió abundantemente. Siguió su camino hasta Sauces, hasta que despues de muchas fatigas, trabajos y dificultades vencidas, entró en Chuquisaca para poner en conocimiento de la real audiencia la buena disposicion en que para hacerse cristianos estaban las poblaciones que habia recorrido. Y ya se preparaba á volver al punto de donde habia venido, cuando una fiebre aguda lo privó en poco tiempo de la vida en 1767, estinguiendo por entonces las esperanzas concebidas de convertir á los indios de Guacaza, de Vacharetig, de Tareiza y otras muchas gentes.

Si la relacion de estos hechos es consoladora para un lector cristiano por su sencillez, lo que sigue es

doloroso, aunque no sin gloria para la caridad de los misioneros. Enternecido el guardian de Tarija por la buena disposicion de los bárbaros, envió el 11 de julio de 1790 á dos religiosos de particular bondad, los padres Joaquin Beltran y Francisco Mendiola, los cuales tomaron la via de Salinas con intencion de pasar al valle de Guacaza, ignorando que no era aquella sazon buena para ir á aquel pais. Habia tenido lugar una escaramuza entre indios y cristianos establecidos cerca de allí, en la cual los primeros habian muerto á dos adversarios suyos, y recogido algun botin. Noticioso tardiamente el guardian de este suceso, les despachó un mensagero para que retrocedieran; pero los padres, deseosos de llegar pronto, estaban ya á mucha distancia. Haciendo largas jornadas hasta fines del mismo mes llegaron á la tierra de Ticazia, situada en el citado valle de Guacaza, y se vieron acogidos humanamente. Al dia siguiente fueron visitados por algunos gefes de la tribu, que les prometieron oir la mision, y fabricarse una casa con una capilla; pero bajo las dulces apariencias se ocultaba la pérfida traicion. En la mañana del inmediato dia, aquellos verdaderos bárbaros, convertidos de huéspedes en asesinos, asaltaron á los descuidados misioneros, despojáronlos de cuanto tenian, y hubieran perecido en sus manos, si no hubieran evitado la muerte con la fuga. Vacilantes, inseguros, fatigados, enfermos, despues de errar largo tiempo por tierras desconocidas, confiaron en que hallarian un poco de reposo en un pueblo que descubrieron en frente ellos; pero una milla antes de llegar á él, aparecen repentinamente dos indios, los cuales los desnudan del todo, y tiran una lanzada al padre Mendiola, que se libró del golpe como por milagro. Huyen de nuevo, sufren nuevos trabajos, hasta que agotados

de cansancio, afligidos por el calor, el frio, el hambre y la sed, llegaron al cabo de siete dias á la mision de Salinas, desde donde regresaron á su colegio el 20 de agosto del mismo año.

Misiones de Salinas.

Hasta fines del año de 1690 habian trabajado los jesuitas para fundar la mision del Rosario, establecida en el valle inferior de Salinas; mision que á causa de la inconstancia de los salvajes de que estaba compuesta, tuvo variadas y no siempre felices fases; tan pronto avanzando como retrocediendo, cuando cesó del todo, y se compuso de solos Mataguayos, á los cuales se asociaron despues los Chiriguanos. Hasta que en 1767, por la espulsion de los jesuitas, fue confiado aquel campo evangélico al cuidado de nuestro colegio por don Tomás José Herrera, corregidor de la provincia de Chichas.

Hállase situada esta mision á la estremidad del valle inferior de Salinas, á 21°, 37 m. de latitud al mediodia, y á los 313°, 5 m. de longitud, á treinta leguas de Tarija. Los tres valles en que se divide esta llanura están circundados de selvas pobladas de árboles de escelente calidad. Baja de la mas elevada de todas un rio, que pasando á distancia de un cuarto de legua de la mision, se vierte en el de Tarija y el Vermejo. Las tierras, ricas de pastos, contienen espaciosas minas de sal. El clima es saludable, á pesar de ser ardiente en verano,

y muy frio en invierno. Habia establecidos en él muchos Españoles, para cuya asistencia, diseminados como se hallaban, tenia el párroco de Tarija un vicario, al cual sustituian en caso de necesidad con la mayor presteza y mejor voluntad los celosos misioneros. Cuando nosotros reemplazamos á los jesuitas en la mision, tenia esta trescientas veinte y cuatro almas, la cuarta parte de Mataguazos, las tres restantes de Chiriguanos. Los primeros eran laboriosos y se vestian con decencia; los otros holgazanes, y tenaces siempre en conservar su modo de vestir, que consiste en la simple y tosca camisa sin mangas, llamada poncho en los hombres, y tipoy en las mujeres, no sin andar á veces completamente desnudos.

Cuánta prudencia, longanimidad y dulzura se vieron obligados á usar los nuestros, en particular con los Chiriguanos, es cosa que se comprende fácilmente y que no necesita ninguna esplicacion. Baste decir que fue menester que se armaran de mucha y muy constante paciencia para enseñarles la vida racional y la diferencia entre el bien y el mal; de tal suerte estaban embrutecidos aquellos infelices. Esto no obstante en 1810 contábanse ya mil ciento ochenta y cuatro bautizados, de los cuales habian fallecido doscientos setenta y siete adultos, y cuatrocientos cuarenta y ocho niños, sobreviviendo setecientos cincuenta y dos. Pero es preciso advertir que desde el año de 1767 al 1810 sufrió aquella poblacion varias calamidades epidémicas, las viruelas (de las cuales murieron ciento treinta en seis meses), violentas pleuresías y el tabardillo, que es una enfermedad de cabeza que se contrae por una insolacion, y que suele matar á veces en veinticuatro horas. Estas y otras enfermedades producidas por la escasez de agua y las frecuentes variaciones de la atmósfera,

impidieron que floreciera y progresara aquella colonia cristiana.

Mision de Abapo.

Abapo está situado en un collado cerca del Guapay, á la distancia de cuarenta y cuatro leguas de Santa Cruz de la Sierra hácia el norte, y á ciento diez y ocho de nuestro colegio hácia el sud; á 12° de latitud y 316 de longitud, en un valle selvoso y ancho, del cual saliendo el mencionado rio, abundante de aguas procedentes de la provincia de Cazanta, desemboca en el de las Amazonas cerca de Moxos. El terreno es fértil en arroz, maiz, higos y otros frutos que se ven atacados continuamente por una innumerable cantidad de hormigas. Asi tambien los bosques llenos de plantas preciosas, gomosas y medicinales, dan abrigo á muchos tigres, y bestias feroces, muchas serpientes y otros animales venenosos. Los habitantes son Chiriguanos de orígen, y al principio eran de la peor condicion imaginable. Habitaban cabañas, llamadas por ellos *Taperas*, y no querian oir hablar de la menor sujecion. En 1771 partia de allí el indio Domingo Macangua, y dirigíase á Azero, donde encontrándose con el hermano Francisco del Pilar, que con otros dos de los nuestros trabajaba con poco fruto en la cultura de aquellos bárbaros: « abandona, le decia, esta mala raza, y vente conmigo á Abapo, donde sacarás mucho mejor partido. » Rindióse el fraile á sus instancias, y trasladado á dicho punto, se vió recibido con muchas

demostraciones de alegría, le dieron permiso para edificar una capilla y una casita para los misioneros, ayudándole á la construccion los mismos salvajes. Advertido municiosamente de esto el padre Manuel Gil, residente en Azero, cogió consigo tres compañeros, fuése allí, y recibido tan perfectamente como los otros, inauguró en noviembre de 1771 la pequeña iglesia, colocando en ella un cuadro de la santísima Trinidad, por cuya razon la nueva colonia fue conocida despues con el nombre de Santísima Trinidad de Abapo.

Los posteriores acontecimientos de la mision guardaron consonancia con los primeros; y la docilidad de aquella poblacion fue igual al celo desplegado por los misioneros. Los adultos se esforzaban cuanto podian por ponerse cuanto antes en disposicion de recibir el bautismo, al paso que ofrecian espontáneamente á los reciennacidos, para que fueran bañados en las saludables aguas de la Iglesia de Cristo. Pero el consuelo de los buenos religiosos iba á verse muy pronto perturbado. Capitaneaba por alli en noviembre del año siguiente un aventurero procedente de Mazaví, el cual engañando á aquella gente sencilla con imposturas, y maldiciendo de Dios, les intimaba que abandonaran á los misioneros, y que lo adoraran á él solo, sopena, si no lo hacian, de sufrir horribles calamidades. La intencion de este y de muchos Chiriguanos era la de poder robar gran cantidad de ganado, que la real audiencia habia destinado á la nueva mision; logró pues, á fuerza de astucia, llevarse consigo á Mazavi ochocientos de aquellos neófitos, quedándose ciento ochenta preparados á seguirlo. Pero no duró mucho su artificio; antes bien descubierta la trama, y conocidas sus malvadas intenciones, él mismo se vió forzado á huir, y los seducidos incautos volvieron confusos y arrepen-

tidos al blando yugo de los sacerdotes de Cristo. Pero no se dió por vencido el impostor, y en junio de 1779 volvió de nuevo al asalto. Reunida numerosa hueste de bárbaros, se acampó á lo largo de la orilla opuesta del Guapay, probando á vadearlo para saquear las casas y pillar los bienes de los Abapoanos. El desprecio con que fue acogido esta vez, fue mayor que el primero, puesto que los cristianos neófitos y los catecúmenos lo persiguieron muy lejos dentro de sus tierras, con lo cual quedaron seguros y en paz. Pero no obstante la desercion de los engañados Abapoanos produjo un funesto é irremediable resultado, pues el misionero fray Cristóbal Luengo se afligió tanto, que le acometió una melancolía que lo llevó al sepulcro en enero del año de 1779.

Para reemplazarlo fueron enviados el padre Fernando Senderos y Francisco Mendiola; estos fueron sustituidos por Narciso Vesga y Leon de Santiago; y por último, en lugar de estos vinieron Fernando Caro é Ignacio Tuban, ambos sacerdotes de mucha piedad, los cuales en el trascurso del tiempo fabricaron una hermosa iglesia con dos torres de frente, y otra para el reló, obra de Senderos; ademas diferentes oficinas y talleres para varios oficios y artes, y habiéndose incendiado casi todo el nuevo pais, ellos lo reedificaron con mas ostentacion, dejando á su partida un crecido número de útiles artesanos para fomento y prosperidad del pueblo, como tejedores, sastres, zapateros, albañiles, herreros, carpinteros, etc., etc. Respecto de sus mencionados sucesores, todos trabajaron con emulacion por hacer progresar al mismo tiempo la sociedad civil y la comunidad cristiana, de tal suerte que desde la fundacion hasta 1810 lograron bautizar tres mil ochocientos siete, y del estado que en la citada última época

se espidió al supremo consejo de Indias en Madrid, resulta que la poblacion se componia de dos mil cincuenta y dos almas con cuatrocientos nueve matrimonios católicos.

Misiones de Piray.

En 1728 pasaron los jesuitas al Piray y fundaron junto á una laguna una mision que llamaron mision de Santa Rosa. Durante siete años de trabajo caminaba la empresa prósperamente bajo la direccion del padre Juan José Torres y Juan Bautista Bacas, hasta el de 1735 en que los indios se amotinaron contra los padres con ánimo de matarlos, si no se hubieran retirado con presteza á Santa Cruz. Saqueada y destruida la capilla y la casa de los misioneros, arrojadas á la laguna las campanas y la imágen de Santa Rosa, volvieron aquellas gentes á su primera barbarie. Despues de vivir asi durante treinta y tres años, acudieron por último al obispo de Santa Cruz Francisco Ramon Herboso, suplicándole que les enviara un sacerdote, que les enseñara la ley y la fé de Jesucristo. El celoso prelado, aunque sabedor de la rebelion ocurrida, les dió no obstante á don Lorenzo Ortiz, el cual, resucitada la mision, la intituló Reina de los Angeles, María de la Asuncion, inaugurándola el 10 de mayo de 1768. Fue tan eficaz y caritativo el sacerdote, que para edificar la capilla, reparar lo pasado, y contentar á los indios, gastó todo su peculio, sin esceptuar la limosna que tenia por la misa. Y ya habia logrado dar á las cosas un aspecto regular,

que prometia otro mejor para lo sucesivo, cuando en el mes de agosto de 1772 lo llamó Dios á otra vida, siendo despues encomendada á nuestro cuidado aquella viña evangélica.

Esta mision era la mas distante de nuestro colegio; hallándose situada á los 18°, 44 m. de latitud, y á los 315°, 57m. de longitud. Tenia por tramontana á Santa Cruz, distante treinta leguas; al austro la mision de Abapo, distante doce leguas; y nuestro colegio que distaba de alli ciento treinta leguas. Yacia en una llanura arbolada, con un plácido riachuelo á un lado, y al otro muchos surtidores de agua y verdosas quintas; luego, dos leguas mas allá la laguna, donde los insurreccionados indios habian cometido la sacrilega inmersion. El clima del pais, ardiente en estío, algo frio á veces en junio y julio, con continuas variaciones producidas por nocivos vientos, era ocasionado á muchas enfermedades; pero el terreno era fértil, y los bosques tan infestados de tigres, jabalíes, jimios y otras muchas fieras semejantes, asi como tambien llenos de mucha variedad de aves, plantas esquisitas, miel, cera, resinas diversas y frutos silvestres. A pesar de que el justamente alabado Ortiz ocupó á todo hombre hábil en las construcciones, sin embargo, las casas estaban mal hechas, y mas que casas parecian toscas cabañas.

A los cuatro años de habernos sido encomendada la mision, el miserable pueblecillo fue devorado por un incendio. Debiéndose pensar en reconstruirlo, en solo un año fue tanto lo que trabajaron los pobres franciscanos, que en el año 77 una iglesia bastante capaz estaba concluida, hecha toda de travesaños unidos entre sí con betumen, enjalbegados por dentro y por fuera, con diez y seis columnas de maderas gruesas y bien trabajadas para sostener la bóveda. Para reedificar el

pueblo dieron mejores disposiciones, reuniendo fondos del erario regio y de los que suministró la caridad de muchos caballeros españoles. En medio de él levantóse una plaza cuadrilátera, teniendo á la cabeza la iglesia, á la derecha la casa de los misioneros, y la escuela y varias oficinas á la izquierda, con un cobertizo en el centro para que sirviera de mercado. Despues de haber asi provisto al alojamiento, pensaron los misioneros en la manera de sustentar la nueva colonia. Por ellos se hicieron diligentes, activos é industriosos aquellos semibárbaros; por ellos se establecieron animales que suministraran carne para el alimento, y que sirvieran para el cultivo de las tierras; por ellos se descuajaron terrenos eriales, se desecó la vasta llanura, se hicieron muchos sembrados y plantaciones de caña dulce; por ellos finalmente las artes mas necesarias y los oficios mas útiles fueron perfeccionados; por todo lo cual, una comarca ya esterilizada y malsana se hizo rica y floreciente. Cuando entraron en ella los misioneros, la poblacion se componia de mil cuatrocientas almas, de las cuales cuatrocientas veinte y dos estaban bautizadas. En 1810 habian recibido el bautismo cinco mil cuatrocientas cuarenta y seis, y se habian celebrado ante la iglesia trescientos matrimonios.

Los Chiriguanos de esta mision tienen una naturaleza perezosa al principio en su desarrollo, pero despues llegan á buena, ó si se quiere elevada estatura, robustos de cuerpo y hermosos, con color moreno pálido; visten una camisa con calzones de algodon, muchos á la española; las mujeres comparativamente de la misma estatura, color y robustez, se cubren por lo comun con el *tipoy* solamente; en la cabeza no llevan mas adorno que el de su larga cabellera, tendida por la espalda, en particular cuando van á la iglesia; el cal-

zado no es conocido de aquellas gentes. La calidad cenagosa del terreno y las aguas estancadas habian producido entre aquella hermosa tribu muchos buches en la garganta, y en algunos eran estos tan desmedidos, que casi se sofocaban. Aunque la mision contase ya con cuarenta y dos años de existencia, y aunque los neófitos se encontrasen ya bien instruidos y civilizados, sin embargo, aun permanecian muchos atrasados en la práctica de la vida cristiana, á causa del continuo embriagarse, que aqui, como en todas partes, engendra y fomenta todo género de vicios y de escesos, de manera que nunca se obtendrán buenos resultados, nunca se formarán buenos cristianos ni buenos ciudadanos, si no se logra estirpar la embriaguez. *Indi frustra docentur christianam religionem, si ab eis ebrietatis vitium non removeatur.* (COSTA, *lib.* 3, *de Procur. Indor. salute*, cap. 21. in fine.)

Mision de Cabezas.

A nueve leguas hácia el sud del Piray, y á cuatro leguas de Abapo hácia el norte, á 18°, 58 m. de latitud, y 316°, 5 m. de longitud, se hallaba el pueblo de Cabezas, llamado anteriormente Catocha, en un valle espacioso, que baña el caudaloso rio del Yuvapay. Habitaban allí varias hordas de bárbaros Chiriguanos. El sacerdote José Melchor Mariscal, conmovido por la ciega ignorancia de aquellos desgraciados, logró persuadir á algunos para que le permitieran el fundar entre ellos una mision; y obtenido el beneplácito del señor obispo de Santa Cruz, fuése á edificar en aquel punto una hu-

milde y poco bien acondicionada casa con troncos de árboles, y con una capillita, que dedicó en el año de 1769 á la vírgen del Cármen. Dejándola despues al cuidado de su compañero don Domingo Baca, pasó él á la ciudad imperial de Potosí y á la Plata en busca de auxilios; hallados los cuales, volvió á Cabezas con vestidos para cubrir la desnudez de sus nuevos hijos, y dinero para comprar un rebaño. Al cabo de dos años, trabajado por graves padecimientos debió trasladarse á Chuquisaca para curarse, y como su compañero vivia melancólicamente en aquella triste soledad, el obispo nos confió á nosotros aquella mision, de la cual nos encargamos el 25 de diciembre de 1772, destinando para convertir á sus habitantes al padre José Tadeo, y á su hermano el padre Francisco Leon. Aplicáronse estos industriosos operarios á darle incremento, no solo en las cosas de la fé, sino tambien en las ventajas de la vida civil. Uniendo su propia industria, y con los productos espontáneos de la caridad y la asignacion anual que recibian ellos del tesoro real, llevaron á buen cabo la iglesia en un solo año. En seguida se dedicaron á fabricar una escuela para los tiernos neófitos y una casa para ellos. Procuraron despues atraer á los indios que andaban dispersos por los campos, y formaron asi un lugarcillo de mediana estension, con una plaza, y con sanas casas dispuestas en buen órden. Luego se pusieron á cultivar los campos, y á enseñar la agricultura á los de su colonia; procuráronse simiente de arroz, maiz, guisantes y otras legumbres; plantaron buena cantidad de cañas de azúcar, todo esto sin dejar de enseñar las costumbres cristianas y los hábitos de la vida social. Gran trabajo les costó ciertamente el sostener aquello; pero no debilitándose en ellos el sentimiento fervoroso de que se hallaban animados, de tal

suerte creció la mision en pocos años, que no teniendo la primera iglesia bastante capacidad para contener al número crecido de fieles, fue necesario fabricar otra de mayores dimensiones. Construyóse esta de cuarenta y ocho varas de longitud y diez y seis de anchura, con madera gruesa y bien labrada, con diez y seis columnas que sostenian el techo formado de palmas, con cinco altares, espacioso coro, sacristía proporcionada y cinco campanas; y el año de 1785, el dia consagrado á la festividad de nuestra Señora del Cármen le fue dedicado aquel templo como á su patrona. La poblacion de mil ochocientas personas en el año de 1810 no contaba ya mas que dos paganas, que esperaban ser instruidas para poder entrar en la congregacion de los fieles cristianos por medio del bautismo. Contando desde la época en que fue formada la mision hasta 1810, el número de bautizados subia á dos mil cuatrocientos trece. Habiendo desertado de estos seiscientos catorce movidos por su natural inconstante y por su amor á la primitiva libertad, quedaban en el último cómputo mil ochocientas una almas, con trescientos ochenta matrimonios celebrados segun el rito cristiano.

Misiones del Pilar.

Para no apartarme del rio Guapay, antepongo la relacion de la mision de la Florida á la de otras mas antiguas, aunque como se verá despues, los indios que habitaban aquel pais profesaron desde muy temprano la religion de Jesucristo. El lugar en que fue fundada

esta mision se llamaba Cangua, ó segun otros decian Cuoigua ó Caaigua, tomando el nombre de un sitio poco distante. Hallábase á 18° y 42 m. de latitud, y á 316° de longitud, á dos leguas del Piray por levante en amena y florida llanura. No lejos de alli corria un riachuelo que tenia á sus márgenes algunas graciosas quintas. Alli tambien se fundó una mision, consagrada á la vírgen de las Flores, llamada por eso de la Florida; y fue poblada en primer lugar por Chiriguanos procedentes de Mazavi, Igmiri y Tacurú de la parte meridional del rio Guapay. La causa de tal emigracion era el azote del hambre y de la guerra que los castigaba horriblemente el año 79, mirado por ellos como un castigo del *Dios grande* (segun llaman ellos á nuestro Dios) por haberse negado á recibir su santa ley. Saliendo pues de su nativa tierra, habian dispuesto ir á establecerse en las misiones de Abapo, Piray y Cabezas. Pero habiendo llegado tal intento á noticias del capitan que mandaba la tropa en Abapo, se opuso á ello, no se sabe porqué, y trató de llevarlos á Santa Cruz de la Sierra con el pretesto de formar allí un lugar inmediato á la ciudad. Resistiéronle fuertemente los emigrados, temiendo que se quisiera por aquel medio reducirlos á la esclavitud. Pero nada lograron contra la prepotencia militar. El padre Manuel Gil, superior de aquellas misiones, llevando á mal aquella violenta espulsion, patrocinó la libertad de los bárbaros ante el gobierno de la provincia, de donde emanó una órden para que se les dejase libres de escoger la residencia que les acomodara mas á aquellos bárbaros. Retrocedieron pues, y se incorporaron en la mision del Piray, y los que se andaban reuniendo todavía, fueron distribuidos entre Cabezas y Abapo, en donde se establecieron por espacio de un año mas de quinientas personas. Te-

miendo los misioneros que aquella agregacion de varias tribus produjera funestas consecuencias, juzgaron que era mas discreto formar para estos una mision separada, y comunicado este pensamiento al gobernador, obtuvieron permiso de fundar un nuevo lugar donde pudieran los recienvenidos vivir tranquilos, apartados de los otros. Asi lo verificaron, edificando en la campiña de Cangua el pueblecillo llamado la Florida por la amenidad del pais. Este proyecto fue planteado por el hermano Francisco del Pilar, el cual comenzó su empresa en noviembre de 1781 sin mas medios que cincuenta escudos concedidos por el arzobispo Ramon con carga de misas, y otros doscientos que dió el canónigo Manuel García. Mas tarde la junta de la real hacienda le envió mil escudos, y posteriormente otros doscientos cincuenta para el mantenimiento de los misioneros, la compra de animales, utensilios de agricultura é instrumentos de artes mecánicas, desembolsando cien escudos para el trasporte de estas provisiones. Con estos auxilios se fabricó la iglesia y ochenta casas, que en agosto de 1783 recibian ya noventa familias que componian el número de cuatrocientas ochenta y ocho personas, de las cuales ciento cuarenta y siete estaban ya bautizadas, y las restantes en la clase de catecúmenos.

Ocurrió en este intermedio que fray Francisco del Pilar debia ir á Mazavi, Igmiri y Tacurú para traer algun socorro á los neófitos. Sabido lo cual por los Floridanos, disgustados ya de vivir lejos de la tierra natal, y seguros de hallar en otra parte quien los instruyera en la religion, resolvieron abandonar la Florida, y sin decir la menor cosa á persona alguna, pusiéronse en camino, los unos para Tacurú, los otros para Mazavi y para Igmiri, quedándose solo el sacristan en el pueblo.

En vista de esto, y para no malograr tantas fatigas y trabajos, el padre Joaquin Beltran fué á la Plata á dar cuenta del suceso á la real audiencia, la cual le concedió que fuese la Florida repoblada por dos capitanes del Piray con su gente, como ellos mismos lo habian solicitado, con todos los demas que quisieran trasladar allí su residencia. Con estos indios ya acristianados, y con otros que vinieron despues, se repuso de nuevo la mision compuesta en 1788 de trescientas setenta y seis personas. Y creciendo este número en lo sucesivo, se edificó una nueva iglesia de cuarenta y tres varas de largo y veinte de ancho; ademas la casa de los misioneros, una sala mayor para la enseñanza pública, dándose á todo el pueblo mejor disposicion y aspecto mas agradable. Cada neófito tenia su tierra donde sembraba grano y legumbres, cultivaba el algodon y recogia miel, con otros productos naturales, como lo practicaban los del Piray. En 1800 el número de bautizados, desde la época en que se fundó la mision, ascendia á mil doscientos veinte y siete, de los cuales sobrevivian quinientos setenta.

Misiones de Ceuta.

Bajando de la cordillera que divide el gran Cacho del Perú, á treinta leguas de distancia del colegio, por la parte del sud, á los 23° y 14 m. de latitud, y 315° y 45 m. de longitud, se fundó una mision con el nombre de Nuestra Señora de los Dolores de Ceuta, á peticion de los indios Mataguayos y Veiosos, por órden de don An-

drés Mestre, gobernador de la ciudad y provincia de Salta. Destinados para llevar á cabo esta obra los padres Manuel Chonca y José Ocaña, se trasladaron allí hácia mediados de setiembre de 1779. Por de pronto se construyó una sencilla y pequeña iglesia con troncos y ramas, arreglada del mejor modo posible, en la cual el 21 del mismo mes, dia consagrado á la conmemoracion y al culto de San Mateo apóstol, se celebró por la primera vez el augusto sacrificio de la misa. Al mismo tiempo se trató de hacer una casita con palos y ramas, embadurnados con lodo para que se alojaran en ella los misioneros. Creció bastante la mision con la continua afluencia de indios que diariamente llegaban, de manera que al poco tiempo no tenia la pobre capilla capacidad suficiente para contenerlos. Pero faltaban los recursos para fabricar una nueva, porque los misioneros eran sumamente pobres. Pero sin embargo, á fuerza de economizar del leve socorro que se les enviaba de Salta para su manutencion, lograron construirla de cuarenta varas de largo y veinte de ancho, con la fachada de machones, y las otras partes de travesaños y maderos toscos, enjalbegados por dentro y por fuera con lodo, y cubiertos de paja. En 1785 se hallaba concluida. A estas primeras construcciones se agregaron los trabajos de los soldados acantonados allí para la defensa del pais cristiano contra las correrías de los bárbaros limítrofes, porque aquellos desgraciados no tenian mas abrigo que el que les ofrecian algunas cabañas mal formadas y estropeadas: verdaderos peregrinos en el corto viaje de esta vida.

Hallábase esta mision á treinta leguas de Humaguaca, y á setenta de Ivivi; al norte tenia un rio llamado de Ceuta, en el cual entraban los de Iruia, San Ignacio y San Andrés; al sud, y á distancia de seis le-

guas, corria otro rio llamado Vermejo ó rio de Tarija, que recibe las aguas de los otros, y el cual, ademas de contener mucha cantidad de pescados, tenia tambien lobos marinos y caimanes. Estendíanse por el oeste espaciosas llanuras cubiertas de árboles diversos; nogales, cedros, quebrecos, quinaquina, lapacos, palo blanco y amarillo, entre cuya espesura habia tigres, jabalíes y otras fieras. El terreno era fértil, el clima caloroso, pero húmedo, por consiguiente malsano, con tábanos, culebras, escorpiones y otros animales venenosos y nocivos. Por tres partes confinaba esta ciudad con los infieles; al norte tenia á los Chiriguanos, al sud á los Chatacos, al este á los Tobas, solo al poniente se encontraban los cristianos de Humaguaca. Los indios que habitaban á Ceuta en la época de su fundacion llegaban escasamente al número de cuatrocientos. Tan aficionados eran á la vida nómada, que ni siquiera deseaban vivir bajo las tiendas erigidas por los soldados, y en 1795 se pudo conseguir á duras penas que hicieran sus casas un poco mas cómodas fabricándolas al rededor de la plaza. Pocos años despues dejaron que se arruinaran completamente, volviéndose á su antiguo modo de vivir á cielo abierto por pura holgazaneria. Era su genio tan rudo y perezoso, que no se les podia hacer trabajar sino hartándolos de comida. El aspecto bruto, negruzco ó palido el color: sus armas flechas, dardos y garrotes. La religion era cosa desconocida, y sin embargo eran supersticiosos. En las enfermedades recurrian á los hechizos y adivinaciones. No habia entre ellos consorcio; hoy cogian una mujer para despedirla mañana. Pero no admitian la poligamia; y cuando llegaban á tener hijos con una mujer, dificilmente la abandonaban. Si lo hacian, los niños corrian peligro de la vida, porque las madres

abandonadas vengaban su ultraje con la muerte de sus hijos. Todas estas causas disminuian la poblacion. La ciudad de la Nueva Oran fundada en 1794 por el gobernador don Ramon García Pizarro fue ocasion de muchas discordias y de la ruina del pueblo de Ceuta. Tambien los indios Tobas que en ciento trece años no habian inquietado á sus vecinos, comenzaron á hacer escursiones y correrías impetuosas, robando y arrollando cuanto les hacia frente y salia al encuentro. Los nuevos habitadores de Oran no se cansaban de molestar á los neófitos de Ceuta, los cuales se volvieron por última vez á sus bosques con ánimo de no salir de ellos. Los misioneros trataron de hacerles renunciar á este propósito, y solo lo consiguieron ofreciéndoles á instancias suyas trasladar la mision á seis leguas de distancia de los Españoles de Oran, como se verificó. Pero alli se originaron nuevas dificultades. Los Veiosos se acomodaban espontáneamente porque se hallaban próximos á sus compatriotas; pero los Mataguaios soportaban con mucho trabajo la residencia, porque no tenian á ninguno que los favoreciese. Empeñáronse pues en vivir en Ceuta. Por lo tanto fue menester dividir la mision, quedándose con estos un misionero, y yendo el otro á la nueva tierra con los Veiosos, todo esto por culpa de los habitantes de la Nueva Oran. El sitio escogido para la nueva colonia se estendia al sud entre el rio de Santa María y el de Ivivi, á las márgenes del Vermejo á los 23°, 19 m. de latitud, y 315°, 53 m. de longitud en un campo llamado Zaldua, terreno tan fértil como el de Ceuta y la Nueva Oran. Los Veiosos trasladados á Zaldua eran cuatrocientos veinte y siete, y se habian puesto á sembrar sus campos, cuando habiendo desbordado el rio, los cultivos fueron perdidos, y el nuevo pueblo se dis-

persó y regresó á Ceuta. Volviéndose de esta suerte á reunir los Veiosos y los Mataguaios, estos que no simpatizaban lo mas mínimo ni con los Veiosos, ni con los moradores de Oran, declararon que querian irse á Rioseco, donde se encontraban sus paisanos. Esta poblacion se hallaba situada al otro lado de la cordillera de Caiza en la llanura de Manzo, separado seis leguas de la montaña al este, y diez del Vermejo, á los 22°, 44 m. de latitud, y 315°, y 57 m. de longitud en un terreno fértil, teniendo á cuátro leguas de distancia en direccion de levante á los Chiriguanos, mandados por su capitan Ocaziques. Allí fue forzoso establecer la mision, intitulándola mision de San Esteban, el dia 1° de marzo de 1802, adonde fueron todos los Mataguaios de Ceuta en número de cuatrocientos repartidos en cuarenta familias. El padre Esteban Primo Ayala fue su fundador sin mas recursos que el producto de su trabajo y el auxilio de las almas caritativas. Erigióse un oratorio, una casita para él y la escuela para los niños, procurándose ademas los animales necesarios para el cultivo del campo y el sustento de los enfermos, de los ancianos y de los párvulos. Habiendo provisto de esta manera á las necesidades materiales de la vida, instruíalos diariamente en la ley de Dios y en la civil; pero poco progresaban aquellos bárbaros, acostumbrados á pagar con villanías los favores que recibian. Movidos por su carácter voluble y su ingratitud, se amotinaron en los primeros dias de febrero de 1804, tratando de matar al padre Andrés Cárlos y á su compañero fray Martin Romero; y si no lo hicieron fue porque los religiosos se sustrajeron á tiempo de su furia. Calmado su enojo y pasado su delirio, volvieron á su antigua sujecion, pero siempre suspiraban por la vida libre y licenciosa

mas bien que por la cristiana. Creciendo cada dia su insolencia y rebeldía, los misioneros no vieron mas remedio que volverlos á trasladar á Ceuta, como lo verificaron en setiembre del mismo año. Y hé aqui de qué modo se desvanecieron como el humo las misiones de Zaldua y Rioseco con mucha pérdida y grave dolor de los solícitos misioneros. Si por fin hubieran concluido aqui las penalidades; pero las tribus reunidas parecia que trataban á porfia cómo hacer vanos los trabajos de los piadosos maestros, pues ademas de no hacer ningun progreso en la religion cristiana y los hábitos civiles, todos los años en los meses de octubre, noviembre y diciembre, se desbandaban por los bosques con el pretesto de recoger frutos silvestres, y allí daban rienda suelta á las costumbres mas desenfrenadas de la vida bárbara, llegando á las manos, y aun á matarse, ya por ódios envegecidos, ya por celos amorosos, á veces por pura ostentacion de vanagloria y valentonada. Al volver al lugar volvian completamente salvajes. Comenzaban los misioneros con nuevo ardor los ejercicios de la caridad, de la instruccion, tratando de impedir los escándalos, visitando diariamente á los enfermos y socorriéndolos, confortando á los moribundos en su estremo tránsito, exhortándolos á bautizarse, recomendándoles el trabajo, la templanza; pero ¡ para qué tanta fatiga, para qué tan santo celo, si no se corregian ellos, ni acudian á la iglesia, si despues poco á poco se dispersaban por el pais! Despues de las vicisitudes referidas, la mision de Ceuta tenia en 1810 doscientas veintiuna almas.

Misiones de Tacurú.

Volvamos á la cordillera habitada por los Chiriguanos, donde el fervoroso fray Francisco del Pilar estaba ocupado en la conversion de los bárbaros que se encuentran establecidos á la parte de acá del Guapay, en el territorio de Mazavi, Igmiri y Tacurú. La empresa comenzada por este fue dificultada por la maldad de algunos perversos. Pero aquel que se rie de los hombres necios que creen poder desconcertar los designios de la eterna sabiduría, coronó sus deseos, y llenó sus votos.

El primero que aceptó la mision fue el capitan Tembero de Igmiri; y fué con el misionero á la Plata para recoger con el beneplácito de aquella corte lo que era necesario, y habiendo obtenido aun mas de lo que se prometian, partieron para Tacurú. Pero á poco mas de la mitad del camino, el inconstante capitan se dejó seducir por el malvado Guaricaia, indio de Iti, por el cual no solo faltó á su palabra empeñada, sino que ademas resolvió penetrar en las tribus salvajes, para llevar á saco y fuego la cosecha de sus parciales, para que no lo obligaran á cumplir su palabra. Esto tuvo lugar en setiembre de 1786. El caudillo principal de Tacurú, llamado Gurapadilla, compadecido de la triste situacion de fray Francisco, tan pérfidamente engañado, le rogó que se acogiese á su tierra, y que fundase allí para él y sus habitantes una mision. Aceptando

tan grata propuesta, lleno de gozo el padre Francisco, comenzó á edificar una capilla y una casa; pero otra tempestad terrible se desató; el capitan Chaque se sublevó, y se opuso tenazmente á la empresa. Guaricaia atizaba la discordia; el pueblo se puso en movimiento; armados de arcos y flechas estaban los combatientes á punto de venir á las manos cuando fray Francisco del Pilar se puso en medio de ellos, y con humildad y la eficacia de sus exhortaciones logró apaciguarlos, y depuestas las armas y tranquilos los ánimos, le dejaron continuar la obra comenzada. Y habiendo concluido sin mucha dificultad todo lo que se propuso y creyó indispensable, llamó al padre Francisco Mendiola del Piray, quien consagró la humilde iglesia, que dedicó al patrocinio de san José, celebrando la misa el 21 de setiembre de 1786 con verdadero júbilo de toda la vecindad.

Esta mision estaba situada á los 15° y 28 m. de latitud, y á los 316°, 2 m. de longitud, á distante diez y nueve leguas de Abapo al sud, y rodeada de selvas peligrosas habitadas por tigres, serpientes y otras fieras y reptiles venenosos, como acontece con casi todas las misiones del pais. El clima era ardiente y seco; la tierra producia cereales, legumbres y algodon. Al principio solo se contaban doscientas cuatro personas de orígen Chiriguano, todas gentiles, escepto ochenta y cinco párvulos bautizados por fray Francisco. Dos años despues la mision habia tenido un aumento de doscientos diez y seis individuos, contándose ya un centenar de adultos purificados en la fuente bautismal. En 1789 se acrecentó con veinte personas mas, y asi fue progresando poco á poco cada año; pero al mismo tiempo sufrió una gran disminucion en 1790 á causa del hambre y de las viruelas, que ocasionaron la muerte de unos y

la emigracion de otros, dejando casi desierto el pueblo. Dos años consecutivos duró esta calamidad; pero en 1793, la gente que andaba dispersa por una y otra parte volvió á poblarlo en número de trescientas once personas. Multiplicándose estas, y perfeccionándose en las costumbres cristianas y civilizadas, á principios de este siglo ya se contaban cuatrocientas treinta y ocho personas, de las cuales solo sesenta y dos no estaban bautizadas. Desde 1786 á 1810 bautizaron alli nuestros misioneros á mil trescientos treinta tres paganos, de los cuales quinientos habia pagado ya el comun tributo á la perecedera naturaleza.

Misiones de Igmiri.

A seis leguas de Tacurú, al norte, se hallaba situado Igmiri á los 19° y 16 m. de latitud, y á los 316° de longitud, punto donde fray Francisco proyectaba fundar una mision, confiado en las promesas falaces del capitan Tembero. Pero habiendo destruido este hombre perverso las cabañas y la cosecha del año corriente, marchándose con sus secuaces para no abrazar el cristianismo, el buen fraile perdió toda esperanza de recoger su grey. De aquella poblacion no veia mas que media docena de casas deshabitadas, y á media legua de distancia doce grutas desiertas. No tenia por de pronto medios para comenzar aquella obra, porque la fundacion de Tacurú los habia absorbido completamente. Pero no por eso desfalleció su ánimo; antes bien poniendo su confianza en la divina providencia,

apenas hubo concluido la iglesia de Tacurú partió para Igmiri, y alli se dedicó en seguida á construir una capilla para el culto de la divinidad, y un tugurio para sí y los misioneros. Entretanto la gente que habia seguido á Tembero comenzaba á volver á sus antiguos hogares, arrepentida de haber escuchado los perversos consejos de aquel malvado. Agregábanse otras familias diseminadas en las cercanías, de tal manera, que en poco tiempo se formó una poblacion considerable. El buen fray Francisco con su actividad y singular industria habia recogido ya todo lo necesario para el culto; y llamado el padre Francisco Ricart, inauguró la capilla bajo la advocacion de la Vírgen de Guadalupe el 18 de setiembre de 1787. La posicion de aquel pais era bastante agradable; su espaciosa llanura se hallaba defendida por una cordillera de montañas, y embellecida por levante por suaves colinas, baluarte de las imponentes sierras de san José de Chiquitos que se alzaban á sus espaldas. El clima y la calidad del terreno no se diferenciaban de Tacurú; el agua solamente escaseaba, porque el único riachuelo que corria por aquel sitio estaba á media legua de distancia. Esta escasez de agua en las misiones de la parte oriental del Guapay era funesta á la prosperidad de las mismas. Por eso, nuestros misioneros se dedicaban no solo al bien espiritual de sus prosélitos, sino tambien á procurarles aquellas ventajas temporales que pudieran hacer mas llevadera la vida; con este fin trataban de que cada familia tuviese su campo, y ellos mismos hacian plantaciones de algodon ó cañas de azúcar para el aprovechamiento comun, adquirian instrumentos rurales, y mendigaban de ciudad en ciudad, de villa en villa, y se dirigian al gobierno y á los fieles en favor de los indios. Y ya que tengo la pluma en la mano, séame

lícito notar una vez por todas que los dignísimos ministros de Jesucristo, hijos de san Francisco, abrigaban en su pecho tanto amor hácia los desgraciados infieles que intentaban convertir, que el sueldo que el gobierno les señalaba, lo gastaban en provecho de sus catecúmenos, como lo han atestiguado muchas veces las mismas autoridades civiles. El mismo sendero se sigue hoy mismo; y yo puedo asegurar por mis compañeros sin temor de que nadie me desmienta, que ocupados en civilizar á los indios de la frontera de Tarija, pasan una vida tan estrecha y miserable, que su descripcion pareceria seguramente exagerada. Desde por la mañana hasta por la noche están atareados para instruir á grandes y pequeños, arreglar sus diferencias, dirigir el cultivo de sus campos, velar por el aumento del ganado. Ellos defienden á sus pueblos de la avaricia de sus vecinos, emprenden largos viajes para resguardar las propiedades, asisten á los enfermos, enseñan la piedad, las artes y las letras á los niños, y hacen grandes jornadas para atraer á los desertores al seno de sus familias, devorando en paz los insultos y afrentosos tratamientos, que suelen ser á veces la recompensa de su caritativo celo. Y en medio de tantas penurias, ¿cuál se figura el lector que es el sustento de los nuevos apóstoles? Un pan mal acondicionado, y por todo regalo un poco de carne salada, asada sobre ascuas, ó hecha pedazos y cocida con harina de maiz.

Misiones de Zaypuru.

Partiendo de Tacurú y caminando hácia el mediodia, á las siete leguas se encuentra Zaypuru á los 31° de latitud y 316° de longitud, fundado por el benemérito y muchas veces alabado fray Francisco del Pilar, que lo puso bajo la proteccion del Taumaturgo de Padua. Está situada esta mision en una llanura arbolada y bastante fértil. A cincuenta pasos por el occidente brota un raudal de agua, que si es potable cogida en el manantial, se corrompe despues con la mezcla de otras aguas termales y de sustancias heterogéneas.

Los principios de esta mision fueron poco laudables. El gobernador de Cochabamba y de Santa Cruz de la Sierra don Francisco Viedma, hallándose en esta última ciudad, quiso salir á ver nuestras misiones. Habiendo llegado á la tierra de Zaypuru, el caudillo Maruama le salió al encuentro acompañado por sus soldados armados de arcos y flechas : esto por honrar al ilustre huésped. Aquel recibimiento armado fue acogido sospechosamente por el gobernador Viedma y su escolta. Pensando que los bárbaros salian á recibirlos con sentimientos hostiles, trató de aplacarlos con regalos que fueron rehusados. Temió el que hubieran urdido alguna trama aleve, y que quisieran vengarse del severo castigo que les habia infligido su predecesor. Atemorizado pues y receloso, huyó precipitadamente con su acompañamiento, figurándose á cada instante que tenia los indios á la espalda, y aquellos infelices

ni siquiera lo soñaban. Ni era sazon de temer á Maruama, quien si aborrecia al principio el cristianismo, se habia despues hecho su amigo, de tal suerte que habiendo llegado á su noticia el fundamento de la mision de Zaypuru, él mismo habia llevado á sus hijos para que fuesen bautizados.

Preocupado pues el ánimo del señor Viedma, como ya hemos dicho, fuése lleno de resentimiento, y en vez de su escasa y aterrada comitiva, espidió una partida numerosa de gente armada. Habia esta llegado hasta Opaburu, seis leguas distante de Zaypuru, cuando habiendo llegado la nueva á este último punto, Maruama mandó á los suyos que prendieran fuego al pais y que huyeran con él, como lo verificaron en octubre de 1787. Si no hubiera otras muchas, esta seria una prueba irrefragable de lo que sirven los soldados para defender una religion de caridad (1). Sin embargo Dios no permitió que aconteciese todo el mal que era de temer de semejante medida. Entretanto fray Francisco del Pilar con los indios del capitan Canderugua, y con otros que pudo traer de Tacurú y de Mazavi dió principio á la construccion de la iglesia, en la que habiendo hecho venir al intento al padre Angel Agrimbau, se celebró la misa el 21 de abril de 1788. Aquella iglesia fue titulada la Vírgen de la Capilla, á instancias del citado gobernador, que habia ofrecido hacer traer un cuadro de Jaen, su patria, donde la vírgen María era venerada bajo esta advocacion. Pero como este cuadro no llegaba nunca, habiendo fabricado despues de tres años una

(1) Si este y otros fragmentos aparecen un poco confusos en la narracion, esto proviene de la confusion material que existe en el menudo carácter, y á veces ininteligible escritura del manuscrito enviado de América. (*Nota del Editor.*)

iglesia nueva, llamóse esta iglesia de san Antonio de Padua, título que conservó siempre. Desengañado en este intérvalo el gobernador, mandó á la soldadesca que retrocediera; y entonces los fugitivos comenzaron á aproximarse, reuniéndose por esta causa en aquel mismo año treinta y cuatro familias, entre ellas la del capitan Maruama. En 1810 el número de la poblacion reunida en Zaypuru era de mil trescientas diez y ocho almas. No poco fruto se recogió en esta mision, supuesto que desde su orígen hasta el año referido, se administró el bautismo á mil seiscientos veinte y cinco bárbaros, de los cuales vivian en aquel año novecientos cuarenta y cinco.

Misiones de Mazavi.

Aun estaba ocupado fray Francisco de Pilar en la mision poco ha descrita, y ya su ánimo ardentísimo corria á otro pueblo, distante de allí seis leguas. Este punto era Mazavi, á los 19°, 24 m. de latitud, y á 316° de longitud. Estendíase este lugar en un valle elevado entre los montes que se apoyan en la cordillera. Como era escaso de agua, teniendo solamente á una media legua un arroyo casi seco en invierno, los pastos eran miserables, y apenas se podian mantener los ganados mayores. No dieron poco que hacer á los misioneros los indios de Mazavi, escitándolos su capitan Caburey á huir, diciéndoles que fray Francisco era un hechicero, un encantador, que los engañaria. Indiferente á tales calumnias, continuaba el fraile los cotidianos ejerci-

cios de su caridad con los bárbaros, y esto con tanta suavidad, y al mismo tiempo tanta perseverancia, que por fin logró enarbolar allí el estandarte de la cruz. Finalmente á principio de 1787 el mismo capitan Caburey con su hermano Andrés y con otros indios acompañó á fray Francisco á Tacurú, donde todos juntos rogaron al padre Manuel Ricard y al padre Francisco Mendiola se trasladaran á su tierra para fundar en ella una mision. Conseguido su objeto respecto de la oportuna facultad, fray Francisco comenzó la fábrica de la iglesia, de la casa de los misioneros y de la escuela, que se vieron concluidas el 3 de octubre. Partió en seguida la vuelta de la Plata en busca de los necesarios ornamentos, y provisto de ellos y de todo cuanto podia ser preciso, regresó en breve á Mazavi acompañando á los dos sacerdotes poco ha citados. El dia 24 de junio de 1788 fue consagrada felizmente la iglesia, asistiendo á la inauguracion cinco gefes de las tribus comarcanas con sus secuaces, y casi todos los habitantes de Igmiri.

Si eran pocos al principio los habitantes de Mazavi, apenas habia trascurrido un mes desde la solemne ceremonia que inauguraba allí el culto católico, cuando ya se habian reunido todos aquellos que habian desertado de la Florida, rogando ahora que se les instruyese en nuestra fé en el mismo lugar en que habian respirado el aura primera de la vida. Dóciles y consecuentes vivian bajo la direccion del misionero, que hubiera sido completamente feliz con el sincero amor que veia manifestarse en ellos hácia nuestra santa religion, si no lo hubiera afligido profundamente el continuo espectáculo de la miseria de sus queridos neófitos, que obligó muy á menudo á los buenos religiosos á ceder mucha parte de su asignacion, contentándose con co-

mer con escesiva frugalidad, y vistiendo muy miserablemente.

En esta mision fueron bautizados mil ochocientos sesenta y dos indios, de los cuales habian fallecido desde el tiempo de la fundacion hasta 1810 novecientos cincuenta y cuatro. Contábanse últimamente mil setecientas veinte almas, acristianadas todas, escepto ciento noventa y cuatro que esperaban ser instruidas para recibir el bautismo. La mision fue fundada y sostenida meramente con los auxilios de la caridad, y con las economías que en provecho de sus feligreses hacian los misioneros, los cuales llegaron con el progreso del tiempo á proveerla de todo lo necesario, si no para pasar una vida cómoda, á lo menos para pasarlo sin miseria.

Misiones de Iti.

Volviendo á cada paso en estas memorias á mencionar las estraordinarias hazañas de fray Francisco del Pilar, y viendo con cuánto ardor emprendia, con cuánto cuidado plantaba, con cuánto celo establecia diversas misiones difíciles, que hubieran sido empresas no comunes para sacerdotes de prudencia y de caridad consumadas; al ver, digo, todo esto, y admirarlo, admiramos nosotros tambien al mismo tiempo, y tal vez nuestros lectores admirarán con nosotros, el antiguo poder jamás debilitado del cristianismo, el cual para dar á conocer todo su valor á aquellos que todavía no se hallan iniciados en su doctrina, escoge para difun-

dirlo y fecundarlo en nuevo suelo á los agricultores que son al parecer los menos autorizados. Buen ejemplo de esto es el humilde convertido, cuyo nombre, tan repetido en este escrito, va otra vez á salir de nuestra pluma.

En el año 1784 fray Francisco del Pilar deseaba ardientemente plantear una mision en las llanuras de Iti, poblacion de gentiles entre los Chanesos y los Chiriguanos, todos de índole feroz. Habiendo por lo tanto encomendado la de Mazavi al padre Mateo García, partió para Chuquisaca con el objeto de conferenciar con el señor arzobispo y con la real audiencia. Andaban allí divididos los pareceres acerca del modo de sojuzgar á aquellos bárbaros, proponiendo los unos á que se empleara la fuerza, en tanto que los otros aconsejaban el uso del consejo y la blandura. De estos era, por demas es decirlo, el celoso fraile, y venciendo su partido, el esforzado varon no ciñó mas arma que la confianza que tenia en el Señor.

Al entrar en Iti hácia fines del año de 1788, por una fatal desgracia encontróse al acérrimo enemigo de los cristianos Guaricaia, aquel mismo que en Pilipili y en Azero le habia dado tantos digustos, siendo ahora capitan de toda la gente de Iti. El cual viendo llegar al fraile, ¿á qué vienes aqui? le preguntó con altanero tono y faz iracunda. Vengo, le contestó fray Francisco, á fabricar una pobre iglesia adonde puedan refugiarse los cristianos que habitan en esta comarca, y todos aquellos que entre vosotros quieran acristianarse. Reprimió el bárbaro su indignacion, y le señaló para que realizara su proyecto un sitio un poco apartado de la tribu. Pero mientras el buen fraile enarbolaba una cruz, todos aquellos salvajes se irritaron tanto, que derribadas sus cabañas, y cargados al hombro los palos

y las ondas, se fueron á reconstruirlas al otro lado del rio. El fraile continuó la fábrica de la capilla, y habiéndola terminado hácia los últimos de abril de 1789, el padre Tomás Ayala que lo habia acompañado á aquella espedicion, la bendijo, consagrándola á María de la Presentacion en el templo despues de su prodigioso parto.

No dejaba el fiero Guaricaia de molestar á los Españoles, motivo por el cual fue encarcelado por estos juntamente con su hermano Chinanda y otros cuatro compañeros suyos. Movió esto á ira contra los cristianos á todos aquellos bárbaros, y capitaneados por Chiriú, tercer hermano de Guaricaia, quien rodeó la casa de los inocentes religiosos, amenazando con horrendos aullidos quemarlos vivos, y sepultar sus cenizas calientes bajo las ruinas del edificio. En el mayor ímpetu de su cólera se lanzó de improviso en medio de ellos el intrépido fray Francisco, y les habló con tanta dulzura y tan santa uncion, que toda aquella turba irritada enmudeció en un instante. El padre Ayala pasó á la otra orilla del rio y restableció la paz del mismo modo, logrando que los rebeldes indios volvieran á levantar sus tiendas al rededor de la nueva iglesia. Pero en aquel punto llegaba un tal José Arredondo, subdelegado de la provincia de Laguna, conduciendo el cuadro para la capilla, escoltado por tropa. A tal vista se encendió el reprimido enojo, sospechando los bárbaros que los religiosos habian tramado contra ellos una pérfida traicion. Y ya comenzaban de nuevo á mover las manos, cuando la exhausta elocuencia de fray Francisco volvió otra vez á calmarlos.

Tales fueron los principios de la mision de Iti, compuesta de Chaneses rebelados y perversos, suspirando siempre por la vida desenfrenada. Ni fueron tampoco

mejores los que se agregaron en lo sucesivo. Todos, despues de sembrar los campos, se entregaban á la holgazanería y á la satisfaccion de sus brutales apetitos. Tan distantes estaban de convertirse al cristianismo, que ni aun en la hora de la muerte se lograba inducirlos á ello. Y cuando el misionero dirigia la palabra á alguno, otro lo distraia y apartaba; y cuando iban á visitar los enfermos, los escondian aun cuando fueran párvulos. Si se entrometia despues á apaciguar sus disputas y á componerlos, dábanle de golpes y lo despedian con malas palabras. Este triste estado de vivir, ejercicio continuo de paciencia heróica, duró años enteros, siendo por un lado el trabajo sumo, y por el otro, poco, muy poco el fruto recogido. En 1795 contando la poblacion ochocientas sesenta y nueve almas, escasamente habian recibido el bautismo diez adultos y cuarenta y cinco niños. Y en 1800 sobre mil catorce almas, ascendia el número de cristianos solo á ciento sesenta y siete.

Iti se hallaba situado á los 19°, 22 m. de latitud, y 315°, 15 m. de longitud, al levante de Zaypuru, y á distancia de veinte y cinco leguas, y por el poniente tenia la parroquia de Sauces á la distancia de doce leguas. Yacia Iti á la estremidad de un valle profundo, á lo largo del cual corria un rio, que dejaba á mediados del año enjuta parte de su madre, infiltrándose el agua en la arena. El verano muy ardiente; en invierno fuertes escarchas que marchitaban y destruian el algodon. El terreno feraz y propio para todo género de cultivo.

Poco correspondieron siempre aquellos indios á la caridad de los misioneros, pero no por eso se agostó ó disminuyó esta; mas bien se puede decir, que cuanto menos fructuosa era, tanto mas se acrecentaba, au-

mentándose en razon inversa de la ingratitud de aquella gente. El año de 1791 fue enviado el padre Martin Ortiz á reemplazar al padre Tomás Ayala. Llegando alli el nuevo sacerdote éstremadamente pobre, vivió algun tiempo con mucha penuria, hasta que merced á la piedad de un canónigo de Chuquisaca, que le mandó cierta suma de dinero, pudo vivir menos miserablemente y comprar algunos animales. Despues trató de adquirir con su industria unas pocas cabezas de ganado lanar, que él mismo trajo de Laguna. En el entretanto, amenazando ruina en 1798 los edificios primitivamente construidos, el buen padre fabricó una nueva casa para los misioneros y la escuela, y mas tarde una iglesia con buenos materiales. No contento con ser pastor y albañil, hízose labrador, enseñando la agricultura á los indios, y haciéndola progresar. Pero aquellas gentes indóciles no agradecieron el géneroso amor de nuestros misioneros, y se acomodaron muy poco á nuestra religion, porque contrariaba la licenciosa vida del paganismo. El pérfido Guaricaia, aunque en paz con los religiosos, y muy aficionado al padre Martin, vivió y murió como un infiel obstinado. En el año de 1810 se contaban en Iti cuatrocientos noventa y siete adultos y trescientos ochenta y seis párvulos bautizados.

Mision de Tayarenda.

A la distancia de tres cuartos de legua, á lo largo del

rio de Iti, y en la misma llanura se hallaba la tierra y mision de San Pedro de Alcántara de Tayarenda, á los 19°, 20 m. de latitud, y 315°, 15 m. de longitud, fundada por fray Francisco con limosnas de piadosos bienhechores. El padre Mateo García, misionero de Azero, bendijo la capilla en mayo de 1790 : y el padre Manuel Ruiz Galdeano se quedó á su cuidado. La calidad del terreno y el clima iguales á los de Iti; los bárbaros que vivian allí antes de fundar la mision eran Chiriguanos, tan enemigos del cristianismo como lo eran los Chanesos de Iti. Desde el principio el fraile apóstol fabricó una capillita y un tugurio para sí y los misioneros que vinieran despues; en seguida se fué á Chuquisaca con propósito de buscar recursos para esta mision y la de Iti. La fama de que disfrutaba en aquella ciudad, y la veneracion que se le tenia le valieron una buena acogida por parte de los ciudadanos; y la real audiencia le mandó dar ochocientos escudos para Iti, y setecientos para Tayarenda. Habiendo comprado con estos caudales lanas, ornamentos sagrados y otros utensilios necesarios, volvió á Tayarenda, donde encontró su casuca intacta, pero no halló allí á los indios, quienes echando por tierra sus propias cabañas y la iglesia, se habian ido á vivir á tierras lejanas, donde pudieran entregarse libremente á sus hábitos licenciosos. Aunque tal emigracion lo hirió en lo mas profundo de su alma, sin embargo, no por eso desmayó su celo. Púsose á construir un cobertizo para que le sirviera de capilla, que bendijo el citado padre Garcia, sin que le pusieran obstáculo ni lo distrajeran de su trabajo los indios montañeses que se habian reunido allí procedentes de diferentes puntos. A la dedicacion de la miserable iglesia, titulada de San Pedro Alcántara, se habian encontrado presentes muchos in-

dios de Ibuirapucuti con su caudillo Gurabaca. Rogó este á fray Francisco que se fuera con él á su tierra para establecer alli aquella fé, cuyo culto habia presenciado y admirado; y el fraile partió en seguida con él, dejando solo en Tayarenda á Ruiz Galdeano.

No es preciso repetir los trabajos y aflicciones sufridos por este buen sacerdote con la indole perversa de sus bárbaros, sin tener un compañero con quien pudiera dividir las penas, aflicciones y afanes, y sin tener tampoco el consuelo de ver coronada su piadosa obra con éxito feliz. Ocho meses despues tuvo un coadjutor, el padre Zacarías Ortiz, y trató de hacerles tomar vecindad con la mayor insistencia. Empeñóse en persuadirles á que fabricaran casas al rededor de la capilla, y logró despues de un año de predicaciones y de súplicas que se construyeran cuarenta en el sitio indicado. En 1792 se incorporaron otras familias, de suerte que poco á poco comenzó á tomar aquello el aspecto de un pais regularizado. Dedicábase él entre tanto á civilizar á aquellos bárbaros. Un año despues edificó una nueva iglesia, decorándola lo mejor que pudo, proveyéndola de todo lo necesario al culto divino. Dió todavía mejor distribucion al pueblo; escogió á los mas capaces para que se encargaran del gobierno y de la policía, y con esta y otras diligencias suavizó las costumbres de aquellos hombres groseros, los plegó á la sujecion, y los instruyó en los misterios de la religion cristiana. Para habituarlos al trabajo, no desdeñó el misionero de trabajar él mismo, tanto en el cultivo del campo como en las obras de albañilería y herrería. En 1804 el número de almas era de seiscientas seis, de las cuales trescientas noventa y cuatro eran cristianas; y subiendo hasta la época de la funda-

cion, ascendian á ochocientas nueve las personas bautizadas.

Mision de Ibuirapucuti.

Pasó el fervoroso fray Francisco del Pilar de Tayarenda á Ibuirapucuti, estimulado, como se ha dicho un poco mas arriba, por el caudillo Gurabaca. El pueblo que yacia allí, distaba cinco leguas de Zaypuru al sud, á los 19°, 39 m. de latitud, y 316°, 8 m. longitud, en medio de una campiña amena, cercada de frondosas colinas, en un suelo fértil, y fecundo en todo cuanto producia Zaypuru. Los habitantes eran de estatura y de índole igual al resto de la nacion Chiriguana. Habíanse mantenido siempre hostiles al cristianismo; pero en 1790 hallándose afligidos por un hambre cruel, comenzaron á envidiar la suerte de aquellos compatriotas suyos que gobernaban nuestros sacerdotes, á quienes no dejaban carecer del alimento necesario en medio de tan terrible escasez. Muchos de estos mismos, acosados por el hambre, habian regresado á las misiones, confesando despues que debian la vida á la caridad de los ministros del verdadero Dios. Por todo lo cual, habian estos pedido que se les enseñara la doctrina del Crucificado. Apenas llegó allí, fray Francisco comenzó á construir una iglesia, que los mismos indios ayudaron á terminar. Estando ocupado en esto, vinieron tambien á buscarlo los de Taquaremboti, y como á poderlo hacer hubiera deseado él convertir á todos los infieles, una vez concluida su fábrica, rogó al

padre Fernando Sendero que le enviase un religioso para bendecir la capilla y tomar á su cargo el cuidado de los nuevos prosélitos. En seguida, él partió.

El destinado fue el padre Antonio Perez, que estaba en Mazavi, el cual abrió el año siguiente la capilla al culto católico, poniendo la nueva mision bajo los auspicios del glorioso san Francisco Solano, solemnizando el dia de la dedicacion con tanta pompa, que trasportó de alegría el corazon de todos los indios que la presenciaron.

Habiéndose quedado solo para cultivar el nuevo campo el padre Perez, tuvo que soportar grandes trabajos, y obligado en seguida á regresar á Mazavi, los neófitos se quedaron huérfanos, sin que nadie pudiera prestarles auxilio. Informado de esto fray Francisco, dividíase, por decirlo asi, con estos, secundado tambien por el mismo padre Perez. Los buenos misioneros recibian en cambio la gratitud de los Ibuirapucatanos que perseveraban en la promesa que habian hecho de abrazar el cristianismo, al paso que los de Ipi les enviaban á decir que devastarian la tierra, y la arruinarian si no abandonaban á los misioneros. Fray Francisco fabricaba en el entretanto una capilla y una escuela en Taquaremboti, y á principios de diciembre iba á la Plata en busca de las cosas mas indispensables para esta última mision. Al regresar de allí encontró con mucha satisfaccion suya en Ibuirapucuti al padre Gabriel Blay, y supo que el padre Perez se habia trasladado á Taquaremboti. Estos misioneros se distinguieron á porfía por el celo con que desempeñaron la mision que se les habia confiado, y para contentar á sus neófitos trabajaban con sus propias manos, y sacaban partido de su propia industria. La poblacion de Ibuirapucuti era bastante crecida. Pero muchos habitantes

se vieron forzados por el hambre del año de 1792 á diseminarse por los bosques en busca de raices y frutos silvestres : sin embargo, al cesar aquella calamidad, volvian á reunirse, haciendo progresos en la vida civil y la piedad cristiana. Tres años despues se contaban ciento diez y ocho personas acristianadas sobre ochocientas ocho que componian el pueblo. El pais se habia embellecido : el lugar tenia una plaza cuadrada en el centro, la escuela bien acondicionada, la iglesia graciosa, y bastantemente adornada y provista. Un gobernador, un juez de paz y otros empleados velaban por la tranquilidad pública. Merced á una generosa limosna de un piadoso beneficiado de la catedral de la Plata, se compró un rebaño que se aumentó despues maravillosamente. Con tales cuidados y con toda la actividad del misionero todas las cosas prosperaban mucho, hasta tanto que los indios robaron miserablemente aquella floreciente colonia, como se dirá á su tiempo. Pudo despues restablecerse, reuniendo la gente que se habia dispersado, y en 1810 habia mil ciento setenta y nueve almas, de las cuales setecientas cuarenta y cinco acristianadas; habiendo recibido el bautismo desde el principio hasta el fin mil cuatrocientas cincuenta y dos.

Mision de Taquaremboti.

Caminando desde Ibuirapucuti una legua hácia el setentrion, á los 19°, 38 m. de latitud y á los 316°, 2 m. de longitud, en una garganta un poco prolongada se halla la tierra de Taquaremboti. Próximo á la poblacion

corre un riachuelo de perennes aguas; que baja de la cordillera, y sirve para regar el terreno dividido en llanos, collados y florestas. Habitaban alli Chiriguanos iguales, por no decir peores, que los de Ibuirapucuti. Nunca manifestaron inclinacion al cristianismo, aunque miraban con respeto grande una cruz plantada cerca del pueblo, confiando en que los libraria de desgracias temporales. Las calamidades que los afligieron en 1790 fueron causa de que ellos mismos pidieran la mision; y los nuestros los complacieron inmediatamente, esperando que con el tiempo se aficionarian al cristianismo, y que de los temporales beneficios de los misioneros sabrian pasar despues á los espirituales y eternos. Trasladóse pues alli fray Francisco; y ayudado por ellos mismos llevó á cabo la construccion de una iglesia pequeña, que vino despues á bendecir el padre Antonio Perez, celebrando la primera misa el 29 de noviembre de 1791, y poniéndola bajo la proteccion de san Buenaventura, en presencia de los indios del pueblo y de las cercanías que asistieron con muestras de alegría á la augusta ceremonia. La poblacion, numerosa al principio, se vió diezmada despues por un hambre horrible; y por este motivo emigraron muchos indios, no quedando mas que doscientas cuarenta y cinco personas. El misionero cuidó de estas con la mas tierna solicitud, de tal suerte, que pasado el azote, regresaron los emigrados á sus cabañas, y en 1795 ascendian los habitantes á mil cincuenta y dos. Como la poblacion iba en aumento, crecia tambien el trabajo de los misioneros, siendo estos á fuerza de parsimonia y de industria seguro patrimonio de aquellos infelices. Con la limosna de las misas que celebraban, con el anual estipendio que les pagaba el gobierno y con los productos de la caridad, no solo proveian al sosten del

culto y á su propia manutencion, sino que vestian ademas á los niños de ambos sexos que asistian á la escuela, alimentaban á los convalecientes é inválidos, y socorrian á toda clase de necesidades. La mision habia llegado á un estado regular de prosperidad en el año de 1799, en el que fue invadida por los bárbaros. Contábanse mil cuatrocientas personas, de las cuales trescientas cuarenta y una se habian purificado en las fuentes bautismales. Las escuelas estaban en buen órden. Se habia edificado una iglesia nueva, y una casa mas cómoda para los misioneros ; los animales de toda especie se aumentaban, y lo mismo sucedia con los productos agrícolas. Se pensó en reconstruirle en 1800, y en remediar los estragos hechos por los bárbaros en el año precedente; pero para esto fue indecible el trabajo que debió soportar el padre Buenaventura Villanueva, quien mientras pensaba en reparar aquel inmenso daño, no tenia casi de qué sustentarse. Pero la providencia, en quien tenia puesta toda su confianza, no lo abandonó. La gente que habia dispersado la ferocidad de los invasores, volvió á congregarse, y en 1810 habia ya mil quinientos sesenta habitantes, de los cuales ochocientos estaban bautizados, y contando todos los que habian participado de este beneficio desde la fundacion, su número ascendia á mil ciento veinte y cuatro.

Mision de Itaú.

Dejando á fray Francisco en las márgenes del Guapay, pasemos á las fronteras de Tarija, donde otros herma-

nos nuestros fundan una mision de Chiriguanos en el valle de Itaú, distante del colegio cincuenta leguas hácia levante, á los 21°, 18 m. de latitud, y 315°, 20 m. de longitud. El clima de este valle que se estiende por las cordilleras del norte al sud, es igual al de Salinas, aunque el calor es mas fuerte. En los tiempos anteriores los indios de este valle vivian mezclados con los que habitaban las campiñas inmediatas, é hicieron mucho daño con frecuentes correrías á los Españoles limítrofes. Muchas veces saquearon sus casas, se llevaron los ganados, redujeron á la esclavitud á muchas personas de ambos sexos que condujeron al valle de Salinas; motivos que hicieron necesario el recurrir á las armas para refrenar su insolencia. Los soldados de Tarija sacaron de allí muchas familias con objeto de fundar una poblacion donde pudieran vivir mas cómoda y desahogadamente. Traidos pues á esta ciudad en 1790, y sostenidos con mucha dificultad, viendo despues de trascurrir algunos meses que no se pensaba de ningun modo en cumplirles lo que se les habia prometido, pasaron á Salinas, y desde allí pidieron que se fundase una mision de su propia tierra. Conociendo que la peticion era sincera, se trasladaron á aquel punto los padres Lorenzo Ramos y Manuel Saturio Ruiz, los cuales escogieron para establecerse el lugar de Tunalcillo que habitaban algunas familias indígenas. Construidas á toda prisa dos cabañas, la una para iglesia, y la otra para casa, el padre Ramos celebró la primera misa el 21 de setiembre de 1791. Poco tiempo despues los dos sacerdotes fabricaban una iglesia y una casa mas cómoda con una escuela; empresa que no se pudo llevar á cabo en este año, porque los indios habian ido á sembrar los campos. Quedóse solo por esta razon el padre Lorenzo, á quien le fue enviado para

que lo secundara el padre Francisco Rodriguez.

Para terror de los dos abandonados misioneros corria la voz de que los belicosos y crueles bárbaros del Tobar, despues de haber caido sobre el pueblo de Caitza, amenazaban entrar en el de Itaú para vengarse de antiguos agravios. Decíase tambien que los Chanesos habian penetrado el 14 de setiembre en Catapari, ocho leguas distante de Itaú, y despues de haber asesinado á los unos, y hecho prisioneros á los otros, para reducirlos á la esclavitud, se habian propuesto ir á Itaú para matar al famoso Anceravi, contra el cual tenian inveterada rabia; y que al misionero que habia venido á propuesta suya, le cortarian la cabeza y beberian la *chicha* en su cráneo. Llegando á oidos de los padres tan espantosas noticias, y conociendo que no era aquella ocasion de intentar nuevas conquistas, juzgaron mas prudente retirarse hasta tanto que se calmara aquella deshecha borrasca. Pero no habiendo acontecido nada de cuanto habia sido anunciado, regresaron á su puesto con algunos indios que les hicieron compañía mientras les duraron las provisiones que llevaban consigo. Súpose despues en el colegio de Tarija que habian vuelto á quedarse solos, y les envíaron por compañero á fray Martin Romero. Pero habiendo caido enfermos con tenaces tercianas este y el padre Rodriguez, y viéndose por esta causa obligados á volver al colegio, se quedó solo el padre Ramos, sumergido en la mas profunda melancolía. En este tiempo lo visitó el capitan Tubichamini, que vivia á cuatro leguas de distancia, y lo invitó á pasar á su tierra con la seguridad de que allí podria levantar á su gusto una casa y un oratorio. Pareciéndole al padre aceptable la oferta, se trasladó allí en el mes de junio de 1792, llevándose la mision de Itaú. Reuniéronse los indios, volvió al padre Rodriguez cu-

rado de sus tercianas, y se dió principio á la construccion de la capilla y de la casa, trabajando los humildes sacerdotes con sus propias manos. Brillaba para ellos un rayo de esperanza, cuando habiendo sobrevenido un terrible aguacero, abandonados por los indios fueron reducidos á la triste soledad de Itaú. Durante esta suspension el padre Ramos habia ido á Potosí á pedir auxilio al gobierno y á implorar la caridad de los fieles, y habiendo vuelto en 1793, mientras se hallaba con algunos jornaleros cristianos en Tunalcillo cortando maderas para continuar la fábrica, fueron asaltados por los Chanesos de Zenanditi, y en su presencia mataron á un infeliz apóstata, é hicieron esclavos á otros hombres que se encontraban allí. Todos los demas huyeron, y el padre Ramos se ocultó en una selva, donde pasó la noche aterrorizado, porque cada movimiento de las hojas de los árboles, el mas leve rumor temia que era producido por los bárbaros que venian á quitarle la vida. Pero estos, satisfechos con la venganza tomada, volvieron á entregarse á sus ocupaciones, y él volvió á la mision tan aterrado y melancólico, que fue preciso retirarlo. Fué á reemplazarlo el padre Juan Cabrera, quien con Rodriguez terminó la obra comenzada, é inauguró la mision en setiembre de 1793 bajo la proteccion del arcángel san Miguel. Concurrieron á aquella fundacion, ademas del gobierno y muchas almas piadosas, los padres del colegio y los otros misioneros comarcanos, principalmente los de Salinas.

Llevado á buen término lo material de la mision, los fervientes sacerdotes empezaron activamente á catequizar á aquellos bárbaros con el ejemplo de la oracion pública, y con instruir sin descanso á la juventud, haciéndoles aprender aquellas artes y oficios mas necesarios á la vida social; pero sobre todo amaestrán-

dolos en la virtud cristiana, bien persuadidos aquellos santos profesores, de que la enseñanza profana no puede producir resultados buenos si no tiene por base una sólida virtud; y que por otra parte ni podria esperarse que las máximas cristianas pudieran arraigarse y fructificar en aquellas almas incultas, si no iban acompañadas del amor al trabajo y á la vida civil. Pero los indios, que al principio, bien fuese por mera curiosidad, ó bien por deseo de instruirse, acudian á los ejercicios de los misioneros, se enfriaron en seguida, y poco á poco se retiraron. Circulaban los religiosos por el pueblo para ver si habia enfermos que quisieran bautizarse; pero estos, afables en el trato comun, en punto de religion eran esquivos y pertinaces, de suerte que era raro que un adulto pidiera espontáneamente el bautismo. El mismo capitan Tubicamini, cuya buena índole y sincera afeccion hácia los misioneros habia hecho concebir la esperanza de verlo convertido, al llegar á su estrema hora no consintió en hacerse cristiano, y murió en la incredulidad. ¡ Inescrutables juicios de Dios!

El dia 22 de febrero invadieron esta mision los Chanesos, robando, incendiando y aterrando. Cinco indios fueron asesinados: setenta y dos personas entre hombres y mujeres fueron reducidos á la esclavitud. Los misioneros estuvieron muy espuestos á perder la vida queriendo defender la de sus neófitos y catecúmenos. Sin embargo, es cierto que aquellos hombres feroces la respetaron. En muchos encuentros los habia amansado su intervencion; y en este mismo trance aun sirvió para amansarlos un poco. Esta irrupcion, y el temor de que fuese repetida hizo que muchos emigraran á lejanas tierras, y que los progresos del cristianismo se redujeran á nada. Años despues se repitieron

aquellos estragos, siguiendo aquellos bárbaros molestando durante ocho años consecutivos á sus pacíficos vecinos. Despues de tan dolorosas vicisitudes, la mision tenia en 1804 cuatrocientas noventa y ocho personas con doscientos setenta y siete bautizados. Desde el principio hasta esta época el número de acristianados subia á trescientos cuarenta y nueve.

Mision de Piriti.

Volviendo á cruzar la frontera de Santa Cruz, fray Francisco del Pilar renovaba los prodigios de su celo. Concluida la casa y la capilla de Taquaremboti, en tanto que se aguardaba el sacerdote que la debia de inaugurar, dirigióse á Piriti, llamado por Zaquarao, que pedia que se fundara una mision entre sus gentes. Yacia Piriti á dos leguas de Ibuirapucuti hácia el norte, á los 18°, 42 m. de latitud, y á los 316°, 9 m. de longitud, en una espaciosa campiña tan fértil como las anteriormente descritas. La tierra era bañada por un torrente de escelentes aguas. Sus habitantes eran Chiriguanos de muy buena indole, pero semejantes en todo á los otros.

Apenas hubo llegado fray Francisco se dedicó, como tenia de costumbre, á edificar el oratorio y la casilla; siendo un espectáculo consolador el ver á aquellos indios, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ejecutar las órdenes del pobre fraile, y á su ejemplo preparar una casa para el verdadero Dios, y otra para sus ministros. De tal suerte que en poco tiempo se vieron aca-

bados los dos edificios. Despues de esto pasó á Oubaiz, á instancias de su capitan. Y como hallase tambien en este punto muy bien dispuesto el pueblo para recibir el cristianismo, plantó alli una cruz elevada, y dió principio á la construccion de una iglesia. Tan rico como era en caridad el dignísimo hijo de san Francisco, otro tanto era pobre de medios temporales. ¿Cómo pues subvenir á las necesidades de aquella doble mision? La caridad halla recursos para proveer á todo. En aquel conflicto, el buen Francisco interrumpe sus trabajos, y se pone en camino para la Plata. Mendigando por el amor de Dios logró ornamentos sagrados, paños, telas y cuanto podia necesitar. Hecho esto, regresó á Piriti, donde residió hasta fines de mayo de 1792, esto es, hasta que llegó allí el padre Salvador Trujillo para encargarse de la cura de almas. A mediados de mayo de 1792 se inauguró la mision en presencia del padre Francisco Garcia que habia venido al intento de Tacuru, y de varios capitanes seguidos de sus gentes, bajo la tutela del gran doctor de la Iglesia San Gerónimo.

Tras la alegría los afanes. Despues que todos se diseminaron, se quedó solo en la mision el padre Trujillo, desprovisto de todo auxilio, cuando comenzaba justamente á sentirse allí el hambre. Los habitantes recorrian los bosques en busca de yerbas y de raices para mantenerse; otros se refugiaban en otras misiones, quedando allí solas doscientas almas. El solitario misionero se dedicó entonces á estudiar el idioma Chiriguano, y logró hablarlo con mucha perfeccion. Y poniéndose despues á esplicar á sus prosélitos la ley de Cristo, á tranquilizar y atraer á los dispersos, llegó á contar en setiembre bajo su dulce imperio á cuatrocientas ocho personas, de las cuales ciento diez se habian lavado con las aguas saludables del bautismo. No

olvidando el progreso temporal de su pueblo, con las limosnas que recibia por su celebracion, y el estipendio del gobierno, regularizó un poco la poblacion, puso en buen pié la escuela, y adquirió bastante ganado para alimentar á los niños, los ancianos y los enfermos, y á todos aquellos que no podian procurarse el necesario sustento. Tanto se aplicó, que en 1798 contaba su pueblo setecientas noventa y ocho almas, entre ellas ciento setenta y tres bautizadas. Los niños acudian voluntariamente á la escuela; todos asistian con asiduidad á los actos religiosos de la iglesia; en suma, todo caminaba con prosperidad. Pero una inesperada irrupcion de bárbaros anubló la serenidad de Piriti, hasta el punto que aquellos pobres indios fueron reducidos á no tener que comer mas que del jornal diario que ganaban con sus manos. Era pues un triste espectáculo ver aquellos miserables agarrándose al hábito del misionero pidiéndole pan, y al misionero bajando los ojos confundido por no tener para dárselo, ó levantarlos al cielo como para pedírselo á la providencia que no olvida jamás á los pajarillos del aire. Supieron necesidad tan estrema los padres del colegio de Tarija, y mandaron inmediatamente cuantos recursos pudieron recoger, con lo que los misioneros del desolado pueblo no solo nutrieron á sus presentes hijos, sino que hicieron volver á los que habia dispersado la terrible calamidad, y reconstruyeron las casas destruidas por el furor de los bárbaros, su propio alojamiento, la escuela y la iglesia. En el año de 1804 habian desaparecido los vestigios de aquella tempestad, y tres años mas tarde la poblacion subia á mil ochenta y dos almas, de las cuales setecientas treinta y siete eran cristianos, y los restantes catecúmenos.

Mision de Oubaiz.

Al sud de Piriti, á legua y media de distancia, á los 19°, 40 m. de latitud, y a los 316°, 6 m. de longitud, se hallaba la mision de San Diego de Oubaiz en medio de una amena llanura circundada de selvas, con un torrente que lamia la márgen estrema. El suelo fertil; los habitantes eran Chiriguanos. La tierra tenia ya mas de mil trescientas personas, de las cuales un número crecido murió de viruelas, otras á manos del hambre de 1793, diseminándose algunas por las selvas para buscar algun sustento. Asi quedaron reducidas á doce personas. Mas arriba se ha dicho como fray Francisco del Pilar, llamado por el capitan de aquel pueblo, habia partido de Piriti para fundar en él una mision. Las circunstancias eran tan calamitosas, que parecia una empresa temeraria el intentar reunir gente donde se perecia de hambre. Pero no se arredró por eso el valeroso fraile. Despues de haber construido á toda prisa una capilla y un tugurio, partió para la Plata á buscar lo necesario. En su ausencia perecieron mas de trescientas personas de la comarca, unas de fiebre, las otras de hambre. A su vuelta, verificada en febrero de 1793, habiendo llevado consigo cuanto necesitaba para la iglesia, para vestir y refocilar á aquellos desgraciados, se inauguró la mision en la dominica pascual, que correspondió aquel año al 31 de marzo, bendiciendo la iglesia el padre Trujillo, bajo la advocacion de San Diego. Fue nombrado para la cura de almas el padre Manuel Avila,

quien despues de haber cesado el mal, y de haberse mostrado el cielo mas benigno, cumplia con todos los deberes de un buen misionero, siendo á la vez buen sacerdote, legislador, juez, padre afectuoso y solícito maestro. Cultivado con tanto celo aquel reducido campo, prosperó admirablemente, de tal manera, que en 1799 habia ya ochocientas setenta y cuatro personas con trescientas sesenta y siete bautizadas. Pero aquí tambien se desató la tempestad de los bárbaros; y fue tanta la desolacion que causó, que no quedó rastro de sus habitadores.

Pasada la tormenta se trató de rehacerla. Los indios volvieron, y buscaron á su misionero que lo era entonces el padre Domingo Andrés. Hecha la estadística del reconstituido pueblo, se contaron cuatrocientos treinta y cuatro habitantes. No obstante la calamidad sufrida, la poblacion volvió muy pronto á reorganizarse; la iglesia, la casa de los misioneros, las oficinas y las escuelas fueron reedificadas con las demas cosas de mayor urgencia. De este modo, en 1810 la mision se componia de mil doscientos veinte y seis habitantes, de los cuales quinientos ochenta cristianos, subiendo á mil cuarenta y cinco los bautismos administrados desde el principio hasta el año citado. Las tierras se habian preparado para la sementera; los habitantes habian sido provistos de instrumentos agrícolas, las diferentes oficinas habian recibido el hierro necesario, se habian montado telares y multiplicado los animales para la labranza y para la manutencion de los necesitados.

Mision de Parapiti.

Saliendo de Oubaiz, y caminando hácia el sud, se encuentra á las nueve leguas la mision de la Inmaculada Concepcion de Parapiti, á orillas del rio de este mismo nombre, á los 19°, 58 m. de latitud, y 316°, 7 m. de longitud, en una campiña bastante deliciosa. El terreno es fértil, los pastos son abundantes, todo dispuesto para una floreciente agricultura y numerosa cria de ganado. Báñala un torrente impetuoso que causa daños en la llanura, pero cuyas aguas son muy saludables y ricas en peces. Los habitantes eran Chanesos, que no desmentian su nacional carácter, y que estaban muy afligidos, jurando que en tiempos prósperos no hubieran renegado jamás del paganismo. Pero Dios que dispone de la suerte de las naciones como de la de los individuos, les envió, para atraerlos á sí, una hambre devastadora. Esta los obligó, no á recurrir al verdadero Dios, que todavía no conocian, sino á la caridad inexhausta de sus ministros, que daban testimonio de la divina providencia.

Hallándose fray Francisco ocupado en fundar las misiones mas arriba citadas, se le presentaron en 1790 los capitanes de Parapiti Bayra y Guarderay, suplicándole que se dignara estender hasta su tierra el beneficio de las misiones. No podia por entonces el buen fraile satisfacer sus deseos; pero despues que renovaron su pretension por medio del capitan Tenecua, partió inmediatamente. Examinado todo con atencion, les pro-

metió que fundaria la mision á su vuelta de la Plata. Hizo entre tanto una cabaña para el futuro misionero, y mientras los indios andaban preparando materiales para la construccion de una iglesia, él se contentó con plantar una cruz á toda prisa. En este intermedio bautizó sesenta personas, á quienes una fiebre epidémica habia puesto á las puertas de la muerte. Obligado á partir, dejó en su lugar á otro religioso para que tomase á su cargo la direccion de aquellos bárbaros. Volviendo al cabo de dos años, vió que los tiempos habian cambiado mucho las cosas; que aquella poblacion de unas dos mil almas estaba casi aniquilada, en parte por la ausencia de muchos, en parte por la mortandad que habian causado el hambre y la peste. Entre los muertos se contaban los capitanes Bayra, Tenacua, Iepue, y Abacuyu, estrechamente relacionados con él; el primero bautizado ya, y los otros muy próximos á serlo. El dolor de tanta desgracia se le aumentaba con el ánimo contrario del capitan Guaguayai, que andaba incitando á los bárbaros de Izoozoy, del Uraguay y otras comarcas á salirle al encuentro cuando viajara, despojarlo de cuanto trajera y despues matarlo. Habiéndose negado los bárbaros á tanta atrocidad, él mismo fué en persona á derribar la cruz, y á hacerla pedazos. Encerrándose luego en su casa, se puso á hacer flechas y á preparar todo lo necesario para destruir la obra santa del religioso y matarlo á él mismo. Montando pues sobre un fogoso caballo, se dirigió en derechura hácia la designada víctima. Pero cuando su pensamiento iba abismado en el horror del delito, de repente el caballo se encabrita, saca al ginete de la silla, lo arrastra por el suelo, y á consecuencia de su caida se ve obligado á guardar la cama mucho tiempo. No amansó al bárbaro el peligro pasado, antes bien lo enfureció; pero

no teniendo él fuerzas para el atentado, manda á su hijo que consume el premeditado asesinato. Y acompañado este por diez sicarios, se presenta al fraile y le dice: « ¿Como te has afrevido á entrar en nuestra tierra? ¿Has creido acaso que nosotros queremos hacernos cristianos? » Y Francisco con admirable mansedumbre le replicó: « Vosotros sabeis que los capitanes Bayra y Tenacua me habian rogado y traido ellos mismos para que fundara aqui una mision; por eso he venido. Pero yo no pretendo hacer cristianos por fuerza; el que quiera hacerse, que se haga; el que no quiera, se estará tranquilo en su casa. » Era tanta la dulzura que revelaba su rostro, y la blandura de sus palabras, que la ira del bárbaro se apaciguó. Y dándoles el religioso algunos regalos, los dejó satisfechos. Pero no se contentó con esto su benignidad, sino que con caridad cristiana fué á visitar al mismo Guaguayai, que se hallaba enfermo, le llevó carne, vendas y paños, y lo asistió hasta que se hubo curado con tierna solicitud.

Aprovechando en tanto un poco de bonanza, mientras que la gente que habia dispersado el terror de la peste volvia al suelo natal, fabricó él la capilla, organizó en cierto modo la poblacion, y dispuso las cosas para la inauguracion del culto católico. A principios de 1795 (no habiendo sido posible antes) vino un sacerdote, el padre Santiago Lastra, que dedicó la capilla á la Inmaculada Concepcion de María, y celebró la misa con la posible pompa y alegría universal. El Guaguayai desleal é ingrato no cesó de causarle disgustos, incitando siempre á los indios á derramar la sangre del misionero; pero el sufrimiento de este triunfó de su maldad, haciendo florecer notablemente la mision. En 1799 habitaban ya allí setécientos cincuenta y seis indios, de los cuales ciento cincuenta y cinco habian

sido bautizados. A la escuela acudian muchos bárbaros. Hízole el rey un donativo de mil trescientos escudos, con los cuales compró ganado lanar y animales de la branza. Pero como fuese esta la primera de las misiones invadidas por los bárbaros, fue tanta la destruccion que le causaron, que ni siquiera quedaron las ruinas para atestiguarla. El padre Narciso salió de allí tan desnudo como el padre Adan del paraiso. Los indios que se habian librado del furor de los bárbaros andaban errantes de una á otra parte por las tierras y selvas circunvecinas, tan miserables, espantados y afligidos, que daban compasion á las mismas piedras. Sin embargo, el ferviente celo del padre Llamedo, una vez disipada la borrasca, trató de hacer volver al aprisco sus pobres ovejas, tan tristemente descarriadas. El Señor, moviendo á compasion el corazon de los fieles, proveyó á la restauracion de la mision mediante los socorros de la piedad cristiana, con los que, borradas las huellas de los estragos anteriores, volvió á florecer con mas esplendor que antes. Sus habitantes eran en 1809 tres mil doscientos once, entre los cuales seiscientos seis eran cristianos, y los otros esperaban y se preparaban para serlo.

Mision de Tapuita.

Entre Zaypuru y Taquaremboti, en una cuenca del valle que forman montes elevados, se halla situado Tapuita á los 19°, 36 m. de latitud, y á los 315°, y 58 m. de longitud, embellecida por la cascada de un torrente.

Habitaban allí Chiriguanos procedentes de varias partidas, y poco ó nada inclinados al cristianismo. Acosados por el hambre pidieron socorro al hermano Francisco, prometiéndole que se convertirian á la religion de Cristo. Este, que los conocia muy bien, que tenia pruebas de su carácter voluble, y que penetraba la causa de su pretension, les aconsejó que se incorporan con los de Zaypuru, entre los cuales tenian muchos parientes suyos. No habiendo querido ellos hacer esto, sus deseos no tuvieron efecto. No obstante, el caritativo religioso no olvidaba su súplica, y solo aguardaba mejor ocasion para satisfacerla. Entretanto fuese á la Plata, donde cayó gravemente enfermo; pero apenas se restableció, pidió con empeño la oportuna facultad para poder fundar la mision de Tapuita. Trasladado á este punto el 15 de julio de 1795 construyó, como era de costumbre, una capilla, que bendijo despues en diciembre el padre Francisco Coll, titulándola de Santo Domingo. El mismo padre Coll se quedó de misionero, y desempeñó con tanto celo su empleo, y con tanto provecho de la religion, que el comisario régio lo alabó mucho á su vuelta á Madrid, porque vió que se habian establecido ya cuatrocientos siete, y de estos ciento diez bautizados, que fueron confirmados por él mismo. Quinientas cincuenta y tres almas, y doscientas cuarenta y cuatro acristianadas encontraron los bárbaros de la invasion del 99, que destruyeron la infortunada mision, pillando todo cuanto valia alguna cosa, escepto los ornamentos sagrados, que fueron de antemano salvados.

No se pensaba ya en rehacer la mision, porque el sitió era malsano, y los indios muy turbulentos; pero fue menester ceder á las instancias repetidas del gobernador de Cochabamba don Francisco Viedma, y se

trató de recoger y concentrar los dispersos. Brilló aquí mas viva que nunca la caridad de Francisco del Pilar; pero ¡ay! aquel ardiente celo indicaba (¡quién hubiera podido prever tan próximo suceso!) el supremo esfuerzo de aquella alma grande sobre la tierra,

> Como rostro al que falta el alimento,
>
> MONTI, *Mascheroniana.*

Los continuos trabajos, la edad avanzada, la salud perdida, y la estrema dificultad de fundar y sostener tantas misiones, tantas fatigas inútiles y tantas esperanzas defraudadas lo habian consumido, y agotado la fuente de la vida. Agréguese á todo esto la pobreza estrema (aunque no molesta para él, que habia vivido siempre pobremente por hábito y afecto), pero triste, porque le quitaba la esperanza de poder remediar muchas necesidades. Añádanse tambien las disputas entre los soldados españoles de Zaypuru y los misioneros, las inícuas pretensiones de aquellos y las funestas consecuencias que habian de engendrar. Todas estas angustias llegaron á postrarlo en un lecho con pocas esperanzas de volver á levantarse. Acudió presuroso el padre Julian Diaz Canseco, que le administró los últimos auxilios de la religion, para encaminar aquella alma piadosa por el sendero de la eterna bienaventuranza. Esta dolorosa pérdida ocurrió el 8 de mayo de 1801. Asi la naturaleza y el siglo se renovaban cuando el humilde hermano cambiaba una vida miserable, santificada por la caridad, por aquella en que reina la eterna alegría en el seno del Altísimo. Fueron sepultados sus despojos mortales en el rincon apartado de la América, que habia sido el teatro de su heróica virtud; pero la olvidada tumba fue regada con

las ardientes lágrimas de sus hermanos, de muchos cristianos, á quienes habia enseñado el camino de mejor vida, y aun de muchos infieles que habian recibido de él muchos beneficios. Esta es la fúnebre pompa que Dios concede á sus elegidos, y que niega á la fastuosa vanidad de los soberbios. Ahora reposan las cenizas del magnánimo Francisco del Pilar en el colegio de Tarija. ¡Ojalá que bajo sus auspicios brillen dias serenos para la difusion de la fé cristiana, y que sirvan de estímulo y de ejemplo sus sublimes virtudes al generoso apostolado de sus hermanos!

La mision de Tapuita contaba á fines de 1810 seiscientas sesenta y siete personas, de las cuales trescientas cuarenta y cuatro habian ya entrado en el seno de la santa madre Iglesia.

Mision de Tapera.

Voy á referir la última conquista del llorado Francisco del Pilar, antes de la invasion de los bárbaros. Es esta la mision de Tapera, situada entre la parroquia de Sauces y la mision de Iti, á los 18°, y 28 m. de latitud, y 315°, 14 m. de longitud. Este pueblo pertenecia á Chiriguanos, entre los cuales habia un cristiano llamado Viri, que habia sido hecho esclavo por estos en su juventud. Unido á una mujer infiel, que no quiso abandonar nunca, vivia él tambien infielmente. Por último, habiéndose convertido su mujer al cristianismo, este rogó á fray Francisco que difundiera nuestra fé en aquel pueblo, manifestándole que se podrian re-

coger en él todos los indios diseminados en aquellas cercanías, y reunir así una poblacion bastante crecida. Tal proyecto no pudo realizarse, porque se oponian á ello tanto la mala índole de aquellos indígenas, acérrimos adversarios de todo yugo, como por los pérfidos consejos de algunos renegados que vivian entre ellos. Pero sin embargo, fray Francisco comenzó á fabricar una iglesilla y una cabaña; luego construyó otras casillas para los indios residentes allí y para los que vinieran despues, formando con todos un lugarcito bien ordenado. Concluida esta obra, llamó al padre Pedro Regalado Rodriguez, misionero de Tayarenda; el cual, á fines de mayo de 1798 bendijo la iglesia, poniéndola bajo la proteccion del doctor de las gentes San Pablo. La situacion de este pueblo no fue felizmente escogida, y habria podido levantarse en mejor lugar, si los indios lo hubieran consentido. Yacia en un hoyo cercado de montes; corria en las cercanías un rio, que uniéndose á otra corriente cerca de Lecheleche, formaba el rio de Iti y de Tayarenda. A poca distancia de la poblacion manaba una fuente perenne de agua purísima, que se bebia especialmente en verano. El clima y el suelo eran iguales á todos los demas descritos. Se principió la mision con una veintena de cristianos entre sesenta y siete almas; pero creció poco á poco y progresó de suerte que pudo atenderse al bien de la vida presente y futura. Las cosas marchaban con admirable armonía, cuando el enemigo de todo bien trató de destruir su bienestar, sirviéndose del malvado capitan Mandicuyo para realizar sus depravados intentos. Vivia este á poca distancia, y rugiendo de ira contra la mision establecida en Tapera, trató primero de seducir algunos descontentos que vivian en este pueblo. Siendo inútil esta tentativa, se confabuló con

otros bárbaros de su calaña, pactando con ellos el perseguir de muerte á los misioneros, y arrancar de raiz las plantas que habian criado con tantos sudores y fatigas. Pero aquel que reina en los cielos, rompió los hilos de la trama enviando una horrorosa peste, que dispersaba la hueste enemiga, al paso que dejaba intacto á su pueblo, y lo libertaba de la persecucion del bárbaro Mandicuyo. Prosperaba en el entretanto la mision; edificóse una nueva iglesia y una casa mas espaciosa para los misioneros, se hicieron oficinas y escuelas mas cómodas, se aumentó la dotacion de los religiosos, consistente en ganado, progresó visiblemente la instruccion, la moral pública religiosa y civil, y en el año de 1807 se habia conferido el bautismo á trescientas veinte y una almas, de las cuales sobrevivian doscientas diez.

Mision de Coyamburu.

Los indios de Coyamburu habian vivido siempre en buena amistad con los cristianos : de tiempo en tiempo venian á Tarija á vender frutas y varios juguetes de madera; trataban con nosotros familiarmente; pero en punto á hacerse cristianos, jamás querian hablar de ello; ó porque les pareciese mal perder aquella absoluta independencia en que habian nacido y se habian criado, ó porque los cristianos que conocian, tuvieran vicios tan malos ó peores que ellos mismos. Ocurrió pues que se encontraron un dia estos con el padre

Domingo Andrés, y despues de infinitas cortesías se dejaron persuadir á aceptar en su tierra la mision. Fuése por de pronto á hablar al subdelegado real de Tarija, el cual conferenció sobre el asunto con el padre guardian del colegio; y estos enviaron inmediatamente al pais al padre José Blanco el dia 17 de mayo de 1804.

Hállabase Coyamburu á los 22°,21 m. de latitud, y á los 314°,40 m.de longitud, veintiocho leguas distante del colegio. El sitio que ocupaba era por la situacion malsano, y por lo apartado incómodo. Estaba sepultado en un valle tristísimo, donde las abundantes y casi continuas lluvias, con muchas corrientes de aguas hacian el territorio tan húmedo, y el aire tan pesado, que el habitarlo era funesto aun á los mismos indígenas. Prueba de ello es que de cuatro capitanes con muchos soldados que habia poco antes de entrar alli nuestros misioneros, no encontraron mas que cuarenta indios con sus familias. Pero á pesar de que el pueblo fuera poco á propósito para una mision, sin embargo, por complacer á aquellos infieles se fabricó una capillita y una mezquina casa; y el mencionado padre José Blanco celebró la primera misa el 8 de julio del citado año, bajo la invocacion de San Pedro Regalado. Grande, infausta cosecha de sufrimientos recogieron los misioneros en aquel punto; porque algunos indios perversos no sabiendo despojarse de los desenfrenados hábitos de la vida gentilicia, andaban escitando á los otros para que rompieran con el religioso y lo echaran de alli. Otro manantial de disgustos eran los poseedores españoles de las tierras vecinas, que deseaban estenderse, ocupando el terreno señalado á la mision. Agréguese á todo esto la índole maligna y rebelde de los indígenas, que repugnaban la mision que habian pedido, y que mezclándose con los malos se hacian

peores, practicando á una con ellos todos sus vicios, viviendo en la holgazaneria, vagabundeando, robando y cometiendo todo género de escesos. La insalubridad del pais, mas incómoda y perniciosa por los enjambres de mosquitos y otros molestos insectos que desazonaban á las personas, é irritaban á los animales, obligó á los misioneros á trasladar á otra parte la mision. Eligióse á este fin la campina de Tarique, llana, espaciosa y risueña, de aire enjuto y de clima benigno, con un suelo fértil y pastos abundantes, y por último con un riachuelo de agua dulce que corria cerca de allí. Distaba este lugar catorce leguas de Coyamburu, y quince de Salinas, á los 22°, 5 m. de latitud, y 314°, 48 m. de longitud. Comunicado este proyecto á los indios, lo aceptaron; y se llevó á ejecucion en agosto de 1810. Plantóse la emigracion en la pendiente de un ameno collado: distribuyóse con buen órden, y levantóse en el centro de la poblacion una ancha plaza. Los que habian recibido el bautismo en Coyamburu hasta 1810, eran doscientos dos, contándose aquel año mismo ciento ochenta y cuatro cristianos.

Invasion de los bárbaros.

Habiendo aludido muchas veces á las invasiones de los bárbaros, y á los males que acarrearon estas á nuestras misiones, antes de concluir estas memorias nos creemos en el deber de contar brevemente su historia. Y no solo lo hacemos por esplicar lo que hemos dicho en los últimos capítulos precedentes, sino tam-

bien para mostrar cuántos trabajos y aflicciones agoviaron á nuestros misioneros de Tarija, objeto principal de este escrito.

No buscaban siempre el cristianismo los pueblos Chiriguanos y Chanesos (de quienes hemos hablado tanto), por afecto que le tuvieran; sino que unas veces lo hacian por la seguridad personal en tiempo de guerra, y otras muchas por las ventajas temporales que se prometian de la caridad de los misioneros. De aqui la inconstancia de sus propósitos, y la facilidad con que se dejaban llevar de cualquier soplo de viento contrario. Por la misma razon se mantenian tranquilos y dóciles, mientras los misioneros les prodigaban subsidios y donativos, y les toleraban alguna intemperancia, ó no perturbaban la muelle ociosidad en que vegetaban con tanto placer; pero apenas cesaba una de estas condiciones, al momento se despertaba en su pecho la fiera ambicion de su primitiva vida desenfrenada, rompiendo y atropellando por todo para volverse á ella. Asi sucedió en las misiones de Parapiti, de Oubaiz, de Piriti, de Ibuirapucuti, de Taquaremboti y de Tapuita, y otro tanto querian hacer en las de Tayarenda y de Iti. Comenzaron las del Piriti en febrero de 1796, diciendo con mucha desfachatez que no querian oir ya mas de misiones ni de misioneros, y que querian hacer morir á estos y á todos los soldados acantonados en Zaypuru. Vino tropa y arrestó al cabecilla de la sublevacion; pero pronto se vió esta obligado á ponerlo en libertad. Hasta tanto que con ruegos y con amenazas logró calmarlos el padre Rodriguez, aunque por poco tiempo; y cuando se encendió de nuevo la mal estinguida llama, fue para arder con mas fuerza y mas estrago. Uniéndose con los de Oubaiz, Ibuirapucuti, Taquaremboti y otros gentiles, de-

cretaron la muerte de los misioneros y de todos los cristianos que vivian con ellos. Sabido esto por el comandante del fuerte de Zaypuru, llamó á los amenazados religiosos para resguardarlos de un golpe de mano, y estos hicieron su viaje por la noche sin llevar consigo nada en aquella precipitada fuga. Solo los misioneros de Parapiti no pudieron huir, porque ya les habia interceptado toda comunicacion el pérfido Guarei, que abrigaba en su corazon un odio verdaderamente diabólico contra el cristianismo. En vano envió el padre comisario al venerando fray Francisco del Pilar, de cuyo saludable influjo se esperaba buen resultado. Corrió, voló, acudió á todas partes el santo fraile, rogó, prometió, hizo regalos, pero al fin tuvo que escribir á su superior que no habia logrado nada. No teniendo otro remedio, se acudió al comandante militar para que resolviera lo mejor. Este mandó al punto un refuerzo de gente armada al subdelegado de Santa Cruz; viendo en el entretanto que los indios se acercaban, pidió auxilio á las misiones inmediatas; y las de Piray, Florida, Cabezas y Abapo le enviaron quinientos arqueros. Viniendo detrás de estos veinticinco soldados de Santa Cruz, los insurgentes acobardados se retiraron á sus tierras, teniendo los misioneros medios para volver á sus respectivos puestos sin sufrir el menor ultraje. Al propio tiempo se conmovieron las misiones de Iti y de Tayarenda, y el terror que sembraron fue tan grande, que Sauces, de donde podia venir algun socorro, se quedó casi desierto. Los misioneros que no habian querido moverse de sus puestos, dijeron é hicieron tanto, que lograron disipar por entonces aquel nublado. Pero habiendo quedado impunes las fechorías de los gefes del anterior motin, no cesaban de atizar la tea de la discordia, y por desgracia no

en vano. Los indios no querian ya oir la doctrina, ni permitir que sus hijos fuesen á la escuela, ú oyeran las amonestaciones de los religiosos. De aqui provino un ocio completo, comilonas frecuentes, pueblos con pueblos convidándose á banquetes tumultuosos, en los cuales la comida, el vino y las conversaciones licenciosas engendraban escandalosos y criminales propósitos. En Parapiti, donde capitaneaba el mencionado Guarei, las cosas tomaban peor aspecto que en otras partes. Todos los que permanecian obedientes á los misioneros eran objeto de befa, y tratados como esclavos; muchos, por eximirse de la santa influencia de la religion, trasladaban lejos sus tugurios, donde jamás se oia el sonido de la campaña. En Piriti, despues de dos meses de aparente calma, el padre Lino Zabala, sacerdote benignísimo, estuvo á pique de ver derribar á su vista casa y capilla, y de perder la vida. Ya le andaban cerca las flechas de los rebeldes y desleales, y tuvo que encerrarse á toda prisa para librarse del peligro. Con mucha dificultad lograron algunos fieles generosos y valientes salvarle la vida. Este era el horrible estado de las misiones.

El año de 1799 comenzó bajo malos auspicios. No habia una mision en donde un partido maligno no tratara de sembrar la cizaña contra los ministros del Evangelio, y de acabar con toda la buena semilla diseminada en la comarca. A los indios que vivian ya civilmente vinieron á darles la mano los salvajes, y á las colonias de Parapiti, Oubaiz, Ibuirapucuti, Taquaremboti y Tapuita se juntaron mas de treinta tribus bárbaras, y podria decir que casi toda la turba Chiriguana de aquella parte. Robar, degollar reses, preparar dardos y pasar el tiempo en bacanales, era toda la ocupacion de aquellos hombres feroces. En una gran reunion

celebrada el 20 de octubre en Tapuita, confraternizaron los malintencionados de las misiones insurrectas y de muchas hordas bárbaras, especialmente de las de Capipesendi, Taquarembotimiri y Muchirimirí. Llegada la noche, favorecedora del delito, ejecutaron danzas descompuestas, prorumpieron en gritos espantosos y cánticos fúnebres: despues, el temeroso sacerdote oyó una voz fuerte que decia: « ¡Alerta! que los Españoles no nos sorprendan: quien tenga oidos que escuche. »

Reunidos de esta suerte invadieron en primer lugar á Parapiti. Resistieron al choque violento, aunque por poco tiempo, los indios que habian permanecido fieles al misionero que los animaba sin temor á las saetas que le llovian. El número y la ferocidad triunfaron. Entonces el misionero, que era Narciso Llamedo, retiróse á un sitio seguro, donde rompiendo en llanto contempló el destrozo del pueblo, que le habia costado tantos sudores levantar. Pero cuando vió saqueada su pobre casa y la iglesia, y alzarse sobre ellas las llamas que las devoraban, faltóle el valor, y corrió á esconderse en lo mas espeso de la selva. Los ébrios vencedores pasaron de allí á Oubaiz. Aquí tambien se les opuso una leve resistencia. Al odio fanático de los invasores se juntaba una inveterada sed de venganza, porque los heróicos habitantes de Oubaiz habian destruido hasta seis pueblos de sus bárbaros enemigos, recobrando los caballos y mulas que estos les habian robado: por esta causa fue esta vez mas terrible y feroz el ataque de aquellos salvajes. El padre Domingo Andrés no se resignaba á partir de allí, oprimiéndosele el corazon cada vez que pensaba en que iba á abandonar á sus queridos feligreses; pero estos mismos viendo desvanecerse toda esperanza de resistir por mucho tiempo, con ardientes súplicas lo encaminaron

hácia Zaypuru, adonde llegó por fin sin llevar consigo otra cosa que el hábito puesto y los sagrados ornamentos. El dia 11 de marzo fue el último de Oubaiz. Desde aqui se dirigió la funesta turba á Piriti. Habíanse muchos leales preparado á la defensa; pero los descontentos, que no faltaban, sedujeron á muchos, y los demas huyeron para librarse de una muerte segura. Tambien huyó el padre Manuel Ruiz Calzada, llevándose consigo los ornamentos sagrados y los libros parroquiales. Piriti era el 11 de noviembre un monton de ruinas.

Unicamente la mision de Ibuirapucuti resistió el choque y desvió el torrente devastador, porque el capitan Gurabaca con sus fuertes soldados juró dejarse hacer pedazos antes que ceder. Habiendo pues peleado como un héroe, obligó á los rebeldes á retirarse. Corrieron entonces á Taquaremboti, donde la empresa les ofrecia menos dificultad, porque los indios, poco afectos de por sí al cristianismo, los estaban esperando, y solo para disimular instaban á los misioneros á que huyeran. Estos permanecieron quietos hasta la llegada del enemigo; pero viendo imposible la resistencia, partieron para Zaypuru, llevándose consigo los ornamentos de la iglesia. Apenas habian salido de allí pillaron los mismos indios de Taquaremboti todo lo que habian dejado los religiosos. Vienen los bárbaros, y completan con el incendio la destruccion de la iglesia y de la casa parroquial.

La sesta etapa de aquel viaje devastador fue Zaypuru. Habia allí, si el lector no lo ha olvidado, una guarnicion militar con un fuerte, llamado de San Cárlos; pero desprovisto de armas y de municiones, y escaso de soldados. Si lo hubieran asaltado los bárbaros, la toma hubiera sido inevitable, y vencido aquel último baluarte de los establecimientos civiles y religiosos,

nada hubiera contrabalanceado su furor, y las misiones hubieran desaparecido de aquel suelo americano hasta las márgenes del Guapay. A decir verdad, este era el intento de aquellos insurgentes. Pero Dios no consintió tanta ruina ni estrago. Mientras caminaban los bárbaros en direccion de Zaypuru en una noche oscura, de repente brilla en el cielo un metéoro, semejante á una aurora boreal de las mas resplandecientes. De una faja de luz que se estendia sobre la enemiga caterva, se desprendian á intervalos chispas como relámpagos ó rayos que parecia que venian á herirlos y abrasarlos. Aconteció esto en la noche siguiente al dia 12 de noviembre, y duró hasta el alba. Mejor se puede imaginar que describir la impresion que hizo en el ánimo de los bárbaros aquel sorprendente espectáculo. El terror engendrado por el delito se apoderó de sus pechos consternados, y creyeron leer en caracteres de fuego la venganza del *Dios grande*, de aquel Dios de los cristianos que temian é insultaban á un mismo tiempo. Como un rebaño de animales nocturnos al aparecer de repente una llama, que primero se paran y se arremolinan, tomando luego precipitada fuga, asi sucedió con aquella turba insensata y cruel. Corrieron á la desbandada á ocultarse entre los matorrales, en las grutas, en los barrancos, huyendo muchos hasta el lejano valle de Iugue. Tres dias les duró el terror, y justamente en estos tres dias el fuerte de San Cárlos se aprovisionó de armas, municiones y soldados procedentes de Santa Cruz, á los cuales se unieron en gran número arqueros indígenas de Tacuru, Igmiri, Cabezas y Mazavi. En presencia de estos refuerzos los invasores se abstuvieron de atacar; pero rehaciéndose y recobrando el valor, corrieron á Ibuirapucuti, y el 19 del mismo mes lo

redujeron á cenizas. Los padres misioneros Angel Villamarina y Fernando Garay se habian ido felizmente muy á tiempo, salvando los objetos del culto y parte de sus ropas, refugiándose á Zaypuru. Lo mismo hizo el padre Gerónimo Rodriguez en Tapuita, donde el frio tratamiento y otros indicios claros le habian dado á conocer que sus indios estaban confabulados con los rebeldes. Estos llegaron el 29, y habiendo entrado sin resistencia, Tapuita fue en seguida reducido á cenizas. Asi dejaron de existir seis misiones una tras de otra. Quedaban otras cuatro que quisieron destruir, y la primera de todas y la mas importante la de Zaypuru.

El último dia de aquel mes infausto le pusieron sitio. Como sus huestes habian aumentado con el grueso contingente de Tapuita, reuniéndose hasta cinco mil, juzgaron segura la victoria, y comenzaron el ataque mas bien jugueteando que combatiendo. Los unos disparaban dardos, otros se burlaban de los sitiados, estos daban horribles gritos, aquellos tocaban flautas. Pero como dice el proverbio : una cuenta saca el borracho y otra el tabernero. Habia en el fuerte cien soldados de Santa Cruz y setecientos saeteros indios, número muy inferior al de los enemigos; pero los cañones estaban preparados, los arcabuces y las municiones habian sido distribuidos con abundancia; todo el pueblo estaba ademas cercado de estacadas para cerrar la entrada á los ginetes enemigos. Viendo aquellos preparativos, los bárbaros se dejaron de chanzas y principiaron el ataque con mucho furor. Peleóse desde por la mañana hasta la una de la tarde. Los asediados comenzaban á ceder, cuando recorriendo sus filas los misioneros, con ardientes palabras inflamaron sus pechos desalentados, de tal suerte que gana-

ron una completa victoria. El padre Bernardo Duran, que hacia veces de capellan militar con sus neófitos, se distinguió por su celo y su valor. Fue tanto lo que les dijo, que enronqueció, y cuando le faltó la voz, los animó con el gesto y con las manos. Los bárbaros huyeron en completa derrota precipitada y desordenadamente; pero en medio de su fuga amenazaban aquellos pertinaces rebeldes con que no desistirian hasta que cogieran todos los animales y rebaños de aquellas misiones, devastaran todas sus poblaciones, y dispersaran y echaran de ellas á los cristianos que habitaban aquellas tierras hasta el rio Guapay. En los primeros de diciembre llegó á Zaypuru el coronel Serrano con ciento veinte y cinco soldados y setenta y cinco arqueros, indios de la Florida y del Piray, el cual, en tanto que venia el gobernador Viedma con tropas para escarmentar á los rebeldes, los molestaba con frecuentes salidas, en una de las cuales, escaramuceando con los insurrectos de Oubaiz y de Izoozoy, fue valientemente rechazado y corrió peligro de perder la vida. Vino por fin Viedma con dos mil hombres sacados de Santa Cruz, Vallegrandini, y muchos indios neófitos; y fue tal el terror que infundió á los enemigos, que todos trataron de volver á su propia mision, pidiendo á sus respectivos misioneros y haciendo protestas de fidelidad inalterable. Condescendió Viedma, y al punto envió al padre Andrés á restablecer la mision de Piriti, á Villamarin á la de Ibuirapucuti, y al padre Villanueva á la de Taquaremboti. Fray Francisco del Pilar, que estaba tambien en Zaypuru deplorando aquellas desgracias, oyó que los indios de Oubaiz y de Parapiti se restituian á su antiguo asilo, y se fué á reconstituir aquellas misiones. Y fue tanta la actividad desplegada por los misioneros para esta res-

tauracion, que en abril de 1801 estaban ya en pié cinco misiones.

Mientras las cosas se iban arreglando de esta suerte, Viedma quiso hacer ostentacion de un valor ridículo. El 5 de junio penetró con sus dos mil hombres en el interior del pais bárbaro, mostrando con palabras y con actos que queria castigar ejemplarmente á los rebeldes. ¡Necio! No conocia la táctica, ni sus oficiales se mantuvieron unidos ó se pusieron de acuerdo para usar de circunspeccion. Se incendió, se aprisionó, se triunfó en alguna escaramuza; pero cuando los capitanes Buzeta y Terrazas cayeron imprudentemente en manos del enemigo y perecieron en ellas, toda aquella tropa retrocedió asustada á refugiarse en Zaypuru despues de un mes escaso de espedicion. Esto envalentonó al enemigo. Bailaban con mucha algazara, levantaban en las picas las cabezas de los dos oficiales, amenazaban con un ataque mas furibundo, y con esto el Capitan general disolvió el ejército, dejando solo en el fuerte de San Cárlos la guarnicion acostumbrada de veinte y cinco soldados. En vano representó el padre comisario contra aquella indiscreta medida, y mostró el peligro de las poblaciones apaciguadas si se quedaban desguarnecidas; Viedma respondió que no tenia facultades para aumentar el presidio : pero no obstante lo haria, si los misioneros de Abapo, Cabezas, Florida y Piray, cedieran á los soldados el estipendio que recibian del gobierno. Consintieron sin vacilar los buenos sacerdotes; se construyó un reducto en el nuevo pueblo de Piriti, que recibió otros veinticinco soldados para la defensa de aquel pais.

Despues de haber restablecido las destruidas misiones, y de haberlas puesto en estado de defensa, pensaron los misioneros en restaurarlas y hacer de modo

que pudieran durar. Pero todo era ruinas, y nada quedaba á los generosos apóstoles. Entonces mas que nunca pusieron su confianza en la providencia, y la providencia los socorrió. Cuando el Capitan general tuvo bastante para sí y para sus soldados del botin cogido por su tropa, les hizo algunos donativos, consistentes en vacas y otras bagatelas. Moria á la sazon en la ciudad de la Plata un don Cárlos de San Martin, y legaba á nuestras misiones dos mil trescientos cincuenta escudos. El solícito comisario, despues de haber predicado la cuaresma en Potosí, aprovechándose del influjo que habia alcanzado, fué de puerta en puerta pidiendo para los desgraciados neófitos, y recogió seiscientos setenta y nueve escudos. Con estos recursos se repusieron las insurreccionadas colonias. La última que se restauró fue la de Tapuita, en la cual terminó su gloriosa carrera fray Francisco del Pilar, como queda mas arriba referido.

Nos hallamos al fin de nuestra narracion, y como la comenzamos, asi la debemos terminar refiriendo dolorosos acontecimientos. Las misiones de Parapiti y de Oubaiz volvieron en 1804 á ser otra vez invadidas por los bárbaros. Al acercarse el torbellino, el padre Narciso Llamedo, que gobernaba la primera, cogió á toda prisa los vasos sagrados, y con algunos de los suyos se retiró á Piriti, guarnecido por un destacamento militar. Vinieron los bárbaros, y en breves horas lo redujeron todo á cenizas. De allí pasaron á Oubaiz. Allí el mismo huir de los fieles, y el mismo destruir de los salvajes furibundos. Lo mismo hubiera acontecido con Piriti, si el presidio no hubiera puesto un dique al torrente devastador. Habiendo calmado la tempestad, el incansable celo del padre Llamedo emprendió de nuevo su obra, y la iglesia, las casas, y los mismos campos

volvieron á recobrar su antiguo aspecto, si no es que lo recobraron con ventaja. Lo propio sucedió en Oubaiz y en Parapiti cuando á mediados de julio se trasladó á este punto el padre Llamedo. Con la suavidad de trato que tenia este santo varon no solo reunió todos sus neófitos, sino que tambien atrajo á los bárbaros de Timboy, formando una poblacion notable, como queda dicho anteriormente. Trascurrido algun tiempo, mejoró mucho la situacion de su pueblo; fabricó una nueva iglesia, otra casa para los sacerdotes, escuelas y oficinas nuevas: todo con mejores condiciones que las que antes tenian. Ademas convirtió muchos terrenos en campos cultivados, en que la caña de azúcar y el algodon con mucha variedad de legumbres y de granos ejercitaban lucrativamente la industria de los colonos. Pusieron el colmo á tantos beneficios ganados mayores y rebaños de ovejas que logró adquirir á fuerza de economía y de trabajo, secundado por su digno compañero el padre Julian Diaz Canseco. A alejar despues todo peligro de hostil insulto, contribuyó oportunamente el presidio militar, trasportado ya de Zaypuru á Piriti, y establecido finalmente en Parapiti.

CONCLUSION.

Y hé aqui, benévolo lector, lo que los pobres franciscanos hicieron en una parte de la remota Bolivia durante la segunda mitad del siglo XVIII. Su voz apostólica resonó incesantemente en las provincias de Tucuman, Salta, Chicas, Santa Cruz de la Sierra, Paz,

Cucuito, Arequipa y Tarija; y de este modo anunciando el ignorado nombre del Redentor á los Chiriguanos, Chanesos, Mataguazos y Veiosos, atrajeron á muchos pueblos de vida brutal á vida racional, y de feroces á humanas costumbres. Fueron estos religiosos para aquellas gentes legisladores y jueces, médicos y maestros, gobernadores y padres. Infinitos fueron los sinsabores, infinitas las fatigas, infinita la pugna que sostuvieron, pero jamás cansados, ni entibiado su celo; en poco mas de medio siglo treinta y cinco mil almas regeneraron con la gracia de Cristo, veintidos poblaciones organizaron civilmente, y con una línea de defensa, tan estensa como es la de Santa Cruz á Ivivi, aseguraron los Estados Peruanos de las continuas incursiones de los bárbaros. Si no eres, lector, indiferente á la propagacion del cristianismo y á los progresos de la civilizacion, acompaña con tus votos la no acabada empresa, y yo, inculto pero genuino narrador de ella, ruego para que Dios te sea propicio en la vida y en la muerte.

FIN

INDICE.

		Pág.
Prologo.		1
Proemio.		9
Capitulo I.	Del Cerro de la Sal	15
— II.	Entrada de nuestros religiosos al Cerro de la Sal	20
— III.	Progresos y decadencia de las conversiones de Panataguas	26
— IV.	Segunda entrada de nuestros religiosos al Cerro de la Sal, y primera entrada á la montaña por Andamarca	30
— V.	Entra el padre prior fray Francisco Izquierdo al pueblo de Santa Cruz	36
— VI.	Fidelidad con que los indios Andes se portaban con los padres conversores.	43
— VII.	De algunos prodigios que sucedieron en la conversion de Santa Cruz.	50
— VIII.	Martirio del venerable padre fray Francisco Izquierdo y compañeros	59
— IX.	Pérdida de la conversion de Quimiri	67
— X.	Vuelve el venerable padre fray Manuel de Biedma á la conversion de Santa Cruz	72

CAPITULO XI. Conquista espiritual de la conversion de Cajamarquila. 75
— XII. Vuelve el venerable padre fray Manuel de Biedma á la conversion de Santa Cruz.— Abrese camino de caballerías para aquella montaña 81
— XIII. Descubrimiento del rio Paro y de la nacion de los Conibos. 85
— XIV. Entrada de nuestros religiosos á los Conibos. 91
— XV. Desamparan nuestros religiosos la conversion de los Conibos 100
— XVI. El padre fray Antonio Vital desampara la conversion de San José de Camarinigua. 116
— XVII. Martirio del venerable padre presidente fray Manuel de Biedma y de sus compañeros. 120
— XVIII. Emprende la religion seráfica la conquista del Cerro de la Sal. 123
— XIX. El venerable padre fray Francisco de San José restablece las conversiones del Cerro de la Sal y Sonomoro 127
— XX. El venerable padre comisario pide al rey católico socorro para las conversiones . . 133
— XXI. Principios del colegio de Ocopa 140
— XXII. Salidas á la Pampa del Sacramento. . . 145
— XXIII. Conversiones del Pajonal 154
— XXIV. Muerte del siervo de Dios fray Francisco de San José. — Martirio de tres sacerdotes y otros cristianos en Sonomoro. . . . 160
— XXV. Castigo de algunos de los matadores, y progresos de las conversiones. 166
— XXVI. Pérdida de las conversiones de Tarma por causa del intruso inca Juan Santos Atahualpa. 179
— XXVII. Constrúyese en Quimirí un fuerte. — Piérdese este con muerte de la guarnicion. . 190

CAPITULO XXVIII. Diligencias que hicieron los misioneros seráficos para apaciguar los tumultos de la montaña. — Muerte del venerable padre comisario de misiones y de sus compañeros 198

— XXIX. Segunda entrada del general don José Llamas. — Périda del fuerte de Sonomoro. — Viene de España parte de la mision recogida por el padre prior fray José de San Antonio. . 202

— XXX. La santa provincia de los doce Apóstoles entrega al colegio de Ocopa las conversiones de Cajamarquilla.—Salen de este colegio religiosos para la ereccion de los colegios de misiones de Tarija y de Chillan 207

— XXXI. Diligencias que hicieron los alumnos de este colegio buscando infieles á quien convertir á la santa fé. . . 212

— XXXII. Reduccion de los indios Setebos de Manoa 226

— XXXIII. Reduccion de los indios Sipibos, y otros. 237

— XXXIV. Pérdida de las conversiones de Manoa y Ucayale con muerte de los religiosos y de los demas cristianos. . . 247

— XXXV. Entrada que hizo el padre comisario de misiones para socorrer las conversiones del Ucayale 254

— XXXVI. Entrada que se hizo á los apóstatas 268

— XXXVII. Encomiéndanse al colegio de Ocopa las conversiones de Lamas 270

— XXXVIII. Encárgase el colegio de Ocopa de las conversiones de Chiloé. 274

CAPITULO FINAL. Nombres de los religiosos de este colegio de misioneros que han padecido la muerte por la fé de Jesucristo. 281
BULA PONTIFICIA y cédula real para la ereccion del colegio de Ocopa. 285
NOTICIAS HISTORICAS sobre las misiones en la República de Bolivia, por el padre Ceferino Mussani, mínimo observante, misionero apostólico 293

FIN DEL INDICE.

Poissy. — Imprenta de ARBIEU.

JAN 1.4 1.0

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Sept. 2005

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 014 729 967 9